

Aproximaciones a una Guerra Civil.
(El informe Mancini)

"¿Vas a declarar la guerra a Francia?".....
"A Francia, no. Si acaso, a su cochino gobierno".

Alejo Carpentier
El Siglo de las Luces.

Primera Aproximación.

(El insólito lugar donde se encontró una copia del Informe
Mancini)

Jamás pensó Jesús Mancini que bajo la tapa reluciente del ataúd del abuelo se guardaran más secretos que los que su propia profesión encerraba. Sabía que el latón, de por sí maleable, no es fácil de trabajar y que en un simple lamparón de carburo hay, siempre, bastante más trabajo que el que a simple vista revela. Sin embargo, en su imaginación sólo veía el cadáver huesudo y barbón de su abuelo muerto, encerrado en esas tablas de madera oscura y lustrosa (si no puede ser ciprés, que por lo menos sea con buen barniz, decían los tíos) no imaginaba otra cosa que un bulto apergaminado y algunas ilusiones seniles interrumpidas, pero jamás supuso que ahí también casi se pudrió el antídoto para el torcido destino que pudo haber tomado la República.

Jesús Mancini no necesitó usar la corbata negra ni los puños de piqué enlutado. A medianoche partía junto al resto del contingente del Atacama y le había sido permitido (por el capitán del regimiento y por sus tíos) asistir de uniforme a la misa y al entierro del abuelo.

El llamado Informe Mancini se conoció algún tiempo después, cuando fueron publicados los Cuadernos de La Guerra Civil, pero por entonces Jesús Mancini había regresado del largo viaje que una vez, a fines del siglo pasado, emprendieran sus abuelos desde Puerto Marsala en la isla de Sicilia.

"El condenado cobarde no soportó haber ganado la guerra" -se quejaban sus tíos mientras se empobrecían en la hojalatería del abuelo en la calle San Diego.

Claro que ellos no podían saber que el sentimiento de culpa que agarrotó a Jesús Mancini no se originaba en el resultado de la guerra sino en la ausencia de una corazonada que la habría, con seguridad, acertado.

Esa tarde en el cementerio general, el uniforme sucio por la garúa enterrada de la capital y el entusiasmo saturado por el enrolamiento no tuvo ni esa corazonada ni la fuerza para engendrarla.

Nadie pudo convencerlo. Le dijeron que ni Zarco, el vidente, habría podido adivinar qué clase de documentos se arrugaban en la chaqueta fúnebre del abuelo. Le dijeron que Leonidas, el espartano, de haberlo sabido, tampoco se habría atrevido a abrir el cajón bajo la

mirada severa y melancólica de los nueve tíos. No hubo caso. Con los galones de teniente (ganados con creces en la batalla de Dolores) escondidos en el bolsillo de la camisa y con la ambivalencia del orgullo y la humillación que le significaba ser un Mancini, tomó el primer vuelo de Alitalia que salió del aeropuerto internacional de Cerro Moreno después de la caída del general.

En realidad la historia se remonta algunos años, cuando se supo que su padre, el primer Jesús Mancini (los tíos insistían en ignorar la razón que motivó al abuelo, Giovanni Mancini, a colocar su nombre al segundo de sus hijos y no al primogénito) se había ofrecido personalmente para efectuar una investigación privada sobre lo que se conocía, vagamente por esos años, como Cubresuelo.

Con una inefable mezcla de lealtad masónica e intuición política Jesús Mancini abandonó la capital el cinco de Mayo, cinco días después que el helicóptero en que viajaba Moisés Parada desencadenara el alzamiento de Antofagasta.

Había sido miembro del partido Radical y había respetado sin restricciones el receso político durante todos esos años, pero independiente en platas y afectos decidió unirse a amigos y correligionarios que ya habían viajado al norte. Se despidió de su ex mujer y a su hijo Jesús, estudiante de Derecho, sólo le recomendó que no se alistara en los regimientos de voluntarios que organizaba el general. No alcanzó a saber que no le había hecho caso.

No queda claro ni aun en su Informe qué fue lo que lo impulsó a pedir esa investigación, pero es seguro que gravitó en la decisión final del Consejo el hecho que Mancini no pidió pago por ello y ni siquiera solicitó viáticos: la nueva República debía gastar sus divisas en cosas más urgentes. Se le dio un contacto inicial en Europa y en Buenos Aires y por lo que se puede leer en las actas de reunión del Consejo no se le reconoció, en un primer momento, mayor importancia a la misión.

Cuando, en sigilosa premura, se exhumó el cuerpo del viejo Mancini y se pudo estudiar con detenimiento el Informe, no hubo dudas respecto a la prioridad de su contenido. Por lo demás todo quedó en evidencia casi de inmediato: al ser publicados los Cuadernos, se desbarató el plan Terra Nostra y el general huyó a la Patagonia argentina en el crucero Von Schroëders abandonando en forma definitiva la lucha.

Era demasiado tarde para Jesús Mancini, aunque fue su hijo el que dic

al final, la última clave.

Jacinto González (el Vendedor de Globos Terráqueos) lo confirmó en una entrevista que le hizo el Spiegel en la víspera de la toma de la capital. "El hijo de Mancini, que fue mi prisionero el trece de Julio en La Quebradilla, confirmó mis sospechas acerca del Informe y los documentos que llevaba Ronald León".

Jesús Mancini se demoró casi tres meses en reunir evidencias sobre Cubresuelo. Redactó su informe estando en Antofagasta y lo entregó junto a las grabaciones importantes y a los testimonios anexos. Es posible recordar que quienes lo recibieron en sesión especial, pero que escucharon la lectura y las cintas grabadas con indisimulada indiferencia y negligente prisa. Más de uno quiso interrumpir aquellas fantasías y se aguantaron las dos horas porque comprendieron que era la única manera de compensar los doscientos mil dólares que Mancini -sin pedir que se los retribuyeran- afirmó haber gastado en la investigación. (1)

(1) La primera lectura del Informe Mancini, leída personalmente por Jesús Mancini, correspondió escucharla a la séptima comisión del Consejo Insurreccional. Se estimó negligente la actitud de esta comisión después que abortara el plan Terra Nostra.

Segunda Aproximación.

(Información sobre los cuadernos de la guerra civil)

Hoy día no es difícil tener una idea más o menos adecuada de lo que fue nuestra guerra civil. Hay monografías autorizadas que dan una visión relativamente completa y exacta de esos años. En el Centro para la Información de la Guerra Civil que funciona en la calle Compañía esquina de Morandé, puede el lector aplicado y diligente consultar esa inagotable bibliografía que constituyen los periódicos y revistas de la época, así como todos los testimonios gráficos (fotografías y filmaciones) como orales (grabaciones) que de ella han quedado.

Hace algunos meses, buscando en ese Centro algún material anecdótico para nuestra revista 'Buena Memoria', nos encontramos con esos Cuadernos. La lectura nos inquietó y aunque muchos de los hechos que en ellos se relatan no podrán ser nunca comprobados, el conocimiento de ellos y su atractiva credibilidad son del mayor valor para nosotros. Hay otros cuya verosimilitud no puede ser cuestionada y agrega valiosos detalles a la ya conocida verdad histórica. (Si es que podemos afirmar que la historia tiene Una verdad) De este montón de papeles sucios y casi ratoneados salta a la vista aquél que llamamos el Informe Mancini y que es idéntico al Informe Mancini que publicamos a continuación y que fuera encontrado en un lugar bastante más insólito. Es evidente que uno es la copia del otro, pero lo que no averiguaremos es cómo llegó una de ellas a formar parte de los Cuadernos.

Al margen de esto, en los Cuadernos hay mucho material anecdótico si no novelesco (pronto tendremos ocasión de comprobarlo) y se descubre en el autor a un aficionado del más puro maniqueísmo. Creemos que al final de la lectura podremos disculparlo. El general fue también un maniqueo y necesariamente tuvo que arrastrar al maniqueísmo a una parte de sus enemigos. Esta circunstancia no le quita ni le agrega valor a los Cuadernos. Sin duda los carga de humanidad, pues el autor escribe durante el transcurso del conflicto y las notas se interrumpen ya al final.

El profesor Arístides Rojas nos ha prestado valioso consejo en

lo que respecta a la autenticidad de los Cuadernos. La inestimable asesoría del profesor Antonio Quinteros nos la ha confirmado.

Ni los Cuadernos ni el Informe Mancini aparecen fechados. Es posible suponer, sin embargo, que este es posterior a aquellos y que su redacción, llevada a cabo por Mancini con toda seguridad en la misma ciudad de Antofagasta, apenas se remonta a los últimos días de la guerra, cuando el Von Schröeders aún navegaba en aguas territoriales.

Llama la atención la discreta rigurosidad histórica con que el autor de los Cuadernos trata las causas de la guerra y tomando en cuenta la facilidad y cordura con la que analiza y resume algunos episodios, es quizás imperdonable que haya pasado por alto cuestiones fundamentales en el origen y desarrollo de ella. Pero queda claro que la intención primordial del autor no fue Hacer Historia sino más bien pintar cuadros, unos con pincel fino y adiestrado, otros con brocha gorda y rápida, representativos de algunos momentos de la guerra civil. Esto se hace más evidente al leer el Informe Mancini. El Informe no es obra, justicia es verdad, de un profesional. No obstante su objetividad no requiere pruebas.

Por ejemplo, observadores de ese 31 de Agosto afirman que el general intuyó el desastre final y ordenó la retirada mucho antes de que Jacinto González (el Vendedor de Globos Terráqueos) atacara desde los cerros de Palo Colorado. Según el autor de estos Cuadernos (que aparentemente ya había muerto cuando la huída del general) aquellas afirmaciones no son otra cosa que hábiles e inexcusables deformaciones de la verdad manipuladas por los cronistas del tirano. Lo único que es bien cierto es que el general retuvo su pertinaz mesianismo hasta el fin.

O casi hasta el fin si hemos de creerle a estos Cuadernos. Porque en ellos el autor nos relata cómo el general zarpó de las costas de Pichidangui en el crucero Almirante Von Schröeders el 27 de Julio y no el 2 de Setiembre, como se acepta actualmente. El general, pues, habría abandonado a sus hombres cuatro días antes de que se iniciara la batalla que decidió la guerra civil y no luchó con ellos hasta el último cartucho como desde el exilio quieren hacernos creer. Esta contradicción entre los Cuadernos y las versiones consideradas 'oficiosas' acerca del término de la guerra no hacen sino más fuertes las posiciones de quienes, como nosotros, piden más historicismo...

De poco le sirvió el poderoso Von Schröeders. Quiso remontar el Paraná en un^a de sus artilladas lanchas suplementarias, pero se encontró con la lógica negativa de las autoridades argentinas. Regresó al sur y varó el crucero en las costas de la Patagonia desde donde, en un avión que lo esperaba, voló a Asunción. Todavía se encuentra ahí.

La guerra terminó finalmente y de inmediato se integraron en una sola las dos regiones en que la guerra había dividido a la república.

Nos relata el autor de los Cuadernos los principales hechos de armas que fueron deteriorando política y militarmente al general, el éxodo de hombres y mujeres desde los territorios sometidos al tirano hasta aquellos liberados por la junta rebelde.

Incluye en sus crónicas testimonios de la resistencia en las ciudades del centro y sur del país, de los hombres que cayeron en manos de los agentes de seguridad del general y que tuvieron la insólita fortuna de vivir. Nos cuenta lo que sucedió en los barrios residenciales de la capital, donde sus habitantes no quisieron creer jamás en la guerra civil, en la resistencia ni en la paulatina crepuscularización del general.

Y nos encontramos con el Informe Mancini, cuya inteligibilidad sólo es posible a través de sus Cuadernos o de estas Aproximaciones.

Tercera Aproximación

(El primer helicóptero)

El tiempo del general bien pudo medirse en helicópteros caídos más que en años transcurridos. El que cayó en marzo de 1975 y que mató al entonces ministro del interior no fue el primero. Fue el primero que hizo noticia y el primero que terminó con la vida de un personaje importante de la dictadura, pero era el tercero desde que el general tomara el poder. No sería inútil sumergirse en la historia de la aeronáutica, pero desde que existen aparatos que vuelan y desde que existen las guerras civiles, algún militar de alto mando o algún civil de elevada ubicación deja los huesos entre los escombros de un avión o helicóptero. Sabemos que sucedió en España, en Cuba, en Bolivia, en Nicaragua y en otros países.

El doce de setiembre de 1973, cuando el país, bajo un toque de queda riguroso esperaba la palabra de alguno de los cuatro generales, un oscuro mayor del ejército, hombre cercano al general, abordó un helicóptero Puma para una misión secreta. El mayor Ronald Samuel León debía volar a Valparaíso.

Era un hombre corpulento, de cabeza mal afeitada y un grueso pliegue en la nuca. Había comandado uno de los tanques que atacara el palacio de gobierno en el frustrado golpe de estado del 29 de junio y había sido exonerado por el general tres días antes del golpe definitivo en setiembre. Samuel León tenía una larga y rica trayectoria militar, pero sus ascensos habían sido detenidos en forma reiterada y majadera. Nunca llegaban al consejo de generales. Por su edad y su prestigio en esas fechas debió usar presillas de coronel. Y tampoco nunca nadie se atrevió a llamarlo a retiro. Ni el general Prats, sabiendo sus claras tendencias golpistas. Se han recogido antecedentes ambiguos en relación a la posición política de León y se asegura que en un artículo suyo aparecido en la revista 'Patria, Patria, ¡oh Patria!', órgano oficial de la oficialidad del ejército, se habrían descubierto claras tendencias marxistas.(1) Otras fuentes, sin embargo, no vacilan en afirmar que este hombre fue alternativa real de poder el once de setiembre y que su pensamiento nacionalista no puede ser cuestionado.

(1)El número 112 de 'Patria, Patria...' puede leerse en el Centro para la Información de la Guerra Civil, segundo piso.

Uno u otro argumento era razón suficiente para que el general tuviera ganas de eliminarlo. Aun así, no existen pruebas, el general era un hombre cuidadoso, de que su mano fuera de algún modo responsable de la muerte de León.

A las 7.30 de la mañana del doce de setiembre, ya silenciados los dispersos focos de resistencia al golpe militar, el mayor Samuel R. León con un grueso portadocumentos bajo el brazo caminó hasta el helicóptero que lo esperaba en los jardines del regimiento de Peldehue. No había dormido esa noche. Junto al general y a otros altos oficiales en las oficinas de mando del campamento, repasaba los efectos inmediatos del levantamiento. El Presidente había sido asesinado y los dirigentes políticos del régimen depuesto se encontraban prisioneros o asilados.

Alrededor de una mesa de madera de avellano y consumiendo grandes cantidades de café y pequeños vasos de pisco, habían discutido la formación del nuevo gobierno, el nombre de los nuevos ministros, el contenido de los documentos que se enviarían a los países amigos y a las Naciones Unidas, el estado de emergencia y el toque de queda, el nombramiento de asesores civiles, la suerte de los adversarios, el respeto del derecho de asilo, el destino del cadáver del Presidente y otras cosas de igual importancia y urgencia.

Pero el mayor León no se había separado de su portadocumentos, no lo había abierto e incluso lo había asegurado entre sus piernas cuando se puso de pie para saludar al almirante Merino que llegaba desde el puerto a asumir su lugar en la junta de gobierno.

Durante la larga reunión nocturna León habló poco. Muchos oficiales se preguntaron después el verdadero objetivo de la presencia de ese mayor en una conferencia de tal importancia. No se le notaba aburrido y no parecía importarle el no participar. Lo que si era evidente era la atención permanente y obsesiva que sobre él ponía el general.

Al amanecer, cuando las directrices fundamentales habían sido trazadas, cuando ya se conocían los nombres de algunos ministros, cuando se discutía el lugar donde se relegarían los prisioneros y el papel que le correspondería a los futuros aparatos de seguridad, cuando ya el Presidente tenía asignada una tumba anónima en los cementerios de Valparaíso, Samuel R. León pidió permiso al general y se levantó de la mesa.

Al retirar la silla y recoger su quepis de campaña desde el respal-

do, León tenía la certeza de que el golpe estaba tomando rumbos distintos a los originalmente trazados. La autoridad estaba, era evidente, ahí, pero los documentos que guardaba en la cartera subordinaba esa autoridad a planes más ambiciosos, americanistas, sin cuya ejecución el actual golpe no tendría ningún sentido. Y por lo que se discutía, el general pretendía desconocer esa subordinación, no quería perder el poder y el liderazgo que le había dado la fortuna. Samuel R. León había comprometido la participación y la ayuda irrestricta de Cubresuelo sólo bajo esas condiciones y no bajo las nuevas condiciones de un general advenedizo e inexperto.(1)

Se caló el quepis, hizo un breve saludo y sin dar explicaciones se retiró. Afuera hacía frío y apenas una luz suave difuminaba la niebla matinal de Peldehue.

El lugar está enclavado en los faldeos cordilleranos de los Andes, pocos kilómetros al norte de la capital. Es el campo de maniobras de la escuela militar y desde ahí, por radio, el general dirigió el golpe.

Samuel Ronald León se detuvo un momento, dejó el portafolios en el suelo y subió el cierre de su parca. Tocó con suavidad la cadera izquierda donde colgaba su Walter de 9 milímetros, recogió el portafolios y caminó hacia el helicóptero que lo esperaba. Las aspas del motor giraban despacio, en silencio. Junto al aparato esperaban cuatro soldados y un capitán, que al ver aparecer a León se pusieron de inmediato en movimiento. En ese momento el piloto aceleró el motor.

El general cambió su actitud en cuanto el helicóptero de León alzó el vuelo. Visiblemente más nervioso, taciturno, irritable, siguió presidiendo casi sin prestar atención a lo que se discutía y aprobaba. Aniquilado por la incertidumbre, recién recuperó el ánimo cuando le informaron del accidente y con rapidez pasó de la depresión a la euforia.

El helicóptero que llevaba a Samuel León alcanzó la altura requerida y enfiló hacia el poniente. Una masa de niebla húmeda quedaba abajo, cubriendo los campos de Peldehue y la conferencia golpista. A tres mil pies

(1)Según consta en el Informe Mancini, Samuel Ronald León era un agente con grado de coronel en Cubresuelo desde 1971.

de altitud ya había amanecido y la cordillera todavía nevada se venía encima, helada y puntiaguda. Cinco hombres tripulaban el Puma además del piloto. El mayor León, el capitán Federico Fredes Cárcamo, el sargento primero Alcibíades Montero Gómez, el sargento segundo Héctor Saldaña Olea y el soldado Carlos Alfredo Bastías Radigrán. (1)

El mayor León, sentado detrás del piloto, junto a Saldaña abrió el portadocumentos. Extendió sobre sus rodillas un mapa y estuvo algunos momentos absorto en su estudio. Después con un lápiz rojo hizo un pequeño círculo en él y doblándolo en ese punto se lo pasó al piloto. El piloto dejó los mandos y dio una indicación al sargento Montero. Miró el mapa y después de unos segundos asintió, retomó los controles de la máquina, inclinó el bastón de mando y cambió de rumbo. León guardó el mapa en el portadocumentos y lo cerró con llave. (2)

El sargento Héctor Saldaña Olea, asignado al comando aéreo del ejército, supo lo del golpe de Estado en la madrugada del once de setiembre. Era un soldado melancólico, que alguna vez había presentado una poesía al concurso literario de su regimiento, pero que sólo había ganado premios en los juegos boxeriles del ejército. Entre golpe y golpe y entre round y round, componía una poesía montaraz y simple que jamás fue tomada en cuenta por los oficiales jurados que preferían el canto epopéyico o heroico de soldados más letrados y pretensiosos. Muy a pesar suyo ganó dos veces el campeonato de los semipesados de las fuerzas armadas. Era un hombre de cara alargada y sonrisa animal, de brazos largos y manos duras, como pezuñas. Ya no tenía otra ambición que retirarse del ejército y varias veces buscó la jubilación por un desprendimiento de retina rebelde. Los médicos, como es natural, jamás le hicieron caso. Y ahora, a pesar de que por el ojo izquierdo casi no veía nada, era piloto suplente en el cuerpo de helicópteros del comando.

Casi no participó en las actividades del mayor León el doce de setiembre, pero como había sido el único sobreviviente y como tuvo oportunidad de conocer el contenido del portadocumentos, consideró más se-

(1)Diario El Mercurio, 15-IX-73, información obtenida del artículo titulado: "Cinco víctimas en helicóptero derribado por extremistas en Chimbarongo"

(2)"...el portadocumentos tenía un grueso forro de asbesto..." de Grabación No. 24, Testimonios del Suboficial Héctor Saldaña Olea.

guro continuar como sargento que levantar suspicacias insistiendo en la baja.

El destino fue reiterativo con el sargento Saldaña porque, ya suboficial mayor, se volvió a caer en helicóptero y volvió a salvar la vida. Fue el último helicóptero que cayó antes de la guerra civil y ese fue el momento en que Saldaña decidió cambiar de bando.

El helicóptero en que volaban hizo un giro completo y antes de veinte minutos cruzaban sobre los barrios del poniente de la capital. Borearon la cordillera de la costa, alejándose del aeropuerto de Pudahuel cerrado todavía al tráfico internacional y tomando mayor altura sobre La Cisterna enfilaron con decisión hacia el sur. Evitaron la base aérea el Bosque volando a baja altura sobre la maestranza de ferrocarriles hacia el oriente y volvieron a elevarse sobre los silos de Carozzi. Divisaron la ciudad de Buin por las ventanillas de estribor y treinta millas más al sur, sobre Paine, el piloto orientó al helicóptero hacia el poniente.

Se detuvieron por algunos minutos encima de un parque antiguo, abandonado, de árboles enormes, con enormes enredaderas que los abrazaban y bajaron lentamente al lado de una hilera doble de cipreses, detrás de una casona envejecida, de muros desconchados, de reboque caído, de tejas quebradas. El piloto apagó el motor y el mayor León con la Walter en la mano descendió. Por las portezuelas abiertas se podía oír el paso del viento y más allá de la casa el murmullo del parque, moribundo.

Un hombre salió de la casa. Por una puerta ancha, de vidrios grandes y opacos y se detuvo en la gran terraza que miraba hacia los cipreses. Caminó hasta la escalinata que bajaba hasta el que debió ser el jardín posterior y se quedó en la parte superior de ella, entre dos jarrones de mármol, envilecidos por un hierbajo seco y abundante. Entonces levantó los brazos y los cruzó dos veces en movimiento sobre la cabeza. El mayor León guardó su pistola y se aproximó. El otro hombre bajó tres escalones y el mayor subió otros tres. Se dieron la mano e intercambiaron algunas palabras. Luego el mayor regresó al helicóptero y ordenó a Fredes, a Montero y a Saldaña que lo acompañaran.

Sin abandonar sus subametralladoras los tres soldados entraron con León en la casona. Una penumbra marcada oscurecía una gran habi-

tación. En ese momento eran las ocho y treinta y dos minutos. (1)

Era el salón de billa de la casa patronal. Una mesa rectangular de bordes altos y paño verde servía de centro de reunión. Pegadas a las paredes se veían todavía las taqueras y un grabado, escena de caza con el vidrio roto, colgaba desde el techo.

-Las armas sobran, mayor -dijo el hombre que los había recibido.

-Nunca han sobrado las armas en una guerra civil.

-No estamos en guerra civil.

-No sea ingenuo..., en estas situaciones un hombre muerto es asesinato, dos son una guerra civil...y ya hay más de dos.

Saldaña distinguió en la habitación cuatro o cinco hombres más y con seguridad reconoció a dos, un general de la república y a un ex Presidente. (2)

El mayor León y sus tres subalternos se retiraron a las nueve y seis minutos. El piloto empujó el helicóptero por encima del parque, sacudió las copas polvorientas de los ceibos y alcornoques y fijó el compás otra vez hacia el sur. Volaban a baja altura, a ras de los potreros, espantando vacas, agitando los charcos amontonados desde el invierno que todavía no terminaba. Tomaron altura poco antes de Rancagua y se prepararon para

(1) Grabación No. 24, Testimonios del suboficial Héctor Saldaña Olea: "...el reloj de la sala funcionaba bien. Adosado al muro poniente del salón recibía directamente la luz del sol...,lo demás estaba en penumbra..."

(2) Grabación No. 24, Testimonios del suboficial Héctor Saldaña Olea:
E (Entrevistador): Las fotografías que tiene Ud. en sus manos corresponden a las antiguas casas de la Hacienda Viluco, ¿las reconoce?

H.S.O: Si, las reconozco.

E:¿Ha tenido oportunidad de visitarlas?

H.S.O.:Bueno, si, si consideramos eso una visita.

E:¿Cuándo?

H.S.O:Hay fechas que no se olvidan.

E:Es importante.

H.S.O:Estuve ahí antes de las diez de la mañana del día doce de setiembre de 1973.

E:¿Cómo puede Ud., después de todos estos años recordar con tanta fidelidad la fecha y la hora?

H.S.O:¿Me está tomando el pelo?

E:Esta es una grabación, por eso algunas preguntas pueden resultar obvias.

H.S.O:No es difícil, el once de setiembre se había producido el golpe de Estado y el doce me caí en helicóptero...,por primera vez.

E: ¿Estuvo Ud. en el interior de la casa?

H.S.O: Afirmativo.

Pausa.

E: ¿Desde el comienzo de la conferencia?

H.S.O: Si. Entré con mi mayor León, mi capitán Fredes y el soldado Bastías Rodríguez.

E: Bastías Radrigán.

H.S.O: Radrigán.

E: ¿Cuánta gente había en el interior?

H.S.O: Cinco o seis, yo reconocí a dos.

E: ¿Quisiera nombrarlos?

H.S.O: No.

E: ¿Puede individualizarlos de alguna manera?

H.S.O: Uno era un general, de antigüedad y el otro era un ex Presidente de la República.

E: ¿Hablaron?

H.S.O: Si.

E: ¿Entre ellos?

H.S.O: Y con mi mayor León.

E: ¿Puede reproducir el diálogo?

H.S.O: Creo que si.

Pausa larga.

E: Reconstruiré el diálogo que Ud. ha relatado. Me hará los reparos que considere adecuados al final.

H.S.O: De acuerdo.

E: La entrevista que Ud. relata fue corta. Quizás veinte minutos. En ella participaron el mayor León, un general de alta graduación y un ex Presidente de la república que no nombraremos. Durante el transcurso de ella el mayor León mostró un documento que sacó de su portafolios. En síntesis el mayor León pidió a los hombres ahí reunidos el apoyo irrestricto a una organización llamada Cubresuelo, la cual exigía que la revolución que en esos instantes se desarrollaba en la República se orientara en el ideal bolivariano y se enmarcara en un americanismo integrador y tecnificado. Había que dejar de lado -dijo- los afanes nacionalistas que aíslan a los pueblos y que en definitiva permiten que sobre ellos caiga la voracidad del imperialismo.

Pausa.

H.S.O: Correcto.

E: ¿Qué pasó luego?

H.S.O: Aunque tuve oportunidad de escuchar lo que decían, aunque tuve frente a mi mapas, registros de propiedades y listado de nombres afines a Cubresuelo -mire de lo que tanto se habla hoy -no presté mayor atención. Si me dio la impresión que los hombres que recibieron al mayor, si se pudiera decir lo menos, se pusieron hartos nerviosos.

E: ¿Fue cordial la despedida?

H.S.O: Yo diría que no hubo. Al final mi mayor se puso duro, como no dándoles alternativa. Metió todos los papeles en el portadocumentos y nos hizo regresar al helicóptero.

E: ¿Qué rumbo tomaron?

H.S.O: Nuestra próxima parada fue en el regimiento motorizado de Rancagua.

E: Gracias.

aterrizar en el regimiento motorizado No. 3 de esa ciudad. No se veía mucho movimiento en el patio del cuartel. Y mientras el helicóptero toca las baldosas apenas un par de soldados se acercan con lentitud.

Ronald León bajó esta vez acompañado sólo por Saldaña. (1)

Al volver al aparato hubo una pequeña demora por la carga de combustible, pero pasadas las diez de la mañana se elevaba desde el patio del regimiento con rumbo al sur. (2)

El helicóptero Puma tiene una autonomía limitada pero el plan de vuelo no requería de gran cantidad de combustible. Sin embargo el coronel a cargo del regimiento en Rancagua ordenó que la máquina se reabasteciera de bencina antes de despegar.

(1) Grabación No. 24, Testimonios del suboficial Héctor Saldaña Olea.

(2) Grabación No. 25, Testimonios del suboficial Héctor Saldaña Olea, (cont.)

E: El helicóptero Puma que Ud. ocupaba en la mañana del doce de setiembre y que despegó del parque de la hacienda Viluco, ¿a dónde se dirigió?

H.S.O: Hacia el sur.

E: ¿En qué lugar descendieron?

H.S.O: En Rancagua, en el patio interior del regimiento motorizado que tiene asiento en esa ciudad.

E: ¿Bajó Ud. del helicóptero?

H.S.O: Por orden de mi mayor León...

E: ¿Qué hicieron el mayor y Ud. en el regimiento?

H.S.O: Hablamos con los jefes?

E: ¿Quiénes eran los jefes?

H.S.O: Mire, no es que yo crea en vueltas de tortilla, pero prefiero evitar nombres..., la aglomeración de generales era impresionante, todos en traje de campaña, sin duda esperando al mayor.

E: ¿Puede darme una versión de lo que en esa oportunidad se habló?

H.S.O: Los argumentos y palabras de mi mayor León fueron semejantes a los de la parada anterior, aunque aquí se produjo un pequeño incidente cuando un general no se mostró de acuerdo. Mi mayor León insistió en que el nuevo gobierno no tendría ni sentido ni destino y que terminaría huérfano de apoyo si sus líderes no se comprometían con Cubresuelo..., que ese compromiso tenía que ser inmediato y, aquí creo que la cagó, que ya tenía el consentimiento de los comandantes de la primera y segunda división del ejército y de no sé cuantos almirantes.

E: Fue un incidente violento...

H.S.O: En absoluto. El general le dijo que esa decisión no le correspondía tomarla a ellos ni mucho menos a él y que en todo caso le parecía prematuro trazar en ese sentido el rumbo de la revolución. El peligro comunista era más urgente como así mismo la consolidación de un gobierno nacionalista.

E: ¿Y los demás?

H.S.O: Tuve la impresión que querían terminar luego. Y una cosa que no me llamó la atención en ese momento y que adquirió importancia po-

Tripulado por el mayor León alcanzó a volar hasta las proximidades de la ciudad de Chimbarongo. Apenas cruzado el río Tinguiririca, sobre las vegas de la ribera sur, el helicóptero hizo explosión y se vino abajo transformado en una pelota humeante. (1) (2)

Salvó con vida, aunque con graves quemaduras el sargento Héctor Saldaña Olea. Las primeras patrullas de rescate llegaron al lugar del desastre unos veinte minutos después de ocurrido y ya nada había que hacer por el resto de los tripulantes. (2) Primero en ambulancia al policlínico de Rengo y luego en otro helicóptero hasta la posta central en Santiago, Saldaña quedó hospitalizado en el pabellón de quemados de ese hospital. Quince días después y cuando estuvo en condiciones de hablar fue interrogado por primera vez. Y a continuación, durante dos meses seguidos. Cuando fue dado de alta, por los médicos y por los hombres de Inteligencia, ascendió a Sargento primero y fue reincorporado al arma aérea del ejército. (3)

co después: retrasaron la partida. En un momento noté un cambio. Si, querían terminar pronto, pero de repente noté otra cosa, sentí que nos querían retener. Mi mayor León lo percibió, pero fue tarde. Esos diez minutos finales, cuando nos hicieron esperar el café fueron los fatales.

(1) Grabación No. 29. Testimonios del cabo Juvenal Segundo Herrera Escobar:

J.S.H: Mi coronel salió un momento del barracón donde conferenciaban con los ocupantes del helicóptero y me hizo llenar el estanque del aparato hasta que se rebalsara...,y yo le había dicho que no era necesario, que el estanque estaba en sus niveles máximos...,yo hice el curso de mantención de helicópteros en...(pausa) si, después me dijo que me fuera y él se quedó rondando la cola, mirando bajo la estructura, como buscando algo...

(2) Grabación No. 30. Testimonios de Juan Jeria, campesino, habitante habitual de la hijuela 23, Corporación de la Reforma Agraria CORA, fundo Los Bordes de Rengo.

(también en fojas 112 y siguientes, sumario interno, Fiscalía General del Ejército. REF: Accidente que se indica. "...siniestro sobre helicóptero Puma matrícula 810013-2 y otros...")

(3) Folio No. 45 Acta de Ascensos. 28 de Enero..., asciéndase y reincorpórese al sargento d. Héctor Saldaña Olea...

No interesa lo que le ocurrió a Saldaña hasta las postrimerías de la dictadura, postrimerías que para el ya suboficial mayor se iniciaban, como ya sabemos, con otro desgraciado accidente.

Anexo 1.

Si bien es difícil creer en lo que dice el general en relación a la organización misma del golpe de 1973, no cabe duda que a pesar del apresuramiento y la improvisación todo le funcionó escandalosamente bien. Sobre todo las comunicaciones.

El general nunca había oído hablar de Cubresuelo, lo que en absoluto era extraño ya que él había accedido a los altos mandos sólo en los últimos años de la década del sesenta. No le costó, sin embargo, darse cuenta que su aparición, si era inoportuna le iba a significar algo más que perder el liderazgo del golpe.

En alguna oportunidad, sin que pudiera rescatar de su memoria apresurada por el golpe algún nombre propio, recordaba haber escuchado de un movimiento latinoamericanista, bolivariano, que por lo arcano le sonaba a masón. Nunca hizo caso. El era un nacionalista irrenunciable y después de leer un par de manuales aquello le olía demasiado a internacionalismo y esa palabra estaba prohibida.

Antes que el helicóptero del mayor León se elevara desde Peldehue con rumbo informado a Valparaíso, el general sabía que no era así. Conocía el itinerario exacto de León y la importancia que en esos instantes tenía para Cubresuelo. Ese temor y la desinformación le impidieron mandar a detener al mayor antes de que abordara el helicóptero.

Y aunque el general siempre se mostró partidario de las soluciones finales, habría dado casi cualquier cosa por conocer el contenido del portadocumentos del traidor. No sabía quienes apoyaban a Cubresuelo, cuántos eran y qué fuerzas podrían desencadenarse si se divulgaba que León había sido arrestado.

Procediendo deductivamente, en media hora que pasó desapercibida hasta para el mismo mayor León esa noche del once de setiembre, el general y sus incondicionales concluyeron que el agente de Cubresuelo haría descender el helicóptero en uno de tres posibles lugares: regimiento ferrocarrilero de Puente Alto, regimiento Guardia Vieja de Los Andes o en el motorizado de Rancagua. Se confiaba que los tres coroneles a cargo no pertenecerían a Cubresuelo. El general tuvo suerte por primera vez: el jefe del regimiento motorizado de Rancagua no sólo no pertenecía a Cubresuelo, además era un experto en explosivos.

El coronel destacado como jefe del motorizado de Rancagua prefirió no detenerse a pensar en la orden recibida directamente del general. El telefonazo desde Peldehue no lo había sorprendido: todos los oficiales leales estaban esa noche muy despiertos, atentos contra la guerrilla urbana, contra el terrorismo organizado. Eso sí que mientras preparaba el plástico no dejaba de sentir una especie de melancolía; total el mayor León había sido de la misma promoción.

Y aprovechando que su antiguo camarada de armas se tomaba el café y que el helicóptero se reabastecía hasta el tope de combustible, colocó el explosivo en el ferraje de la cola. El plástico por lo menos la desprendería y todo el mundo sabía que un helicóptero sin cola se viene abajo de todas maneras. Cuando les hacía señas con la mano, rogó a Dios que si no iban a volar muy alto, ojalá fueran bastante rápido.

Cuarta Aproximación
(El último helicóptero)

El primero de Mayo del año en que se inicia la guerra civil fue el más significativo que haya tenido nunca la república. Aunque un plebiscito convocado por el general pocos meses antes había arrojado resultados que le eran aparentemente favorables, ese inolvidable día se reunieron más de un millón de ciudadanos. Y ni (el general no había sido invitado) la amenaza de una escalada represiva, ni la renovación de la fe en la antipolitiquería de las mujeres, ni la clausura de la revista Hoy, ni el discurso del ministro de Hacienda, ni el despliegue masivo de efectivos militares lo impidieron. Llenaron la Alameda desde el monumento de Carlos Walker hasta más arriba de la plaza Baquedano. Recordaba a las concentraciones políticas que precedieron al triunfo del Presidente Allende. En los días anteriores al primero de mayo, los trabajadores levantaron sucesivamente ocho tribunas para que desde ellas hablaran sus representantes, pero durante las cuatro horas del toque de queda fueron ocho noches derribadas y quemadas.

Temprano acudió la multitud, silenciosa y pacífica, esperando hasta las siete y media de la tarde, cuando desde las calles que convergían en la Alameda, también repletas de gente, empezó a correr el rumor y a confirmarse la tragedia.

El helicóptero que traía desde las minas de carbón de Lota a Moisés Parada había sufrido un accidente al antrar a Santiago, sobre las suaves lomas cubiertas de viñas del valle de Pirque.

Las radioemisoras dieron noticias sobre el futbol español, sobre el derrame de petróleo en las costas de Madagascar y sobre la producción de trigo en la granja de Soljenitsin. Pero la muchedumbre comenzó a desplazarse hacia el sur de la capital.

Por la avenida Vicuña Mackenna, por la avenida Paraguay y San Diego, por avenida Matta y por Bustamante las columnas interminables fueron moviéndose hacia Puente Alto y Pirque.

Ya casi nadie hablaba, los hombres y las mujeres llevaban el

alma consternada, la voluntad endurecida, la conciencia despejada. Fue la primera y única vez que el general estuvo a punto de comprender por qué iba a desencadenar una guerra civil.

-Detengan a esos cabrones antes de que lleguen a Puente Alto, hagan desaparecer al helicóptero, aquí no ha pasado nada, saquen los blindados a la calle, disuelvan ese montón de comunistas, que venga Fernández...(1)

Pero no pudieron detenerlos. La cabeza de la columna se movía lenta e inexorable. A las ocho y media de la noche sobrepasaba el hospital Sótero del Río y poco antes de las once llegaba a la plaza de Puente Alto. A Pirque quedaban dos horas de marcha, al sitio de la tragedia una más. Las tropas miraban. El fusil terciado al pecho, el casco ladeado, los ojos inmóviles, fijos en todos esos hombres y mujeres que parecían no avanzar.

Desde el hospital militar se habían despachado tres ambulancias. Los médicos de turno se habían rehusado a subir en helicóptero. (2) Pero el helicóptero caído estaba lejos del camino, unas cuatro millas al interior de la viña Santa Rita, parpadeando entre los rodrigones, los viñedos y los surcos de la tierra. Cuando los camilleros pudieron

(1) Grabación No. 33. Testimonios de H. García, (también en anexo 6)

(2) Grabación No. 34. Testimonios del Dr. Angel Droguett A.

E: ¿Qué cargo ocupaba Ud., dr. Droguett, en hospital militar el primero de mayo del año en que se inicia la guerra?

A.D.A: Era jefe del servicio de urgencia.

E: ¿Qué urgencia le tocó resolver ese día?

A.D.A: Fueron varias, pero me imagino que Ud. se refiere a la del helicóptero.

E: Precisamente.

A.D.A: Si, comunicaron que un helicóptero del ejército había sufrido un accidente en la localidad de Pirque.

E: ¿Sabía Ud. quienes tripulaban el helicóptero?

A.D.A: No, no lo sabía.

E: Quizás si lo hubiera sabido...

A.D.A: No condiciono la medicina a la identidad de los pacientes.

E: ¿Qué hizo Ud. al saber del accidente?

A.D.A: Quise comunicarme con el dr. Silva, director del hospital militar.

E: ¿Lo hizo?

A.D.A: El dr. Silva tenía la rara cualidad de saber desaparecer cuando las circunstancias lo aconsejaban..., era democratacris...

E: Eso no interesa en esta entrevista.

A.D.A: En todo caso no lo encontré en ninguna parte.

E: Continúe por favor.

aproximarse descubrieron los fierros ennegrecidos, el plastiglás deformado y tres cadáveres todavía atados en sus asientos. (1)

A.D.A: Ordené a dos médicos subalternos que con dos ambulancias concurrieran hasta el lugar del accidente. En forma simultánea me comuniqué con el director y jefe de turno del hospital de Puente Alto y traté de ordenarle más o menos lo mismo.

E: ¿Qué respuesta obtuvo?

A.D.A: Obtuve una pregunta. Si el helicóptero era civil o militar. Le dije que era militar y él se negó a prestar ayuda.

E: ¿Qué hizo Ud.?

A.D.A: Llamé al jefe de la Plaza.

E: ¿Pudo hablar con él?

A.D.A: El habló conmigo.

E: ¿Cómo?

A.D.A: Me ordenó que abordara un helicóptero, rescatara los cadáveres, dijo cadáveres, y que los trasladara a la escuela militar.

E: ¿Aceptó Ud.?

A.D.A: No.

E: ¿Cómo reaccionó?

A.D.A: Como era habitual. Me insultó, me gritó por el teléfono, me trató de comunista maricón y que no era el momento para resistirse a las órdenes de esa jefatura. Entonces reuní a los profesionales de mi turno, les dije que yo tenía dos hijos y que ningún hijo de puta me iba a obligar a subir a un helicóptero y que tampoco estaba para que me trataran como una basura... Anuncié que renunciaba. Casi todos hicieron lo mismo. No sé que pasó después. Al día siguiente, dos de mayo, con mi mujer y mis hijos pude pasar a Valparaíso. El tres de mayo ya estaba trabajando en el hospital Van Buren del puerto.

E: En el otro bando.

A.D.A: Tómelo como quiera.

(1) Grabación No. 35. Testimonios del cabo engrmero Archibaldo Donoso.

E: ¿Qué impresión tuvo Ud. al llegar al helicóptero?

A.D: Estaban los tres muertos. Se notaba a la legua, negros, todos quemados, muertos.

E: ¿Sabía Ud. en ese momento que el helicóptero llevaba cuatro hombres?

A.D: Si, lo habían comunicado por radio a la ambulancia.

E: ¿Y el cuarto?

A.D: Le juro que nunca lo ví.

Pausa.

E: ¡Cálmese!

A.D: Y reconocí a Parada. Sus dos metros y su cabeza..., deformando el techo de plástico del helicóptero.

E: Gracias.

Moisés Parada había sido líder sindical entre 1968 y 1969. Expulsado del partido comunista en 1970, apoyó la candidatura presidencial de Salvador Allende como un simple ciudadano. El Presidente se lo agradeció en público en una de sus giras triunfales después de setiembre y aunque a Corvalán no pudo haberle gustado la actitud del Presidente para con un expulsado, nunca pudo dejar de reconocer que Parada era un luchador ejemplar.

Pero Parada se disolvió. Desplazado de las mesas directivas sindicales por los comunistas, se transformó en un minero más del carbón. El golpe de estado del once de setiembre lo pilló en la profundidad de un pique y durante tres días no se movió. No tenía miedo y salió a la superficie llorando, pero no lo tocaron, ya sea por ignorancia de los servicios de seguridad o porque ya no era considerado un factor peligroso. Siguió trabajando en los piques y durante todos los años del general pareció desvinculado de toda actividad política. Hoy se sabe que eso no es cierto. Cinco días después del golpe se reafilió al partido comunista, ya en la clandestinidad, y fue el verdadero agente de éste entre los mineros de Lota y Schwager en Concepción. Jamás lo descubrieron.

En la bitácora secreta del partido (1) figura como el activista que mayor número de veces reunió a los camaradas en su propia casa, el que mayor número de nuevos militantes reclutó, el que más sindicatos mantuvo vivos en la clandestinidad, el que colaboró con más entusiasmo en mantener el espíritu de lucha de sus compañeros, el que siempre estuvo detrás de las demandas de los mineros, de sus denuncias y de las continuas exigencias por el respeto de sus derechos adquiridos.

Moisés Parada salió del anonimato cuando el equipo económico que movía al general decidió considerar al carbón como poco rentable para el Estado y licitarlo publicamente. Moisés Parada, en el comedor de su casa, con una imprenta escolar con tipos de goma y

(1) Ref: "Historia del Partido Comunista en la Clandestinidad". Capítulo XIX: "Moisés Parada, El Camarada que Salió de las Negras Entranas de la Tierra de Concepción". Imprenta Horizonte.

tampones de tinta fiscal inició la publicación de "El Minero Clandestino". Su primera tirada, de cincuenta ejemplares, fue reproducida en forma íntegra por El Mercurio de Valparaíso. El periódico de Parada se ganaba el derecho de las encíclicas.

Al gobierno no le gustó la publicación. Y después de unas palabras conciliadoras y estúpidas por parte del entonces ministro del trabajo (1) el propio general decidió tomar cartas en el asunto y convocó a su despacho al intendente de Lota. (2)

El segundo número de "El Minero Clandestino" aludía a la situación desesperada de los obreros del carbón y denunciaba las maniobras tendientes a la licitación de las minas y su futura y rentable explotación por el capital privado.

No tardaron los servicios de seguridad en encontrar la imprenta. Allanaron la casa de Parada y destruyeron los tipos de goma y los tampones junto con todo el papel no utilizado y todo el mobiliario. Al editor no necesitaron buscarlo demasiado; Moisés Parada se había encadenado con una cadena de tres pulgadas en el pique más profundo de Schwager.

Antes de hacerlo había hecho correr su decisión hacia destinos apropiados y esa misma tarde bajaron a la mina el Arzobispo de Concepción, un periodista de la revista Hoy y un abogado exonerado de la universidad. A pesar de los esfuerzos de la oficina de censura y prensa del ministerio del interior y de las sugerencias de la secretaría nacional de la juventud y de la mujer en el sentido que se dejara podrir a ese comunista en el fondo del pique, su imagen viajaba, transformada en telefoto, el mundo entero. Se le veía la cara iluminada por los flashes electrónicos y por su sonrisa interminable y su gran corpachón encogido en la entrada del pique 192. Con una barrena había incrustado un espigón de acero en la roca y en él había soldado dos cadenas que lo sujetaban en los tobillos. Junto a él y escrita con los mismos tipos de su imprenta, tenía una pancarta: Si tratan de sacarme por la fuerza haré volar la dinamita. Y debajo de sus pantalones de mezclilla se podían ver tres o cuatro cartuchos, de mecha corta y cebada.

El gobierno canceló un amenazante lock out, prometió suspender la venta de las minas y ofreció crear una comisión para estudiar

(1)(2) Consultar los diarios oficialistas de la época.

con cuidado la situación del carbón. Moisés Parada accedió a que dos soldadores lo liberaran de sus cadenas sólo cuando leyó la noticia en un diario argentino.

Su ascenso como dirigente sindical fue violento y llamativo y sus posiciones fueron inflexibles y maduras. Al general no le quedaba más remedio que tratar de deshacerse de él.

El treinta de abril del año en que se inicia la guerra civil, Moisés Parada era el líder obrero indiscutido de la oposición y se aseguraba que hablaría en dos concentraciones del primero de mayo. Una en Lota, la zona del carbón y otra en la capital. Su obsesión por estar en ambas partes le llevó a cometer el error más absurdo de su vida; solicitó al intendente de Lota un helicóptero para poder trasladarse a Santiago una vez finalizada la reunión en Lota. Dicen sus allegados que estaba tan eufórico que ni la desusada amabilidad del coronel Morales le hizo entrar en sospechas.

El suboficial Mayor Héctor Saldaña Olea llevaba el cerebro impregnado por el recuerdo de ese doce de setiembre, cuando un milagro le salvó la vida. (1) Con frecuencia, de preferencia durante el sueño, una avasalladora pestilencia lo despertaba. Al principio creyó que emanaba de él mismo o de sus ropas, pero luego se convenció que no era más que un extraño aviso de su imaginación. Consultó a innumerables médicos en busca del origen de tal olor, pero en todos ellos no encontró más que respuestas evasivas y órdenes para electroencefalogramas. (2)

Un día cualquiera, durante un ensayo de campaña en la escuela de suboficiales donde era piloto instructor, reconoció la pestilencia y disculpó a su imaginación indebidamente presionada por el accidente. Ese olor dulzón, penetrante, inevitable y muchas veces indefinible era muy parecido al que desprendía la amón-gelatina a punto de estallar. Ese día, entonces, también tuvo la certeza absoluta de que el mayor León había sido asesinado.

(1) Por influencia de su madre, Héctor Saldaña Olea era un devoto y penitente de don Juan Bosco (San)

(2) Neurólogos y siquiátras consultados y a la luz de los antecedentes clínicos que se poseen de Saldaña Olea, han coincidido en que el suboficial sufría de un pseudo delirio y no de una epilepsia temporal.

Poco después, y utilizando unas vacaciones cortas en las que fingió viajar a Copiapó, en el norte del país, Saldaña regresó al Tinguiririca. Con un terno brillante por el uso y un maletín de vendedor de casimires, recorrió los ranchos aledaños al lugar de su accidente y desapareció tan rápido y silencioso como había llegado. Apenas si llamó la atención el hecho de que su valija en lugar de aparecer más vacía y liviana por las ventas, se veía más gruesa y se adivinaba más pesada. (1)

Descansó unos días en una pensión del barrio Catedral y poco antes de que terminara su feriado, pero esta vez vestido con un elegante traje de alpaca y camisa de seda, entró en las oficinas principales del banco Sudamericano y pidió arrendar una caja de seguridad. Teniendo como testigo a uno de los subjefes de comisiones de confianza, Héctor Saldaña Olea, bajo el nombre falso de Héctor Saldañas Oñate, depositó un archivador con tapas de cuero y candado de cuatro claves. (2) Lo reconoció, a la salida, un primo hermano, Manuel Ortúzar Saldaña. (3)

El primero de mayo del año en que se inicia la guerra civil Héctor Saldaña Olea estaba de turno de vigilancia en el campo de Colina. Ahí se encontraba la base del brazo aéreo del ejército y

(1) Grabación No. 35. Testimonios de Juan Jeria Fuentes.

(2) Grabación No. 37. Testimonios de Carlos Muranda E., subjefe del departamento de comisiones de confianza del banco Sudamericano. C.M.E.: No necesito fotografías, quien solicitó guardar un valor en una de nuestras cajas de seguridad en la fecha que Ud. señala fue Saldaña, que duda me cabe si ya bien lo conozco por las fotos de los diarios.

E: Le ruego lo identifique con su nombre completo...

C.M.E.: Héctor, creo, Saldaña Olea.

(3) Grabación No. 38. Testimonios de Manuel Ortúzar Saldaña.

E: ¿Reconoció a su primo Héctor Saldaña Olea saliendo del banco Sudamericano en la fecha que se indica?

M.O.S.: Si no se hubiera hecho tan famoso yo no recordaría ese día. Lo ví, elegante, sin uniforme, saliendo de ese banco, en la calle Morandé. Le pregunté si acaso se había ganado la lotería y me respondió que no, mire yo no tenía mucha relación con él y pensé que había metido la pata, por todo eso de que los militares se habían enriquecido y pensé que mi primo podía pensar que lo estaba tratando de ladrón, uno ya no sabía cómo podían reaccionar los milicos...

E: ¿Puede Ud. identificarse?

M.O.S.: Manuel Ortúzar Saldaña, primo hermano del mentado...

siempre habían dos helicópteros listos para partir. Al sub oficial mayor Héctor Saldaña se le dió orden de despegar a las once de la mañana, sin rumbo ni instrucciones, las que posteriormente se le proporcionarían por radio. Era un procedimiento habitual. Cuando estaba en altura de vuelo se le mandó dirigirse al sur, a la ciudad de Lota, con la radio conectada al radio faro de la base y con la prohibición expresa de no informar su posición en ningún momento. Nada alertó a Saldaña, quizás sólo la prolongada antesala en el despacho del coronel en circunstancias que el helicóptero tenía ya las aspas girando.

Fue un vuelo normal, sin turbulencias, sin nubes, con el receptor de radio sintonizado en las emisoras oficiales del gobierno que en homenaje a los trabajadores emitía música folklórica. Sobrevolando Lota, a las dos de la tarde, se le comunicó que debía descender en el patio de la intendencia. Esperó hasta alrededor de las cinco de la tarde. A esa hora se le dijo que había llegado un pasajero y debía trasladarlo a Santiago, donde aterrizaría en el techo del ministerio de defensa, frente a la antigua plaza Bulnes. Ahí estarían esperando al pasajero. Durante el vuelo de regreso tampoco habría comunicación por radio.

Saldaña reconoció a Moisés Parada de inmediato. Usaba unos pantalones de mezclilla azul y una camisa de lanilla oscura. Avanzó con sus zapatones gigantescos desde la puerta de entrada de la intendencia y saludó a Saldaña con su mano abierta, un generoso y enorme abanico de calor y trabajo.

-Compañero -le dijo -me hace Ud. un gran favor permitiéndome participar dos veces en el primero de mayo.

Saldaña retribuyó el saludo y le pidió que lo siguiera. Salieron al patio de la intendencia y subieron al helicóptero.

El viaje se volvió monótono y silencioso en cuanto Moisés Parada se percató que su palabra comprometía a los tres hombres que tripulaban el helicóptero. (Anexo 2.)

En los asientos delanteros de Siddeley de tubo hélice iban Héctor Saldaña y piloteando el sargento lo. Evaristo Salas Mejías. Junto a Parada, atrás, el cabo lo. Hernán H. Figueroa Brandt. Vo-

laron a mayor altura y velocidad y reconociendo un frente de vientos aciclonados el piloto decidió, previa consulta a Saldaña, penetrar al valle de Santiago por el oriente, pegándose más a la cordillera, atravesando los valles del Maipo y las quebradas de Pirque.

Ensimismado por una inquietud desconocida, Saldaña tardó en darse cuenta que empezaba a percibir el olor. Cuando la percepción se hizo conciente, no titubeó. Inclinandose sobre el piloto tiró de la palanca de comando y lanzó al helicóptero en picada contra la viña que sobrevolaban. Sin perder la calma y mientras que con una mano hacía descender al aparato y con la otra se liberaba del cinturón de seguridad, gritó a sus acompañantes que hicieran lo mismo, que el helicóptero estaba a punto de estallar.

La bomba había sido puesta en la cola, casi bajo el asiento que ocupaba Moisés Parada e hizo explosión cuando la máquina estaba a un par de metros de altura, bamboleándose sobre los racimos. Saldaña, el único que había alcanzado a desamarrarse, fue expulsado con violencia y cayó lejos, a unos diez metros del helicóptero. Los otros tres murieron instantaneamente, Salas y Figueroa carbonizados, Parada con el cráneo destrozado contra el plexiglás de la cabina donde lo había hecho impactar la amón gelatina. Fueron los tres cadáveres que encontraron los enfermeros de la ambulancia cuando, más tarde, lograron acercarse al sitio del desastre.

Saldaña, obnubilado por el golpe, furioso por su estupidez, incrédulo por su fortuna y abrumado por la culpa, se alejó, arrastrándose, del lugar.

No cabe duda que durante parte del vuelo, la primera media hora, los hombres que viajaban en el helicóptero conversaron. También es posible que entre Parada y Saldaña se hubiera producido una especie de intercambio de información. Y es probable que parte de esa información fuera confidencial.

Parada había anunciado que ese primero de mayo, en Santiago, denunciaría. Al estilo de Zola en el Yo acuso, o de Luther King, en el Yo tuve un sueño, Parada pensaba precipitar una condena nacional e internacional que obligara al general a replantear una vez más sus políticas o, en definitiva, irse. La denuncia tenía un nombre: Cubresuelo.

"Denuncio a Cubresuelo. Denuncio a quienes han implementado a Cubresuelo. Denuncio a quienes han tergiversado groseramente al bolivarianismo. Denuncio a quienes intentan crear una superestructura de poder militar latinoamericano. Denuncio a quienes dominados por el capital transnacional tienen como objetivo final el vasallaje de los pueblos americanos. Denuncio a esa monstruosa organización, base orgánica del militarismo, que no ha vacilado en detener, torturar o asesinar. Denuncio a Cubresuelo. Yo denuncio a los hombres de Cubresuelo".

Con seguridad Saldaña no comprendió, al principio, lo que Parada quería decir. Después, como él mismo lo reconoce, hizo la relación. Pero había sido tarde, el helicóptero había sido derribado y Parada no había logrado denunciar nada.

No supo, desde luego, que su muerte fue un detonante más poderoso que cualquier discurso. Que el objeto de su denuncia se había cumplido y que el general se había equivocado al pensar que el silencio impuesto por la represión y el asesinato iba a tener, otra vez, el mismo efecto embrutecedor. (Anexo 3.)

El general manejaba información oportuna, fresca y veraz. Sus conductos eran variadísimos y se le atribuía a ellos un papel importante en la permanencia tan prolongada en el poder. Ellos iban desde los tradicionales servicios de información del gobierno y de sus ministerios hasta los servicios de seguridad autónomos (Central Nacional de Inteligencia) y de las fuerzas armadas y de orden. (Servicio de Investigaciones) Pero también tenía informantes o estructuras orgánicas de informaciones en otros servicios públicos o privados. Eran conocidos los de Televisión Nacional, a cargo de García, (Anexo 6.) del ministerio de Educación a cargo del mismo ministro, de la universidad, cuya central de soplaje estaba en un departamento de especialidades del hospital clínico José J. Aguirre, a cargo del judío Blum, de la administración del teleférico y del zoológico, a cargo de un tal Navarro de quien se decía, además, que se comía los jabatos cuando cumplían cuatro meses, del colegio médico, a cargo de un médico llamado Riesco, de los almacenes Paris y de otras innumerables entidades en cuyo seno se alojaban hombres y mujeres ansiosos de poder contribuir con un soplo a la paz y a la integridad nacional.

-Moisés Parada está al tanto de lo de Cubresuelo y piensa decir todo lo que sabe en la concentración del 10. de mayo en la ex plaza Bulnes.

-¿Se ha conversado con él? ¿se le ha tratado de persuadir de que no es cierto y que esa información falsa perjudicaría al país?

-Sí...,pero insiste que Cubresuelo existe y que está infiltrado en los altos estratos del ejecutivo y que su denuncia...

-¿Se ha pensado en otros métodos?

-¿En cuáles métodos?

-No sea imbécil, coronel.

-No estoy al tanto de Cubresuelo.

-No es necesario.

-Sea cual sea la solución que se le de al problema Parada, con seguridad será yo quien lo lleve a cabo.

-Con seguridad.

-Razón, mi general, para que sepa de que se trata Cubresuelo.

-Lo sabrá a su tiempo...

-.....

-.....

-Moisés Parada piensa denunciar a Cubresuelo...

-¿Cómo?

-El lo. de mayo en la concentración...

-Hay que impedirselo.

-Ministro, hemos tratado de hacerlo desde que lo supimos.

-El general se va a contrariar.

-El general tendrá que saberlo.

-No estoy discutiendo eso.

-El general debe saberlo pronto.

-Al general deben presentársele los problemas con las alternativas de solución..., en este caso, ¿qué soluciones propone Ud., general?

-Se lo ha tratado de convencer de que no lo haga.

-¿Y...?

-Insiste.

-No me va a decir que no se le ha ocurrido ninguna otra cosa.

-Ministro, Ud. es mi superior jerárquico, Ud. debe participar de las decisiones...

-Y compartir las responsabilidades.

-Yo soy un general de la república, cuando ascendía sabía qué responsabilidades tendría...

-Otras veces no consultan.

-Este caso es muy delicado.

-Según recuerdo al general Contreras..., él decía que los problemas delicados debían solucionarse sin delicadeza.

-Conocemos la eficiencia del general Contreras...

-Para meter la pata.

-Señor Ministro...

-Lo siento general.

-¿Alguna proposición?

-Oficialmente, el caso Parada es de responsabilidad de los servicios de seguridad.

-Que dependen de este ministerio.

-En lo administrativo.

-Siempre tuve la sospecha que la campaña de desburocratización había sido una farsa.

-Señor general...

-¿Le informa Ud. o le informo yo?

-¿Cree Ud. que el general ya no lo sabe?

-Es posible.

-.....

-.....

-¿Me viene a quitar el tiempo por el asunto ese de Parada?

-Sí, general.

-Cubresuelo es secreto de Estado. Haga los arnglos necesarios para que ese Parada no hable en ninguna parte.

-Se niega...

-No se haga el huevón general. No quiero que se vuelva a hablar ni a saber de Parada. No quiero que un hijo de puta me revuelva el gallinero, encárgate de Parada y no me hueveen más o es que también tengo que preocuparme de todo...

-El general Contreras...

-A veces siento que ese carajo me hace falta.

-Si mi general.

-.....

-.....

-Parada solicitó a la intendencia de Lota un helicóptero para trasladarse a Santiago.

-¿Está seguro?

-Sí.

-Gracias a Dios, concédalo, concédalo...

Jesús Mancini tuvo acceso a la información que poseía Parada y a los documentos que llevaba Ronald León y que Saldaña recuperó del accidente en 1973.

Mancini se había decidido a realizar su investigación sobre Cubresuelo al ver la ceguera de los dirigentes que se habían alzado contra el general después del atentado y asesinato de Parada. Sabía que demostrándoles qué era Cubresuelo y en qué consistían sus planes Terra Nostra y Acuario, lograría interesarlos. Tenía la certeza de que el tiempo corría en favor de Cubresuelo y que era urgente creer en su existencia para poder destruirlo.

Aun con su informe no le creyeron. Mancini se dio cuenta que su vida corría serio peligro. Se corrió la voz de esa 'locura' de Cubresuelo y los de Cubresuelo supieron que Mancini había logrado información límite, indivulgable y no comprendieron por qué no le habían creído. A punto de modificar y postergar todos sus planes recibieron un mensaje de ICOSYS. Tan descabellado parecía el plan Terra Nostra y el plan Acuario, tan insólita la existencia de Cubresuelo que estadísticamente no era verosímil.

Mancini abandonó Antofagasta y eligió el camino opuesto de quienes huían del general. Regresó a la capital. Llevaba una copia del Informe que había decidido entregar a los líderes de la resistencia interna o, a través de ellos, al Vendedor de Globos Terráqueos. No lo logró.

A Jesús Mancini lo seguían. Conducía un automóvil por la avenida Independencia. Entrando a Santiago por el norte, después de burlar de una u otra manera todos los controles militares y policiales del general. Pocos autos circulaban por la capital, el racionamiento y la requisición hacían el tráfico rápido y expedito, pero el Toyota blanco, sin patente, era inconfundible. Mancini sabía que tenía poca opción. Los hombres del CNI lo arrinconaron frente a la calle Zañartu, pero Mancini en hábil maniobra hizo girar su pequeño vehículo y logró remontar la calle, hacia el oriente, pegado a los muros del cementerio general. Cuando pasaba junto a las puertas del cementerio detuvo el auto con brusquedad y corrió hacia su atrio oscuro y solitario. Era domingo y la tarde se venía encima. Los

agentes del general estrellaron el Toyota contra las escalinatas del cementerio y se lanzaron en su persecución. Lo encontró la quinta unidad de refuerzo que había entrado al cementerio por la puerta de Recoleta. Jesús Mancini se defendió y sólo soltó la Walter cuando un balazo le reventó el cuello.

No encontraron nada de importancia en el cuerpo ni en las ropas de Mancini, apenas sus documentos y una libreta de pocas hojas en la que, al parecer, llevaba una lista de libros que leer o recomendar.

-Para mi mujer, si me sobrevive: "A La Recherche du Temps Perdu", de Marcel Proust.

-Para mis hermanos si tienen tiempo: "La Muchacha de las Bragas de Oro", de Juan Marsé.

-Para mi hijo, si cae en manos de los hombres del Vendedor: "Die Blechtrommel", de Günther Grass.

Quinta Aproximación.

(Los siguientes pasos de Héctor Saldaña Olea)

La primera vez que Saldaña Olea vio el portadocumentos fue el doce de setiembre de 1973, colgando de la mano del mayor León, en Peldehue. Y la primera vez que vio su contenido fue en el interior del helicóptero, ya en pleno vuelo, cuando León lo abrió sobre sus rodillas y examinó mapas y documentos. Tuvo conciencia real de él una segunda vez cuando el helicóptero se vino abajo en las riberas del Tinguiririca y la tercera cuando reconoció el olor de la amón gelatina en el comando aéreo del ejército. Ahí se convenció que no había sufrido ningún accidente, pero que el atentado había estado dirigido contra León y que la causa estaba en el contenido del portadocumentos. Durante mucho tiempo dudó de lo que había hecho, pero no alcanzó a arrepentirse de haberlo escondido en una choza abandonada antes de que lo rescataran con vida.

Después, ya ascendido a sub oficial y con su lealtad incuestionada, se le ocurrió que el contenido del maletín del mayor León podría ser interesante y valioso. Entonces sabemos, se disfrazó de vendedor viajero, pidió unos días de descanso y lo recuperó.

Fue una faena desprovista de dificultades. Aunque la cubierta de cuero del portadocumentos había sido devorada por un musgo verde e insaciable el contenido, protegido por una lámina de asbesto, estaba intacto.

La noche que lo tuvo en sus manos, en la misma ruca donde lo había ocultado unos años antes, leyó los documentos. No tuvo que reflexionar mucho para llegar a la conclusión que esos papeles eran importantes y que algún día podrían serle útiles.

Días después, disfrazado de ejecutivo de empresas llegó hasta las oficinas del banco Sudamericano y puso los documentos en custodia. Trimestralmente y sin revisar la caja fuerte, renovaba el derecho utilizando una identidad falsa.

Y mientras observaba como las llamas devoraban el último helicóptero relacionó los documentos de León con la denuncia de Parada y resolvió darlos a conocer. Nadie, ni eso llamado Cubresuelo iba a intentar matarlo dos veces y quedar impune.

Con el uniforme chamuscado, con unas cuantas contusiones y quemaduras menores Saldaña se escabulló a través de las viñas de Santa

Rita. Buscó un camino vecinal y todavía confuso rogó por que ese primero de mayo no hubiera caído en feriado bancario. Descartó la posibilidad de regresar a su casa. No sobreviviría a la coincidencia de su segunda sobrevida.

Ignorante de lo que el accidente estaba provocando en el país, llegó hasta la casa de piedra donde le salvarían la vida. Una luz pálida se filtraba desde el interior. Empezaba a nevar en Pirque y en todo Santiago y Saldaña comprendió que no tenía elección. Golpeó con fuerza y pronto le abrió un hombre joven. Enflaquecido y calvo usaba una bata de colores vivos. Adentro lo acompañaban otros jóvenes, hombres y mujeres, vestidos en forma semejante.

-Adelante hermano, llegas a tiempo -le dijeron invitándolo a pasar.

Envuelto en un olor espeso a incienso y hierbas, Saldaña se desvaneció.

Despertó a media mañana del dos de mayo. Estaba lúcido, fresco, lleno de energía. El mismo hombre que lo había recibido le explicó lo sucedido. Le confesó que había escuchado su delirio y que le informaba que se había desencadenado un alzamiento contra el general y que los bancos permanecerían abiertos hasta el mediodía. Saldaña pidió cosméticos y ropa de mujer .

-Puedes utilizar nuestro auto -le dijo el hombre -debes de comprometerte a dejarlo en esta dirección.(1)

Nadie puso en duda la identidad de la Sra. Saldías que pasaba por el banco Sudamericano a retirar algunos documentos depositados por su esposo. Ella conocía la ubicación y la clave de la caja de seguridad. (Anexo 5.)

Héctor Saldaña Olea, disfrazado de pordiosero, con una monumental joroba y una lamentable cojera, cruzó las incipientes líneas del general y se refugió en Valparaíso. Ahí conoció a Jesús Mancini.

(1)Apuntes del Grupo Trascendentalista Arica.

Anexo 5.

(Breve y necesaria biografía de Héctor Saldaña Olea)

Héctor Saldaña Miranda fue el padre de Héctor Saldaña Olea. Es imposible no recordar la historia de este artista del disfraz, el ventriloquismo y la bohemia capitalina de las décadas del cincuenta y comienzos del sesenta. Nadie desconoce, tampoco, su final truculento, casi melancólico y tan increíble como su propia vida. (Saldaña Olea ocultó la identidad de su padre las veces que pudo, sin embargo a Jesús Mancini le confesaría que las enseñanzas que de él había obtenido le habían permitido salvar la vida. Esas enseñanzas obtenidas en los camarines y en el escenario).

Héctor Saldaña Miranda se había casado con una secretaria de la Caja de Compensación Agrícola (María Olea) a quien nunca le pareció adecuada la profesión de su marido. Cansada de hacer el ridículo junto a un marido que en medio de una fiesta aparecía disfrazado de gorila o de prostituta o que hacía salir su voz de un gato de yeso o de un armario lleno de marfiles, redujo su actividad a su rutinario trabajo y al cuidado de su hijo. Aburrida y marchita prematuramente, murió de una tisis galopante cuando el niño apenas tenía tres años.

Sin tener familiares ni amigos con quien dejar al niño, tuvo que hacerse cargo de él llevándolo al trabajo. Dormían de día y vivían de noche. Saldaña Olea tomaba su desayuno a las nueve de la noche y almorzaba a la una de la mañana. El último vaso de leche y la comida los tomaba a las siete, viendo salir el sol. Aprendió a leer y a escribir con las generosas bailarinas del Picaresque y finalmente, al enamorarse su padre de la corista boliviana Victoria Melgarejo, llamada la Galaxia del Titicaca o el Huracán del Altiplano, fue internado en el liceo Barros Arana.

Entonces perdió el contacto con su padre. Pero nunca le faltó nada e incluso llegaba dinero para pasar el verano en la colonia que el internado tenía en el balneario de Las Cruces. Un buen día el rector del liceo le comunicó que la dirección le había otorgado una beca, razón por la cual no volvería a recibir dinero ni encomiendas de su padre.

Héctor Saldaña sabía que el Barros Arana jamás había concedido una beca e intuyó que algo raro y grave le había sucedido a su padre.

Lo supo por el diario Clarín que un compañero introdujo, el fin de semana y de contrabando, al internado.

Su padre había tenido un matrimonio intenso y más que duradero desde el punto de vista estadístico, pero fue ese exceso de tiempo y pasión el que lo llevó a la ruina total. La Galaxia del Titicaca era una mujer caprichosa, histérica y poseída por un patriotismo fanático y endurecido. Saldaña Miranda estaba enamorado y aceptaba todo lo que ella le exigía. Muchas veces se les veía en el museo histórico nacional y todos admiraban la culta armonía de ese matrimonio que había superado las indignas secuelas de la guerra de 1879. Pero no era por razones de estudio que acudían al museo. La Galaxia obligaba a Saldaña a usar su ventriloquismo para poner en boca de los cuadros o los bustos de los héroes nacionales palabras que ella le iba dictando. Iba transformando la historia a su amaño, contradiciendo el heroísmo de Prat al saltar al abordaje del Huáscar y haciéndolo gritar que lo habían empujado. Le gustaba hacerle poner en la boca del comandante Eleuterio Ramírez que su muerte en Tarapacá había sido autoinflingida al no poder soportar la vergüenza de la rendición. De regreso a su casa le hacía reproducir los combates navales. Desnudos los dos, sumergidos en una tina descomunal que ella le había hecho comprar, rodeados de barquitos de juguetes con las banderas de ambos países, lo humillaba con terribles batallas y naufragios. Le permitía hacerle el amor un par de veces y luego, con la imaginación torcida por el nacionalismo le hacía imaginarse que sus nalgas eran la Punta de Angamos y que su miembro extenuado era la corbeta Esmeralda. Y lo hundía con golpes violentos y dolorosos hasta que hacía que Saldaña implorara la rendición.

El Clarín no escamoteó detalles del episodio final, ni aun del cadáver de Saldaña, flotando entre los barquitos, enflaquecido, apenas ocupando una esquina de la enorme bañera.

El suceso tuvo alguna repercusión internacional, pero a la Galaxia jamás la encontraron. Héctor Saldaña Olea se retiró del Barros Arana y después de deambular un par de días por la capital, se puso en la fila de los que aspiraban a ser suboficiales del ejército. Fue aceptado de inmediato.

Saldaña utilizaba las técnicas del disfraz y del engaño con desagrado, pero su habilidad era asombrosa. Mientras estuvo en el ejército siempre tuvo la ilusión de hacer la guerra con Bolivia, o por lo menos encontrar a la Galaxia para estrangularla con sus manos. Tuvo cierta compensación cuando el gobierno de Antofagasta le encomendó un cargo militar de importancia en la frontera norte; se reconocía que Saldaña había sido uno de los que habían permitido desenmascarar a Cubresuelo, a Terra Nostra y a Acuario.

Sexta Aproximación.

(El día que nevó en Santiago)

Estas aproximaciones no pretenden ser más que eso. Simples aproximaciones al Informe Mancini, documento denuncia del militarismo internacional. Pero esto no significa que no deban destacarse algunos hechos, cuya explicación coherente deberá hacerse, necesariamente, en otra oportunidad.

Por ejemplo, el levantamiento del 10. de mayo, la caída del helicóptero de Parada y la marcha monstruo de un millón de personas hasta Pirque..., ¿cómo se relacionan? ¿Notables coincidencias? ¿etapas lógicas de un proceso histórico incontrovertible? El alzamiento de Antofagasta... ¿fue favorable para el movimiento popular organizado?... El llamado Bloque para el Socialismo, ¿iba a ser capaz de enfrentarse con éxito a la dictadura en el plano militar? Una pregunta que se relaciona más con lo que pudo haber pasado que con lo que sucedió... ¿previó el movimiento popular y su vanguardia política el alzamiento o fue sorprendida por él? ¿En qué grado lo afecta esa sorpresa?... ¿ganan con ella terreno los elementos pro burgueses o en cambio se refuerzan los más revolucionarios?... ¿es un aventurero el Vendador o es un verdadero cuadro revolucionario?

Lo anterior será materia de otro estudio. Hay algo que no puede olvidarse, algo a lo que no puede restársele importancia. Cubresuelo no se consideraba verosímil. Aunque en teoría su existencia nunca fue negada, su realidad era cuestionada en forma absoluta. (REF: ICOSYS)

Cubresuelo y sus planes satélites abortaron en parte gracias a los antecedentes entregados en el Informe Mancini.

El día que nevó en Santiago la nieve cayó sobre más de un millón de personas. Más de un millón de personas que esperaban que Moisés Parada llegara desde Lota para hablarles. Sobre más de un millón de personas que esperaban, copando la ex-plaza Bulnes y sus calles adyacentes, que Moisés Parada les hablara de eso que se llamaba Cubresuelo. Sobre un millón de personas que no pudieron creer que se había estrellado otro helicóptero, aquel en el que venía Moisés Parada.

Desde el punto de vista cronológico histórico dos hechos se su-

cedieron ese primero de mayo. La movilización masiva del pueblo de Santiago y la precoz peregrinación de éste hasta el lugar donde recién había muerto Moisés Parada. Y en segundo lugar, el levantamiento de la armada y de las divisiones militares del norte. La trascendencia de ambos acontecimientos y la relación causa efecto que puedan tener, la maduración del proceso político y el debilitamiento del régimen del general, la correlación de fuerzas y su peso determinante..., esto no es materia de un análisis simplista.

La verdad es que el pueblo cansado por el inmovilismo, hastiado por el triunfalismo, alterado por la falta de libertad marchó hacia Pirque.

-Si no botan a ese cretino de Parada, yo no estaría aquí -fue el comentario simple y frívolo del general. Entonces ya estaba embarcado en el crucero Von Schroëders y huía para siempre del puerto de Coquimbo. (Anexo 6.)

A las tres de la madrugada llegaron los primeros caminantes a las viñas de Pirque. Aún ardían los restos del helicóptero, pero el cuerpo de Parada ya había sido retirado. Los hombres y las mujeres miraban un momento y se devolvían. Se devolvían a las sedes de los partidos disueltos o a sus sindicatos o lugares de trabajo. El ministro del interior a esa hora hablaba por cadena de radio y televisión y anunciaba la implantación del estado de sitio y del toque de queda. Advertía además de la inflexible posición del gobierno frente a los grupos provocadores e invitaba a la población, especialmente a aquella que caminaba hacia Puente Alto, que se retiraran con orden y tranquilidad a sus casas para no tener que lamentar desgracias irreparables.

A las tres y siete minutos se puso a nevar en Santiago (1) y un minuto después la marinería, la suboficialidad y la oficialidad del crucero Prat y de los destructores Aldea, Riquelme y Thompson sacaron los barcos de Valparaíso y se pronunciaron en contra del gobierno central de la república.

(1) Boletín de la oficina meteorológica, lo. de mayo del año en que se inicia la guerra civil.

La nieve cayó en abundancia en las primeras horas de ese dos de mayo y a las cuatro de la mañana el general Agustín Díaz Cabrera, comandante de la segunda división del ejército emitió una proclama en la que, junto a los soldados y oficiales, adhería sin condiciones a la rebelión de la armada en contra de la tiranía. (1)

Las fronteras del país se cerraron, los aeropuertos apagaron sus luces y durante todo el dos de mayo y parte del tres el mundo esperó ansioso la caída del general. Pero no fue tan fácil. Oficialmente la fuerza aérea no se pronunció y sus respectivas unidades, en definitiva, se separaron en lo geográfico y en lo ideológico. El director de carabineros apoyó, como era de suponer, al general. (2)

(1) Siete representantes de la marinería, cinco de la oficialidad y el vicealmirante Cristóbal Palma Fuentes, reunidos en el puente de mando del crucero Prat, consideraron agotada la gestión del general. Valparaíso ni Viña del Mar les opusieron resistencia. Las guarniciones militares se rindieron a los infantes de marina sin disparar un tiro y ningún hombre de mar se manifestó leal al régimen que se desmoronaba. Cientos de ciudadanos que aprovechaban el fin de semana trataron de huir despavoridos hacia la capital. El autodenominado Consejo Insurreccional de la Armada permitió la salida de la región a todos los que lo quisieran, poniendo sólo una hora tope. El almirante Merino, integrante de la junta que hasta entonces gobernaba el país, fue sorprendido en su residencia oficial de descanso. Esa noche, y sin resistir, fue embarcado en un avión Cessna desde Rodellillo y acompañado por su mujer y un asistente se le llevó a Mendoza donde pidió asilo. En Antofagasta sucedió algo similar. Desde el cuartel general, asiento de la segunda división del ejército, se leyó la proclama revolucionaria. Firmaban Díaz Cabrera por la oficialidad y el sargento lero. Manuel Valencia por las clases.

(2) Comunicado de la dirección general de carabineros, en la madrugada del dos de mayo: 'En la madrugada de hoy y obedeciendo a los siempre oscuros y ominosos designios de los políticos desplazados y del marxismo internacional, un grupo de soldados y marinos, desorientados y confusos, se ha alzado en contra del gobierno constitucional y del presidente de la república. En la seguridad de la lealtad y patriotismo de nuestras fuerzas armadas y de orden todas y convencido de la inutilidad de actos audaces y provocativos llamamos a nuestros compañeros a denunciar los intentos golpistas, rechazarlos y unirse en torno a sus oficiales leales y a la figura incontrovertible de nuestro querido general, presidente de la república'. Firmado: César Mendoza Durán, director general de carabineros.

La república se había dividido. (Mapa No. 1)

El general guardó silencio durante dos días y el cuatro de mayo, utilizando la red de radio y televisión, le habló al país. No dijo nada nuevo, salvo que no dialogaría con los rebeldes, que ellos supondría una tácita complicidad con el baño de sangre en que los marxistas quería sumir a la república, que no se opondría al arbitrio internacional sobre la base de su absoluta y auténtica autoridad y aseguraba que sería benevolente y generoso contra todos aquellos que depusieran la actitud golpista. Auguraba una fugaz duración a la aventura desleal y se veía en la obligación de advertir que las tropas del ejército no tardarían en iniciar la labor de recuperación y limpieza nacional.

Por su parte, los líderes del movimiento rebelde, reunidos en la intendencia de Valparaíso, lo conminaron a dejar el poder, enumeraron sus crímenes contra el pueblo y el fracaso de sus años de tiranía, le aseguraron la vida con su rendición y proclamaron los territorios libres de la república. (Mapa No. 1)

Durante dos meses, excepto en las zonas fronterizas de Coquimbo y Casablanca donde se producían escaramuzas sin importancia, ninguna acción militar hizo variar la situación inicial del primero de mayo. Otros hechos si, tanto en lo interno como en lo externo.

Dentro del país se produjeron migraciones masivas, a las cuales, en un principio ninguna de las dos partes beligerantes puso dificultades. Apenas se pedía la identificación y se buscaban armas. Todos los vehículos eran requisados y hasta los niños tuvieron que dejar sus bicicletas en los improvisados puestos fronterizos. El lento movimiento popular empezó a inquietar al general a mediados de junio. Los barrios altos de la capital eran los únicos que desarrollaban una vida normal. Este éxodo masivo, dramático, lento y conciente estaba dejando vacía la capital. Entonces, un siete de julio (del mismo año en que se inició la guerra civil) se erigió el llamado Muro de Santiago.

En lo internacional la polarización fue casi inmediata. Algunos países reconocieron el gobierno del Consejo Insurreccional y otros lo imputaron por espúreo. Las Naciones Unidas alentó a las par-

tes en el conflicto para que resolvieran las diferencias en paz y el Papa hizo lo mismo. (1)

En Europa y en otros países de América se observaron distintas reacciones a nivel de las embajadas. Algunos embajadores siguieron reconociendo el régimen del general, otros adhirieron al bando rebelde y abrieron registros para otorgar pasaportes a los compatriotas que quisieran regresar al territorio liberado.

Y cuando parecía que en definitiva el país quedaría dividido en dos por años interminables, se levantó el Vendedor, cayó Coquimbo en manos del general y Cubresuelo fracasó en el intento de provocar la invasión del norte del Perú por parte del ejército ecuatoriano.

(1) Adhieren y reconocen al Consejo Insurreccional y en el mismo orden: Bolivia, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Costa Rica, Panamá, Cuba, Nicaragua, México, Canadá, Portugal, Francia, Inglaterra, Italia, Holanda, Suecia, Alemania Oriental, Bulgaria, Hungría, Polonia, Rumania, Yugoslavia, Checoslovaquia, U.R.S.S.
Retiran sus embajadores manteniéndose neutrales: Argentina, Uruguay, Brasil, El Salvador, Guatemala, Estados Unidos, Alemania Occidental, Noruega, Bélgica, Dinamarca, República Dominicana, Japón.
Mantienen relaciones con el general: Paraguay, Honduras, Haití, China.

Séptima Aproximación.

(Jesús Mancini)

Jesús Mancini se enteró de la muerte de su padre mientras trabajaba en el subterráneo del banco de Constitución en la capital. Había estado casado con una mujer inteligente y algo histérica y tenía un hijo con claras inclinaciones al juego, el alcohol y las mujeres. (Este hijo después se alistó en el cuerpo de voluntarios del general entusiasmado por la promesa de condonación de sus deudas y en contra del consejo de su padre) Jesús Mancini era radical y masón, aunque ya casi no asistía a su logia; lo había desilusionado la mediocridad del gran maestro y la comodidad e inmovilidad de los jefes de la masonería ante los atropellos del general. Pero era un hombre obsesivo y trabajador y a pesar de la subterrneidad de su trabajo había alcanzado el puesto de subgerente de créditos. Tenía más o menos cuarenta y tres años y una admiración incondicional hacia su padre.

Por eso, cuando el estafeta del banco le comunicó que él había sido encontrado muerto, asfixiado por el carburo de sus lámparas de hojalata en la hermética soledad de su pequeño taller, Jesús Mancini comprendió que no podía seguir en el banco.

Asistió al funeral de su padre de riguroso luto y cantó junto a sus hermanos y compañeros de su padre el "A il amici...". Se quedó junto a la tumba el resto del día y no se despidió de su hijo, ya vestido de miliciano. En la noche, empapado por una lluvia monótona y pertinaz y por su llanto melancólico e irreversible, tomó una decisión. Caminó por la avenida La Paz, pasó frente al hospital siquiátrico donde habían tratado la depresión de su padre y chorreando el agua sucia de la garúa entró al centro cruzando la plaza de Armas. Abrió las puertas de fierro del banco, saludó con indiferencia al sereno adormecido, abrió las bóvedas cuyas claves conocía, las vació de pesos y moneda extranjera y en su vetusta citroneta cruzó las líneas del general en Casablanca.

El general había, un día, autorizado la importación masiva de los utilitarios y llamativos plásticos de Taiwán y Japón, los que habían desplazado para siempre y con innecesaria violencia la romántica, anticuada y brillante 'Hojalata Mancini'. El general era, en consecuencia, responsable de la ruina de su padre y de su inevita-

ble suicidio.

Detenido por una patrulla rebelde en un camino vecinal próximo al balneario de Mirasol, tuvo que entregar el vehículo y esperar un transporte militar que lo llevaría a Valparaíso. Sin ser registrado sólo se le pidió que entregara cualquier arma, si la llevaba y se le dijo que el Consejo Insurreccional castigaba con la pena de muerte todo acto de sabotaje o espionaje en favor del gobierno central. Se unió a un grupo de campesinos y obreros que esperaban, igual que él, sentados bajo la galería de adobes de una vieja casa al borde del camino. A punto de quedarse dormido lo sobresaltó la discusión entre la patrulla fronteriza y un recién llegado. El hombre llevaba un maletín que era revisado, pero con firmeza se negaba a entregar su contenido.

-No llevo armas, ya lo han visto, estos papeles -alegaba- son de interés personal.

Los interrumpió el ruido de un motor y la llegada de un camión. Quizás convencidos del discurso del hombre, lo dejaron subir, junto a Mancini y los demás, al camión. Ya en camino al puerto el hombre se desplomó sobre Jesús Mancini. El ex sub oficial mayor Héctor Saldaña Olea había caminado cien kilómetros simulando una cojera, agobiado por una joroba de alambre y cartón piedra, acosado por la razonable paranoia de los que han sobrevivido a dos accidentes de aviación.

Octava Aproximación.

(La Caída de Coquimbo)

En julio del año en que se inicia la guerra civil Coquimbo era el quinto puerto de importancia en el país. A cuatrocientos cuarenta kilómetros al norte de la capital, forma junto a La Serena un complejo urbano, semiindustrial y agrícola de ciento cincuenta mil habitantes. Es una provincia crónicamente empobrecida, donde la

minería es la esperanza del futuro y donde la extrema pobreza se refleja en cada una de sus esquinas.

Sin embargo, es un punto estratégico de importancia indudable. Como puerto es capaz de recibir naves de gran calado, posee un muelle mecánico y grúas hidráulicas nuevas y lo une con la Argentina una ruta terrestre que está expedita la mayor parte del año. El control de este puerto por parte del general le permite la disponibilidad de una salida al mar al sur de Antofagasta y al norte de Valparaíso, ambas ciudades en manos rebeldes y una comunicación vial con los generales argentinos.

Desde el punto de vista histórico Coquimbo había sido protagonista de uno de los hechos más comprometedores de la historia nacional y quizás de los más silenciados. En setiembre de 1931, la escuadra nacional al mando de sus suboficiales que se habían alzado en contra de un gobierno oligarca, estuvo a punto de repetir el octubre de 1917. (1)

En julio del año en que se inicia la guerra civil, en reunión plenaria con sus ministros, el general recibió la sugerencia de cerrar las fronteras internas de las zonas leales y de realizar alguna acción militar importante que le aportara ventajas estratégicas y psicológicas frente al bando rebelde. La situación económica de las regiones controladas por el general y la capital se deterioraraba y la falta de ingresos de divisas por la pérdida de Chuquicamata parecía crítica. Había que detener la sangría de hombres, capitales y bienes, había que

(1) En la mañana del primero de setiembre de 1931, las tripulaciones de la escuadra nacional fondeada en Coquimbo, buscando la forma de presionar un gobierno torpe, ineficiente y clasista, se tomaron los buques y encerraron, sin violencia, a sus oficiales en sus camarotes. Organizados en lo que llamaron Estado Mayor de las Tripulaciones, desencadenaron un movimiento revolucionario único en la historia de América Latina y que no llegó más lejos quizás sólo por la inexperiencia política de quienes lo encabezaron. En ese puerto de Coquimbo, que las tropas del general apoyadas por Cubresuelo recuperaron para la tiranía, se produjo el bombardeo a la escuadra revolucionaria en 1931, medio siglo antes. Las autoridades de la época fueron las más sorprendidas cuando la escuadra se rindió seis días después del alzamiento y uno después que demostrara que, en esos momentos, tenían la fuerza.

En conversaciones con la embajada de los Estados Unidos se había convenido que la flota norteamericana bajara a controlar la situación. Pero los americanos pusieron como condición que primero se tratara de doblegar a los amotinados con los medios que poseía el gobierno. Así

atacar rápido, demostrar con eficiente golpe de fuerza que el gobierno central de la república, el gobierno de Santiago, era todavía el que decía el cuándo, el cómo y el por qué y si no lo había hecho todavía era únicamente para dar otra oportunidad de rendición a los rebeldes.

El puerto de Coquimbo iba a ser el punto elegido. Con él se dominaría toda la provincia de la que era capital y también los puertos más al norte, Huasco, desde donde se embarcaba gran parte del mineral no elaborado de la región y donde se encontraba la planta de pellets de acero.

Por entonces ya se había impuesto el racionamiento en Santiago y en el sur. La medida, cuya implementación en el norte había sido utilizada por los publicistas del general como anticipación de derrota, fue silenciada. No se aceptaba debate en estas especies. En el norte, tambalearon las autoridades revolucionarias al anunciar la tarjeta de racionamiento.

El Banco Central, cuyos depósitos estaban bien provistos de oro y divisas producto del progresivo endeudamiento externo del régimen del general, sirvió en un principio para la importación de armas y alimentos, pero una vez que el general decidió desconocer algunos créditos que beneficiaban a los rebeldes del norte, el abastecimiento internacional se redujo. El éxodo masivo de obreros hacia las zonas ocupadas por los rebeldes había encarecido la mano de obra y aunque se había terminado la cesantía, muchas industrias ya

se decidió el uso de la fuerza aérea aunque nadie creía que ella pudiera hacer algo significativo contra los barcos rebeldes. En efecto, un acorazado, el Almirante Latorre y siete destructores contra dos bombarderos Vickers, un Wibault, un Ford trimotor y un Fairchild. Se asegura que el comandante de la fuerza aérea dijo que "...estos rotos no me aguantan una bomba..." La acción comenzó a media tarde, atacando los aviones por el poniente, con el sol en la cola y no duró más de veinte minutos. Casi ninguna de las bombas hizo blanco en las embarcaciones. La escuadra, inmóvil en la rada de Coquimbo no quiso defenderse para no dañar a la población civil del puerto y apenas usó su artillería antiaérea. Los aviones con su comandante en jefe a la cabeza regresaron a la base en Ovalle, agujereados en el orgullo y en el fuselaje por las balas de hierro, las únicas que dispararon los marineros. En forma inexplicable, veinticuatro horas después, el Estado Mayor de las Tripulaciones se rendía a una autoridad resentida y vengativa en el puerto de Talcahuano.

no funcionaban.

A fines de Julio del año en que se inicia la guerra civil Santiago se levantó un día dominado por una febril actividad. Grandes contingentes de tropas se concentraban en la carretera panamericana norte, cerca de Colina y en la estación Meiggs. Patrullas de tres soldados premunidos de metralletas y acompañados de perros policiales recorrían el perímetro de la ciudad. Y un regimiento de obreros empezaba a trabajar al poniente de la capital, en la salida del túnel de Lo Prado, más allá de la salida del camino que lleva hasta la cuesta Zapata. Con rodrigones de viña y alambre de púas empezaron a cercar campos y caminos, tratando de encerrar a la capital desde Maipú y Pajaritos hasta Curacaví y el norte de Pudahuel.

Se supo, entonces que el general preparaba una gran ofensiva e iniciaba los trabajos de defensa física de la capital.

El hombre de la calle, el empleado y el lustrabotas que no pudo abandonar Santiago se informaba a través de radios de Valparaíso. Nadie creía que existía un país distinto, con el mismo nombre, que quedaba cuatrocientos kilómetros más al norte. Y que en ese país se estuvieran preparando elecciones para una asamblea constituyente. El general no quería que se divulgase la existencia de ese país, donde los gobernantes iban a ser elegidos, donde había reaparecido la prensa libre, donde se reorganizaban los partidos políticos. Y mucha gente le creyó, creyó que la guerra civil era una fantasía creada por la imaginación enferma de los comunistas y hasta un ministro, en un consejo de gabinete propuso olvidarse de los rebeldes, cerrar las fronteras al norte de Pichidangui y cambiarle el nombre al país, así como ya lo habían hecho con el himno nacional. (1) (2)

El Mercurio informaba de la marcha de la columna hacia el norte y jubiloso anunciaba la ofensiva patriota y nacionalista que terminaría con la aventura 'separatista' de los alzados. (3)

(1) Ese ministro renunció a su cargo el mismo día del consejo de gabinete y con la conciencia estimulada por la razonable paranoia de los enemigos del general se asiló en la tarde en la embajada de Costa Rica.

(2) Desde el once de setiembre de 1973, cuando fue derrocado el gobierno constitucional del Presidente Salvador Allende, se obligó a la ciudadanía a cantar otra estrofa de la canción nacional, donde se exaltaban valores reñidos con la tradición democrática del país.

(3) En el territorio leal al general sólo circularon dos diarios du-

Y la radioemisora oficialista anunciaba que las defensas que protegerían a la capital de la ambición comunista avanzaban en forma satisfactoria.

Aunque no hay testigos confiables, se puede asegurar que, en esto, el general no mintió. En casi veinticuatro horas se completó una sección de arco de más de ochenta kilómetros de alambrado entre el límite oriental del valle de Curacaví y los huertos de Pajaritos. (1)

rante la guerra civil. El Cronista editado por el mismo gobierno con una tirada aproximada de mil quinientos ejemplares y El Mercurio. Aunque la compañía de papeles y cartones funcionaba sin problemas el general ordenó el cierre de los otros periódicos. Estimó, en comunicación al director de El Mercurio que los diarios La Segunda y Las Últimas Noticias no aportaban nada que no hiciera El Mercurio y que el gobierno requería el papel para la exportación. La Tercera cerró por falta de lectores.

(1) Grabación No. 39, Testimonios de Jesús del Tránsito Ordenes Ulloa.

E: Exactamente, ¿dónde vive Ud.?

J.U.O.: Ahí, a la bajadita de la cuesta Zapata, ahí tengo un ranchito.

E: ¿Dónde queda la cuesta Zapata?

J.U.O.:...¿cómo que dónde queda?...ahí pues, a la entradita del valle de Curacaví.

E:¿Cerca de Santiago?

J.U.O.: Ahí, antes estaba mucho más lejos, pero desde que abrieron el túnel, ahora ya nadie pasa por aquí, los patrones a lo mejor, pero ni uno más, para qué también si ahora queda más lejos...

E: ¿Algo le llamó la atención el diecisiete de Julio?

J.U.O.: Yo soy malo para acordarme de las fechas...

E: Cuando levantaron la cerca.

J.U.O.: La alambrada dice Ud...?

E: Si.

J.U.O.: Que llegaron todos esos hombres en camiones grandazos llenos de ovillos de alambre de púa del bueno y los empezaron a tirar por el camino. Cada dos varas o tres, caían desde los camiones esos inmensos atados de alambre y yo me preguntaba y le preguntaba a los niños, que ya están grandes también, para qué los estarán botando. Eso fue un día temprano, que yo hasta le alcancé a decir a la María que uno de esos nos serviría para el potrero, para que no se nos arranquen las dos vacas para los cerros, que ya bastante trabajo nos dan, y que el mantener tranquilos a los niños, porque mire Ud. que esto que era tan tranquilo ahora se está poniendo peligroso, tanta bala y tanto soldado que yo no había visto nunca y qué mal hacemos nosotros, que no nos vaya a pasar lo que les pasó a los amigos de Isla de Maipo allá en los hornos de Lonquén, que maldad, ¿no?...

E: ¿Qué sucedió después?

J.U.O.: Bueno que después llegó más gente en otros camiones, que venían con herramientas, palas, chuzos y de nuevo otros soldados y todos empezaron a desenrollar el alambre y a plantar las estacas altas como esas y nos empezaron a encerrar, hasta que llegó un milico, importante debió ser y nos dijo, riéndose eso sí y mientras se servía un vasito de vino que le había servido la María, que qué preferíamos,

Y en el periódico oficialista El Cronista se comentó lo acertada de la medida, pues en esa primera noche habían sido apresados cuatro campesinos que armados hasta los dientes quisieron pasarse al lado rebelde. El Ferrocarril (Nueva Epoca) daba otra versión en su edición de Antofagasta. (1)

En Antofagasta se supo del movimiento de tropas en la mañana de ese mismo día. El Consejo Insurreccional, con prudencia, decidió

si quedar afuera o quedar adentro...

E: ¿Cercaban con rapidez?

J.U.O.: Mire señor si ya casi no hablaban. Yo me anduve asustando porque no seguían para nada el camino, ese que ve Ud. ahí, que va subiendo por la cuesta, no, atravesaban así no más los potreros, cruzaban las propias alambradas de don Severino, que yo le advertí a la María que se iba a poner guapo el patrón y era una alambrada muy rara, como la de algunas películas...

E: ¿Puede decirme cómo era?

J.U.O.: Bueno, es cosa que Ud. se vaya orillando por esos sauces, porque está ahí detrás, asomándose. Con decirle que ya a mediodía, ya estaban llamando a almorzar, habían terminado por aquí y como a esa hora llegó don Severino y no parecía estar muy enojado, claro que hizo un comentario, que ya estos carajos tendrán que pelear y no arrancarse, si me perdona Ud., pero por qué mierda han tenido que pasar la alambrada por mi fundo. ¿Qué cómo es?...no, si los postes son como de dos metros, habrása visto siquiera una vaca con un alto más que éste..., y los ponen de a dos, como sujetándose y otro inclinado arriba, donde iban tapando con malla de alambre y parece que le iban a poner electricidad, porque mientras se tomaba la chicha me dijo que tuviera cuidado con los chiquillos no fuera cosa que les fuera a dar la corriente..., pero la verdad que a los hombres y los camiones los perdí de vista como a la hora de once.

E: ¿Y cuánto habrán cercado en un día?

J.U.O.: Muchazo, ya le dije, como toda la cuesta Zapata.

E: ¿Unos cincuenta kilómetros?

J.U.O.: No sé, pero creo por lo que se ha visto que metieron adentro hasta los fundos de por allá, de Curacaví...

(1) El Cronista, 27 de Julio: "...Cuatro agitadores profesionales fuertemente armados fueron sorprendidos por tropas regulares cuando intentaban cruzar ilegalmente hacia el valle de Curacaví desde los huertos de Maipú. Luego de infructuosa resistencia se rindieron en las proximidades de las alambradas de Curacaví que protegen la capital de las incursiones depredadoras de las fuerzas rebeldes. En manos de estos antisociales se encontró abundante propaganda marxista, dos fusiles automáticos AK 6 de fabricación soviética, nueve granadas de mano, un Smith & Wesson 38, dos escopetas del 20 a repetición y dos metralletas Karl Gustav..."

EL Ferrocarril, Nueva Epoca, 28 de Julio: "...Cuatro campesinos que intentaban escabullirse a través del muro de oprobio en el que se ha encerrado el general fueron sorprendidos por sus esbirros y pasados por las armas en el mismo lugar de los hechos. Los campesi-

no menospreciar las aptitudes de los estrategas, nacionales y extranjeros, que asesoraban al general. Se supuso, no sin razón, que las tropas del gobierno central avanzarían sobre Coquimbo y el Estado Mayor del Consejo Insurreccional dispuso la prioridad en la defensa de ese puerto. La alambrada al poniente de Santiago indicaba que el general temía un ataque desde Valparaíso y aunque se informó con detalle del movimiento de tropas a las autoridades del primer puerto, se les pidió que no descartaran una sorpresa.

Las fuerzas de ambos bandos, aunque disímiles en su composición, eran equivalentes (1) y lo que desequilibró la lucha fue en realidad el pueblo y los irregulares del Vendedor de Globos Terráqueos.

nos iban armados de una escopeta de un cañón, inservible, dos machetes, una guadaña y una irrenunciable voluntad de libertad y lucha contra la dictadura..."

(1) No hay exactas estadísticas sobre la capacidad de fuego y hombres de leales y rebeldes al inicio de la guerra civil. Las fuerzas navales rebeldes contaban con dos cruceros, el Prat y el Sotomayor, cuatro destructores, el Aldea, el Riquelme, el Thompson y el Dawson (que se llamó Manuel Astica poco después del alzamiento), tres fragatas, una escampavía y seis embarcaciones menores. Los marinos leales al general se quedaron con un crucero, el Von Schröedres, dos destructores, el Williams y el Coquimbo, dos fragatas y cinco embarcaciones de menor importancia. Los tres submarinos que tenía la armada por entonces no participaron de la lucha. En reparaciones en Talcahuano fueron saboteados por los estibadores del puerto e inutilizados. En este catastro no debe olvidarse la moderna fragata portamisiles llamada Francisco Franco y que fue aportada por Cubresuelo al general.

Los rebeldes tenían los aviones que antes del 10. de mayo estaban en la base aérea de Cerro Moreno en Antofagasta y la fuerza aérea naval de Quintero. Los aviadores del general, los aparatos de la base capitalina en El Bosque y los Hawkers Hunters de Punta Arenas. En total eran quince F-5 y dos Mirages para el Consejo Insurreccional contra ocho mirages y veintidós Hawkers del general. La cantidad de aviones de transporte y de apoyo era similar.

En cuanto a efectivos regulares, dos divisiones rebeldes y tres divisiones leales. Los carabineros se distribuyeron también geográficamente.

El pueblo, en su inmensa mayoría, estuvo con el Consejo.

Poco tiempo después del alzamiento aparecieron las Brigadas Internacionales. Fueron importantes, por el bando rebelde, la Brigada Salvador Allende de Cuba, la Brigada Jean Moulin de Francia y la Brigada Klein de Israel; por los leales lo fueron la Brigada Francisco Franco de España, la Brigada Blanca de Sudáfrica y la Brigada Begin de Israel.

Sin embargo, para datos más fidedignos, se debe referir el lector al Libro Blanco de la guerra civil, editado después de la batalla del Quilimarí.(N. del E.)

Las tropas rebeldes al mando del coronel Belisario Télles ocuparon una franja de territorio de tres kilómetros entre Tongoy y la desembocadura del río Limarí. Blindados, artillería pesada y liviana y casi diez mil efectivos se prepararon para recibir las tropas del general que presuntamente avanzaban desde la capital. Pendientes de este movimiento, el Consejo Insurreccional cayó en la trampa, porque el general, sabiendo que las fuerzas rebeldes esperaban un ataque masivo de su ejército al sur de Coquimbo, decidió cambiar de táctica. La sorpresa pudo tener consecuencias fatales y definitivas para los rebeldes.

El Consejo había diseñado un plan de defensa simple. Era más fácil defender que atacar en el accidentado terreno costero de la zona del Limarí y desde el punto de vista estratégico era obvio que lo que interesaba era apoderarse no sólo del puerto de Coquimbo, sino de todo el territorio al norte de Santiago con el objeto de aislar en forma completa a Valparaíso.

Pero el 30 de Julio, en sesión con los altos mandos militares, algunos ministros y sus asesores extranjeros, el general diseñó el plan e incluso anticipó los movimientos rebeldes. Su manía obsesiva le otorgó el primer triunfo, su vanidad le obstaculizó los demás.

El 10 de Agosto del año en que se inicia la guerra civil el general conocía las posiciones enemigas. Una división completa rebelde bloqueaba el paso al norte frente a la ciudad de Ovalle, hasta la costa, junto a la desembocadura del Limarí. Toda la escuadra esperaba en Antofagasta órdenes del alto mando del Consejo, excepto el destructor Aldea que estaba en reparaciones en Coquimbo y dos fragatas que patrullaban frente a Valparaíso. Entonces, a primera hora en la mañana ordenó el inicio de las operaciones.

El crucero Von Schröedres y el destructor Williams zarparon a toda máquina desde el puerto de Talcahuano, leal al general, con rumbo al sur y frente a Valdivia viraron en ciento ochenta grados. En Santiago una división aerotransportada fue trasladada al aeropuerto Merino Benitez y con gran sigilo fueron embarcados en cuatro aviones Hércules de la fuerza aérea. En total mil doscientos comandos de las fuerzas especiales. En forma simultánea, las tropas de infantería que marchaban al norte desde la estación

Meiggs y Ocoa se desviaron y con rapidez atacaron la guarnición rebelde de Papudo, límite norte de la provincia de Valparaíso. El coronel Belisario Téllez interceptó las intencionales comunicaciones del general y sin consultar al Consejo ordenó a gran parte de sus fuerzas adelantarse en un intento por socorrer a Papudo.

Y cuando esas tropas, que debían defender Coquimbo se encontraban en Pichicuy, apenas a treinta kilómetros de Papudo, los hombres del general que lo atacaban recibieron la orden de retirarse a Santiago. En ese instante los Hércules decolaron y el Williams y el Von Schröders cruzaron frente a Valparaíso. Eran las primeras horas del 2 de agosto.

El Consejo Insurreccional supo, a las once de la mañana, que ambos buques se acercaban a Coquimbo y media hora después fueron informados que el coronel Téllez estaba a veinticuatro horas de camino al sur de Coquimbo. Reunidos de emergencia habían decidido ordenar el vuelo de los caza bombarderos F-5, cuando desde Coquimbo radiaron la presencia de los cuatro Hércules, los cientos de paracaidistas, los Hawkers de escolta y de una moderna fragata de bandera desconocida.

No había nada que hacer. Recomendaron prudencia a los hombres en Coquimbo y rendición si el heroísmo era inútil. A Belisario Téllez se le retiró el mando de sus tropas y se le ordenó traspasarlo al Consejo local de Valparaíso.

Los comandos atacaron desde la Herradura, tres kilómetros al sur de Coquimbo, después que tardaran menos de diez minutos en agruparse. El Von Schröeders y el Williams enfrentaron la bahía y cañonearon el puerto, amedrentándolo y la fragata desconocida, inmóvil, vigilaba dos millas mar afuera de la pequeña isla de los pájaros niños.

Y Coquimbo habría caído sin pena ni más gloria que la del regimiento de cazadores y carabineros (trescientos hombres) si el capitán Francisco Petersen, comandante del Aldea no hubiera mandado avivar las calderas del destructor para ofrecer combate. (1)

(1) El destructor Aldea cargaba agua y grano y reparaba la unidad principal de ventilación cuando fue sorprendido por el Von Schröeders y el Williams.

El Williams se había adelantado al Von Schröeders y viraba alejándose del bajo fondo de la bahía; entonces mostraba todo su costado de estribor al Aldea. El Von Schröeders, entretanto, mantenía la presión de sus calderas y apuntaba, ya sin disparar, los cerros de Coquimbo y Guayacán. (1)

Los paracaidista entraban al barrio alto del puerto y ocupaban el hospital San Pablo. Cazadores, carabineros y algunos hombres mal armados resistían en la entrada donde había estado la antigua estación, en el cementerio inglés y cerca del matadero, pero eran copados con rapidez. En número y equipo los atacantes les superaban con abrumadora potencia.

El primer cañonazo del Aldea desconcertó a los combatientes. Atacantes y atacados levantaron los ojos por sobre sus armas y vieron como el destructor Aldea, botando humo negro por su chimenea y levantando espuma con sus hélices, retrocedía separándose del malecón y disparaba con sus baterías de proa contra el Williams. Los disparos dieron de lleno en la amura de estribor del destructor enemigo y de inmediato se elevó una gruesa columna de humo y fuego. El Von Schröeders estaba preparado y sus cuatro cañones del puente giraron en quince grados y activados automáticamente dispararon en forma simultánea. El Aldea recibió la andanada a babor, bajo el castillo de proa y dio un brinco sobre las aguas aceitosas, bandeándose contra los molos de contención. Petersen no esperó a acomodar el barco en la bahía y sus baterías del puente de popa hicieron fuego tres veces, ensañándose con el Williams. El destructor escoró a babor y enormes burbujas de aire y petróleo oscurecieron la mañana. El Von Schröeders repitió su ataque contra el Aldea, el que ya inmovilizado chocó contra la dársena de protección. Petersen hizo disparar cuatro torpedos de superficie. Dos dirigidos contra el crucero, que no dieron en él y se perdieron en alta mar, y dos contra el Williams al que alcanzaron por la mitad. El Von Schröeders retrocedía a toda máquina disparando contra el Aldea y contra todo lo que se moviera en los cerros del puerto y el Williams se hundía en me-

(1) El comandante Luis Veloso Martínez, capitán del Von Schröeders confesó, con posterioridad al combate, sus dos errores garrafales: no atacar al Aldea, a pesar de creerlo inutilizado e indefenso y olvidar que quien comandaba a ese destructor era el capitán Francisco Petersen.

dio de la rada de Coquimbo. Los comandos del general dominaron a las fuerzas rebeldes y el Aldea, convertido en una hoguera, se consumió pegado al muelle, chisporroteando como una tormenta eléctrica en medio de la densa humareda. Todo había terminado en veintidós minutos. Sólo faltaba el último episodio, en el que participaron el capitán Francisco Petersen y la moderna fragata que no izaba, aún, bandera.(1)

La caída de Coquimbo en manos de tropas leales al general pudo haber tenido desastrosas consecuencias sobre los insurgentes del norte a no mediar la temeraria y heroica acción de Petersen. La rápida y

(1)El capitán de fragata Francisco Petersen Lillo era una excepción dentro de la Armada. Simpatizante confeso del ex Presidente Salvador Allende, sospechoso de pertenecer al Partido Socialista, ni el general se atrevió a llamarlo a retiro después del once de setiembre. Se pensaba que un oficial infiltrado es menos peligroso que un marinero infiltrante y se decidió, en alto nivel, mantenerlo en actividad. Petersen era un hombre de baja estatura y nariz voluminosa que usaba una cuidada barba blanca que más lo asemejaba a un viejo pascuero que a un oficial de la Armada. Demasiado paternalista para algunos ideólogos del régimen de Allende, demasiado borracho para otros, nunca se pensó con seriedad darle el mando de la Armada. (Lo que quizás hubiera torcido los esquemas del general.) Sin embargo, la desconfianza que le profesaba el general y el almirante Merino se remontaba al mismo once de setiembre, cuando la escuadra, que había partido de Valparaíso a participar en la operación Unitas regresó a Valparaíso y se unió a los militares golpistas para derrocar a Allende. Francisco Petersen, con el grado de capitán de fragata, comandaba el destructor Riquelme y se encontraba surto en Talcahuano. Se le cablegrafió para que zarpara rumbo a Valparaíso a unirse al resto de los buques y Petersen cumplió la orden. El problema consistió en que arribó al primer puerto dieciocho horas después de lo previsto.

El almirante Merino, miembro de la junta de gobierno que había derrocado al Presidente Allende lo citó en su despacho de la intendencia de Valparaíso y lo acusó, en privado, de traición a las glorias navales de la patria y a la patria misma. Hay testimonios de que Francisco Petersen no pudo dejar de reír durante quince minutos, al cabo de los cuales reconoció haber traspasado al Jeanne D'Arc (buque escuela francés que visitaba el país) a los prisioneros políticos que le había entregado el intendente de Lota y a un grupo importante de sus marineros, suboficiales y oficiales que se resistían a ser cómplices del golpe de estado.

-Se ha hecho Ud., capitán, cómplice de desertores -dijo el almirante Merino.

-Esa es una fea palabra, almirante.

-Fea, como todas las que descalifican a los traidores.

-Salvar vidas no es traición.

-Lo es, si se salva la vida de traidores.

-Entiendo, almirante, que Ud. va a misa todos los días.

-....

-Se me ordenó que echara a los presos al agua a no menos de cien millas de la costa, almirante...

aplastante victoria de las fuerzas especiales sobre la reducida guarnición rebelde y la captura de tan importante enclave estratégico en el medio del territorio, fueron amortiguados por el hundimiento del Williams y la inmolación del capitán Petersen.

-Justo lo que estos hijos de puta necesitaban -reaccionó el general -que algún imbécil les fabricara un mártir.

La población de Coquimbo y La Serena imitó al pueblo de la capital; empezó a migrar hacia el norte, en busca de la frontera con ese país tan extraño y tan cercano, que tenía el mismo nombre y que a pesar de una derrota no había modificado la fecha para las elecciones de su Asamblea Constituyente.

El capitán Veloso Martínez, entretanto, agarrotado por la razonable paranoia de los enemigos del general, entregó el crucero

-Tendrá que responder por esa infamia, capitán...

Petersen sacó una hoja de su bocamanga y desdoblándola se la alcanzó a Merino.

-Es una fotocopia, almirante, el original de esa orden de asesinato está bien guardada.

Merino no respondió. Petersen solicitó permiso para retirarse y durante todos los años de la dictadura guardó silencio.

Cuando el capitán Francisco Petersen, en la cubierta del Aldea, vio que el Williams se hundía, que el Aldea se incendiaba y que el Von Schröeders escapaba indemne bajó corriendo a su recámara y regresó a cubierta con una botella de ron en el cuerpo y el sable de abordaje en la mano.

-A mí no me vienen con otro combate naval de Iquique -habría dicho Veloso Martínez al ver a Petersen subir a una lancha del Aldea y enfilarse hacia el Von Schröeders con una veintena de marineros.

No lo habría podido impedir. El pesado crucero retrocedía con lentitud y era evidente que Petersen lo alcanzaría antes de salir de la rada. Pero entonces se oyó un silbido agudo y se vio una bota de humo emerger de la proa de la fragata desconocida. Dos segundos después y cuando ya Petersen arañaba con su sable la estructura del Von Schröeders, su lancha reventó en mil pedazos, cubriendo de astillas y de sangre la cubierta del crucero. Sólo entonces la fragata enarboló su bandera, con una gran C de color verde en campo amarillo.

La fragata desapareció, no así su bandera que plasmada en una fotografía de nítidos colores recorrió el mundo en las páginas centrales del Spiegel. No hubo quien no se hiciera la misma pregunta: ¿el emblema de combate de las Fuerzas de Protección del Pentágono?, ¿de las Unidades de Disuasión Soviéticas?, de los israelíes, de la armada de Argentina..., ¿el único barco de combate boliviano?... Un oscuro empleado bancario, llamado Jesús Mancini revelaría el significado increíble de esa C...

al segundo oficial de a bordo y se entregó al bando rebelde en el puerto de Antofagasta. (Plano No. 1 , plano No. 2 y plano No. 3)

Cinco días después el general, en una larga caravana de vehículos, se dirigió a Coquimbo.(1) Con su presencia quiso reforzar el triunfo de sus tropas, restarle importancia al hundimiento del Williams, minimizar el heroísmo de Petersen y demostrar que el movimiento insurreccional no tenía destino. Nunca pensó, mientras instalaba su residencia y su cuartel general en el hotel Francisco de Aguirre, que su permanencia sería tan prolongada y su partida tan atolondrada.

(1) Ref.: Mapa No. 2.

Novena Aproximación.

(Jesús Mancini, continuación)

Jesús Mancini redactó un informe breve y preciso. Entregó su informe en su versión original a una comisión del Consejo Insurreccional en Antofagasta.

El Informe Mancini es una prueba más de lo que una vez dijo Cassícoli: 'El tirano carajo no deja de ser carajo cuando deja de ser tirano'

El Informe Mancini es el indiscutible argumento en contra de los que creen que hay quienes se resignan a perder el poder, que hay quienes prefieren un exilio lujoso a los riesgos de un regreso accidentado pero viable.

El Informe Mancini es la prueba irrefutable de la existencia de supraestructuras universales que funcionan con eficacia, exeso e insensibilidad.

Por desgracia el Informe Mancini viene a ser algo parecido al Informe sobre ciegos: nadie quiere, en definitiva, hacerle mucho caso.

Jesús Mancini consiguió una autorización oficial para iniciar sus investigaciones sobre Cubresuelo. Algún funcionario de mediana importancia se la concedió en las oficinas del ministerio de relaciones exteriores del gobierno instalado en Antofagasta. Era un papel de por sí inservible, pero que a Jesús Mancini le ofrecía la posibilidad de ser escuchado a su regreso.

Partió de Antofagasta desde el aeropuerto internacional de Cerro Moreno a mediados de Agosto del año en que se inicia la guerra civil. En un DC 10 de Alitalia, de itinerario, viajó hasta Buenos Aires. Con su pasaporte semioficial no tuvo problemas con las autoridades argentinas. El nombre de su primer contacto, extraído de las conversaciones con Saldaña Olea (1) era el de Mario Luis Fernández Curcio, subagente de una sucursal en la calle Cabildo del American Express Bank de Argentina. Fernández era peronista y accedió a recibir a Mancini en una quinta de su propiedad cerca del barrio de Tortugas dos o tres días después de su llegada. (2)

Lo atendió con cierta desconfianza, pero fue evidente para Mancini que Fernández tenía poca relación con Cubresuelo. (3)

(1) No olvidemos el encuentro de Mancini y Saldaña en las proximidades del Muro de Casablanca y el acceso que Saldaña había tenido a los documentos del mayor León.

(2) Jesús Mancini alojaba en una habitación de primera categoría en el hotel Sheraton de Buenos Aires. Este hecho facilitó, a través de la secretaria, su contacto con Fernández. Ninguna secretaria bloquea un llamado hecho por una persona que ocupa una habitación de ciento diez dólares diarios.

(3) Grabación No. 40. (Grabación No. 2 del Informe Mancini) Transcripción libre de interferencias y frecuencias entreveradas gracias a los sistenas de limpieza patentizados por Eiwyt Ltda. Jesús Mancini utilizaba una grabadora del tipo de minicomponentes transistorizados, de alta fidelidad y resolución. La transcripción mecanografiada adolecerá, con seguridad, de omisiones y defectos, pero no es posible conseguir mayor perfección desde este punto de vista. Se refiere al lector acucioso al Centro para la Información de la Guerra Civil que funciona en las calles Morandé y Compañía, en el antiguo edificio donde se editaba El Mercurio.

Jesús Mancini se dio cuenta que lo seguían después de salir de su última entrevista en Buenos Aires. Habiendo confirmado su vuelo de Iberia a Madrid para esa noche, se dedicó a relajarse caminando por las calles de la ciudad. Prefería, además, despistar a los asesinos de Fernández Curcio dejando el hotel y esperando el avión en-

"...en general todas las sociedades secretas toman su nombre de algo con lo cual tienen características comunes. Ese nombre no tiene por qué significar algo para el hombre común y corriente, basta que él valga para los miembros de ella. Cubresuelo es una planta herbácea anual, semejante al trébol, que arraiga de trecho en trecho y que va cubriendo el terreno en el que crece en forma uniforme y rápida. En muchos lugares se le considera como una maleza y es notable su resistencia a agentes pesticidas de toda naturaleza. Si se le roza o se le desraíza, deja el suelo inservible para cultivos útiles..."

"..El primer contacto con Cubresuelo lo efectué en Buenos Aires, con Mario Luis Fernández Curcio, subagente del American Express Bank de Argentina en su oficina de la calle Cabildo. Gracias a una secretaria amable pero inexperta, impresionada por mi llamada desde el Sheraton y convencida de que yo era un importante ejecutivo de Diners, pude hablar con él y me pidió que lo acompañara con el aperitivo en su casa particular de Tortugas. Me recogió en su automóvil y noté, desde el principio, una actitud recelosa. Era un hombre poco receptivo, poco amable, casi grosero con un colega de la banca internacional..."

"...Su casa de excelente construcción ocupaba el centro de un parque de media hectárea y su interior, de un inexcusable mal gusto, le debió costar un dineral en equipamiento y decoración. Me hizo pasar a su escritorio y con un gesto me indicó un bar muy bien provisto, en un rincón. Tomé un oporto y esperé que él llenara un enorme vaso de whisky..."

"...-Yo ya he cumplido todos mis compromisos con Cubresuelo..., se me dijo que ya no se me molestaría..., aún quedan documentos que podrían involucrarme sin atenuantes en sus operaciones con el banco de la Nación..."

("...una coincidencia fantástica se había producido. En efecto, Mario Luis Fernández Curcio ya estaba desvinculado de Cubresuelo; sobre él se había reducido la vigilancia que se mantenía sobre los 'colaboradores ocasionales' y su trabajo para la organización (traspaso fraudulento de considerables capitales en fideicomiso del banco de la Nación, de fideicomitentes fallecidos o no habidos, a cuentas de miembros de Cubresuelo) había sido considerado satisfactorio y en consecuencia bien retribuido. Pero en las fechas del fraude, la tarjeta de crédito Diners, con un pequeño y casi inadvertible recorte oblongo en una de sus esquinas, era el documento de identificación de los contactos de Cubresuelo con Fernández Curcio...")

"...en lo ideológico he sido un incondicional..."

"...No queremos nada de Ud., Sr. Fernández, que pueda comprometerlo. Se han extraviado algunos documentos de importancia menor de nuestros archivos y nos hemos quedado sin algunos nombres. Eventualmente podríamos necesitar de esas personas..."

("...Fernández Curcio había vaciado su vaso y llenó otro...")

tre la multitud que salía de las oficinas y del comercio. Por tercera vez un hombrecito de físico insignificante lo había esperado a la salida de alguna galería. Debía estar armado. Acertada suposición que hizo que Mancini simulara no haberse percatado de la persecución. Descartó la posibilidad de intentar eludirlo en taxi. El atochamiento

"...Su generosa disposición y su inestimable ayuda en el pasado nos han impedido olvidarnos del suyo, pero si del nombre de sus contactos en Buenos Aires..."

"...han pasado algunos años, pero Rodríguez Pozo no ha abandonado su cargo en el municipio de Buenos Aires..."

"...Es suficiente..."

("...Dejé a Fernández con su tercer whisky en la mano y regresé al Sheraton rechazando su automóvil. El contacto con Rodríguez Pozo fue más difícil. Para ser breve diré que a través de un empleado municipal, subalterno de Rodríguez y por unos pocos dólares, averigué que su mujer era presidenta del Círculo de Mujeres Amigas de las Viudas de los Oficiales de la Guardia Nacional de Nicaragua y que en esos días organizaban una comida-beneficio para sus huérfanos. Haciéndome pasar por un simpatizante adherí a tal beneficio y en la fecha concurrí a las terrazas del club San Benito en la calle Genaro Zambra de la capital federal. Estuve sentado durante toda la comida (trescientos dólares) en medio de mujeres locuaces y bastante estúpidas, pero no necesité moverme para encontrar a Rodríguez. El me encontró a mí...Después de los postres se me acercó con un Ricard en la mano y me invitó a conversar al bar...")

"...sabe Ud. Sr. Mancini que su falta de profesionalismo indignaría a sus superiores..."

"...Trabajo por mi cuenta, Sr. Rodríguez, me temo que se ha confundido..."

"...ud. no es capaz de engañar a nadie..., es otro de esos condenados hijos de puta agente de gobiernos u organismos marxistas que persiguen a Cubresuelo..."

"....."

"...Cubresuelo ya está encima suyo, le sigue todos los pasos y tenga la seguridad de que si regresa con vida desde donde partió, se deberá a que su muerte no nos beneficia, a que la información que Ud. recogió sobre nosotros también puede leerse en la enciclopedia británica..., y ahora le ruego que se retire, Ud. no es digno de compartir la mesa con esta gente..."

("...Salí del club asustado. Esa noche cambié de hotel y a primera hora de la mañana me comuniqué por teléfono con Fernández Curcio, al que le dije que su información, aunque correcta, me había resultado insuficiente. La amplió, de inmediato, con otros nombres.

Busqué el segundo nombre en la guía telefónica y llamé a Adalberto Estrada Molina a su despacho en 'Cereales Argentinos S.A.' La secretaria, después de comprobar de que yo alojaba en el hotel Plaza y de convencerse medianamente que representaba a Meldrin's Corn Inc., me dio media hora con mi hombre para después del almuerzo...")

de vehículos en ese lugar le podía dar tiempo al asesino de apuntar sobre la cabeza de Mancini cinco veces antes de que auto se moviera un metro. Optó por esperar a que el enano diera el primer paso. Pero el hombrecillo era un experto. Mancini entró a cinco bares, cu- lebreó entre la gente, subió a tres autobuses, quiso engañarlo en el

("...Almorcé en el centro de Buenos Aires y a la hora en punto me presenté en las oficinas del gerente general de 'Cereales Argentin- os S.A.' La secretaria no fue amable y no me ofreció asiento. Es- peré quince minutos antes de ser recibido. Estrada Molina hablaba por teléfono y me daba la espalda. Colgó el aparato en una mesita bajo la ventana y giró en su sillón de cuero oscuro...")

"...¿sr. Mancini...?...¿Sr. Mancini...?...¿debiera yo conocer a alguien de Meldrin's Corn?...¿debiera...?"

"..Meldrin's Corn tiene ofertas interesantes que hacer a su em- presa, se trata del nuevo maíz híbrido..."

"...y yo tengo que hacerle a Ud. una proposición que no se ori- gina en Cereales Argentinos..., es una recomendación quizás y viene de más arriba..."

("...Estrada se había puesto de pie y afirmaba sus puños sobre el cristal de la mesa. Era un hombre de facciones endurecidas, pero en sus ojos bailaba aquella mirada de inquietud que descubrí en Fer- nández Curcio. Era evidente que yo no sólo era un peligro potencial para Cubresuelo, sino que también lo era para sus agentes o ex agen- tes...")

"...olvídese de Cubresuelo, ya otros lo han intentado, Cubre- suelo es indestructible, es La Alternativa, no sea estúpido Mancini y no fracase en lo que ya han fracasado poderosos gobiernos..."

("...Estrada se volvió hacia los ventanales y me dejó planta- do en la mitad del cuarto. La secretaria me acompañó hasta el ascen- sor y antes de que este se abriera me entregó un papel doblado, no más grande que un boleto. Lo metí en el bolsillo superior de mi ca- misa y no me atreví a leerlo hasta estar bajo llave en mi pieza del Plaza. Decía que debía sintonizar el canal 6, a las ocho de la no- che, hora del resumen informativo del día. Eran apenas las tres, pe- ro pedí altiro un televisor a la gerencia y junto a una botella de whisky y hartó hielo esperé. Corroboré en el diario la hora del no- ticiario y después que lo vi se me atragantó todo el whisky que ha- bía tomado y estuve vomitando casi una hora.

El informativo sólo daba una noticia: "...el resumen informati- vo número cuatro de canal seis de televisión, para la capital fede- ral y el Rio de la Plata. Buenas noches. Buenos Aires, capital fede- ral. Ampliamos la noticia dada hace una hora por estos mismos servi- cios...Hoy a las diecisiete y cuarenta y cinco minutos fue encontra- do el cadáver del alto funcionario del American Express Bank en la Argentina, ingeniero Mario Luis Fernández Curcio. El cuerpo del in- fortunado ejecutivo, secuestrado este mediodía mientras almorzaba junto a personal de la entidad bancaria en la pizzería Caballito en Cabildo y Juramento, presentaba impactos de siete proyectiles en el cuerpo...(mostraban el cadáver) Según fuentes bien informadas los encapuchados autores del secuestro y del posterior asesinato serían miembros de algún comando extremista aún no identificado..."

metro cambiando de carro, bajando intespestivamente y no hubo caso.

A las nueve Jesús Mancini pensó que perdería el avión y decidió jugarse entero. Las calles tenían un tráfico más fluído y tal vez, en un buen auto, con un chofer experto, podría deshacerse del perseguidor. Entonces, cuando estiraba un brazo para detener un Falcon nuevo, frente a la Casa Rosada, Mancini sintió que un objeto

"...Me lavé la cara, metí todas mis cosas en un pequeño maletín y bajé a la recepción. Pasé esa noche en un hotelucho frío y sucio cerca de Retiro y al día siguiente tomé pasaje para Madrid. La angustia me impidió actuar como lo debí haber hecho. Bien disfrazado, con las buenas pero eficientes técnicas que me enseñó mi amigo Saldaña, habría logrado librarme de Cubresuelo, por lo menos del acoso al que me sometió al final en Buenos Aires..."

"...Con mi maleta y mi pasaje busqué un carrito desocupado en el río y pedí un bife y una botella de vino. Terminaban de servirme cuando dos hombres se sentaron a mi mesa. Me felicité por no andar armado. Con los nervios les habría vaciado un cargador entero..."

"...Parecían extranjeros, pidieron una comida sencilla y agua mineral y al rato uno de ellos tomó la botella de vino, leyó su etiqueta y comentó..."

"...-¿Conoce Ud. los viñedos de Mendoza..."

("...En perfecto castellano...")

"...-Sí, donde se produce este vino.

"...-¿Ha pasado por ahí?

"...-Hace años, en automóvil.

"...¿Nunca ha cruzado la cordillera en avión?

"...-Un par de veces.

"...-¿Ha mirado los viñedos desde el aire?

"...-Pues no sé, no lo creo.

"...-Están muy extendidos.

"...Mendoza produce la mayor cantidad de vino de la Argentina.

"...Parece que Cubren el Suelo..."

("...No alcancé ni a tratar de levantarme. Los dos hombres me tomaron por los brazos y me sujetaron a la silla...")

"...Es Ud. un hombre viejo y sin experiencia para hacer lo que está haciendo.

"...Tengo mis motivaciones.

"...¿Para quién trabaja?

"...¿Quiénes son Uds.?"

"...Estamos en lo mismo que Ud.

"...Hace más tiempo.

"...No podemos pasar nuestra información a quienes en realidad interesa. No nos creerían y existe el riesgo de conflictos diplomáticos.

"...-

"...-Sería un informante más verosímil. Si en cierto modo lo han enviado, de alguna manera tendrán que escucharlo.

"...¿Uds. son judíos?

"...-Tenemos interés en liquidar a Cubresuelo.

"...-Cubresuelo está lejos de Uds.

duro, empuñado por mano firme se le incrustaba en los riñones. Su inexperiencia lo salvó. En un principio creyó que se trataba de una majadera impertinencia de un mendigo o en la intolerable audacia de un comando del general. Pero al volverse se encontró con el enano, que con el descaro propio de los sicópatas lo empujaba, entre toda la gente y con una pistola descomunal en la mano izquierda, ha-

"...Cubresuelo es una organización irrevocablemente antisemita.

"...¿Intereses judíos en latinoamérica?

"...Los únicos intereses judíos están en Israel, pero Israel no puede ser amenazado en tantos frentes.

"...Está bien.

"...Conecte su grabadora...

"...Ya está conectada.

"...Soy Lázaro Wasserman, tengo orden de entregar información y antecedentes sobre la organización llamada Cubresuelo a Jesús Mancini, agente del gobierno del Consejo Insurreccional de Antofagasta.

"...No pierden Uds. el tiempo.

"...Cubresuelo es una organización político militar extremista, anticomunista y antisemita que nace en las postrimerías de 1959, con la inminente caída de Fulgencio Batista ante el avance de las fuerzas irregulares de Fidel Castro. Se sabe que en Octubre de ese año Batista viaja y gestiona en Zurich un depósito personal de diecisiete millones de dólares. Contribuyen a este depósito dos fuentes: su fortuna personal y el tesoro cubano. Esta fortuna se guarda en una bóveda y se contrata sobre ella un seguro por una suma similar. La bóveda en cuestión no es abierta hasta la primavera europea de 1962. Fidel Castro gobierna en Cuba y ha fracasado el último intento viable para liquidarlo, Bahía Cochinos. Representantes de Batista, apoyados en parte de ese capital, instalan en Ginebra una sociedad para la importación de productos agropecuarios latinoamericanos a la que llaman Cubresuelo..."

"...Se sabe con certeza que ya en 1965 Cubresuelo ha reclutado a catorce ex gobernantes de Centro y Sud América, a treinta y dos generales en actividad de nueve países y a incontables funcionarios y ex funcionarios de menor categoría. Hasta ese momento las relaciones de estos hombres entre sí y con la llamada Gerencia de Cubresuelo son ambivalentes y poco claras. Cubresuelo, tal como hoy lo conocemos nace, con seguridad, en abril de 1966, cuando la Junta Directiva, compuesta por doce miembros, todos identificados, delinea a grandes rasgos el plan Doca. El nombre, como la mayoría de los nombres que utiliza Cubresuelo tiene un valor simbólico..."

("...Doca: voz araucana para designar planta rastrera que es oriunda de la región meridional de las costas del Pacífico en la América del Sur. De la familia de las aizoáceas, crece en arenales y los cubre impidiendo o retardando la erosión y el avance de las dunas...")

"...Este plan tenía como objetivo único la implantación en toda América Latina de regímenes militares nacionalistas, autorita-

cia la puerta abierta de un sedán americano aparcado junto a la vereda. Un agente profesional no habría actuado con la rapidez y eficiencia con que lo hizo Mancini. El enano aquél era uno de los comandos más feroces y productivos de Cubresuelo. Mancini fue su primer fracaso. Sin tiempo para reflexionar, Mancini le dio un manotón al enano que le dio justo en la nariz, cerró la puerta del auto de una patada y al ver que otro hombre bajaba del lado del cho-

rios, con una ideología basada en doctrinas de seguridad nacional y concentración de capitales. Conseguido este fin, y sin perder cada uno de los países su condición de nación, se crearía la Confederación Bolivariana que llevaría al continente a un lugar hegemónico en el concierto mundial de poderes. Plazo para el plan Doca: quince años. Tácticas y estrategias, en estudio, estudio que debía estar terminado en 1970..."

"...Una paradoja política acelera los movimientos de Cubresuelo y convence a los más pusilánimes del peligro comunista. Al acceder Salvador Allende al poder se integran a Cubresuelo altas personalidades de la política y las finanzas, iniciándose una campaña de acercamiento a empresas transnacionales y sus ejecutivos. Se les prometen atractivas prebendas en los futuros estados de la Confederación..."

"...En el contexto del mosaico político latinoamericano de los años setenta se esquematizan los primeros pasos del plan Doca, integrándolos en el llamado plan Doca II el que obliga a siete ejecutorios en cinco años:

- a) Reemplazo de gobiernos representativos por militaristas en Chile, Argentina, Uruguay, Colombia y Costa Rica.
- b) Reemplazo de los militares peruanos y ecuatorianos por otros sin afanes aperturistas o democráticos tradicionales.
- c) Comprometer a diez empresas transnacionales en el apoyo financiero del plan. No se considera necesario condicionar las exigencias de ellas.
- d) Conseguir del gobierno paraguayo y del ecuatoriano la venta en valores ficticios de tierras que permitan crear bases de Cubresuelo en el continente. Exigir lo mismo de quienes logren el poder gracias a la Organización.
- e) Hacer contactos concretos y estables con miembros accesibles de las fuerzas armadas brasileñas.
- f) Redactar una declaración de principios en la que se resuman los postulados básicos e irrenunciables de Cubresuelo.
- g) Minimizar, a cualquier precio, la transición democrática española, exaltando la figura, personalidad y obra del Generalísimo Francisco Franco y convirtiéndolo en un ejemplo de líder del mundo hispánico..."

"...La viabilidad de Doca II fue estudiada con modernos métodos y se decidió llevarlo a la práctica en Junio de 1971. Los resultados, positivos y negativos, son de conocimiento público. Cubresuelo ha corregido errores y ha diversificado sus métodos. Ahora Doca II depende de dos planes anexos, Terra Nostra y Acuario, de

fer echó a correr despavorido. Sin quererlo pisó en la cara al enano y le aplastó lo que le quedaba de nariz. El otro hombre se desconcertó y Mancini pudo escapar. Jesús Mancini se embarcó en el 747 de Iberia de itinerario, que volaba a Madrid sin escalas. Cubresuelo tuvo dificultades para encontrar su rastro. No tenía preparación alguna, por lo tanto sus pasos no eran predecibles, ni aun por ICOSYS.

los cuales, con seguridad, será informado a su tiempo..."

("...Wassserman no entregó más información. Se negó a entregarme direcciones y nombres. Insistió en que no me ayudarían. Ya tenía bastante información, pero interesaba Terra Nostra y Acuario. Doca II había sido implementado en forma parcial e iba a ser completado con los planes anexos. Sin duda estaban relacionados con el alzamiento contra el general. Sin esa información no tenía nada nuevo ni interesante que entregar a las autoridades rebeldes. Decidí seguir el camino señalado por el infortunado Fernández Curcio e intentar el contacto con el segundo nombre de los que me había dado por teléfono antes de morir. Era posible que pudiera retomar el hilo de la madeja.

"...Gustavo Pino Tapia era, según Fernández Curcio, proveedor de Cubresuelo. Tenía sus oficinas en la avenida del Libertador a la altura de aeroparque y su fachada era la importación de juguetes. Me presenté por mi nombre y le dije, sin mentirle, quién era y a qué venía. Me miró por encima de sus anteojos redondos y recogió con sus manos pequeñas un habano que humeaba en un cenicero. Su cráneo, rodeado por una pelusa blanca y venerable enrojeció un instante, pero su cara de mejillas rellenas y sonrisa afectuosa no modificó su expresión. Era un hombre de sesenta años...")

"...-Es Ud., Sr. Mancini un hombre valiente.

"...No lo crea.

"...-Hay que tener cojones para buscar información sobre Cubresuelo como Ud. lo hace.

"...-Otros métodos han fracasado.

"...-¿Cuál es su interés?

"...-Estamos interesados en sus servicios. Entiendo que Ud. nos puede proporcionar armas...

"...-Y hombres, mercenarios, asesinos, lo que se le ocurra..., pero el Consejo Insurreccional no los necesita para derrotar al general.

"...-Está Ud. bien informado...

"...-Es verdad. Pregúnteme sobre el curso de cuanta guerra se esté desarrollando ahora sobre el planeta, pregúnteme cuántos hombres requiere el general para tener posibilidades reales de enfrentar a los rebeldes de Antofagasta. Pregúnteme cuántos mercenarios deberían sumarse a las tropas regulares del Sheik Abdullah Ben Arab para expulsar de su emirato a los guerrilleros de Ibn Nasdr El Chadud. Dígame si quiere saber cuánto tiempo le queda a Baby Doc, pregúnteme sobre las cualidades y el precio para un asesino del Presi-

Jesús Mancini llegó a Madrid después de un largo vuelo sin incidentes y se alojó en una pensión barata en las cercanías de Las Cibeles. Durmió el resto del día y a las nueve salió a la fresca noche madrileña. En un café tomó una cerveza y comió un bocadillo de jamón y pasadas las diez tomó el autobús que lo llevaría a Chamartin.

dente de Venezuela.

"...-Hábleme de Cubresuelo.

"...-O si todo eso no le interesa le puedo dar otras cifras, puedo informarle que con quinientas mil muñecas Barbie hago feliz al sesenta y tres por ciento de las pibas argentinas o que con ciento cincuenta mil kits de Tinkertoys disminuyo en un dos punto nueve la inmadurez motora del cincuenta y siete por ciento de los niños argentinos que concurren a las escuelas fiscales.

"...-¿No se le hace insoportable vivir con tanta responsabilidad.

"...Amigo mío, la ironía es mi punto flaco. Pero le diré algo, y es importante. Aquí no hay mucho que indagar. Cubresuelo está en Europa. Los Gerentes de Cubresuelo deciden, planifican y dan las órdenes desde Europa. Tiene Ud. razón, es posible que algún día el Consejo Insurreccional requiera a alguien como yo. Ya saben dónde buscarlo, busque Ud. en Madrid, en Chamartin, la estación del RENFE, vaya un día en la noche, después de las diez, lleve en su mano derecha una Barbie negra.

("...No necesité comprar la muñeca. Gustavo Pino Tapia me la regaló al despedirse...")

Décima Aproximación.

(Episodios en la Vida del Vendedor de Globos Terráqueos.)

Jacinto González había heredado la profesión de su padre. Aunque era un diestro perfoverificador IBM y tenía un buen trabajo y un buen sueldo en los Almacenes Paris, el mundo de los globos terrá-

queos lo apasionaba mucho más. Su padre reconoció en él cualidades inadvertidas cuando un día le entregó tres globos terráqueos que no podía vender desde hacía cuatro años y le dijo:

-Si logras colocarlos te inscribo en el sindicato.

Jacinto González pidió un día de permiso en los Almacenes Paris y regresó a su casa a medianoche con el dinero de la venta y las facturas de los tres clientes. Había vendido un globo terráqueo de cobre repujado a un árabe que ofrecía calzoncillos por kilos en la calle Patronato, otro en el que Brasil aparecía sin el río Amazonas al decano de la escuela de derecho y el tercero, un artefacto de redondez exquisita, lo había dejado por cinco cheques, con el interés adecuado, en las manos del presidente de la Sociedad de la Tierra Plana. A la pregunta de su padre respondió:

-Lo convencí de que al enemigo redondo había que tenerlo siempre a la vista.

Jacinto González (el Vendedor de Globos Terráqueos) era un muchacho de unos veintiocho años, enflaquecido por un crecimiento apresurado, usaba una barba incipiente y plumiza y su mirada firme solía encenderse cuando hablaba de globos y mapas.

Dos circunstancias variaron el rumbo de la vida del Vendedor. La muerte de su padre, de una apoplejía, con un globo terráqueo diseñado por Elicien entre sus brazos, en un vagón de segunda del trencito a carbón que llega hasta Lebu. Y su matrimonio con María Jacinta Arrabal.

Había perdido a su madre de pequeño, sintió con fuerza la soledad cuando enterró a su padre en el cementerio local de Lebu.

En la reunión mensual del sindicato de vendedores de globos terráqueos y mapas mundi, a Jacinto le respetaron los derechos de su padre y le asignaron como zonas de venta las provincias de Atacama y Aconcagua, exceptuando las ciudades de Valparaíso y Viña del Mar. En una de sus giras a Ovalle conoció a María Jacinta. Era una mujer frágil y hermosa que enseñaba poesía en la escuela pública de la ciudad. Impresionado por su belleza y por la coincidencia del nombre, Jacinto se enamoró de esa chiquilla de nariz pequeña y

mejillas pecosas que lo adoró toda su corta vida.

Jacinto tuvo su primer hijo a los dos años de matrimonio y lo bautizó un cuatro de noviembre, cuando llegó a la Presidencia de la República Salvador Allende. Jacinto no había tenido tiempo ni de votar por él, pero admiraba a ese hombre por su constancia tantas veces descalificada y con la cual logró hacer llegar al pueblo a la Moneda.

María Jacinta murió tres años después y la fecha de su muerte coincidió con la del once de setiembre. Fue la segunda coincidencia en la vida del Vendedor. La tercera sería la definitiva.

María Jacinta empalideció en dos meses y cuando el médico de Ovalle le pidió el examen de sangre ya era demasiado tarde.

Fue un entierro solitario y final. A los muertos de ese día los enterraron en cajones anónimos en un rincón enmalezado del cementerio, el rincón hacia el cual crecieron las flores de María Jacinta.

Jacinto González abandonó su profesión por algún tiempo. El gobierno militar nunca dio facilidades para la difusión de la cultura ni de los globos terráqueos. Y con su misma barba plomiza, su enflaquecida envergadura y su enorme pena se empleó como analista en la municipalidad de Ovalle. Durante algunos años perforó tarjetas, computó resultados y educó a su hijo, Jacinto-Jacinto. Vivía en una pequeña parcela, con su suegro viudo, a pocos kilómetros de la ciudad.

Pero un día, meses antes de que se iniciara la guerra civil, cayó en sus manos un catálogo de globos terráqueos. Era el Wilkinson, de Wilkinson & Sons. y venía puesto al día en modelos y precios. Sin dejar su empleo municipal Jacinto pidió muestras, envió antecedentes y esperó. Un mes después y con siete globos terráqueos en la maleta de su pequeño auto se despidió de su hijo y de su suegro. Era un sábado muy de mañana:

-Si no los vendo antes del lunes -dijo -me como el sombrero.

No tuvo necesidad de cumplir su promesa. Regresó el domingo a mediodía, con los brazos vacíos; los había colocado todos.

Renunció de inmediato a su trabajo municipal y se dedicó por entero al oficio que le había enseñado su padre y que le llenaba el alma.

El sindicato de vendedores de globos terráqueos había desaparecido y la sociedad que los agrupaba había perdido su personalidad jurídica. Sin embargo Jacinto logró ubicar a algunos compañeros de su padre y en conjunto acordaron no limitarse geográficamente en las ventas.

Ya sea por su profesión, ya por la seguridad que le ofrecía el padre de María Jacinta, el Vendedor redujo la protección anhelante que ejercía sobre Jacinto-Jacinto y en una de esas vacilaciones de autoridad le permitió ingresar al cuerpo de scouts de Ovalle.

Preocupado de vender, intercambiar y coleccionar globos terráqueos, la batalla de Coquimbo fue un episodio intrascendente en la vida del Vendedor. Y en cierto modo lo benefició; podía transitar con sólo un salvoconducto desde Coquimbo hasta la capital. (1)

En un principio no le fue indispensable viajar muy lejos, pero cuando copó el mercado, cuando los campesinos de Salamanca o los cabreros de Paihuano le ofrecían una taza de té o un vaso de pisco alrededor de un globo terráqueo, decidió intentar en Santiago.

Esperó en el puerto de Coquimbo un embarque de setenta globos, los cargó en su nueva camioneta y una mañana de nubes bajas y frío desusado se despidió de Jacinto-Jacinto y dejó Ovalle. Es probable que el Vendedor ignorara que ese sería su primer y último viaje a Santiago, que ya no volvería a vender globos terráqueos y que al regresar a Coquimbo lo haría con otras intenciones.

(1) La casa de Jacinto González en Ovalle es un pequeño museo y el visitante, si cuenta con la autorización pertinente, puede admirar los globos terráqueos que el Vendedor alcanzó a reunir. Junto a la discreta colección de su padre, Jacinto guardaba más de treinta globos, muchos de ellos piezas únicas de gran valor. Es de interés, por ejemplo, el globo de los cartógrafos alemanes Opitz y Pola kowsky diseñado con sorprendente exactitud en 1657 y manufacturado por Biedermann & Biedermann en Lübeck. Es posible admirar también el famoso globo del geógrafo J. Duclout, fabricado por Ernest Nolte en 1889 y el que fue denunciado como copia del anterior, diseñado por A. Donzel y J. Touret y que salió del taller de Gustav Kraft. Tampoco falta el llamado gran globo de Vivien de Saint Martin, dibujado por el magnífico cartógrafo y artista Victor Huot para la casa francesa de Hachette en 1891. En un rincón destaca el globo terráqueo de Adolf Stieler, trabajado en su granja de Gotha en 1881 e impreso por Julius Perthes un año después.

Jacinto tardó diez horas en llegar a Santiago. Una llovizna fina mojaba el pavimento y aureolaba los pocos faroles encendidos. Se alojó en un hotel a los pies del cerro Santa Lucía y ahí le informaron que no había impedimento para caminar de noche por la capital. No parecía la capital de un país en guerra. Quizás la oscuridad y el silencio pertenecían a una capital de un país en guerra civil. Jacinto quiso evitar suspicacias y pagó dos días por adelantado. Después bajó y se metió en Santiago, frío, solo, cubierto por una irremediable melancolía.

En el café Haití se volvió a encontrar con el Caracol Montero, con el Capitán Vargas y con Mano de Piedra Miranda (1) vendedores de cualquier cosa, cargados de hijos y de deudas, arruinados, condenados a esperar que terminara la guerra civil para empezar a vender y a vivir de nuevo.

Se ven, del mismo modo, globos de autores nacionales o americanos, como los de Juan Türke de 1895 y de Julio Montebruno de 1905. Hay otros como el del pedagogo Ernesto Bavio, lanzado por la editorial Angel Estrada en Buenos Aires y el del catedrático en geografía Luis Brackebush, puesto a la venta en ejemplares numerados desde una imprenta en la ciudad de Córdova. La pieza más curiosa y si es autenticada de mayor valor comercial e histórico, es una sección semiesférica del globo terráqueo atribuido a Arcesilao el escéptico. Este, consistente con sus principios, nunca publicó nada y sólo habría instruido a sus discípulos para fabricar dicho globo. De esta manera habría querido demostrar que el intentar conocer la naturaleza de las cosas es tan absurdo como imaginar a la tierra redonda. (N. del E.: El Consejo Insurreccional ha prometido no enajenar en favor de coleccionistas particulares este tan particular museo.)

(1) El Caracol Montero había sido vendedor de seguros. Su nombre le venía de una cicatriz brillante y plana que le cruzaba la frente. El aseguraba que era la huella de un caracol que una vez le paseó por cara mientras dormía siesta entre las macrocarpas del fundo del abuelo. El Capitán Vargas era un hombre de baja estatura, nariz abundante y bigote amarillo. Vendía decoración para vitrinas y desde hacía seis meses tomaba café al fiado.

Pepe, Mano de Piedra, Miranda vendía alfombras y pantallas para lámparas. Una extraña enfermedad le había secado los brazos y las manos y tenía que sorber el café desde la taza alargando el cuello. También le decían el Jirafa.

Estos hombres ayudaron con inapreciable energía al Vendedor de Globos Terráqueos.

Jacinto les pagó tres tacitas de express y les prometió que no volvería a Ovalle sin vender sus globos.

Le dijeron que en Santiago nadie vendía nada y nadie compraba nada, que la guerra sólo daba para subsistir. Que la gente que tenía el dinero se había encerrado en los barrios residenciales y que llevaban una vida ajena, en una ciudad diferente, aparte, con sus límites físicos y sus leyes, en la cual, se decía, circulaba otra moneda, se respiraba otro aire, se tomaba otro vino, se sufrían otras enfermedades, se leían otros diarios y se daba fe a otras noticias. Era un lugar mágico donde se pensaba que toda la historia de una guerra civil no era más que una pura invención para obligar a los niños a tomarse otra leche.

-Nadie puede subir más allá del canal San Carlos -le advirtieron.

-Ahí quiero vender mis globos.

Se despidieron con un abrazo.

En el hotel Jacinto devoró un bistec y una botella de vino y se durmió con pesadez. Soñó con Jacinto-Jacinto, con globos terráqueos, con María Jacinta ya muerta y con la estación de ferrocarril de Coquimbo...

Al despertar tomó un desayuno rápido, pidió que le guardaran parte de su carga de globos y con el restos de las muestras y la vocación fortalecida subió al barrio alto.

Empezaba el primer día de la vida del Vendedor de Globos Terráqueos.

Décimoprimer a Aproximación.

(Jesús Mancini, continuación)

Hay poca gente en Chamartin a las diez de la noche, apenas los que se ahorran la última noche en Madrid durmiendo en los asientos de cuero o dentro de sus sacos de dormir en algún rincón. La única cafetería abierta atiende por una ventanilla estrecha y desconfiada y vende cerveza, café en polvo y bocadillos de tortilla que ya están intragables. Jesús Mancini despertó al dependiente, sentó a la muñeca negra sobre el mostrados y pidió un café grande. La cara del hombre no varió su somnolencia y sirvió la taza humeante con desgano. Mancini movió la muñeca, pero el vendedor recibió las pesetas y se volvió a dormir resoplando, incómodo, aburrido de atender tanta gente rara en la estación.

Jesús Mancini se paseó con la Barbie hasta las dos de la mañana. A esa hora decidió regresar al hotel. Volvería la noche siguiente. Pero al acercarse a la puerta automática que abría hacia el exterior, ésta no funcionó. Con seguridad se había desconectado el ojo mágico. Trató de forzarla y no pudo, se le ocurrió despertar al cafetero, pero supuso que sólo recibiría un grueso gruñido como respuesta. Resignado a esperar, caminó con lentitud hasta el próximo asiento desocupado. Ahí vio que desde uno de los costados se acercaba un aseo. Llevaba un mameluco azul y empujaba un escobillón empapado en agua y detergente. Detrás de él iba dejando una huella ondulante, que se acercaba y se alejaba del junquillo de la pared. A Mancini, medio dormido, le pareció una larga culebra húmeda y zigzageante que se le venía encima. Cuando estuvo a su lado se mezclaron los olores del amoníaco del jabón con los del vino del limpiador. Con un leve movimiento de su mano izquierda alcanzó a encender el grabador portátil. (1)

Después el hombre ya identificado empujó el escobillón e incli-

(1) Grabación No. 41. (Grabación No. 3 del Informe Mancini)

"...-Este no es un buen lugar para dormir, amigo...
 "...-No tengo mucho donde elegir.
 "...¿Se le trancó la puerta?
 "...¿.....?
 "...-No es difícil abrirla.
 "...¿Cuánto vale?
 "...¿Abrirla?
 "...-Sí, abrirla.
 "...-Como cincuenta duros o algo así.

nó la cabeza señalándome los baños de Chamartin. Me levanté, dejé a la muñeca reservando mi asiento y lo esperé en ese estrecho recinto. Cinco minutos después y en reservado para damas ('...a lo más nos van a creer maricones...') obtuve la información que deseaba, le pagué la cantidad estipulada y salí. En Madrid ya amanecía. La luz molesta-

"...-Pagaría mucho más por abrir otra puerta.

"...-Son todas iguales.

"...Información sobre Cubresuelo.

("...Esta grabación corresponde a la primera parte de mi conversación con Arístides Cuenca, alias Maco, alias Botellón, alias Africano, nochero y aseador de Chamartin, conocido informante de la Guardia Civil en los días de Franco, alcohólico rematado, que fue reclutado por Cubresuelo, vivió en el cuartel general de la organización en Madrid y hasta le sirvió una cerveza a Anastasio Somoza, cuando todo el mundo creía que dirigía la lucha final contra los sandinista desde su bunker en Managua.

Cuando de repente y ya no queriendo perder más tiempo le pedí información sobre Cubresuelo, se sobresaltó. Le dije que la muñeca estaba esperando sobre el asiento y que en todo caso quien me había enviado no tenía intenciones de hacerle daño...")

"...-El hijo de la gran puta...

"...-Tranquilícese, nadie sabe que yo estoy aquí.

"...-Ud. no sabe lo que puede saber Cubresuelo.

"...-Los despisté en Buenos Aires.

"...-Los sobrecargos de Iberia son pagados, están la nómina de Cubresuelo...

"....."

"...-Le costará caro.

"...-Puedo pagar.

"...-Mil.

"...-¿Mil qué?

"...-Americanos amigo, bien americanos, del norte.

"...-Eso es mucho.

"...-Cubresuelo mata por mucho menos.

"...-Si la información vale la pena.

"...-El pago es por adelantado...

"...-La mitad.

"...-Quizás cuánto me pagarían ellos por saber que está Ud. aquí.

"...No creo que alcanzara a llegar a la puerta..., no se olvide que no abre.

"...La mitad al contado, con una condición.

"...¿Condiciones por mil dólares?

"...Sin preguntas. Yo le cuento mi vida. Ud. puede ser un periodista latinoamericano que desconfía del modelo democrático español y busca dar a conocer la forma de vida de los marginales...

"...-Nadie se va a tragar ese cuento.

"...Cosa de conciencia, me prometí no volver al soplaje.

"...Ahora no sería soplaje.

"...No sé que pensarían en Cubresuelo.

ba a los que todavía dormían y en la ventanilla de la cafetería se agrupaban aquellos que tomaban un carro de segunda para cualquier parte. No querían viajar de pie y sin desayuno. Jesús Mancini se sentía sucio, hambriento y cansado. Empezaba a dudar del significa-

"...-Que Ud. está loco...,yo no represento nada para ellos.

"...-Una vez que yo haya terminado de hablar cambiarán de opinión, si, con seguridad.

Grabación No. 42. (Grabación No. 4 del Informe Mancini)

("...Lo que sigue es el resto de mi entrevista con Maco, o Aristides cuenca o El Botellón. Había aceptado escuchar su biografía. Por un momento temí que mi insistencia lo asustara y evitara todo contacto. Le pasé cinco billetes de cien dólares y se puso a hablar...")

"...guerra civil me encontró en Barcelona buscando un empleo. Soy abogado, ¿raro? y tenía experiencia con escribanos, corredores de propiedades y cosas así. Nada tengo que ver con los catalanes, pero en Madrid ya me tenían conocido y la cesantía espesaba..."

"...ya le debe haber dicho el juguetero que me salvó la vida, que una muñeca negra sería la forma de hacerme saber que me necesitaba y él sabe que soy un hombre cabal, agradecido y que jamás me ha faltado la memoria..."

"...pero he sido un hombre enfermo, creo que por parte de padre, a quien no conocí. Le contaré. Más de seis veces en el sanatorio, que la primera, en una clínica privada los médicos me sacaron todos mis ahorros y que en la segunda interrumpieron el tratamiento al interrumpir yo los pagos y me enviaron al sanatorio del estado. Ud. no puede imaginarse lo que es eso..."

"...yo era un abogado, bueno no es razón tampoco..."

"...conocí a un médico ahí adentro, no supe por qué lo habían internado, si había sido loquero, que sé, pero, vamos, que sí que estaba y no lo trataban mejor que a mí, a César..."

"...que de leyes ya poco me acuerdo y poco me acordaba después de la primera hospitalización. ¿Empleo?, en ninguna parte. Que me jodió el vino. Que a uno lo agarraban, no se trataba de preguntar antes, y vamos inyectando y haciéndole a uno tragar vino. ¿Y qué si se negaba?, le abrían la boca con unas tenazas especiales, delicadas decían y le vaciaban una botella de aguardiente..."

"...y se morían, que yo vi morirse al sueco, que le decían el Sueco porque tenía el pelo rubio, pero que no era sueco..."

"...que además de alcohólico era un bardaje, que lo habían visto lavarse el pelo con agua oxigenada..."

"...y que remedio me quedaba, si no no te dejaban salir. Con el tratamiento te vas, sin el tratamiento te quedas...,y no duraba mucho, aunque por algún tiempo, que el sólo ver una botella y me venían convulsiones..."

"...qué remedio, si ya Lucía me había abandonado y yo tenía a María Isabel a mi cargo. Por el vino, pero dejar a la pequeña, si yo he visto putas asiladas que las recogen...,Ud. me dirá...,¿pero qué calaña de mujer te buscaste Cuenca hombre?, así..."

do de su viaje, en la utilidad de husmear en basurales. Se le estaba monumentalizando la tarea de desenmascarar a Cubresuelo. Pero lo que Maco le había revelado no podía quedar en silencio. El Consejo Insu-

"...que no tenía apego por un hombre que más contento se acostaba con una botella. Pero me dejó a la niña. Que no quiero, decía, ser viuda de uno de esos que recogen en carretones desde la Puerta del Sol, que qué dirían...Y qué, yo sin trabajo, en el pequeño piso que sí era mío, allá por la calle de la Princesa. Nunca le tuve vergüenza al trabajo y como para abogados, ni pasto en Madrid, me ofrecí como vigilante en las sol y sombra de Vista Alegre. No tengo responsabilidad en mi mala suerte, porque ahí reclutaban..."

"...lo de los carretones y demás, le estoy hablando del treinta y cuatro o treinta y cinco, antes de partir a Barcelona. Eso fue al inicio de la guerra civil, ¡qué de guerra civil Ud. también debe saber!..."

"...vendía también brandy en vasitos de papel, estaba permitido, y que no se produjeran desórdenes, que si pedían la oreja no pidieran el rabo, simple..."

"...hasta que se me acercaron. Lo sabían todo, desde mis calificaciones en la universidad, mi paso por el sanatorio, el color de los ojos de María Isabel y la importancia de mi trabajo. Nada indigno, nada, me aseguraron y las pesetas escaseaban, que ni con el brandy me hacía quinientas..."

"...y acepté..."

("...Es la única interrupción en el relato. Maco no lloró, pero sospecho que era la primera vez que le contaba a alguien donde estaba el punto de partida de su miserable vida. Creo también que Maco sabía que su alcoholismo era una disculpa pobre y sin valor, que su conducta posterior era inatenuable y que si había sido un desgraciado era por naturaleza...")

"...tratando de escuchar lo que se hablaba, llenando dos veces el vaso con brandy, por la casa, argumentaba y hasta me daban una propina, y esa era la señal y los esperaban a la salida y los seguían y anotaban sus direcciones y cuando cayó Madrid hicieron leña..."

"...ni cuenta me di..."

"...que la botella de brandy me duraba menos, que tenía que bajar a comprar otra, que me la estaba tomando..."

"...ellos mismos me fueron a dejar al sanatorio, que tu trabajo no lo puedes perder, que tu colaboración es inestimable, quizás a cuantos los mandé al paredón, que qué sería de mi María Isabel..."

"...me presionaban..."

"...entregué a mi pequeña a una hermana de Lucía que ya tenía trece hijas y que la aceptó para conjurar el mal número y porque su marido insistía en buscar el varón. Me dieron dinero y yo le di ese dinero para que me la cuidara bien y otra vez las inyecciones y los vómitos..."

"...yo estaba adentro cuando cayó Madrid y me sacaron antes de terminar el tratamiento. Ahora se necesitan de todos los patriotas, nadie puede negarse a limpiar este país, la guerra ha terminado, pero eso no implica que no queden enemigos que es preciso descubrir.

rracional sabría que hacer con todo ese material. Se mezcló con los trasnochados y pidió una cerveza. El hombre tenía una heladera, y Mancini se lo agradeció. Más fresco y animado salió de la estación

La energía no es sinónimo de brutalidad ni injusticia. No tenía de qué preocuparme. Todos los detenidos serían tratados según las normas jurídicas vigentes, que yo tenía la obligación de conocer, razón por la cual la denuncia de los enemigos del estado y del Generalísimo era un deber ciudadano..."

"...tuve otro problema, entonces. El hijo que esperaba la hermana de Lucía, nació convertido en una robusta damita de más de cuatro kilos. Manuel Vástago, que para peor de sus males se llamaba el pobre hombre, se volvió loco. No toleró el décimo cuarto alumbramiento femenino. Se robó una embarcación en Gibraltar y se paseó desnudo, durante casi tres días, por las calles de Tánger jurándole a las mujeres que era el más grande engendrador de hombres desde los tiempos de Casildo el viejo. Aún trastornado lo devolvieron a España y desde Algeciras, en un vagón cargado con pertrechos de guerra y prisioneros republicanos, lo trajeron a Madrid. Todavía vive el infeliz, maldiciendo a las mujeres que engendran mujeres, envuelto en su locura incurable. María Isabel creció junto a la hermana de Lucía y sus catorce pequeñas. Ella, a fuerza de fregar ropa y con toda la ayuda que yo pude darle, las sacó adelante, las casó y tengo ahora una maravillosa nieta de dieciocho años..."

"...yo no ignoraba lo que les pasaba a los denunciados. Arrojadados en calabozos interminables, si no morían olvidados en ellos, eran sacados a la luz para torturarlos o fusilarlos. Ahí fue cuando se me ocurrió hacerme el loco..."

"...al final de un tratamiento y utilizando la experiencia que había tenido con Manuel Vástago logré engañar hasta a Lopez Ibor. Fue para peor, me descubrieron antes de un año y me dieron de alta después de meterme en la máquina esa de elctroshock..."

"...por ahí por el cuarenta y dos o tres. No exagero si le digo que me estaban esperando, me llevaron a un cuartel de la Guardia Civil y no tuvieron necesidad de amenazarme. Tres años el carajo a cargo de la seguridad social, inventando una locura que se le desprende del miserable miedo que tiene, el culo se te va a desprender ahora si no colaboras y no colaboras bien, eso me dijeron...,yo ya no tenía nada de abogado, la dignidad entumecida..."

"...me ofrecieron un salario y la posibilidad de recuperar mi piso, perdido en la maniobra con la que había querido deshacerme de ellos..."

"...y acepté..."

"...España estaba limpia de republicanos. El trabajo no se hizo duro hasta el cincuenta o el cincuenta y uno. Los rojos se atrevieron a levantar cabeza. Y por mi madre que nunca quise mandarlo al infierno..."

"...pero cómo iba a reconocerlo si jamás lo había visto. Gaspar Ascencio..."

a una mañana limpia y luminosa. Tomó un taxi después de caminar dos cuadras y en la pensión no tuvo ánimo ni para sacarse la ropa. Encima de la cama, con la cabeza sepultada bajo la almohada, Jesús

"...no encontraba a quien denunciar. En los toros se hablaba de toros y en el fútbol, de fútbol. No descubría caras sospechosas, ni conversaciones clandestinas, ni miradas ilícitas. Y me presionaban. Un lugar, un nombre, una dirección, un teléfono, tenían que justificar y justificarse..."

"...había estado haciendo tiempo para pasar por el cuartel general y en un lugar había pedido una caña de cerveza cuando se me ocurrió la gran idea. Ese pobre hombre, mendigo con seguridad, con el vaso de vino, a mi lado en el mesón, podría ser una víctima. Ese hombre evitaría mi maltrato, la injusta necesidad de mandarme a una celda inmunda, aturdido por el miedo y el resentimiento y sólo porque no me había topado con ningún comunista..."

"...esperé que el desconocido terminara su vino y con sigilo lo seguí como cinco cuadras y anoté la dirección donde había golpeado, por el barrio de Atocha..."

"...Barahona Jesús, que era mi contacto directo, me felicitó al otro día. En la redada, en el lugar, había caído Gaspar Ascencio..."

"...no era muy importante el tipo, pero por su nombre, el hecho me quedó grabado. Ya no era capaz de sentir remordimiento, me dije que el tal Ascencio era un dirigente irresponsable, que cuando se tienen responsabilidades de esa naturaleza no se puede andar bebiendo vino aquí o allá..."

"...y así hasta los años sesenta, mandarles un chulo, un navajero a veces un anarquista inofensivo..., para poder recibir el salario, soplón profesional en un lugar donde no había nada que soplar. Un mal día me llamó Barahona Jesús. Me dijo que Franco se debilitaba, que sus enemigos se habían percatado y que España se llenaba de rojos. Las instituciones oficiales y los organismos partidarios estaban infiltrados. Las acciones legales contra esos criminales se enmudejaban en la burocracia tejida por esos infiltrados y ahora, en Madrid, cualquier hijo de puta podía tirar una bomba en el Retiro y recibir una multa de cien pesetas..."

"...sin desperdiciar la fachada, era el momento de utilizar otros métodos, buscar otras alianzas. Sabía que yo tenía mi título de abogado, pues que lo buscara, que se me abría un despacho en el centro de la ciudad..."

"...pensé que por primera vez veía la luz. Y ...¿todo este cuento para qué? Detrás de esa luz venía Cubresuelo. Sabe Ud. que yo fui el primer abogado que en España tuvo Cubresuelo. Era un poco abogado, mucho portero, cafetero y tramitero, pero tenía mi oficina en Madrid y mi nombre, con hermosas letras negras, estampado en la puerta vitrina..."

"...y que por las escrituras que se firmaron ante escribano no cabía duda que Barahona Jesús había cambiado de giro o yo no entendía nada. Cubresuelo, S.A. era una sociedad limpia y legal, cuya finalidad estaba en el intercambio comercial con algunos países latinoamericanos. No supe qué tenía que ver eso con la debilidad de Franco o

Mancini se quedó profundamente dormido. Despertó pasado el mediodía. Alguien golpeaba la puerta. Confuso todavía por el sueño interrumpido, no se detuvo a pensar que ya no era hora de desayunos o camare-

con los sucios rojos hasta que Barahona Jesús recibió a los primeros gerentes comerciales extranjeros..."

"...no era difícil, no es difícil reconocerlos..."

"...pero a mí que me importaba. Si me atrevía a llamar a Dolores, mi nieta e invitarla a las Galerías Preciados para comprarle un pañuelo de seda o compartir con ella una mesa en la terraza..."

"...es una muchacha hermosa, hace tanto tiempo que ya no la veo, es alta, con el pelo suave y castaño que le cae hasta los hombros, tiene los ojos oscuros y la mirada dulce y abre una boca llena de risa para saludar o decir su nombre. Tiene la piel blanca y todo brilla a su alrededor, más si es primavera y ella anda vestida con esos vestidos de lino claro y liviano..."

"...al final les fallé, tenía que ser de esa manera y ahora estoy aquí, donde me corresponde, no he querido que María Dolores se entere, solo, empujando o tirando de este escobillón..."

"...claro que ellos me encontraron este trabajo y no crea que es muy simple, con cierta frecuencia se aparecen por aquí y me exigen retribución a cambio de mi sobrevida. Tráfico de estupefacientes, terroristas, contrabando..., como ese muchacho que duerme cerca de la cafetería, que en su bolsa debe cargar cinco kilos de yerba, está perdido, si hoy vienen temprano tendré que denunciarlo, la moralidad de Cubresuelo es poco flexible..."

"...venían de distintos países, Colombia, Ecuador, Paraguay, Nicaragua, Chile, siempre asombrados, correctamente vestidos, con corbatas anudadas por mano inexperta, anillo de oro, pelo cepillado, de mediana edad. Desde un punto estadístico me atrevería a asegurar que eran o iban para coroneles..."

"...Barahona Jesús me ordenaba que les sirviera el café, o algún licor o cerveza a cierta temperatura. A las botellas de Somoza había que adosarles con tela adhesiva un termómetro y abrirla y servirla al llegar a los siete grados..."

"...no interesa desde luego. Recuerdo, sin duda a Somoza y en varias oportunidades, con distinto estado de ánimo. En mis oficinas se sentó también Stroessner y generales o coroneles gobernantes de países centroamericanos. En una oportunidad, un ministro de defensa, que me llamó especialmente la atención porque yo ya sabía que Cubresuelo era un movimiento subversivo y clandestino. Estaban infiltrados en todas partes..."

"...la reunión más importante a la que recuerdo haber asistido ocurrió en la primavera del setenta y tres. Mi María Dolores cumplía años por esos días y Barahona Jesús no me dejó salir. Me obligó a tirar por ahí una bolsa de dormir y tener todo listo para las reuniones. Fue entonces que calculé que todo aquello podría darme buenos dividendos y me propuse llevar un registro, en mi memoria o en papeles de contabilidad que no levantaran suspicacias, nombres o hechos que me parecieran importantes..."

ras e irreflexivamente abrió la puerta. En el pasillo, con un bolso de lana, dos trenzas castañas y una pequeña sonrisa había una muchacha que lo miraba.

"...Barahona Jesús andaba obsesionado por la posibilidad de que alguien se enterara del verdadero contenido y los cerdaderos propósitos de Cubresuelo. Aisló mi oficina con esponja acústica, hizo colocar aparatos de aire acondicionado, interferidores y se pasaba todo el día buscando micrófonos y grabadoras..."

"...los hombres empezaron a llegar. Hacía bastante calor en Madrid y me tuve que preocupar de tener abundante fruta fresca, mucho hielo y cerveza helada en forma permanente. Asistió Somoza, lo del termómetro en la botella no se me podrá olvidar, y trataron dos temas vitales para Cubresuelo. Uno sobre el aprovisionamiento de Cubresuelo y el otro sobre la primera operación concreta de Cubresuelo, contenida en uno de los puntos primeros de un plan más extenso llamado Doca o algo así. Lo recuerdo porque en todas las sesiones fui una especie de secretario de resumen de actas. Ud. se dará cuenta que eso significa que uno sabe mucho de nada..."

"...entonces conocí a Pino. El no pertenecía a Cubresuelo. No costaba darse cuenta que era un comerciante y aunque se paseaba por Madrid con un muestrario de muñequitos, lo que vendía era hombres y armas. Se dice en los medios como Cubresuelo que Pino Tapia vendía mercadería de buena calidad y que era un hombre solvente, un profesional que jamás había dejado de cumplir un compromiso..."

"...No fue culpa mía y ni siquiera tuve la intención, pero creo que fui el único que se percató que no había tal virtud detrás de ese viejo, que era un viejo inmoral y utilizaba la información que obtenía en estas juntas de manera discrecional, colocándola en gobiernos que lo favorecieran o en grupos opositores, disidentes o guerrilleros que el día de mañana lo iban a preferir..."

"...Pino Tapia sabía de antemano cuál golpe militar iba a fracasar, cuál atentado iba a ser descubierto o cuál generalito iba a durar en el poder lo que dura un suspiro. Tenía armas y parque para dejar satisfecho hasta a Dayan, pero escogía cada una de las piezas que vendía. Tenía a su disposición mercenarios y comandos invencible, pero también hombres de aspecto feroz que se acobardaban en el último instante, tenía las más modernas y sofisticadas armas automáticas y otras en las que se atascaba la bala en el momento preciso..."

"...Gustavo Pino Tapia no se dejaba presionar. En algunos proyectos estuvo de acuerdo e incluso aceptó dar facilidades. En otros, en cambio, no quiso hablar ni de arcabuces..."

"...no soy un estratega, desconozco tácticas y formas de lucha, nada se de geopolítica, mentía, pero no les recomiendo invertir en este asunto..."

"...se manejaban sumas enormes en distintas monedas. Pino acumulaba cheques y valores y me pedía que lo acompañara al banco. Tenía contactos y cuenta en el Banco de Santander y desde éste, desde una oficina privada que le ponía a su disposición el gerente, realizaba sus operaciones. Yo le caí simpático y nunca dejaba de darme unos billetes..."

"-¿Jesús Mancini? -preguntó.

Mancini ya no podía cerrar la puerta.

"-Jesús Mancini.

"...y cuando al tercer o cuarto día de discusiones se pusieron de acuerdo, se acordaron los envíos de Pino y las fechas de ellos, entraron en la segunda materia. Quien habló fue un oficial de mediana graduación del país del que Ud. viene. Informaba que Cubresuelo, a través de sus agentes civiles y militares, habían logrado varios avances y que la caída del régimen marxista estaba próxima. Aseguraba que había un plan de golpe militar en marcha y que, aunque sus instigadores estaban presionando con energía, aún no había nada resuelto. Lamentaba el hecho de que sólo un general pertenecía a Cubresuelo y que aquellos en los que se presumía caería la responsabilidad final del golpe y de la organización de un nuevo gobierno aún no habían podido ser reclutados..."

"...Somoza se reía. Esperen que estén en el poder, ahí serán nuestros..., generalillos..., se reía Somoza..."

"...en relación a organizaciones civiles, gremios, sindicatos, colegios o entidades profesionales, el esquema de Cubresuelo, paradójicamente a su juicio (él era un militar) había funcionado de un modo que, pensaba, se acercaba a la perfección..."

"...las huelgas por un lado, las fuerzas armadas por el otro, el gobierno no tenía dónde sujetarse..."

("...Primera información que se obtiene en relación a la participación de hombres de Cubresuelo en organizaciones civiles...")

"...cuando se le solicitó apoyo a Pino, él no titubeó, lo que era una señal cristalina de lo que iba a suceder. Sin embargo se negó a proporcionar armas. Lo que necesitan son hombres, la capacidad de fuego la tienen. En caso -dijo -y sólo en caso que haya riesgo de guerra civil o de enfrentamiento entre las fuerzas armadas, entonces los ayudaré..."

("...Pino Tapia no ha aceptado los requerimientos en armas y mercenarios que le ha solicitado en todos los tonos el general. Señal cristalina...")

"...y en los últimos días de esa conferencia, se discutió, aprobando o reprobando, el resultado de algunas operaciones encaminadas a la concreción de algunos de los puntos de ese plan Doca..."

"...no recuerdo ya muy bien, pero una tarde, mientras fotografaba dos o tres documentos que con ingenuidad pretendía utilizar después, entraron en la oficina, simultáneamente, Barahona Jesús y Pino..."

"...Pino aseguró que yo lo hacía por cuenta de él. Alegó que necesitaba algunos antecedentes y que el film era una óptima manera de conservarlos y pasarlos de un país a otro. Barahona Jesús no era imbécil, pero se la tragó. Otro día vino la promesa del pago por salvarme la vida y la obligación de atender a quien apareciera con una muñequita negra..."

"...hasta ahí llegué. Partiendo Pino, partí yo. Barahona se consiguió otro abogado, a mi me conservó la vida y me aseguró este trabajo..., me prometió tenerme siempre vigilado..."

"...ya no tengo tanto miedo..."

-Soy Angeles Valdells -le dijo, y entró.

Jesús Mancini ya no podía asustarse. La chiquilla se sentó en la cama revuelta y fijó en él unos ojos grandes, grises y llenos de duda.

-Así que Ud. es Jesús Mancini...

-Lo siento.

-No sea imbécil.

-Conoce mi nombre, sabe a que vengo a Madrid, me buscaba, me encontró, ahora dígame qué quiere o váyase.

Jesús Mancini no esperó la respuesta, entró al baño, orinó con la puerta abierta y volvió a la pieza más despejado.

-No me impresiona.

-No me interesa.

-Quizás si le interesa lo que vengo a decirle.

-De acuerdo.

Jesús Mancini se acercó a la mesa del cuarto, sacó su grabadora y la encendió.

-Si no le importa que grabe.

-No me importa.

"...desde que liquidaron a Barahona Jesús después de..."

"...otras acciones, magistrales no tanto por sus resultados sino por la limpieza. El nombre de Cubresuelo no se había escuchado. El asesinato de un oficial de la marina en Chile, del más alto dirigente sindical argentino, de la infiltración de los Tupamaros, de los tres balazos que no dieron en el presidente de Colombia, de la carga de dinamita que no explotó en un destructor ruso en el puerto de Santos..."

"...Barahona Jesús tenía algo personal en contra de Fidel Castro. Cubresuelo le autorizó tres atentados. Cuando le falló el sexto, decidieron darlo de baja. Los servicios secretos cubanos descubrieron la existencia de Cubresuelo y lo más grave, la de ICOSYS..."

"...por mucho tiempo los despistaron. Pero los cubanos tienen acceso a la central de informática de Leningrado, y confirmaron sus sospechas..."

"...Moscú nunca les ha hecho mucho caso a este tipo de organizaciones. Los comparan con la mafia y a la mafia la han tratado de utilizar, de infiltrar y no han podido. Según le oí decir a Barahona en sus descargos, cuando ya estaba despedido, los rusos tienen la tendencia de atribuir a los cubanos y otros aliados americanos ciertos rasgos delirantes sino paranoicos..."

"...el comandante Austero Cortez reemplazó a Barahona Jesús. ¿A Barahona Jesús? Bueno, hombre, puede encontrarlo en Zaragoza, lo encontrará si va de paseo a las sierras de la región..."

("...Fin grabación No. 41 y de grabación No. 3 del Informe Mancini)

Décimosegunda Aproximación

(El Día En Que Se Extravió El general)

El general apagó el televisor de su despacho en el hotel Francisco de Aguirre de la ciudad de La Serena alrededor de las 21.30 minutos del cinco de setiembre del año en que se inicia la guerra civil. A la misma hora se apagó, también, el monitor en la sala de radio y guardia del hotel y el sargento Segundo Meneses Estradas avisó que el general se había cansado y había cortado el programa. De inmediato entraron en funcionamiento los dispositivos de seguridad que lo rodeaban. Su conducta se había hecho imprevisible y peligrosa. (1) El jefe del estado mayor, general Carlos Covarrubias lo tenía todo dispuesto en circulares secretas, órdenes verbales y amenazas verídicas.

Como a las 21 horas, minutos antes minutos después, el grupo scout Los Lince de Juan Soldado, aprovechando las garantías de seguridad y la autorización del jefe de la zona en estado de sitio de la provincia, había partido a campamento nocturno en la abandonada playa de La Herradura.

Poco antes de las diez de la noche el general, usando el intercomunicador del hotel, pidió que se le preparara el Peugeot 604. Insistió en que no necesitaría chofer.

Un minuto más tarde, dos veloces Alfa Romeo de alta cilindrada, cada uno con cuatro hombres fuertemente armados, ponían en marcha sus motores y las puertas del garage de servicio del hotel se abrían sin

(1) Según Armando Cassícoli, a quienes el tirano protege, protegen al tirano.

hacer ruido. Al volante del primer automóvil iba Sergio Emilio Guillermo Morales Morales, suboficial mayor del ejército en el arma de telecomunicaciones e instructor del regimiento de fuerzas especiales.

A las 22.15 un destartalado microbús del recorrido Playa Ancha Miraflores(1) arrendado para la ocasión por Los Lince, salía de La Serena rumbo al sur.

El general miró su reloj y se levantó del sillón donde había estado mirando la televisión. Caminó hasta el amplio ventanal que daba sobre el mar de Peñuelas y se quedó quieto, observando las luces oscuras de Coquimbo. De repente sintió que le faltaba el aire. Un ahogo, como si una corriente de aire le enfriara el corazón. Le habían empezado hacía algún tiempo, cuando supo lo que le había pasado a Anastasio. Cuando le avisaron que había abandonado el Bunker, cuando le informaron que había huído a Miami se había impregnado de una incertidumbre apocalíptica que obligó a su yerno a llamar a su médico de cabecera (2). El doctor Silva le había puesto una gran inyección en la vena y había diagnosticado un asma nerviosa.

El general se alejó del ventanal y abrió la puerta de su despacho. Afuera, a ambos lados de la escala que bajaba hasta el primer piso, dos soldados se cuadraron.

Estuvo tentado de ofrecerle ayuda a Somoza e incluso llegó a consultarlo con el ministro del interior. Cubresuelo ya le había hecho saber lo importante que era el enclave Nicaragua en la lucha continental. El ministro, como de costumbre, había movido su cabeza de arriba abajo y no había contestado. Nunca tuvo, por lo demás, una opinión propia. Su buena estrella brillaba a veces. La guerra civil había atrapado al ministro en Viña del Mar y no tuvo necesidad de tomar la iniciativa para deshacerse de él. Ya no aceptaba imposiciones de grupos civiles.

Al final había desistido, decisión personal, de acudir en la ayuda de Somoza. Pero quizás si un par de Hércules, con trescientos

(1) Microbús sorprendido al inicio de la guerra civil fuera de su recorrido normal en Valparaíso.

(2) Ref. Anexo 6.

soldados del regimiento Tarapacá y los sandinistas no habría llegado a Managua. ¿Acaso Fidel no hablaba de internacionalismo proletario? El le pudo haber enseñado lo que era la solidaridad nacionalista. Lo creían incapaz de formular teorías ni de organizar movimientos políticos. Ahora, en medio de la guerra civil, percibió que había estado muy mal aconsejado.

Trescientos hombres del Tarapacá o del Buin y el Palacio Nacional de Managua habría sido desalojado en el mismo tiempo en que fue tomado el morro de Arica durante la guerra del Pacífico. Estúpido y huevón Anastasio, incapaz de organizar una fuerza militar en un país pequeño. Y después pedir asilo en Estados Unidos y en Paraguay, en un acto de dudosa valentía que no le servía a nadie, a Cubresuelo ni a la causa nacionalista americana, conducta que por lo demás tampoco estaba contemplada en el Acta secreta de El Pajonal. (1)

No era simpático el hombre, pretensioso, rodeado de mujeres, azafatas, las llamaba, distante en el diálogo, como si una tácita superioridad lo aislara de los otros gobernantes, aún esa noche en su hacienda de El Pajonal.

(1) En agosto del año anterior al que se inicia la guerra civil el general se ausentó en forma subrepticia del país. Acompañado de subalternos militares (uno de ellos, se sabe con seguridad, era el ya conocido mayor León) y asesores civiles en un avión de la fuerza aérea voló hasta la hacienda llamada El Pajonal, propiedad de Anastasio Somoza en territorio hondureño. Sabrosas anécdotas (Ref. anexo No. 6) si es que hay algo sabroso en la vida del general. En todo caso al término de esta cita a la que también habría asistido Alfredo Stroessner, entonces presidente del Paraguay, se redactó un acta a la que aún no se ha tenido acceso. (Se tienen antecedentes de que una de las tres copias de ella estaría en poder de un coleccionista finlandés de apellido Laitinen, con el que el Consejo Insurreccional estaría en contacto) En ella estaría básicamente establecido un acuerdo de ayuda militar recíproca, asistencia técnica y un virtual reconocimiento de Cubresuelo como organismo contralor de las políticas nacionalistas y bolivarianas en el continente. En esta acta se reconocen los primeros balbuceos ideológicos de lo que se ha dado en llamar militarnacionalismo, cuya originalidad apenas reside en su nombre.

En su edición de abril último El Ferrocarril de Antofagasta, Nueva Epoca, asegura que en uno de sus acápites el acta contendría la prohibición, para los firmantes, de abandonar el país gobernado aun en el caso extremo de considerar agotadas las posibilidades.

El general pisó los pasillos alfombrados y cuando bajaba lo detuvo su edecán.

-El último parte de guerra -le dijo.

El general buscó sus anteojos. Nunca los había usado en público y por lo demás no los necesitaba. De lejos su vista era impecable. El parte era escueto y traía noticias sin importancia. Desde la victoria en Coquimbo la guerra parecía haberse aletargado. Leyó. Se había estabilizado la línea al poniente de Casablanca y en las últimas veinticuatro horas no se habían intercambiado disparos entre los ejércitos adversarios. La mina de cobre de El Teniente en Rancagua aún no había podido superar el cincuenta y cuatro por ciento de su producción habitual y se había detectado en ella un grupo de saboteadores. (Fueron fusilados después de juicio sumario) El crucero Von Schröeders había sido ahuyentado por dos cañoneras rebeldes en las costas de Con-Cón y un planificado bombardeo a la refinería de petróleo había fracasado. Había muerto en la cárcel de Antofagasta su ex ministro de hacienda y desde Talcahuano se informaba que dos destructores tenían bloqueado el puerto. Como noticia anexa se daba una información del cable. El general Manuel Contreras había sufrido un atentado en la cárcel del estado de Carolina del Norte. (1)

"El Nacionalismo envolverá como sagrada mortaja a quienes mueran por él y sus raíces se nutrirán de ese ejemplo, permitiendo que crezca un tronco robusto y un follaje abundante"..., habría sido el lema bajo el cual firmaron Somoza, Stroessner y el general.

Cassígoli, por su parte, tiene una interpretación personal acerca de esa frase.

(1) El ex general del ejército Manuel Contreras Sepúlveda había sido extraditado a Estados Unidos en febrero del año en que se inicia la guerra civil. Había sido acusado por un jurado de Washington de ser culpable de ordenar el asesinato de Orlando Letelier, ex ministro de Salvador Allende quien se encontraba exiliado en la capital estadounidense. Reelegido Carter en 1980 el departamento de estado presionó con violencia al general y éste, asustado, accedió a tal solicitud de obvia justicia. Pasó por encima del fallo de la Corte Suprema, servil organismo que desconoció la culpabilidad de Contreras rechazando la petición de extradición y envió al asesino esposado a Washington.

El cable al que se alude informaba, breve, del acuchillamiento del que había sido víctima el ex general Contreras en la prisión estatal de Carolina del Norte por parte de un pandillero. El motivo: tráfico de estupefacientes en el interior del recinto carcelario.

El general devolvió el papel a su edecán.

-Dáselo a Covarrubias -ordenó.

La niebla se había apoderado de los barrios bajos de La Serena. La luminosidad tubular de dos reflectores escrutaba la noche. El toque de queda se iniciaba luego. Había que desconfiar, pero no temer a los rebeldes. Desde el inicio de la guerra civil se habían infiltrado en sus líneas, en sus ciudades y no había noche que algún atentado no interrumpiera un camino, no destruyera una central eléctrica, no volara un puente. Pero el general no tenía miedo. No podía tener miedo. Y eso había que demostrarlo. El general se acercó al Peugeot 604.

Sin vacilar subió a él. Alcanzó a ver a Covarrubias que salía del hotel apresurado. Bajó el vidrio automático y esperó que se acercara.

-No está preparada la escolta, mi general.

-Hoy no quiero escolta.

-Pero general...

-He decidido salir solo Covarrubias..., desconozco tanto cuidado.

Quince minutos antes el bus con los Linces de Juan Soldado llegaba a La Herradura, cruzaba el puente que limita la antigua población militar, ahora desocupada y bajaba hasta el extremo sur de la playa, donde estaba el muelle y el hotel Bucanero, vacío desde que se iniciara la guerra civil. Justo a la hora en que se hacía efectivo el toque de queda el jeep militar que los escoltaba hizo una señal con sus luces y el sargento que lo guiaba la última advertencia al guía de la manada de lobatos.

-No deben apartarse de la playa. Las patrullas de La Herradura ya han sido avisadas de su permanencia en este lugar. Pero las precauciones son necesarias.

Ya al volante del jeep comentó con el sargento:

-No entiendo estos permisos..., y si viene un loco y los balea..., ¿Ah?

Cuando el general presionó con suavidad el acelerador del Peugeot automático los hechos se desencadenaron vertiginosamente.

Manuel Contreras Sepúlveda había recibido heridas de consideración en el abdomen que obligaron a una intervención quirúrgica. A la fecha del cable ya se encontraba fuera de peligro.

A las 23.16 el Peugeot 604 salió a la calle y antes de que llegara a la plaza de La Serena los Alfa Romeo al mando de Morales Morales, con las luces apagadas asomaron la nariz por la puerta del amplio garage del hotel Francisco de Aguirre. El general Covarrubias, la guerrera abierta y los puños cerrados los observó correr detrás de la presa. Después que desaparecieron en la esquina soltó uno por uno los dedos de sus manos entumecidas y sin dificultad se abotonó la guerrera. Miró el cielo y vio una luna casi llena, apenas tapada por nubarrones oscuros. Un frío imperceptible le contrajo los músculos del cuello y un presentimiento confuso lo hizo mirar otra vez hacia arriba. Un halo de bruma transparente rodeaba a la luna cercana, de tamaño imposible. Entonces se acordó de lo que decía su madre y del primero de mayo, pero no se movió. El Peugeot y los Alfa Romeo estaban ya demasiado lejos.

Regresó a la sala de radio del hotel y se comunicó con el automóvil de Morales. A través del audio se podía oír el zumbido de la aceleración progresiva del auto.

-Aquí Morales, el general va a tomar la costanera. Aún no nos ha visto.

-Acuérdale como piensa -la voz de Covarrubias sonó ronca, falsa -te responsabilizo por su seguridad. La noche se presta como nunca, es noche de terroristas.

-Estaré informando...

Covarrubias cortó la comunicación.

-¿Sabes lo que decía mi madre? -dijo colocando su mano gruesa sobre el sargento a cargo de la radio.

-No, mi general.

-Que cuando la luna se viste de novia es señal de que va a nevar.

-Sí, mi general.

-¿Y, te acuerdas cuándo nevió por última vez?

-Sí, mi general.

-El primero de mayo...

A las 23.21 el general disminuyó la velocidad. Llegaba al cruce con la carretera de doble vía que une La Serena con Coquimbo. Mi-

ró por el espejo retrovisor y descubrió que lo seguían. Una inquietud breve pero penetrante lo sacudió. De inmediato se dio cuenta que era su escolta y sonrió. Pero tenía siete kilómetros de buena carretera para perderlos. Covarrubias se había sobrepasado en sus funciones y sería amonestado. El general sacó un cigarrillo de la guantera del auto y con la misma mano pulsó el encendedor y apagó la luz piloto de la radio. Les iba a dar un buen susto.

A las 23.29 el general Covarrubias se sobresaltó. Vio como desaparecía del monitor de control la luz guía del Peugeot. Buscó la frecuencia de Morales y le advirtió que el general estaba jugando sucio.

El general mantuvo el automóvil pegado en cuarenta kilómetros por hora. Chupaba el cigarrillo y se preocupaba de depositar cuidadosamente la ceniza en el cenicero. Pero no descuidaba el espejo, vigilando a los Alfa Romeo, que como dos cucarachas opacas, deslizándose por el cemento de la autopista no lo perdían de vista.

A las 23.34 el jefe de patrulla Luis Arredondo repartía las últimas salchichas y los pequeños scouts, ensartándolas en un palo, trataban de asarlas en la fogata. Eran dieciocho niños divididos en tres sexenas y era el segundo campamento desde que habían recibido el pañolín. Los scouts no contaban con la simpatía del general. Invitado una vez a un jamboree se había excusado alegando razones de tiempo. A sus íntimos colaboradores había confesado que tenía conocimiento que la cofradía scout tenía clara inspiración renovadora y que en ella se notaba, a la legua, la mano del Cardenal. (Ref. Anexo 6)

A las 23.35 el general terminaba el cigarrillo. El Peugeot pasaba junto a las edificaciones del hipódromo de Peñuelas y la bota del general se apoyaba con más fuerza en el acelerador. Se sentía feliz, libre, superior.

Morales Morales tuvo que acelerar. Pero el Peugeot cobraba velocidad y los Alfa Romeo iban quedando atrás.

Morales se comunicó con Covarrubias.

-Mejor mande un helicóptero -pidió -el Peugeot es demasiado veloz.

-Pedalea, imbécil..., si lo pierdes te fusilo.

A las 23.38 Morales, a ciento cuarenta kilómetros por hora, ya

no veía las luces traseras de Peugeot.

El automóvil se dejaba conducir con facilidad y el general bajó el vidrio. Un aire frío, con penetrante olor a pólvora y pescado, lo hizo estornudar tres veces.

Eran las 23.41 cuando el akela ordenó a los lobatos que armaran las carpas. Los niños se movieron con rapidez y antes de que el jefe tocara el pito de término, las tres carpas se levantaban sobre la arena.

A esa hora el general llegaba al barrio alto del puerto de Coquimbo, desechaba la entrada norte y enfilaba con decisión hacia el cruce flanqueado por el hospital San Pablo. Ahí lo detuvo una patrulla. El general no necesitó identificarse. Los Alfa Romeo fueron obligados a detenerse y a Morales Morales le tomó más de un minuto convencer al sargento que era la escolta de seguridad del general. El Peugeot había dado la vuelta por una de las calles cortas y empinadas del puerto y salía a la carretera a las 23.49, en el momento en que Morales lograba zafarse de la patrulla. El general se divertía.

Reunidos alrededor de la fogata entonaron una canción corta y significativa, el akela repartió las obligaciones para el día siguiente y mandó a los pequeños a meterse en sus carpas. Se quedó todavía un rato fumando y cuando supuso que los lobatos ya dormían, se envolvió en el saco de dormir y se acostó al lado de las brasas.

A las 23.58 el general había dejado atrás Coquimbo y tomaba la carretera del sur, hacia La Herradura. Los primeros controles fronterizos quedaban a la altura de Morrillos, casi treinta kilómetros más al sur de La Herradura. Hasta ese lugar el camino serpenteaba lleno de baches, con la berma tragada por un hierbajo reseco y abundante, trizado por grietas profundas y por la huella dejada por los tanques en el asfalto caliente del verano.

Cuando dieron la medianoche, con una sirena de sonido lúgubre ominoso, Jacinto-Jacinto González de la sexena Lobos de Mar, le metió el codo en las costillas a Daniel Calleja, de la misma sexena. Pronto, los seis niños de la carpa número dos estaban despiertos.

La cueva del Loro, aquella en la que se aseguraba estaba el hechizo del reverendo Murgan, custodiando los tesoros de Drake, los esperaba...

Uno a uno los seis niños fueron desliziéndose de la carpa. Afuera el instructor dormía al lado del fuego. Empuñando sus linternas y arrastrándose con los codos y las rodillas fueron alejándose del círculo de calor que irradiaba la fogata. A treinta metros se pusieron de pie. Cruzaron la playa y llegaron hasta el muro de roca que la separa del camino.

A las 24.05 Morales hizo detener los automóviles y se comunicó por radio con el cuartel general. El general había salido con la suya.

Unos minutos más tarde el Peugeot del general, que llevaba las luces apagadas se detuvo en un costado de la carretera panamericana. Apenas unas luces, en el interior de la bahía, señalaban el muelle mecánico de Guayacán y más a lo lejos, con una luz rosada, la iglesia de Guayacán, en el medio de la península. Ningún vehículo en la carretera, ningún ruido detrás de las alambradas. A la derecha del general las dunas y el mar, a la izquierda, los potreros inutilizados, invadidos por los espinos y los naranjillos del seco. El general se bajó del Peugeot.

Al cabo de veinte minutos los niños encontraron el camino hacia la cueva del Loro. Bordeando la lengua de tierra que limita a la bahía de La Herradura por el sur, pasado el antiguo y derruido arsenal y luego bajando por los roqueríos hasta una playa insignificante, cubierta por el mar en alta y media marea, se encuentra la cueva. Los niños sólo la habían observado desde la orilla de la playa o desde las terrazas del hotel Bucanero. Su boca siniestra está siempre oculta por la espuma del rompeolas, pero se asegura que en la cumbre del cerro que la cobija se abre una boca rodeada de arbustos de guayacán que le sirve de ventilación. Jerónimo, el viejo indio del Culebrón les había jurado que, en noches de desvelo, él la había visto brillar.

Los seis niños hicieron un alto para discutir en voz baja.

¿Seguían por el camino del antiguo depósito de dinamita buscando la lucerna de la cueva o bajaban hasta los malecones tratando de alcanzarla por la boca que se abría al mar de la bahía?

El general se apoyó en el Peugeot y respiró muy profundo. Esa noche se sentía bien. La sensación de encierro que lo atenazara en el hotel había desaparecido. Mañana le daría algo al pueblo. Quizás no había sido todo lo generoso que debió ser y eso lo había perjudicado. Los malos consejos de su equipo económico, tanta concentración de poder económico y ahora, lo héroes, en el extranjero o en esa extraña ciudad, que según se decía, había crecido al oriente de la capital, más arriba del canal San Carlos. Toda esa tierra que lo rodeaba, ese mar que escuchaba, esas dunas que se ofrecían como breve horizonte, todo eso era suyo y nunca nadie en ese país había tenido tanto. Estaba obligado a ser generoso. (1)

A esa hora el suboficial Morales ordenó a los autos que se separaran y buscaran en forma independiente al general. Coquimbo no era grande y sus callejuelas eran estrechas; no por todas cabía el ancho del Peugeot 604. (2)

A las 00.30 el general dio unos pasos alejándose del automóvil. A cada minuto se le hacía más amplio el pecho y más abierta la sonrisa.

Los lobatos decidieron seguir la huella polvorienta, invadida por la doca, perforada por los nidos de las arañas pollito; Jacinto-Jacinto, el líder, lo había considerado menos peligroso. Iban a entrar a la cueva del Loro por su tragaluz natural, buscando el brillo misterioso que describiera Jerónimo.

(1) Proveniente de una modesta familia de la pequeña burguesía de Valparaíso el general, sin embargo, siempre tuvo pretensiones. Exigió ser enviado a un colegio de élite y eligió la carrera militar porque era en la que menos se notaban las diferencias sociales. Después del golpe le bajó el complejo de la propiedad y de la primera persona. Su mujer fue una poderosa aliada en esta búsqueda del ascenso social y el apropiatismo.

(2) Múltiples posibilidades barajó Morales mientras perseguía al general. Incluso pensó que había elegido el camino sugerido por su yerno: huir. La desechó de inmediato. El general no huiría solo ni sólo con un modesto Peugeot.

El general regresó al automóvil en el momento en que Morales había recuperado el rastro.

Desde la angosta costanera que como media luna protegía la playa hasta el arsenal abandonado no había menos de dos kilómetros. Y desde los muros de ladrillo del arsenal hasta la cabeza de la península en cuyo centro está la abertura de la cueva hay una distancia similar.

-Nos demoraremos como una hora, a buena marcha -Jacinto-Jacinto reunió a su reducida tropa -probemos las linternas.

El general hizo el resto del camino hasta La Herradura en veinte minutos, Morales y sus hombres lo hicieron en media hora. Con los potentes focos buscacaminos rastreando los potreros, iluminando la sombra de las dunas y de los árboles chamuscados revisaban la carretera buscando al general extraviado.

El Peugeot atravesó con lentitud el puente de La Herradura. Sus luces de estacionamiento encendieron de amarillo los penachos del cañaveral del estero. El general dobló hacia la derecha, buscando el hotel Bucanero. Sin apagar el motor abrió la ventanilla. Un poco hacia abajo una fogata parecía consumirse en el centro de la playa, al frente, al otro lado de la ensenada, titilaban unas luces. El general alcanzó a contar seis. Hizo girar el automóvil. Las casas del balneario también estaban vacías (1).

El general retornó al camino principal y subió la empinada colina que llevaba a la península, al sur de La Herradura. Seguía a esas seis luciérnagas, hacia los roqueríos más occidentales.

Al llegar a destino las linternas de los lobatos alumbraron el agujero que en su profundidad debía ocultar la cueva del Loro. Jacinto-Jacinto tuvo miedo. Pancho, el más pequeño se estremeció en breves convulsiones de susto. Jacinto enfocó la bóveda. Jerónimo era un mentiroso. La única luz provenía de su linterna.

-No tiene fondo -dijo Panchito.

Jacinto le alumbró la cara pecosa y el pelo colorín.

-Claro que tiene -lo tranquilizó -lo hemos visto desde la playa.

(1) Ni en Coquimbo ni en ninguna otra parte hubo oportunidad de pasar algunas largas vacaciones.

-Desde la playa se ve diferente -dijo Daniel retorciendo el pañolín.

No se atrevían a acercarse al borde. En el fondo se escuchaba el rumor del mar. Era como el lamento de un dragón viejo y somnoliento.

-Tengo un poco de miedo -reconoció Panchito.

-Esto está un poco resbaloso -comentó Jacinto-Jacinto frotando sus botas en el hierbajo húmedo.

-Hasta aquí deben subir las olas -dijo Felipe.

-Es el rocío -dijo Jacinto.

-A lo mejor es la baba de un dragón -dijo Panchito.

-Abajo no hay ningún dragón -dijo Jacinto-Jacinto.

Pero ninguno de ellos estaba muy convencido.

-Mejor nos devolvemos -dijo Daniel.

-Antes de que salga...-dijo Panchito.

-Lo intentaremos mañana desde la playa -prometió Felipe.

-Está bien -Jacinto-Jacinto se dio vuelta.

Panchito suspiró aliviado.

Y los lobatos emprendieron el camino de regreso al campamento.

El general detuvo el Peugeot a la entrada del estropeado camino que conduce a los arsenales de La Herradura.

Los dos Alfa Romeo estaban estacionados al costado de la playa y Morales, con una poderosa lámpara de mano apuntando en la arena, interrogaba al instructor de los scouts. Recién entonces él se dio cuenta que le faltaban seis lobatos.

-Hay que encontrarlos sea como sea -exigió Morales.

Corrió hacia el primer Alfa y ordenó a sus hombres que lo siguieran. Acelerando a fondo siguió la ruta que había tomado el general.

En ese minuto el general encendía otro cigarrillo y se sentaba en una roca, al borde del camino. Había salido la luna y con sus zapatos había limpiado el suelo de alacranes y hormigones. Le daba la espalda al automóvil y miraba pensativamente la bahía, mansa, partida en dos por la estructura del muelle de Guayacán. Sentía al planeta traicionado, a los hombres en un puño.

Cuando escuchó el ruido estaba terminando de fumar. Era un crujido suave, como si alguien o algo se arrastrara, allá, en la gravilla del camino. El general se llevó la mano derecha al cinturón. Inmovilizado por su imprudencia imaginó un desembarco rebelde en las propias barbas de su ejército, una acción audaz que había burlado al Von Schröedres que patrullaba el litoral. Sacó la Walter y la amartilló. En su mano izquierda empuñaba con fuerza la linterna apagada. Vio que cuatro o cinco luces se aproximaban. Se agazapó detrás de la misma roca en que había estado sentado y rogó porque no lo vieran.

Pero lo descubrieron. El general encendió la linterna cuando sintió que le alumbraban la cara. Enceguecido adelantó la pistola y apenas la bajó un centímetro al advertir que eran sólo cinco o seis niños. Embozados en sus buzos azules, empapados por el relente, todavía asustados por la susurrante existencia del dragón, ellos lo miraron aliviados.

¿Niños? -se preguntaría el general.

Sintió que se le confundían los sentidos y se agotó tratando de encontrarle un sentido a la presencia de los niños en ese lugar. Ni Jacinto, ni Daniel, ni Felipe, ni Cristián, ni Jorge, ni Panchito le entraban en la imaginación. Su experiencia le había enseñado a desconfiar, a desconfiar de las apariencias.

Entonces Jacinto-Jacinto se acercó.

-No nos irá a disparar, general -le dijo.

Anexo 6.

Usando un nepotismo propio de su cargo y de las características del proceso que lo pusieron en el poder, el general ubicó a familiares en altos cargos de la administración pública. Uno de ellos, de apellido García, fue nombrado en la corporación de televisión estatal. Más que promover cultura, información o espectáculos, lo que hizo García fue controlar. Proyectó, a través de cortos de cine, una imagen bíblica y conmovedora del general, tan poco convincente que ni su propia hija se conmovía.

García pertenecía, por supuesto, a Cubresuelo. Al iniciarse la guerra civil viaja a Europa, a reunirse por mandato del general con los jefes de la organización. La convención iba a realizarse en Andorra, sitio al cual llega García. Ahí se pierde. Junto a su subalterno en televisión estatal desaparecen y nunca asisten a las reuniones de Cubresuelo. El general, desde el Von Schröeders, a la vez que trataba de contener el avance de las tropas rebeldes y de los irregulares del Vendedor, deriva hombres y fondos para buscar al desertor. No lo encuentra. Al hacer varar al crucero Von Schröeders en la costa argentina de la Patagonia alguien lo oye jurar: recuperará el poder y castigará a García...

El general se embarcó en el crucero Von Schröeders poco antes de ver perdidas todas sus posibilidades. Desde el puente de mando dirigió casi todas las acciones de la guerra, pero no participó en

ninguna.

Cuando termina la guerra civil decide hundir el barco. Contrata los servicios de una empresa aeronáutica privada y hace aterrizar a un avión en una pista abandonado en la costa sur de Argentina. Ahí desembarca y con un grupo de íntimos aborda el avión y se refugia para siempre en su propiedad en Paraguay. Ahí espera, aterrizado, que la suerte de Stroessner no sea tan mala como la suya.

La tripulación del crucero intentó evitar que la oficialidad hiciera encallar el buque de guerra. No lo logró. Los giroscopios habían sido fijados por la computadora de a bordo y no hubo tiempo para corregirlos. La gendarmería argentina impidió una masacre. Intervino justo en el minuto que los marineros procedían a linchar a los oficiales...

El doctor Silva, médico del hospital militar hasta el inicio de la guerra civil, debió viajar siempre junto al general. La edad y la incertidumbre transformaron al general y a sus íntimos colaboradores (entre ellos al propio Silva) en hombres débiles y enfermizos...

Se considera como anécdota sabrosa del general, el haber seducido a una azafata del avión particular de Somoza, durante el vuelo a la hacienda El Pajonal del dictador nicaragüense. No saben los escribas que esa pobre mujer recibía sueldo adicional por trabajos extraordinarios...

La rivalidad entre el general y el Cardenal se notó al inicio de la tiranía. Poco a poco esta rivalidad se fue acentuando, haciéndose de dominio público. Al general se le aconsejó al respecto. No podía aceptar que le disputaran el liderazgo nacional. Aunque los círculos en que ambos se movían comprometían distintos intereses, paulatinamente se fueron ampliando e interesando objetivos comunes. El general quiso, de alguna manera y estimulado por asesores cris-

tianos, (llamados 'cristianos rituales) llegar a ser un líder religioso. El Cardenal era un líder político indiscutido y su investidura eclesiástica, llevada con humildad y coraje, lo hacían ser el jefe espiritual de la nación.

No es raro, entonces, que al inicio de la guerra civil, el general lo expulsara de sus territorios, obligándolo a ejercer su ministerio y su labor pastoral fuera de esas diócesis...(1)

(1) El general no lo logró. El Cardenal, a veces disfrazado, a veces no, llevó su palabra y su consuelo a las parroquias y a los fieles de los territorios donde no se le permitía la entrada. Por fortuna nunca hubo delación y el pastor siguió con su rebaño.

Décimotercera Aproximación.

(Confesiones de un Guardaespaldas)

Sergio Emilio Guillermo Morales Morales (1) detuvo el Alfa Romeo con un violento golpe en el pedal del freno. El automóvil que lo seguía se estrelló contra su parachoques trasero. Ya no importaba. Había reconocido el estampido que venía del mar. No era una ola, no era una roca que se hubiera desprendido..., sin lugar a dudas era la Walter del general que había disparado. El era capaz de distinguir el sonido en medio de una descarga de fusilería. No por casualidad él la engrasaba y la gatillaba todas las mañanas. Al llevarle la bandeja con el desayuno encontraba habitualmente la automática sobre el velador. Era la orden tácita del general para que se la llevara y se la devolviera media hora después con los mecanismos aceitados. El cargador lo llenaba el general en persona.

Morales aceleró con todas sus fuerzas. El Alfa patinó en la huella y esquivando con destreza las rocas y los sandillones se metió en el camino del arsenal. En quince segundos distinguió la silueta del Peugeot, apretó los frenos y patinando en un nubarrón de tierra y arena se detuvo a su lado. Al bajarse, Morales ya llevaba su Colt de servicio en la mano derecha.

(1) El suboficial Sergio Emilio Guillermo Morales Morales era, en la época de los sucesos que aquí se narran, un hombre de cuarenta años. Tenía una cabeza toruna que movía con dificultad y unas manos fuertes toscas y desasosegadas. En el índice derecho usaba un anillo de oro

Encontró al general de pie, la mirada baja, la Walter tibia, humeante, colgando de su mano. A tres metros de distancia un pequeño bulto palpitaba en el suelo. Morales le arrebató la pistola y se acercó al caído. Jacinto-Jacinto tenía los ojos cerrados y la luna acentuaba aún más la palidez de su cara. A la altura del hombro, empapándole el buzo, una mancha granate crecía con repidez. Morales se volvió hacia el general que impávido, hierático, con las palmas de sus manos vueltas hacia adelante, parecía contemplar la bahía.

-Por la mierda -dijo -pero si es sólo un niño.

Pero Morales era un profesional. Palpó al general buscando otra arma y se guardó la Walter en el bolsillo. Recogió a Jacinto-Jacinto y lo puso en los brazos de uno de sus subalternos.

-Corran al hospital San Pablo. Que lo atiendan de inmediato. Al niño lo encontraron botado en la carretera. Uds. no saben nada más.

Después arrastró al general al Peugeot y lo subió al asiento delantero derecho. Volvió a donde había estado Jacinto-Jacinto y escarbó en el charco de tierra y sangre. Al cabo de unos segundos sus dedos expertos reconocieron, enterrada, la bala. La recogió, la frotó y se frotó las manos en la hierba y envolviéndola en un pañuelo la guardó junto a la Walter.

Jacinto-Jacinto tuvo suerte. Lo operaron apenas llegó al servicio de urgencia. Casi desmantelado por el ejército, el hospital aún mantenía médicos de guardia, más para dar una imagen que atención. El único traumatólogo que no huía de Coquimbo hizo pasar a Jacinto-Jacinto a la sala de operaciones, le metió un fierro entre los huesos del hombro y lo enyesó, pegándole el brazo al pecho. Después de una transfusión el pequeño abrió los ojos.

Cuando el Vendedor de Globos Terráqueos llegó al hospital San Pablo, el traumatólogo ya había cruzado la frontera norte. Todo se podía esperar al involucrarse con el general. Era una saludable paranoia la que lo había estimulado a recoger a su familia y tomar el rumbo a Antofagasta.

Más tarde, al término de la guerra civil, Jacinto González lo

grueso y piedra negra. Su profesionalismo era altamente calificado y su lealtad indudable. Sin embargo nadie, ni un hombre con su trayec-

encontró en el frente rebelde y pudo darle las gracias. Pavez, como se llamaba el médico, nunca se recuperó de la sorpresa. No podía creer que ese niño moribundo que había operado en Coquimbo era hijo del Vendedor. (1)

¿Cuánto tiempo se habría prolongado la guerra civil si el general no baleara a Jacinto-Jacinto? Las acciones del Vendedor, ¿desequilibraron en forma significativa la balanza hacia el bando rebelde? La historia lo dirá, o los Cuadernos de la Guerra Civil. Lo que sí escapa a toda incertidumbre es la rabia del general, el lamento vespertino con que despierta a las iguanas en su granja próxima a Asunción, su quejido de impotencia ante la certeza que un balazo le hizo perder la guerra, su insomnio aterrado en la jungla tropical donde se ha cobijado, sus dolorosos borborismos que lo hacen alentar esperanzas en Cubresuelo para no seguir gobernando olvidos, como lo hicieron tantos, todos menos su colega de furtivos pasos de elefante, aquél que para su desgracia se murió antes...

toria impecable tenía autorización para quitarle un arma al general, para presenciar algún síntoma de claudicación, para ser testigo de un desborde de agresividad, para darse cuenta que se estaba volviendo loco de miedo.

(1) Lo que la prensa oficialista informó sobre el suceso desvirtúa desvergonzadamente la verdad. Tanto el Mercurio como el Cronista no pudieron, no obstante, ignorar la noticia. Los rumores del baleo en La Herradura llegaron hasta la capital. El Cronista habló de bandas de delincuentes marxistas y homosexuales drogadictos que habrían atacado al general durante un paseo de meditación y solaz... (sic) El Mercurio, más discreto en sus mentiras, afirmó que la identidad de los agresores no había sido aún descubierta, pero que el general, en un acto individual se había limitado a defender su vida con valor y entereza.

Las declaraciones de Morales, obtenidas mientras permaneció asilado en la embajada de México en Santiago después de la derrota final, ponen en su sitio a los ex plumarios de siempre.

Morales huyó de Coquimbo después de alcanzar ciertas evidencias acerca de la brevedad de la existencia humana. Y después de un largo tiempo, dos días antes que se iniciara la batalla final, pidió asilo en la embajada mexicana. De todos modos el general ya estaba perdido. Dirigía la guerra a bordo del Von Schröeders cuya tripulación le fue fiel hasta el final. Pero en tierra ya no le obedecía nadie, excepto el regimiento motorizado de Talca, los carabineros de Las Condes, los funcionarios de la aduana en Caracoles y los dirigentes del colegio médico que pedían calma y confianza en las gestiones de la autoridad.

El editor visitó la embajada de México pocos días antes de que Morales muriera de un infarto cerebral. Sus declaraciones desvirtúan cualquier otra versión de los hechos que no sea la que aparece en las Aproximaciones. (1)

(1) Grabación No. 42.

E: Grabación obtenida de Sergio Emilio Guillermo Morales Morales, ex guardaespaldas del general, desde su asilo temporal en la embajada mexicana en Santiago.

El suboficial Morales había enflaquecido quince kilos desde el episodio de La Herradura. Aunque no llevaba mucho tiempo asilado se le veía pasear inquieto, como si su enjaulamiento se contara por meses. No hubo problema para entablar el diálogo. Entonces ya se cansaba con facilidad y en numerosas ocasiones debió sentarse en una escalinata o en el césped del jardín. Los otros asilados lo miraban con rencor, pero Morales sabía que no tratarían de agredirlo.

-Me tienen miedo -decía.

"...después de que el general subiera al Peugeot y después que yo recuperé la bala que había traspasado al niño, lo conduje hasta el hotel Francisco de Aguirre en La Serena...Al llegar teníamos a quince o veinte patrullas militares detrás de nosotros. Yo no supe nunca que el muchachito se había salvado...,me alegro...Cuando entramos a La Serena le salió el habla al cabrón..."

-Quiso atacarme...

-Pero si un pequeñito así -le dije yo.

-Les lavan el cerebro y les encomiendan misiones suicidas.

-Tuve que disparar.

-¿Lo maté?

"...en la puerta del hotel lo esperaba Covarrubias, ese le metió en la cabeza la idea de eliminarme, el general Espinoza, el capitán de Von Schröeders y el doctor Silva...,lo subimos a sus habitaciones y ahí lo tendimos....,poco a poco se iba recuperando, yo creo que no se va a morir renunca..."

-Le tiembla el pulso -le dijo al doctor ese.

Creo que le tomó la presión y le recetó una pastilla para los

nervios.

"...después me echaron para abajo y se encerraron ahí...,yo me fui al cuarto de guardia y me tomé un café con una gota de pis-co..."

"...ya amanecía cuando me llamó Covarrubias. Me preguntó por mi vieja y mis niños, que desde cuando no los veía, que no se puede tener tanto tiempo a la familia lejos, que se yo..."

-Viajarás a verlos, Morales...

-Mañana saldrás en el primer helicóptero.

("...Morales sintió que se le erizaban los pelos de la nuca y una categórica certidumbre le empapó el animo y le interrumpió el optimismo. Iba a ser eliminado y sabía por qué. Sin embargo su rigurosa disciplina le impidió vacilar...")

-Lo que Ud. ordene, mi general -dije.

"...recogí mis cosas y decidí robarme el Peugeot. Había quedado encima de la vereda, con las llaves puestas...Creo que no se dieron cuenta hasta las diez u once de la mañana...,yo ya estaba entrando a Santiago...¿por qué me fui al sur...?,...en Antofagasta me habrían fusilado..."

"...estuve en varias partes, pero consideré que Lolol, donde mi abuela, estaría más seguro..."

"...ahí me pillaron los rebeldes..., un sargento conocido me permitió escapar en Santiago, nadie me conocía mucho, eran de los ferrocarrileros de Puente Alto que habían abandonado al general unos meses antes...,el mismo sargento me aconsejó la embajada de México..."

Fin grabación No. 42.

Décimocuarta Aproximación.

(Jesús Mancini, continuación)

María de los Angeles Valdells entregó información interesante, pero insuficiente. Jesús Mancini no aclara la procedencia de las informaciones de la Valdells, ni siquiera de la procedencia de la muchacha. Es posible que quisiera protegerla.

Mancini, un hombre maduro, con una breve y frustrada experiencia matrimonial pasó la noche con una chiquilla encantadora, con la encantadora falta de prejuicios de la España post franquista y le creyó todo sin preguntarle casi nada.

Pero es indudable que gracias a ella retomó el hilo. Maco le había dado una incierta pista, la Valdells se la confirmó. Da la impresión, además, que Mancini adquiere otra seguridad al proseguir la información. Nadie sabe qué pasó esa noche, pero Mancini acomete su misión con renovada audacia, consiguiendo nombres y datos que habrían sido difíciles para un profesional. (1) ¿Casualidad?, ¿entusiasmo

(1) Grabación No. 43, Grabación No. 4 del Informe Mancini.

"...se vende al mejor postor. Maco pudo ser un brillante abogado, pero se sentía atrapado en su destino de alcohólico y soplón. Vicios de la República que aprovechó Franco. Es bastante esquemático, pero es bastante cierto. Y ahora está pasando lo mismo. Antes me desvestía y me bajaba las bragas y era una prostituta, ahora hago lo mismo y soy una liberada sexual que sólo gozo con el orgasmo y con las drogas...;Hostia!, que haya ancianos como tú que se preocupen de cosas como Cubresuelo espantan al arzobispo, pero levantan el ánimo.

motivado por secuelas de esa noche?... Mancini había captado la siniestra trascendencia de Cubresuelo, estaba convencido de que la organización no iba a vacilar. Que el general era una alternativa que

Palabra que hasta me has entusiasmado..."

"...sabíamos que tú venías tras la pista de Cubresuelo, lógico que Cubresuelo también. Ellos te perdieron en Barajas. No en Ezeiza, en Barajas, porque un agente de Cubresuelo venía detrás, con una pistola automática y silenciador en el bolsillo..."

"...las medidas de seguridad en Buenos Aires no son buenas..."

"...los jefes de Cubresuelo, los Gerentes como se les llama son hombres que han ganado con la experiencia. Incluso han invertido parte de sus fortunas personales en la aventura. Quizás eso es parte del delirio en que caen después de ser derrocados. Pero es un delirio con respaldo de bancos suizos y transnacionales..."

"...se sienten elegidos a crear una nueva democracia, a ser los elegidos, los redentores de occidente..., eso no los favorece..."

"...Somoza hasta se tragó una genealogía falsa y bastante cara. Le hicieron creer que su nombre significa 'el que volverá'. Cubresuelo recibió un suplemente de un millón de dólares después..."

"...en concreto..."

"...en concreto, Cubresuelo tiene planes en marcha en tres países americanos. Perú, Chile y Ecuador. Cubresuelo controla tres empresas de las llamadas transnacionales, diecisiete grandes consorcios norteamericanos, ciento doce latinoamericanos y directa o indirectamente, treinta y dos empresas europeas. Bancos, industrias básicas, complejos mineros, el detalle..."

"...nosotros no tenemos acceso..."

"...acceso a toda la información..."

"...tenemos pruebas de que Cubresuelo configura un plan que contiene tres puntos fundamentales. El plan se ha denominado Doca y sus operaciones, operación Acuario, operación Terra Nostra y operación Wally Simpson.

"...no les falta imaginación..."

"...Acuario, intenta motivar al gobierno boliviano para recuperar el litoral perdido en la guerra del siglo pasado..."

"...1879..."

"...el Consejo Insurreccional..."

"...el Consejo Insurreccional, estoy muy interiorizada en el problema Cubresuelo..., tendría que, forzosamente, derivar parte de sus fuerzas militares a la frontera norte con el propósito de rechazar la invasión boliviana. El general se vería favorecido con el debilitamiento de las líneas al sur de Antofagasta, aceptaría reintegrar a Bolivia los territorios por ella perdidos en esa guerra, los entusiasmaría aún más y, entonces, los enterraría a Uds. en el desierto. hábil, en la teoría..."

"...Terra Nostra. Condición previa de la implementación de es-

los hombres de Cubresuelo no iban a abandonar así como así. Es fácil suponer que las notas que había lograda Mancini, de haber sido tomadas en consideración en forma apropiada, eran ya más que suficiente.

ta operación es el alejamiento del poder por parte del Presidente Roldós en Ecuador. No interesa el cómo..., luego el entronamiento de otro triunvirato militar y simultáneamente con Acuario, la invasión o el simulacro de invasión de las fuerzas armadas ecuatorianas de algunos territorios y localidades del norte peruano..., a ver..., específico: Zarumilla, Tumbes y Zorritos, según un mapa fotocopiado desde las oficinas de Cubresuelo en Madrid..."

"...y por último la más pintoresca de las operaciones..., y no menos audaz y significativa es la operación Wally Simpson..."

"...el nombre habría sido sugerido por uno de los más conspicuos gerentes de Cubresuelo, Baby Doc, como un homenaje a su primera esposa que estuvo a punto de sufrir, en la corte presidencial haitiana, el mismo agravio de la americana. Yo creo que Baby no sabía que la Wally esa era americana y no inglesa, porque la idea le nació al relacionar las islas de la operación con Inglaterra..., vamos, no tenía tampoco por qué saberlo..., cuento corto, en la mira de estos niños existen dos islas, las Galápagos e isla de Pascua. La nueva junta ecuatoriana cedería las primeras y el general la segunda. Serían bases inexpugnables a donde se trasladaría el cuartel general de Cubresuelo y todos los gerentes cesantes en sus propios países..."

"...no es tan difícil defenderlas..."

"...en cierto modo ya habían tenido experiencia en territorialidad, ya habían administrado o gobernado como países autónomos propiedades en Paraguay, Chile y Argentina...a manera de ejemplo, la granja Modelo en Venado Tuerto, la colonia Dignidad en Parral, la finca Nueva Presencia cerca de puerto Stroessner..."

"...atacado el Perú por el ejército ecuatoriano en el norte, tendría pocas posibilidades de inmiscuirse en los problemas originados en el intento militar boliviano de recuperar, a costa del Consejo Insurreccional, los territorios perdidos en la guerra del Pacífico...Una de las variables manejadas por Cubresuelo contempla como factible el apoyo peruano a los líderes alcistas en contra de sus antiguos aliados bolivianos..."

("...Maria de los Angeles Valdells se fue tal como llegó. No me dijo como me había encontrado ni a quien o a quienes representaba. Ella me pareció confiable y maravillosa en todo sentido. ¿Cómo dudar de María de los Angeles Valdells..., ¡Hostia!.")

("...la Valdells se fue y me dejó un nombre, Francis Claudio Colley, la dirección de su hotel y una insoportable evidencia de soledad...")

Sin embargo Jesús Mancini quiso seguir hasta el final. La investigación, es paradójal, no le costó la vida, la negligencia de quienes tenían la obligación política, moral y militar de escucharlo y darle ocasión de demostrar que lo que decía era cierto le costó, ya lo sabemos, más cara.

Décimoquinta Aproximación

(Cuadros de la Vida en la Capital)

Poco después del inicio de la guerra civil, el general hizo levantar un muro de alambre y de hormigón en la periferia de Santiago. Testimonio categórico y tenebroso acerca de lo que él pensaba de la libertad. Costó muchas vidas y causó mucho daño, pero después de la batalla del Quilimarí fue derribado. Sólo una sección de este muro ha sido respetada; que sirva para mantener en vigilia la débil memoria de los ciudadanos. Es uno de los tantos monumentos a los miles de mujeres y hombres que murieron luchando contra la tiranía y la aquiescencia de los que creían que todo lo malo que pasaba en el país y en el mundo era una conjura tejida por los comunistas, los disidentes y los obispos. El muro de Curacaví permanece como sólido documento probatorio de las brutalidades de esos años, junto a los escombros de los hornos de Lonquén, el campo de tortura de Villa Grimaldi, los calabozos de La Esmeralda y los pabellones de la clínica psiquiátrica.

Pero mucho más impenetrable e insólito fue el muro que se levantó en el sector alto de la capital. Al principio fue imperceptible, después no fue posible disimularlo, pero algunos barrios empezaron a aislarse. Hacia los faldeos de la Cordillera de los Andes, contra el cerro Manquehue y las colinas de Los Dominicos y La Reina se fue creando una comunidad que se puso a vivir de mentira. Ya no recibía El Mercurio ni sintonizaba el canal estatal de televisión. Los límites, difusos al principio, se fueron configurando al pasar los días y las semanas de la guerra civil. Los hombres de negocios trasladaron sus oficinas y sus bancos, los zapateros sus talleres, los almaceneros sus almacenes, los comerciantes sus tiendas, los sastres sus sastrerías y los médicos sus consultorios y sus clínicas. Las madres cambiaron a sus hijos de colegio, trasladaron la caridad semanal a poblaciones aledañas y se organizaron en torno a moribundos desconocidos para ayudar a mantener fondos en la lucha contra el cáncer.

Alrededor de estos barrios, hacia el centro de la capital, sucumbieron en el abandono otros exclusivos suburbios. Donde hasta antes de la guerra civil se levantaban edificios exclusivos y lujosas residencias, fue creciendo el hierbajo y la maleza; por donde antes circulaban hermosos automóviles y motos deportivas fue trepando una hiedra oscura, pegajosa y maloliente; en los parques y jardines donde antes jugueteaban los niños y correteaban los poodles, fueron multiplicándose ratas feroces y arañas arrogantes.

Los soldados del general trataban de evitar estos barrios abandonados, ya no patrullaban esas calles azarosas y hasta el mismo general, instalado en Coquimbo, dejó de preocuparse de ellos.

-Que se vayan a la mierda, que se metan sus barrios por el culo, hijos de la gran puta...(1)

Y hasta los deslindes de estos lugares llegó ese día el Vendedor de Globos Terráqueos. En su furgoneta, cargado con doce muestras y un insobornable optimismo, cruzó el canal San Carlos.

(1) Ref.: Anexo 6.

Lo detuvo una pareja de carabineros que descansaba bajo un pimiento, en el lugar donde había nacido la avenida Presidente Errázuriz. Se acercaron a la furgoneta con las ametralladoras Karl Gustav apuntándole la cabeza.

-¿Qué busca, amigo, qué busca? -le preguntaron.

-Me dijeron que por aquí podría vender mi mercadería -contestó el Vendedor.

Los carabineros se miraron y examinaron el interior del vehículo.

-Por aquí ya no quedan más que ratas hambrientas -dijo uno.

El Vendedor señaló hacia el oriente.

-Voy más hacia arriba -dijo.

El carabinero que había hablado se encogió de hombros.

-Más arriba está el cerro.

-¿Y toda esa gente que vive allá?

-¿Y Ud. cree que en esos cuentos?..., todos se han ido.

El carabinero parecía hablar con sinceridad.

-Sí, los creo -dijo el Vendedor.

-Nos firma un papelito, para que la responsabilidad sea suya.

-Lo firmo...

El Vendedor se despidió de los carabineros y subió por la avenida. El pavimento empezaba a desaparecer un poco más arriba de la calle Alcántara. Todo ese sector residencial, que un día lucía sus calles bordeadas de jardineras y árboles ornamentales, de colegios elegantes y discotecas íntimas, de clubes privados y comercio activo, era ahora casi un basural nauseabundo y solitario. Jacinto González sabía que debajo de ese malezal estaba todo intacto, que la historia de los saqueos y el salvajismo rebelde no lo había reproducido ni El Mercurio.

Semejante a las gramíneas indomables, aquí reptaba una hierba oscura, a veces florecida con flores desteñidas y repugnantes que se pegaban en la ropa y en la piel provocando escozores y diviesos. Y los poderosos sarcillos agrietaban el asfalto de las

calles y se apoderaban de la cerámica de las veredas, de los faroles de bronce y de los semáforos que aún titilaban como locos.

Jacinto condujo tratando de evitar esa hiedra, subiendo la furgoneta en los jardines, aplastando arañas gordas como manzanas, esquivando ratas de pelo tieso y ojos colorados, grandes como conejos. Reconoció a la escuela militar invadida por la vegetación como alguna ruina del altiplano y subió por la avenida Apoquindo, silenciosa y más despejada. (1)

Pasado el estadio italiano, avistando ya las torres de la antigua iglesia de Los Dominicos, casi frente a la casa blanca donde había vivido Francisco Simón (2) el Vendedor percibió un cambio. Hasta el clima se sentía distinto y por primera vez escuchó el canto insípido de los gorriones. Los árboles tenían el tronco enalado con pesticidas y por las macrocarpas recién podadas se asomaban los caracoles.

Jacinto Gonzalez detuvo su furgoneta al comienzo del parque del convento dominico. Decenas de niños jugaban y corrían.

Vestidos con trajes de marinero los niños y de organza multicolor las niñas, jugando ellos con la rueda o el trompo y paseando ellas muñecas de porcelana en cochecitos de ruedas altas y estilizadas, parecían disfrutar, sin duda, de unas largas vacaciones. Detrás de cada grupo de niños caminaba la Nana, el pecho abundante y erguido, de delantal blanco y almidonado, pollera azul de paño y un tejido de crochet entre las manos.

(1) Al inicio de la guerra civil la escuela militar mantuvo su misión de formadora de oficiales y centro de detención y tortura. Poco después, sin embargo, el general decidió clausurarla. Alegó que los verdaderos oficiales se forman y se forjan en el campo de batalla, que este tiene que ser la verdadera escuela de todo militar. La verdad no es esa. Se comprobó la existencia de un grupo de conjurados, mayoritario entre la oficialidad joven, y que exigía el reemplazo del general y la paz inmediata con el bando rebelde.

(2) Francisco Simón, destacado neurocirujano, que había sido expulsado del país por denunciar gruesas anomalías en el manejo de los fondos del colegio médico por parte de sus autoridades.

Jacinto buscó entre las cajas de muestras y encontró una bolsa de lona. De ella sacó un puñado de globos terráqueos en miniatura que servían, también como sacapuntas. Al instante se vio cercado por docenas de niños.

Pero los niños le pidieron barquillos y turrón de colores y lo fueron dejando solo al darse cuenta que no les podía ofrecer otra cosa que pequeños globos terráqueos.

Los niños y las niñas se arremolinaron junto a las nanas y ellas lo miraron con ojos severos y lo señalaron con dedo atemorizador.

Pero siguieron jugando al lado de un montón de palmeras de troncos grises y copas desordenadas.

El Vendedor, cerca de la fachada blanquecina de la iglesia dominica, con las manos llenas de globos terráqueos, tuvo de repente a dos policías a su lado. Usaban uniformes de color azul, llevaban al cinto una bastón larguísimo de madera de balsa y sus cascos cónico tapizados de fieltro los hacía parecer altos como las palmeras. Eran hombres amables, que al reír mordían con suavidad el barbiquejo brillante de sus cascos, que tenían caras sonrosadas y narices prominentes y que se paseaban custodiando el lugar silbando melodías alegres y acariciando la cabeza de los niños. Sin desenlazar las manos de la espalda y con amabilidad uno de ellos se dirigió a Jacinto.

-Lamentamos comunicarle que en este lugar no se permite el comercio.

Jacinto se excusó con un movimiento del cuello y trató de guardar los globitos en el bolsillo.

-Pero como aquí todos somos felices -dijo uno de los policías.

-Inmensamente felices -completó el otro policía.

-Y si lo que Ud. vende no hace daño.

-Es decir si es inofensivo.

-Y no miente.

-Es decir dice la verdad.

-Y no está prohibido.

-Porque aquí nada está prohibido.

-Excepto los libros de cuento.

-Y los globos terráqueos.

-Quizás podría Ud. vender esos juguetitos.

-¿Pero a quién podrían interesarle...?

-Esos globos terráqueos.

-Que nos dicen que hay otras tierras más allá de estas montañas, que hay otras aguas detrás de nuestros lagos.

-Que envenenan a nuestros niños.

-Porque los hacen aventar ilusiones, porque les hacen sospechar otros mundos.

-Como aquellas voces que vienen por el aire.

-Y se escuchan en nuestras radios.

-Como aquellas imágenes que también vienen por el aire.

-Y se ven en las pantallas de nuestros televisores.

-Y que tratan de hacernos creer.

-Que los hombres pueden matarse unos a otros.

-Porque unos son más ricos.

-Y otros más pobres.

-¿No será Ud. uno de esos extranjeros?

Los dos policías sonreían y los niños, tranquilizados por su presencia, volvieron a acercarse a Jacinto.

-Pero este señor no trae barquillos -dijo uno.

-Ni setas que hacen crecer.

-No reparte turrón.

-Ni blanco ni del de colores.

-Ni sustancias con sabor a frutillas

-Ni cambuchos llenos de alfeñique.

Jacinto estaba mareado, extraviado en ese mundo que era inverosímil y se convenció de que todo perdía sentido cuando vio salir, por detrás de los patios cerrados de la iglesia, desde un huerto de naranjas y limas, a ese viejo con su reloj enorme colgándole del chaleco, sujetándose el sombrero de copas, corriendo delante de un conejo albino y de un gato a rayas, que a veces desaparecía.

-Esto es una broma -dijo.

Uno de los policías puso su mano sobre el hombro de Jacinto.

-¿Una broma?...

El otro policía enronqueció la voz.

-El sombrerero es nuestro héroe nacional.

-Nuestro querido Gobernante ya ha hecho el anuncio oficial.

-¿No es maravilloso?

El sombrerero se detuvo en su loca carrera jadeando. El conejo y el gato no se veían por ninguna parte y los niños habían interrumpido sus juegos. Las nanas ya los habían tomado de las manos.

-¿Qué hora es? -preguntó uno de los policías.

El sombrerero levantó con dificultad el pesado reloj -Jacinto pudo ver que era de bronce -y lo miró con sus ojos pálidos, tratando de encontrar un significado oculto a los punteros de metal azulado.

-Ya es la hora -dijo -ya es la hora.

Entonces la plaza se llenó de gente.

-Hoy, también, es nuestro día nacional -dijo uno de los policías.

Y la gente se iba mezclando con los niños y con hombres disfrazados de naipes que aparecían por las cuatro esquinas de la iglesia. Y todos se movían y hablaban entre ellos y levantaban en brazos a los niños y correteaban al sombrerero y al conejo blanco y al gato rayado. Y llegaron más policías, con más caras llenas de sonrisas y bastones de paño relleno con lumas y las nanas reprendían a los niños, coqueteaban con los policías, mantenían la compostura. Las campanadas de los dominicos se sumaron a la algarabía y otra vez los niños rodearon al Vendedor y cantaron:

No quiere vender barquillos, que pillo, que pillo.

Todavía le cree al general, que animal, que animal.

No quiere vender caramelos, que lelo, que lelo.

Y lee La Nación, que tontón, que tontón.

Aprisionado por el abrazo inofensivo de los niños Jacinto vio como los soldados naipes examinaban la furgoneta y sacaban las doce cajas con los doce globos. Y como desarmaban las cajas y hacían rodar los globos, como el sombrerero alcanzaba el globo diseñado por Súltze a punto de caer en una acequia de aguas turbias y lo agitaba junto a su oreja buscando el tic-tac. Como el hombre vestido de conejo blanco repartía tacitas de café y el del disfraz de gato ra-

yado divertía a los niños tratando de morderse la cola.

Jacinto logró zafarse del abrazo amistoso de los niños y corrió a recoger sus maltrechos globos, pero pronto se dio cuenta que era imposible. Los niños los partían para saber que tenían adentro, las nanas los pateaban apartándolos de las niñas de polleras repolludas y los naipes ya habían organizado un partido de fútbol con el hermoso globo del cartógrafo danés Vannecken.

El Vendedor recurrió a los policías.

-Eran muestras de gran valor..., en base a ellas se hacen los pedidos.

-Sin duda, sin duda -dijo uno de ellos -pero hoy es nuestro día nacional y habrá que esperar, sin duda, sin duda, a que ella termine.

-Uds. tienen héroes nacionales y fiestas nacionales..., no entiendo ni conozco el origen de estas fiestas ni el heroísmo de sus héroes.

Los policías lo miraron perplejos.

-Todos los días, a las doce cero cinco celebramos el triunfo de los buenos sobre los malos, celebramos el advenimiento de los hombres de mala memoria, celebramos el decreto número uno de nuestros gobernantes, el decreto de la Soberana Sordera.

El Vendedor miró su reloj. Era mediodía.

-Celebramos el día del lenguaje intermedio, que nos permite hablar sin censura ni autocensura, que no nos permite oír nada más que lo que es bueno para nosotros.

A las doce cero cuatro todos guardaron silencio. Los niños se llevaron el pulgar a la boca y las niñas guardaron sus manos en manguitos de raso. Los naipes se formaron en un costado de la plaza, delante del patio de los naranjos, el gato y el conejo desaparecieron otra vez y el sombrerero, con su reloj en la punta de su brazo estirado se paró en el medio del patio. Cuando los punteros azulados señalaron la hora se abrieron las puertas de madera de encina que daban a lo que había sido el claustro de los dominicos.

Y el Vendedor vio que aparecía un grupo de niños y niñas y que armaban en una esquina, opuesta a la en que él estaba, una maqueta

de cartón piedra. Representaba con claridad un edificio de dos pisos, gris y polvoriento, con ventanas protegidas con gruesos barrotes y una puerta coronada con un escudo que debía iluminarse con gas.

-Es la hora -gritó el sombrerero.

Entonces entró otro grupo de niños que corrían formando una cruz o algo parecido a un avión y que al llegar al edificio de mampostería lo atacaban con serpentinas y challas. El edificio se derrumbaba y todo el mundo hacía estallar petardos y fuegos artificiales. Los soldados naipes se avalanzaban en forma desordenada sobre los escombros de cartón y los pisoteaban y los niños huían hacia todos lados gritando y riendo.

El Vendedor miró la hora. Eran las doce y quince minutos y ya todo había terminado.

Y cuando los niños volvían a jugar con la rueda o con las bolitas y las niñas a sus muñecas con ojos de cristal y piernas de trapo regresó el conejo y regresó el gato con grandes bandejas llenas de chocolates y golosinas. Y antes de que los niños se saciaran, antes de que los grandes se llenaran la boca con confites, antes de que el conejo cayera al suelo atacado por el cólico que produce el exceso de azúcar y aún antes de que al sombrerero se le cayera el sombrero, borracho por tanto dulce relleno con champaña, aparecieron los miembros del gobierno.

Jacinto los vio venir y trató de meter en los bolsillos sus manos llenas de calugas de café con leche. Los vio salir con tranquilidad, vestidos como se vestía todo el mundo, conversando, gesticulando, saludando. La plaza se había llenado de gente y les hacían hueco, se inclinaban ante ellos y los policías, con suavidad y delicadeza les habrían paso. Los niños se les colgaban de los brazos, les besaban las mejillas pálidas y recibían de ellos monedas brillantes, limpias y billetes estirados, de colores vivos e indelebles.

Se dirigieron sin vacilar al centro de la plaza, observaron pensativos los restos del edificio gris y polvoriento y alzaron las manos. Todo el mundo calló otra vez y el sombrerero, haciendo esfuerzos para recuperar su compostura, se puso de pie y agitó el reloj.

-La tragedia ha terminado, la comedia ha comenzado -dijo.

Los dirigentes desearon al unísono un feliz nuevo aniversario, recomendaron cordura, mala memoria y oídos sordos a las voces de brujas y duendes que pretendían hacerles creer que existía, en el mundo de Afuera la Violencia. Allá no hay nada, sólo los Mops y los Blaps que miran, oyen y hablan demasiado.

Y se fueron por donde habían venido en forma tan sigilosa como habían llegado.

En ese momento Jacinto tuvo a los dos policías a su lado.

-Los dirigentes quieren hablarle -le dijeron.

Jacinto se deshizo de sus calugas de café con leche, dio por perdidos sus globos terráqueos y siguió a los policías. Lo llevaron por las galerías de la casona de los dominicos y lo hicieron atravesar tres patios, de naranjas, de limas y de pomelos. A medida que se iba sumergiendo en el claustro, a medida que iba atravesando los patios le parecía que el techo envigado de los corredores estaba más alto o que las naranjas o los pomelos colgaban de ramas inalcanzables. Entonces recordó los caramelos y las calugas, las setas de Alicia, al sombrerero y al gato de sonrisa luminosa y se creyó obligado a reconsiderar su cordura.

Al fondo del último patio se veía un arco estucado que se agigantaba a cada paso que daban hacia él. La realidad perdía su consistencia, las baldosas coloradas se ensanchaban y de repente tuvo que brincar de una a otra. Y los dos policías iban perdiendo tamaño. Les crecía el casco y los uniformes y ya frente a los primeros pomelos tenían los cinturones enredados en las rodillas y arrastraban los bastones de papel machier por el suelo. De pronto Jacinto se vio solo bajo el dosel monumental, pero empujado por la incertidumbre, lo traspasó.

Al otro lado todo se proporcionaba y los dirigentes, sentados en una mesa ricamente dispuesta, lo esperaban.

Usaban trajes de alpaca y corbatas de seda y el que estaba en medio de ellos se puso de pie, se acercó a Jacinto y le estrechó la mano.

-Hemos sentido mucho el episodio de los globos terráqueos -le

pagaremos su valor.

-Uds. están todos locos.

-¿Locos...?, ¿porque amamos la paz?

-La paz de la avestruz.

-Somos independientes. No creemos en el País de Afuera. No queremos creer en las informaciones de Afuera, ni en las imágenes que nos envía la televisión de Afuera.

-¿Cuánto puede durar esto?

-Exigiremos reconocimiento internacional.

-Los barrerán.

-¿A quienes?,...¿a una multitud de niños felices, a un puñado de policías sonrientes, a un grupo de dirigentes?

-Han acumulado las riquezas rapiñadas durante todos los años del general...

-Pero el general nos ha traicionado, el general ha permitido una guerra civil en el País de Afuera...

-Quienes ganen la guerra no permitirán la existencia de una sociedad privilegiada, que vive en los barrios privilegiados, que manejó la economía de todo un país para propio beneficio y que se niega a participar de la cosecha de los frutos amargos.

-Piensa como los comunistas.

-Todos lo somos..., ¿también el general?

-El general es un ingenuo.

-Son amables.

-Se dejó embaucar.

-¿Por los Blaps o por los Mops?

Los dirigentes sonrieron.

-Los Blaps son los rebeldes del norte, los Mops son los rebeldes del general.

-Y los Blaps y los Mops mienten, agreden, matan, engañan...

-Aquí no hay violencia, ni engaño.

-Aquí tampoco hay pobreza -dijo el Vendedor.

-Está prohibida, están prohibidas las enfermedades y la tristeza.

-Lo que ya trataron de hacer antes de la guerra.

-Y lo logramos..., ¿o no visitó Ud. estos lugares antes?

-Llenos de mendigos en las esquinas.

-Eran Blaps y Mops.

-¿Cómo salgo de este manicomio?

Los dirigentes se sorprendieron.

-¿Quiere volver al País de Afuera?

-Me convencieron...

Lo acompañaron hasta una puerta y lo dejaron en el dintel. El Vendedor caminó bordeando el muro de adobes del gran patio y salió a la plaza. Los niños seguían jugando, indiferentes a su presencia. Puso en marcha la furgoneta e inició el regreso. Al mirar hacia atrás vio que el conejo y el sombrerero le hacían señas de despedida. Parecían entristecidos.

Los van a castigar -pensó el Vendedor.

Décimosexta Aproximación.

(Cronología de una Nueva Institucionalidad)

El alzamiento de las guarniciones navales de Valparaíso y militares de Antofagasta no fue una simple coincidencia. Los oficiales y suboficiales de ambas regiones se comunicaron con rapidez y sin vacilar decidieron coordinar la lucha desde Antofagasta y transformar a esta ciudad en la capital rebelde. Pronto, también, se dieron cuenta de la imperiosa necesidad de contar con Cucalones(1) en los ni-

(1) Cucalón, nombre genérico que en la guerra del Pacífico (1879) se

veles en los que se tomarían las decisiones. Por ese motivo, y con el objeto de dejar en claro a la ciudadanía y a la opinión pública internacional cual era el espíritu que los alentaba, el tres de mayo del año en que se inicia la guerra civil esos jefes, en la voz del almirante Palma Fuentes, se dejaron oír públicamente a través de una red de radio y televisión. Queda diseñada, de este modo, la política a corto plazo de los rebeldes y su pensamiento en líneas generales. (1)

El cuatro de mayo de ese año se abren las fronteras en los territorios liberados y se autoriza el aterrizaje de los grandes aviones de las compañías extranjeras en el ex aeropuerto Cerro Moreno. No hubo condiciones ni restricciones para el regreso y sólo se exigió como requisito el pasaporte o algún documento de identidad extendido por autoridad competente nacional o extranjera. Iberia, Air France y Lufthansa fueron las primeras compañías en solicitar mesón en las dependencias del aeropuerto y las primeras en pedir autorización formal para hacer aterrizar y decolar a sus jets. En Madrid, en Franckfurt y en Paris se había perdido el interés para volar a Santiago.

le dio a los civiles que se 'entrometían en asuntos militares. El nombre se origina en el apellido de un periodista, presumiblemente boliviano, que cayó al mar desde la cubierta del monitor Huáscar, acorazado peruano, en los inicios de esa guerra.

(1) "En el día de hoy, todos los territorios comprendidos al norte del paralelo 26 y que queden dentro de los límites de la República, más la provincia de Valparaíso, consideréanse, para todos los efectos civiles y militares, bajo el mando político y militar del Consejo Insurreccional..."

"...Convócase, con esta fecha y en noventa días, a elecciones de una Asamblea Constituyente que le de espíritu y forma a los postulados democráticos intransigibles que han inspirado este levantamiento y que plasme definitivamente una Carta Constitucional que reemplace la de 1925..."

"...Declárase, en consecuencia, inconstitucional el gobierno que ha regido los destinos de la patria desde setiembre de 1973 y considérese, para todos los efectos jurídicos, civiles o militares, en grave rebeldía a todo aquél ciudadano, civil o uniformado, que responda u obedezca cualquier mandato emanado de otra autoridad que el Consejo Insurreccional..."

En menos de dos semanas la capital del norte se vio en serias dificultades para recibir a los miles de refugiados que volvían a la patria desde el extranjero y a los otros miles que componían el éxodo desde el sur, aquellos que eludían sus compromisos con el general.

Fueron ubicándose en las afueras de Antofagasta, en carpas de campaña, en barracas de madera o en mediaguas improvisadas. Nadie reclamó por la falta de agua corriente o de luz eléctrica. Les bastaba pisar territorio liberado.

El seis de mayo se distribuyó en las provincias del norte el indicativo base para la elección de la Constituyente, se revocó la obligatoriedad de cantarle una segunda estrofa a la canción nacional y se llamó a circunscripción militar a todos los hombres entre los dieciocho y treinta y cinco años.

El siete de mayo se exigió el reconocimiento jurídico y diplomático a distintos organismos internacionales y a todos los gobiernos acreditados ante las Naciones Unidas y se solicitó a la Organización de Estados Americanos que mantuviera en toda su vigencia el principio de no intervención.

El once de mayo, reunido el Consejo de Seguridad de la OEA en San José de Costa Rica, reconoce la representatividad del gobierno de Antofagasta en los territorios reclamados y demanda una pronta solución del conflicto por la vía de las conversaciones. Para ese efecto sugiere y recomienda la renuncia del general y del Consejo Insurreccional con el objeto de llevar a cabo un referéndum nacional bajo la autoridad neutral de la misma OEA.

El doce de mayo el Consejo Insurreccional, al que ya se han sumado numerosas personalidades políticas civiles, rechaza la fórmula OEA y advierte al gobierno de los Estados Unidos que se abstenga de efectuar declaraciones amedrentatorias y que cese de inmediato la ayuda económica y militar al general. La misma advertencia se le hace al gobierno de la República Popular China.

El trece de mayo se inicia la reubicación de los expatriados

y en menos de quince días se logra el objetivo en forma casi total.
(1)

El quince de mayo se otorga personalidad jurídica a los partidos políticos y se autoriza su organización y funcionamiento.

El dieciséis de mayo se abren los registros electorales y en los veinte días siguientes, asesorados por técnicos japoneses se procede a la inscripción y empadronamiento de más de cuatro millones de ciudadanos. El proceso, a través de computadoras, es interferido por YCOSIS. (2)

El dieciocho, en una muestra de cordura, experiencia y madurez cívica y política, la ciudadanía elige la inscripción en cinco partidos políticos (3) rechazando de esta manera maniobras de grupos extremistas y minoritarios.

El veinte de mayo, en una declaración pública, el partido Demócrata Cristiano y el partido Social Demócrata deciden presentar candidatos en lista única para la Asamblea Constituyente y antes de que oscureciera, el mismo día, el Comité Central del partido Comunista y el del partido Socialista Unico impugnan el hecho y denuncian que tal contubernio es una tácita alianza con la ideología que sustentara al general y que es preciso cercenar en su precoz renacimiento todo balbuceo facistoide. Lllaman, de esta manera, a la unidad del pueblo alrededor de los partidos populares y a la atenta vigilancia del proceso restaurador con el propósito de impedir la repetición de los lamentables sucesos que culminaron con el once de setiembre de 1973.

En la madrugada del veintiuno de mayo, a las cuatro de la mañana, un grupo de individuos no identificados ametralla, desde un automóvil en marcha, la sede del partido Comunista hiriendo de gravedad a uno de sus militantes.

(1) Los recién llegados del sur o desde el extranjero fueron distribuidos en Arica, Iquique, Calama, Chuquicamata, Chañaral, Copiapó, Caldera, Huasco, Coquimbo y La Serena (que aún no caían en manos del general) y en la misma Antofagasta. Las oficinas de emergencia levantadas en el aeropuerto internacional General Bachelet trataban de colocar en sus empleos específicos a los técnicos y profesionales a medida que llegaban. La fuerte cesantía inicial fue absorbida con cierta rapidez por la demanda de mano de obra de la minería y de las

industrias que hasta entonces permanecían semiparalizadas.

(2) YCOSIS, la empresa computacional arrendada por Cubresuelo, con su terminal en Ginebra intentó, sin éxito, sabotear la labor de los profesionales extranjeros que colaboraban en la organización del registro e inscripción de los habitantes del norte.

(3) Por ordenamiento alfabético:

- 1) Partido Comunista.
- 2) Partido Demócrata Cristiano.
- 3) Partido Social Demócrata.
- 4) Partido Republicano.
- 5) Partido Socialista Unico.

El partido Comunista mantuvo su misma estructura de antes del golpe de Estado de 1973. Más aún, Luis Corvalán regresó de Moscú donde se encontraba exiliado y retomó su cargo de Secretario General.

El partido Demócrata Cristiano renovó parcialmente sus cuadros dirigentes. Sin embargo en su cúpula permanecieron muchos de los hombres que, en mayor o menor grado, tenían responsabilidad en ese golpe de Estado. Estos líderes que se encontraban en Santiago en la fecha del alzamiento de Antofagasta, volaron apresuradamente al norte al enterarse que el reinicio de las actividades democráticas era inminente.

El partido Social Demócrata se forma de una mezcla heterogénea de grupos radicales. Muchos de ellos también llegaron de Santiago a participar del juego político que meses antes condenaban. Estos fueron devueltos a la capital del general sin mayores trámites.

El partido Republicano agrupó a los ex integrantes del partido Nacional, antes partidos Conservador y Liberal, pero que de alguna manera se oponían al general. Le criticaban, de manera destacada, su cobardía moral al no atreverse a retornar a la democracia.

El partido Socialista Unico se dio ese nombre algo retórico con el objeto de asegurar su inscripción como partido. Aun cuando la gran mayoría de su militancia reconoce como Secretario General a Clodomiro Almeyda éste propone convocar a un congreso extraordinario para legitimizar, ante las bases, su mandato.

Otras organizaciones políticas no logran reunir el número suficiente de firmas para conformar un partido y, o se disuelven o se unen bajo distintas condiciones a uno u otro de los grandes partidos.

Temprano, boicoteando las celebraciones del combate naval de Iquique, el partido Comunista y el Congreso Extraordinario del partido Socialista llaman a una huelga general en protesta por la ineficiencia de las fuerzas de seguridad y orden. Y en razón de que el setenta y dos por ciento de los sindicatos afiliados a las dos grandes coordinadoras sindicales (1) responden a la convocatoria, el Consejo Insurreccional implanta el estado de sitio.

-Parece que estos huevones se olvidaron de la DINA -dicen que dijo el almirante Palma Fuentes.

Y el veintidós de mayo el territorio rebelde amanece paralizado, confundido, asustado.

Entonces radio Insurreccional de Antofagasta informa que tres mil infantes de marina leales al general, apoyados logísticamente por el Von Schröedres y una fragata de bandera desconocida han desembarcado en Pisagua.

El partido Socialista nombra un comité central de emergencia y en acuerdos tomados con el partido Comunista, el Social Demócrata y el Demócrata Cristiano deciden suspender en forma indefinida el movimiento huelguístico y otorgar todo el apoyo al Consejo Insurreccional. A su vez éste llama a integrarse a él a los jefes de cada uno de los partidos. Sólo el presidente de la junta ejecutiva del partido Republicano se rehúsa a aceptar.

A las ocho de la noche de ese día las ciudades del norte son oscuras y se ve zarpar al grueso de la escuadra. Durante toda la noche se escucha el vuelo de los aviones de guerra, el rodar de los tanques y el grito de los soldados.

El pueblo se pega a la radio y a la televisión que evita dar detalles, pero al amanecer del veintitrés de mayo Palma Fuentes, en breve aparición en cadena de radio y televisión tranquiliza a todo el mundo.

Confirma el intento de invasión por parte de tropas del general a través de Pisagua e informa que tres unidades navales han hecho huir al Von Schröeders y han abortado el desembarque. Doscientos cincuenta infantes de marina abandonados en las playas de ese puerto,

(1) Una de ellas controlada por la democracia cristiana, la otra por los comunistas.

agrega, fueron capturados por efectivos del regimiento Yungay y han manifestado, voluntaria y masivamente, la intención de incorporarse a las filas de quienes combaten al general. (1)

A las dos de la tarde empiezan a llegar a la Intendencia de Antofagasta, sede del Consejo Insurreccional, los jefes de los partidos políticos. A las cuatro lo hacen, juntos, Clodomiro Almeyda y Luis Corvalán. (2) Minutos más tarde en conferencia de prensa, el coronel Efraín Poblete, edecán del Consejo anuncia el levantamiento del estado de sitio y la normalización de la vida política en los territorios rebeldes, "...interrumpida en forma efímera e insignificante por sucesos que son producto inevitable de la intensa y provechosa lucha ideológica que enriquece el proceso de democratización en el que está empeñado este Consejo y el pueblo todo..." Prometió, además, intensificar la investigación tendiente a dar con los culpables del atentado a la sede del partido comunista, aplicarles una sanción ejemplar y reforzar las medidas de seguridad en todo el territorio.

(1) La mentada invasión de Pisagua no fue tal. El suboficial Valencia, Secretario del Consejo Insurreccional, tuvo la feliz ocurrencia de inventar esa avanzada del general. Los resultados de su fantasía fueron óptimos. Fue la primera y última vez que se actuó de esa manera. Después ya no se hizo necesario.

(2) El Mercurio de Santiago, con fecha 25 de mayo del año en que se inicia la guerra civil, publica una fotografía a seis columnas en la que se ve a Luis Corvalán y a Clodomiro Almeyda subiendo las escalinatas que llevan hasta la Intendencia de Antofagasta. Aparecen rodeados de soldados y carabineros. Ambos llevan portadocumentos y Almeyda no usa corbata. La fotografía es auténtica y corresponde al instante en que ambos dirigentes acuden a incorporarse al Consejo Insurreccional. Sin embargo, por cosas propias de las fotografías, detrás de Almeyda y de Corvalán se aprecian dos soldados, cuyas metralletas, quizás por descuido, no apuntan hacia el suelo. Las llevan terciadas al pecho, pero el reportero gráfico los sorprende dando una media vuelta y es claro que en esa fracción de segundo apuntan a Corvalán y a Almeyda. La leyenda de El Mercurio dice: Antofagasta, 23 de mayo, EFE: La junta golpista también se aburrió. Luis Corvalán, Secretario General del partido Comunista y Clodomiro Almeyda, Secretario General del partido Socialista Unico, ingresan en calidad de detenidos a la Intendencia de Antofagasta, sede político militar del autodenominado Consejo Insurreccional. Los dos líderes marxistas fueron apresados a raíz de los sangrientos enfrentamientos entre manifestantes extremistas y la policía ocurridos en ese puerto en vísperas de entrar en vigencia un decreto que autoriza el funcionamiento de los partidos políticos.

Y a las nueve de la noche, en el Aula Magna de la Universidad del Norte, Clodomiro Almeyda y los jefes de los otros partidos ofrecen una conferencia de prensa frente a periodistas nacionales y extranjeros acreditados. Coinciden categóricamente que no presionaron de ningún modo para integrar el Consejo y que si lo hicieron fue con el claro propósito de coordinar, desde su interior, las políticas nacionales e internacionales en relación a los dos nudos vitales de la conflictiva nacional actual: la guerra civil y el retorno a la institucionalidad perdida.

Décimoséptima Aproximación.

(Jesús Mancini, continuación)

María de los Angeles Valdells aseguró a Jesús Mancini que Francis Claudio Colley sólo se alojaba en los hoteles más lujosos de los lugares que visitaba.

Saltando de teléfono en teléfono, Mancini logró ubicar a Colley en un hotel vecino a la plaza Colón en el centro de Madrid. Averiguó que permanecería dos días en la capital y que se presentaba como en misión oficial de parte del gobernador de Iowa, estado donde, por lo demás, estaba la casa matriz de "Colley & Sons, Guns Manufacturers Since 1873".

Mancini se presentó en la conserjería del hotel muy temprano. No tenía ninguna ilusión de engañar a Colley, pero el turbio entusiasmo en que lo había sumergido la Valdells lo hicieron olvidar pre-

cauciones obvias.

Francis Claudio Colley lo hizo esperar cuatro horas. Era un hombre saludable, de cuarenta años, de elevada estatura y vestido por Pierre Cardin, por lo menos. Tomaba martinis con gin Tanckeray's al mediodía, siempre antes de un partido de tennis y de él nunca se despegaba un gigantón de piel oscura, manos cianóticas y turbante de seda. Lo llamaba Jawaharla y no cabe duda que hasta el perro más fiel lo habría olfateado con envidia.

Jesús Mancini se presentó como periodista, pero Colley ni siquiera le pidió una credencial. (1)

(1) Grabación No. 44, Grabación No. 5 del Informe Mancini.

"...-Sr. Colley, soy corresponsal de la revista Caretas de Lima y se me ha encomendado hacerle un reportaje..."

"...-Ud. no es peruano..."

"...Efec..."

"...Mi madre era peruana, señor..."

"...Mancini..."

"...Claudio es mi segundo apellido, no mi segundo nombre..."

"...Entiendo que está Ud. en Madrid de..."

"...Sr. Mancini, no nos engañemos. Ud. no es periodista, ni viene a preguntarme la razón de mi viaje a Madrid. Tampoco le interesan mis hábitos sexuales para presentarlos a lectoras decadentes y ansiosas de alguna revista internacional. Ud. es agente de algún gobierno. A Ud. sólo le interesa saber en qué forma colabora Colley & Sons con Cubresuelo y cómo podría influir esa relación en esta o en otra guerra civil, golpe de estado o cuartelazo..."

"...Sr Colley..."

"...Creo que Ud. se ha equivocado de camino, yo no soy su hombre. Es absolutamente cierto que nosotros vendemos armas, que entregamos a quien nos paga bien y que no siempre lo hacemos en forma, digamos, legal, ni en relación a las leyes de los Estados Unidos donde opera nuestra fábrica, ni en relación a las de los países o entidades que nos dan la orden de compra, pero sólo hasta ahí llega nuestra responsabilidad moral. Le voy a dar cierta información que podrá utilizar como le venga a la gana y que es posible que no crea. Pero eso será todo y espero que no insista..."

("...Colley miró al tal Jawaharla...")

"...en los últimos seis meses nosotros hemos vendido más fusiles automáticos y misiles portátiles con guía láser y búsqueda electrónica de objetivo a la Coca Cola que a ningún gobierno o grupo humano en todo el planeta. Hemos entregado a empresas subsidiarias de la ESSO más morteros del tipo Az 45, que a los rebeldes afganos. Y la venta más importante que jamás habíamos hecho en repuestos para unidades móviles de cohetería, bazookas desechables, equipos de su-

Antes recibió un poco cordial empujón del guardaespaldas que le clavó sus ojos terrosos y lo mandó al suelo junto con un macete-ro lleno de plantas tropicales y tierra de hojas. El mismo Francis

pervivencia en grandes alturas y lugares desérticos y los famosos Equipos Individuales de Agresión Maximizada, llamados Iemas, a un costo unitario de catorce mil dólares, ha sido a la Mitsui, con entrega en distintos puertos latinoamericanos donde ella tiene las más amplias distribuidoras de automóviles del mundo..."

"...¿qué real alcance tiene todo esto?..., difícil saberlo, apenas que generará más hambre y más violencia. Sr. Mancini, algunas causas me simpatizan y he participado en más de alguna. Aquella a la cual creo que Ud. pertenece es una de ellas. No me gusta la gente de Cubresuelo. Pero soy más un comerciante y un aventurero que un idealista y ya más de un condenado siquiatra me ha dicho que todas mis acciones están encaminadas a saciar a mi monstruoso super yo, especie de gusano insaciable que no dejará jamás de parasitarme..."

"...soy miembro de una corporación, soy vicepresidente del directorio, pero controlo un veintisiete por ciento de las acciones. Si la Mitsui ofrece lo que ofrece y como lo ofrece y yo diera un voto disidente, me quedaría sin el Tanckeray's, al que he hecho famoso, sin las mujeres que me han hecho famoso a mí y aunque creo que Jawaharla no me abandonaría, no lo quiero tanto..."

("Colley se interrumpió en ese punto. Me dijo que le simpatizaba y que me daría la oportunidad de presenciar una operación comercial. Yo sudaba entero en ese maldito sauna y Colley me sugirió que saliera, me desnudara, me enrollara una toalla en la cintura y le pasara la grabadora a Jawaharla. La pondría en su turbante. A pesar del calor y la humedad, la cara del hindú permanecía seca como la yesca y me seguía mirando con sus ojos terrosos. Obedecí las indicaciones de Colley y al poco rato estaba sentado junto a él en la tenida descrita. Pasará Ud. como secretario, me dijo...")

("...A los minutos de silenciosa espera siguió una imperceptible baja de la temperatura. Este hombre es poco resistente, me advirtió Colley. Y en seguida entró un joven de obesidad precoz y desagradable, cara redonda y bigotito lineal sobre labios gruesos y pálidos. Lo acompañaba un matón musculoso y armado. Colley inició el diálogo...")

"...Entiendo que sólo discutiremos los precios..."

"..."

"...Es mi secretario de confianza..., Ud. también trae el suyo..."

"...El precio y el lugar de la entrega..."

"...Mire Anastasio, yo no reparto a domicilio..."

"...¿Qué puedo hacer con trescientos Iemas ex-fábrica en Iowa?"

"...Cubresuelo tiene recursos suficientes..."

"...Tendríamos que ampliar nuestra nómina en los servicios de aduanas, eso significaría un sobreprecio por cada unidad..."

Colley lo ayudó a ponerse de pie, reprendió con severidad al hindú y le preguntó, con amabilidad si podía reparar de alguna manera la descortesía de su criado. Mancini aprovechó pedirle una entrevista

"...Bastante me ha costado hacer aprobar su pedido. No puedo preocuparme, también, del transporte. ¿Sabe Ud. Anastasio que los Iemas son diseños originales nuestros y que módulos similares que otras empresas ofrecen tienen una operacionalidad comprobada de un treinta y cinco por ciento menor? Hemos rechazado pedidos de Sud Africa y Ud. sabe cómo y con qué pagan ellos..., de Israel y Ud. sabe como presionan los judíos, de la guardia personal de Duvalier, de los rebeldes afganos, ésta autorizada por el comité de defensa del senado de los Estados Unidos...y nuestra cartera de pedidos ya está saturada..."

"...Está bien. Un veinticinco por ciento al contado, veinticinco al embarcar y el resto cuando el cargamento esté fuera del territorio de Estados Unidos..."

"...No me satisface..."

"...Son cuatro millones doscientos mil dólares..."

"...¿Cuánto vale el país que quieren recuperar...?"

"...Recuperar un territorio para la democracia es algo rentable para Uds. también...¿o han recibido alguna orden de compra por parte de Fidel...?"

"...Fidel no necesita Iemas..."

"...Pronto..."

"...No voy a entrar a polemizar con Ud. Anastasio..., Uds. tuvieron el poder y no fueron capaces de retenerlo, no discuto la validez de los modelos políticos, han dejado de interesarme, pero en el caso específico que estamos tratando, los que deben dar garantías son Uds., no nosotros. Cubresuelo no ha demostrado ser tan poderoso como han pretendido mostrarlo..."

"...Necesitamos los Iemas en nuestro poder lo antes posible..."

"...Insisto en que todo depende de cómo los paguen..., Sr. Mancini, le ruego se haga ya cargo de los preparativos para nuestra partida..., que Jawaharla lo acompañe..."

("...No me cupo duda que la oportunidad había concluído. Jawaharla salió detrás mío, esperó que me vistiera y no muy convencido de que le hacía un servicio al amo me entregó la grabadora. Al final y mientras se enrollaba el turbante en su cabeza, me despidió con un gruñido...")

exclusiva y Colley lo citó al sauna del hotel. Mancini acudió a la cita con puntualidad. Envuelto en una toalla naranja y sentado en una banca de madera conversó brevemente con él. Detrás, inmóvil, fantasmal en la bruma húmeda del sauna, acechaba Jawaharla. Usaba el mismo turbante, un sari de batik multicolor y una sonrisa espeluznante.

Décimooctava Aproximación.

(Apuntes para un estudio posterior:
La Caída de los Buitres)

(De un artículo aparecido en el primer número del periódico "El Ferrocarril de Antofagasta, Nueva Epoca", poco después de que se inicia la guerra civil.)

"Sin querer ser irreverentes con nuestra América y con nuestros historiadores y aunque estas palabras causen escozor en los oídos de historiadores pacatos y falsarios, hay algo que es imposible de desconocer. Es que esta América, la del sur, ha sido un verdadero vivero, se ha empeñado en empollar una raza de buitres desvergonzados, iterativos, disolutos y poco originales. Aunque la mayoría de ellos han roto la cáscara de su huevo en los cuarteles,

un buen número de ellos han sido, también, civiles.

Buscar los orígenes y las causas de esta plaga es una tarea agobiadora que debe ser emprendida por hombres de responsabilidad y coraje, que no claudiquen frente a verdades dolorosas, que tengan el hígado sano y resistente y que se atrevan a ganarse la enemistad y a escuchar las amenazas de los que viven creyendo en la perfección de los héroes y en la incuestionabilidad de sus gestiones.

Es la terrible y temible desmitificación.

Fueron hombres y es nuestro deber recordarlo. De ese modo comprenderemos su valor y podremos ponderar adecuadamente sus errores. Porque es muy posible que la sombría existencia de un Somoza en Nicaragua, o de un Stroessner en Paraguay, o de un Pinochet o de un Batista se deba a algún error inadvertido de Bolívar, Sucre, Carrera o Morazán. Es muy posible que la promulgación de leyes que oprimieron a los pueblos haya sido posible por la negligencia de hombres como Vicuña Mackenna, Bello o Rozas. Es bastante probable que alguna responsabilidad tengan esos mismos hombres en la actitud mostruosa de tantos jueces que olvidaron sus obligaciones morales y fallaron lo que los buitres les pedían que fallaran.

En nuestro caso no es, por lo tanto, ningún error histórico señalar que el general es en parte heredero de una ideología reaccionaria diseñada por Portales. Ni lo es, afirmar que el llamado ideal portaliano no es otra cosa que la fachada retórica de una derecha insaciable, pero paciente. No se es antipatriota, tampoco, si se reconoce que Ibañez encabezó una dictadura cruel e inédita y que Jorge Alessandri representaba a la oligarquía. Y de ningún modo se es reaccionario si se reconoce que Allende no tuvo la misma reciedumbre para enfrentar a los extremistas que la que tuvo para resistir a los golpistas.

Ya alguien dijo que para comprender había que buscar en las raíces. Pero entre las raíces hay piedras, parásitos y muchos gusanos y mierda. Por eso el hígado sano, para resistir la náusea, para no interrumpir el trabajo.

Hubo un historiador que aseguraba tener antenitas que le permitían intuir el flujo de la historia. Su historiar es un flujo, es cierto, asolado por los hechos comunes, contaminado por el plagio, espeso con el compromiso con quienes nunca han querido que se haga historia. Era la historia oficial, llena de héroes inmortales y perfectos, la historia elogiada, premiada, la que llega a las academias, la editada en rústica y en seda.

Si se quiere, no obstante, reconstruir la historia de los buitres, su ascenso al poder, su permanencia y su caída, es obligatorio caer en desmitificaciones. Entonces los plumarios de siempre lloran indignados. Corean el himno del antipatriotismo, de la demagogia y de la politiquería. Para poder continuar hay que haber perdido el miedo. El miedo a ser llamado antipatriota, el miedo a ser catalogado de resentido, el miedo a ser considerado un francotirador.

En este continente han habido muchos buitres, tantos como para saturar los farellones del Aconcagua. Han habido buitres gordos y buitres magros, buitres fugaces y buitres perpétuos, buitres cercanos y buitres lejanos, buitres importantes y buitres insignificantes, han habido buitres antes y los hay ahora. De los últimos buitres sería interesante hacer un estudio.

Tres de ellos ocuparon la escena latinoamericana la década del setenta. Dos de ellos venían de décadas anteriores, el otro era subproducto reciente, como creado por la misma sociedad de consumo que impulsó. A los tres, sin embargo, los caracterizó lo mismo.

Con seguridad tenían las patas grandes, probablemente tenían la sexualidad exacerbada y una turbia comprensión de la sensibilidad propia y ajena y ya nadie duda que sus intenciones estaban nubladas por la ambición y el mesianismo.

Pero, lo que por sobre todas las cosas los unifica no es una categoría personal ni compartida; es el epílogo que tuvieron.

Anastasio Somoza abandonó Nicaragua acosado por los sandi-

nistas y en ningún momento se le pasó por la mente cumplir la promesa de combatir hasta el final. Tiempo después, como se sabe, lo devoró un cocodrilo en la piscina de su mansión en Paraguay. Se sospecha quién fue el de la idea, sin embargo ni Scotland Yard, llamada ex profeso por Stroessner pudo descubrir cómo introdujo al saurio en los terrenos del ex dictador.

Pinochet vivía a bordo del crucero Von Schröeders desde mucho antes de que arremetiera la ofensiva final de los hombres del Consejo Insurreccional y de los irregulares del Vendedor y, naturalmente, todas sus bravatas se han diluído como sus esperanzas de recuperar el poder. Desgraciadamente nadie ha podido, todavía, meter pirañas en la tina de su baño.

En cuanto a Stroessner no es aventurado asegurar que su caída es inminente; Asunción está rodeada y el Paraná bloqueado antes de la frontera con la Argentina. La junta rebelde que domina gran parte del territorio paraguayo y que gobierna en Puerto Libertad, antes Puerto Stroessner, planifican la guerra total que debe iniciarse en la primavera. Stroessner huirá en su Cherokee a reacción antes de escuchar los primeros balazos.

La pretendida ideología nacionalista y redentora se desinfla al final con la actitud blanda y pusilánime de quienes con tanta fuerza y vehemencia, cuando tenían la fuerza, la sustentaban.

Anastasio Somoza, heredero de la dinastía política y económica más prolongada en Nicaragua empezó a tambalearse cuando no le quedó más remedio que vitalizar la represión con conductas delincuenciales. El asesinato del periodista Pedro Joaquín Chamorro apuró el fuego en la mecha de la dinamita revolucionaria.

Alfredo Stroessner, amparado en una legalidad difusa y elitista, hizo rociar con parafina y taponar con estopa la cárcel agrietada donde se podrían sus opositores. El fuego levantó al pueblo y pone hoy fin a su tiranía.

Augusto Pinochet, que había pretendido constitucionalizar al país con un manojo de leyes reveladas en algún momento de exaltado delirio, creyó que podía derribar helicópteros con disidentes en su interior sin provocar más reacción que el halago incondicio-

nal de sus seguidores.

Anastasio Somoza, al frente de Guardia Nacional, creyó que aplastar al ejército sandinista era cuestión de granadas más, granadas menos y se encontró, de repente, que también se batía con un enemigo al que no podía derrotar, el pueblo nicaragüense.

Stroessner, sentado en el salón oblongo de su palacio presidencial daba órdenes a los hombres del ejército paraguayo como si ellos hubieran sido un montón de recaudadores de impuestos. Muchos oficiales y suboficiales lo abandonaron al descubrir, a través de las miras telescópicas de sus fusiles, los andrajos y los machetes de los revolucionarios.

Pinochet, convencido que el Consejo de Estado y la Comisión Constitucional eran argumentos suficientes para convencer a los no habían caído en manos de sus organismos de seguridad, también pensó que quienes se habían alzado en Antofagasta no tenían más apoyo que sus barcos y sus bayonetas. Hay testimonios del momento en el cual supo que, además, se habían alzado seis o siete millones de ciudadanos. Se dice que estaba sorbiendo un tomatacán en la torre del edificio de gobierno. La angustia que lo invadió lo hizo respirar con la comida en la boca y estuvo a punto de terminar en la unidad de tratamiento intensivo con los pulmones inundados por la salsa.

Somoza no se cansó de mentir. Leyendo los partes de guerra de atrás para adelante o saltándose líneas, convenció a los jefes leales que los guerrilleros sandinistas luchaban drogados por la caña y por las ideas degeneradas de Fidel Castro. Les aseguró que era cosa de uno o dos telex para llenar Nicaragua de armas americanas o de tropas salvadoreñas, paraguayas o chilenas.

El general Stroessner convocaba a sus oficiales y les mostraba el acta de El Pajonal, con la firma ilegible de sus aliados. Esto los compromete, decía, en caso de que esa manga de piojosos marxistas quieran ponerse pesados, bueno, no faltará la solidaridad internacional.

Pinochet, recuperado del ahogo y del tomatacán, trataba de despejar las razonables inquietudes de sus generales. Esto siem-

pre ha pasado, afirmaba, o no se acuerdan cuando Franco derrotó a los separatistas vascos y a los catalanes..., ¿o eso no fue otra guerra civil? Estos huevones del norte están jugando a eso, a esa cuestión de la autonomía, a la alternativa de la autonomía. Creen que porque por ahí vaga una tropa de indios que hablan quéchua tienen derecho a reclamar una independencia. Están locos. Caerán como cayó Barcelona.

Ni los más inspirados amigos le creyeron a Somoza el cuento de las nuevas cepas de algodón. Qué vaina dijo un diputado liberal, para hacer investigaciones agropecuarias no tenía para qué comprarse siete haciendas en Estados Unidos.

Las haciendas en Tierra del Fuego nos permitirán discutir, con argumentos sólidos, nuestros derechos en la Antártica. Nadie se atrevió a discrepar, aunque el hecho de que las hubiera comprado a su nombre, no las hacía necesariamente paraguayas. Stroessner, de modo personal, se apropió de más de un millón de hectáreas en esa región austral.

Pinochet tuvo menos inclinaciones hacia la compra de propiedades. Según uno de sus ministros del trabajo, el general era un gran inversionista, que tenía vuelo financiero. De ahí las fuertes sumas depositadas a nombre de su mujer en tres o cuatro bancos importantes, todos con sucursales en Hong Kong.

Unos robando dinero para comprar tierras, otros robando dinero para comprar bancos, otros para despilfarrarlo en Las Vegas o en los protíbulos de adolescentes de los balnearios uruguayos, pero todos acumulando poder por medio del dinero. Todos comprando un mínimo de invulnerabilidad para sus existencias futuras. Sin embargo todo esto podría consignar un anecdotario de las dictaduras. No debe ser así.

Nadie podrá negar que más dinero se llevó la United Fruit que todos los tiranos de América Central o que la Anaconda o la Pasco esquilmaron a los países donde se instalaron y que sus dividendos exceden en varios ceros todo lo que pudo robarse éste o éste otro dictador.

Pero conocemos más o menos el destino de las fortunas logradas por las transnacionales. Y hasta hace poco todo el mundo sospechaba la indecente canalización del dinero producto del rapiñaje de esos dictadores: todo el mundo estaba equivocado. Existen razones de sobra para pensar que las inversiones se dirigen hoy hacia objetivos muchos más sórdidos y ominosos que nadie sensato pudiera imaginar. Las diversiones de los generales derrocados y sus cortes, la compra de joyas o títulos, sus mansiones y sus cuerpos de guardia..., sólo les han significado centavos.

Pensemos que ellos no son tan estúpidos como pensamos.

Creemos que ellos no eran tan imprevisores como creímos.

Supongamos que ellos son más hijos de puta de lo que supusimos.

Convenzámonos que ellos no han renunciado a recuperar el poder como nos convencimos.

Entonces deduzcamos que ellos ni están solos, ni están resignados.

Artículo que no llevaba firma, publicado mucho antes que Jesús Mancini iniciara su investigación sobre Cubresuelo.)

Décimonovena Aproximación.

(Jacinto González, la Voluntad de un Vendedor de Globos Terráqueos.)

Jacinto González hizo el mismo recorrido de regreso al ho-

tel. Llegó después de las tres de la tarde. Agotado y aún incrédulo se dio una ducha tibia y se tendió en la cama. Cuando despertó ya era de noche. Se vistió con calma y pidió el diario de la tarde. Hambriento por la experiencia y el reposo buscó en la sección dedicada al turismo un restorán que ofreciera algún tipo de carne. La lista constaba de quince lugares y trece de ellos llevaban a continuación del nombre una sigla, MC. En lenguaje gastronómico debía entenderse como Media Carta en interpretarse como que en ese sitio, ese día, no había carne, ni pescado, ni mariscos, ni frutas, quizás una especialidad italiana con salsa de tomates en polvo, porotos con tallarines o arrollado de caballo.

Jacinto escogió uno de los establecimientos sin MC, aquél que esa semana había recibido su cuota de provisiones. Salió a la calle a las nueve y alcanzó a oír, hacia el norte, disparos de mortero y armas cortas.

Caminó por la calle Santa Lucía hasta Huérfanos y bajó por Ahumada hasta el café. Jacinto se apoyó en la sinuosa y despoblada barra y esperó. Ni el Caracol, ni el Capitán aparecieron. Salió media hora después sin compañía. Santiago se estaba muriendo. Muchos suburbios ya se habían muerto, unos de hambre e incertidumbre, los barrios del sur y del poniente, donde se desataba el pillaje y se desmentían los enfrentamientos con las tropas de choque del general. Otros se morían de fantasía, confiando en cierto modo en la omnipotencia del general que los protegería para siempre de las bandas desquiciadoras, de los profetas malditos de la lucha de clases, de los publicistas de la politiquería y la violencia. El centro de Santiago se había vaciado.

Sin prisa, dejándose mojar por una llovizna fresca, Jacinto se encaminó a la plaza de Armas, la cruzó y entró en el Pont Neuf, conocido restorán de antaño. Lo recibió el propietario y lo acompañó a una buena mesa. Jugando con los cubiertos mientras esperaba la comida, el Vendedor reconoció a algunos de los pocos clientes. Descubrió al ministro de Educación que se trataba la ansiedad y el miedo comiendo con una secretaria vieja y mal pintada,

en una esquina vio al director del Instituto de Neurocirugía despachando más vino que el que correspondía por mesa y por ley y hasta aceptó una fotografía ofrecida por el judío Blum, que por una cucharada de postre o media taza de nescafé lo retrataba con su destartalada polaroid.

Jacinto comió en abundancia y sin remordimientos, recompensó con generosidad al mozo y volvió a la plaza de Armas discretamente borracho. Había aceptado el sobreprecio y se había tomado, también, dos botellas de Rhin Moxó, cosecha 77.

Vacilaban parpadeando los faroles de mercurio, dos o tres vitrinas iluminadas con tubos de neón. Ningún mendigo a quien estirarle una moneda de cien pesos. Jacinto apresuró el paso.

En la puerta del hotel lo esperaba el conserje.

-¿Es Ud. Jacinto González?

El Vendedor asintió.

-Lo llaman desde Coquimbo.

Jacinto estuvo un minuto en la cabina telefónica. Cuando salió y pasó junto al conserje, el hombre sintió que un frío desconocido y repentino le calaba el espinazo.

'Debe tener el alma de Ramón Gracia' -pensó.

El Vendedor de Globos Terráqueos bajó casi de inmediato. Se había cambiado de ropa y en la mano llevaba su maleta. Liquidó la cuenta y pidió cambio en billetes pequeños.

El portero lo acompañó hasta la salida.

-No hay muchas partes donde ir a esta hora -le advirtió.

Jacinto se quedó en la vereda. La luz de la fachada le pegaba en la espalda y su sombra alargada atravesaba la calle.

-Ya empieza el toque de queda.

Jacinto se subió el cuello del impermeable, sobre el cuello tortuga de su chaleco de lana gruesa y desapareció en la garúa oscura de la capital.

Había abandonado su furgoneta y sus queridas muestras de globos terráqueos.

Los pasos de Jacinto González, desde el hotel Foresta, en las primeras horas de la noche del 5 de agosto del año en que se inicia la guerra civil hasta el hospital San Pablo de Coquimbo, el 6 de agosto en la mañana, han sido reconstruïdos en base a las informaciones dadas por testigos visuales. (1)

(1) Grabación No. 45. Testimonios de Rubén Tapia Zamudio, ex auxiliar de enfermería del servicio de urgencia del hospital San Pablo de Coquimbo.

E:¿Es Ud. Rubén Tapia Zamudio, jefe de auxiliares del hospital San Pablo?

R.T.Z.: Ya estoy jubilado, después de treinta y cinco años de servicio.

E:¿Estaba Ud. de servicio nocturno la noche del 5 al 6 de setiembre del año en que se inicia la guerra civil?

R.T.Z.: Ud. se refiere a esa noche...

E:¿Cuál noche?

R.T.Z.: Aquella en la que llegó herido el hijo del Vendedor.

E: A esa me refiero.

R.T.Z.: No recordaba la fecha.

E:¿Qué podría decirme Ud. de esa noche...?

R.T.Z.: Todo lo que Ud. quiera. El doctor Pavez y yo estábamos de turno. El doctor Pavez fue el que operó a mi madre de la cadera. La tenía fracturada y ¿sabe Ud. que ya estaba desahuciada, si no hubiera sido por el doctor Pavez, ella ya...

E:¿A qué hora llegó el pequeño?

R.T.Z.: Bueno, era como pasada la medianoche, o antes, no estoy seguro. Estábamos tomando un café de bellotas con el doctor, de ese que venía en polvo, porque ya no se encontraba otro café ni en el mercado negro, que desde que hundieron a esos dos barcos en la bahía no llegaba ni siquiera un lanchón al puerto..., esa noche oímos como un auto entraba a toda velocidad al hospital y se detenía en la puerta de la posta. Dejamos el café y con el doctor nos asomamos a la ventana. De un auto nuevito se bajaron rajados dos o tres hombres y uno de ellos traía al niño en brazos. Me lo tiró encima, así y me amenazó, fue con tono de amenaza que me dijo que lo habían encontrado tirado en la carretera. Yo no podía saber que era el hijo del Vendedor...

Después se subieron otra vez arriba del coche y se mandaron a cambiar sin decirnos nada más. Llevamos al pequeño adentro y el doctor al tiro se dio cuenta que era una fractura de la clavícula. Y ahí fue cuando el niño lo dijo, dijo...

-El general me pegó un balazo.

Pero que nosotros no le creímos, que tal vez deliraba aunque no había perdido mucha sangre y no estaba con fiebre. Pero el doctor lo examinó y me miró, no se olvidará nunca. Se le pusieron pálidos los ojos y ya no sonrió más...

-Parece una bala, Tapia -me dijo.

Ninguno de estos testigos tomó muy en serio a ese loco que a medianoche de un día sin importancia, sin dar razones que fueran valederas, ofreció fortunas para que lo trasladaran a Coquimbo.

Pero la bala le había rozado la clavícula no más y el doctor decidió darle una anestesia superficial y reducirle la fractura con un alambre.

Entonces le estaba el doctor Pavez preguntando el nombre al niño, que lo tengo grabado aquí porque después se supo quien era el Vendedor, cuando entró un señor que dijo que era el jefe de la patrulla scout. Yo pensé que tenía que ser bastante imbécil como para permitirles a esos niños jugar con armas de fuego. Ya no creía mucho que esos lo hubieran encontrado botado en el pavimento, se reconocían a la legua que eran de los de seguridad del general, pero de ahí a que el general baleara a un niño...

Grabación No. 46. Testimonios de Luis Arredondo, akela de la Federación Nacional de Scouts. Instructor en Coquimbo.

E:¿Luis Arredondo, de la Federación de Scouts?

L.A.: Antes de responder debo advertirle que no me siento en absoluto responsable de lo que sucedió. La conducta sicopática del general frente a un grupo de niños extraviados y asustados no puede comprometer a nadie ya que son impredecibles. El 6 de setiembre, en la madrugada, en circunstancias en que con la patrulla Lince de Juan Soldado y autorizados por las jefaturas militares de la época llevábamos a cabo un campamento y en el momento en que yo dormía y creía que mis niños también lo hacían, fui despertado bruscamente por el ruido de un balazo. De inmediato me levanté y descubrí que faltaba la sexena de Jacinto. No quiero perderme en detalles pero, cuento corto, en pocos minutos me encontré con los otros cinco niños que me relataron lo sucedido. Por razones obvias, no pude aceptar la relación de los hechos. La inverosimilitud era abrumadora. Sólo les creí que el pequeño había sufrido un accidente y que, herido, había sido auxiliado por desconocidos que en un automóvil lo habían trasladado al hospital San Pablo de Coquimbo. Sin perder un instante, sin levantar el campamento ni apagar la fogata -que pudo derivar en sanciones -y en el mismo microbus en que llegáramos a La Herradura, volamos al puerto. En la posta comprobé, aliviado, que Jacinto sólo había sufrido una herida superficial. Quise reprenderlo por haber usado armas de fuego, lo que está prohibido terminantemente en el movimiento scout, pero el médico que lo atendía me pidió que saliera. Era imposible no pensar que el niño mentía al narrar el accidente. Esperé y pocos minutos después el médico me comunicó que había procedido a inmovilizar el hombro de Jacinto y que él ya se recuperaba de una corta anestesia. Me solicitó, además, que le avisara a sus parientes pues pronto sería dado de alta para continuar con controles ambulatorios. Noté que estaba asus-

Más adelante, cuando Jacinto ya fue identificado como el Vendedor de Globos Terráqueos, todos lo reconocieron, forzaron entonces la memoria y dieron un sentido y una continuidad a ese

tado ese doctor. Yo creo, ahora, que él tenía la violenta certeza de que lo que decía el muchacho era cierto y se daba cuenta que su responsabilidad excedía el plano médico.

Fui al despacho del médico y me comuniqué por teléfono con el abuelo de Jacinto-Jacinto que vivía en Ovalle. Lo tranquilicé y le dije que no era indispensable que viajara a Coquimbo de inmediato, que el niño ya estaba bien y que yo mismo podía recogerlo y llevarlo a Ovalle...

Grabación No. 47. Testimonios de Samuel B., padre de María Jacinta.

E: Sigo la huella de Jacinto González.

S.B.: No es Ud. el primero.

E: Me interesan sus horas tempranas, aquellas previas a la clandestinidad, cuando voló de Santiago a Coquimbo a buscar al pequeño Jacinto-Jacinto que...

S.B.: ...que había sido herido por ese cretino. Si, en efecto, pero no es mucho lo que podré decirle.

E: Trato de reproducir algunos episodios que servirán para objetivizar en forma irrefutable la historia de la guerra civil.

S.B.: ¿Historiador?

E: Aficionado.

S.B.: ¿Qué puedo decirle?... que esa noche me llamó su jefe scout, no recuerdo el nombre, quien me comunicó que Jacinto-Jacinto había tenido un accidente y que se encontraba fuera de peligro en el hospital. Consideré un deber avisar a su padre y así lo hice. Sabiendo lo aprensivo que es el Vendedor y habiéndome conseguido línea con la capital, la retuve hasta que pude hablar con él. Le dije, antes que nada, que el niño se encontraba bien y a continuación le relaté las dos versiones, brevemente, tal como me las había contado el jefe scout. Jacinto cortó la comunicación con tranquilidad, pero en su voz noté una inefable vibración de incredulidad y enojo. De todos modos me extrañó bastante cuando, al día siguiente, lo vi aparecer en el hospital San Pablo donde yo esperaba, desde muy temprano, que dieran de alta a Jacinto. Total, nunca le pregunté cómo había hecho los cuatrocientos kilómetros en menos de tres horas...

Jacinto ya no era el mismo. Llevaba la sonrisa melancólica que le había visto cuando enterramos a mi hija, pero estaba tenso, pálido, su barba más gris, tratando de vencer, me imagino, la repulsión desenfrenada que debía sentir hacia el autor de los disparos.

Recibió en sus brazos al niño y quiso agradecer al médico que lo había operado, pero dicen que él ya iba camino al norte, rumbo a Antofagasta.

(Acosado por el sano delirio de persecución de los enemigos

viaje nocturno que un padre desesperado emprendía con la esperanza de que lo que le informaron por teléfono fuera una mentira.

Hay algunas lagunas en el itinerario del Vendedor. Pocos

del general.)

Salimos juntos del hospital y nos subimos a mi camioneta. Jacinto daba las órdenes y uno sentía en ellas que su mando era instintivo pero incuestionable. No sé si me va a entender, pero no hacer caso al Vendedor lo hacía a uno sentirse o idiota o maricón.

Me dijo que tomara la carretera a Ovalle y durante la mitad del trayecto no habló. Después, cerca del embalse La Paloma, creo, me hizo detener el vehículo. Se volvió a Jacinto que iba recostado en el segundo asiento de la doble cabina y le acarició la cabeza.

-Jacinto-Jacinto corre peligro -me dijo -se ha transformado en un testigo. Sácalo de Ovalle antes de que anochezca, anda con él a Valparaíso, a ésta dirección -me pasó un papel -y no te muevas de ahí ni lo dejes solo hasta que sepas de mi. No lo volví a ver en cinco o seis meses. Se internó en las serranías de Ovalle con una mochila y una Beretta que sacó de la guantera. Ud. ya debe saber. Con su hijo lo recibimos en Valparaíso después de la batalla de Los Vilos. Fue un gran recibimiento, comparable con el que le hicieron a Condell después del combate naval de Iquique, cuando hundió a la Independencia y burló al Huáscar...

Grabación No. 48. Testimonios de Mauricio Coñuepán, conserje del hotel Foresta.

E: En Santiago, en el vértice norte del cerro Huelén, llamado por los Españoles cerro Santa Lucía, se encuentra el hotel Foresta. Escucharemos a Mauricio Coñuepán, actual y antiguo encargado del hotel.

M.C.: Yo conocí al Vendedor, no mucho es cierto, pero lo conocí. Se alojó aquí un par de noches, pero la última dejó todo botado, su citroneta, sus globos y se mandó a cambiar..., eso sí, él pagó su cuenta..., sí, como a la una de la mañana...

Grabación No. 49. Lectura de la entrevista que el semanario L'Espresso le hiciera a Domingo Bacigalupo Cáceres, oficial sereno del aeropuerto de Tobalaba en las fechas en que el Vendedor pasa a la clandestinidad.

P: ¿Qué labores desempeñaba Ud. como oficial sereno de ese campo aéreo?

R: Soy capitán de bandada en retiro de la fuerza aérea. En retiro por enfermedad. Una hipertensión arterial y algo menor a las coronarias. Sin embargo se me ofreció seguir colaborando con el arma aérea desde un cargo de poca responsabilidad. Acepté. Me hice cargo de la seguridad del aeropuerto de Tobalaba.

P: ¿Qué características tiene ese aeropuerto?

R: En los tiempos de la guerra civil estaba casi en desuso. En años normales podían aterrizar ahí aviones medianos y en casos de urgencia la pista también podía recibir aviones a reacción, hasta del

taxis quedaban en la capital en los días que intentamos rescatar de la memoria de esta ciudad desmemoriada la historia del Vendedor de Globos Terráqueos. Jacinto González caminó hasta la Alame-

tipo 727. Al hacerme cargo, se autorizaba el despegue y aterrizaje de aviones mono o biplaza que tenían como misión el patrullaje y la observación de las fronteras de la capital, en especial la línea de Casablanca.

P: ¿No había, pues, una gran vigilancia?

R: Al contrario. El comando aéreo nunca descuidó sus aeropuertos. Teníamos un alto número de vigilantes bien armados, perros policiales y dispositivos electrónico bastante adecuados.

P: Sin embargo el Vendedor no tuvo dificultades para eludir todos esos dispositivos, perros y hombres.

R: En efecto. Ignoro cómo entró, cómo cruzó las alambradas y cómo llegó hasta mi propia casa, dentro del círculo de mayor seguridad del aeropuerto. No me amenazó, no me ofreció dinero, que lo llevaba en cantidades en el maletín, sino que me pidió que lo llevara a Coquimbo. Ese hombre tiene negocios con el diablo. Yo ni siquiera le pregunté para qué quería volar a Coquimbo. Le dije que sí, simplemente.

Llevaba un impermeable blanco colgado del brazo, un chaleco de lana oscura y cuello alto y un maletín, le insisto, lleno de moneda extranjera.

Le pedí que me acompañara a la salida trasera de la casa y lo hizo sin tomar ninguna precaución. Intuía que no lo iba a denunciar, que no llamaría a la guardia. Caminamos hasta el hangar número cuatro y al hacerlo debimos atravesar más de un ojo electrónico o toparnos con más de algún perro. Y no pasó nada. No sonó ninguna alarma ni ladró ningún perro. Yo tenía la piel como carne de gallina. En ese hangar estaba el Piper del general Vallejos. Era un bimotor con radar incorporado, piloto automático y computadora de vuelo. Le dije al Vendedor que pilotarlo no significaba ningún problema para mí, pero que desconocía la existencia de algún aeropuerto cerca de Coquimbo.

-Ya sabe que tendrá que aterrizar en la carretera panamericana -me dijo.

P: ¿Tuvieron algún problema durante el despegue o en el viaje?

R: Ya le digo. Los dispositivos de seguridad no funcionaron. Tenía quince hombres patrullando, dos en la torre de control, creo que los vi desde el avión mientras carreteábamos hacia la cabecera de la pista...

P: Trató de comunicar su partida y su plan de vuelo.

R: Ese hombre hasta sabía de aviones. Tomó mi mano al conectar la radio.

-Eso está demás -dijo -sólo conecte el automático a los radio faros.

No exigió otra precaución. Despegamos y apenas movió la cabeza al tomar, definitivamente, rumbo al norte.

-Tengo que estar en Coquimbo antes de las nueve -dijo -des-

da y su rastro se pierde. No se ha averiguado hasta ahora qué hizo Jacinto González desde que sale del hotel Foresta y llega al aerodromo de Tobalababa. Tampoco cómo consiguió el dinero que le permitió iniciar su campaña.

El semanario L'Express nos ha aclarado los últimos pasos del Vendedor en Santiago. Lo que sucedió en Coquimbo, en parte lo sabemos. Jacinto González recoge con su suegro a Jacinto-Jacinto y se baja de la camioneta en la que viajaban a Ovalle en la mitad del camino. Regresó a Coquimbo esa tarde y de ahí caminó a La Serena, siete kilómetros más al norte. No quiso esconderse, seguro de que el oficial Bacigalupo estaría más ocupado en eludir a los hombres de seguridad de la fuerza aérea que en tratar de delatarlo. (1)

Se registró en el central y conocido hotel Cavanha y ahí permaneció nueve días, es decir hasta el catorce de Agosto, fecha en la que salió con el propósito de obsequiarle un globo terráqueo al general.

Esos nueve días no los pasó encerrado en su cuarto, ni con las manos cruzadas. Se preocupó de pedir a sus proveedores algu-

pués podrá ir donde quiera.

Avistamos las pocas luces del puerto de Coquimbo como a las seis de la mañana, después de casi una hora y media de vuelo y me dispuse a aterrizar. En el trayecto no cruzamos palabra. El se fumó un par de cigarrillos y bebió uno o dos tragos de una petaca de metal que guardaba en uno de los bolsillos del impermeable.

La carretera panamericana debe tener unos seis o siete metros de ancho en esa zona y entre La Herradura y el puerto hay cuatro o cinco kilómetros de recta en regular estado. Dí un par de vueltas con los focos encendidos, me cercioré que el asfalto resistiría y bajé sin dificultad.

El hombre me dio las gracias, me aconsejó que ya no confiara en el general y desapareció por un bosque de guayacanes que bordea la playa y que dicen se ha vuelto a espesar desde que comenzó la guerra civil...

Hasta aquí la parte de la entrevista que nos interesa.

(1) Domingo Bacigalupo Cáceres se asiló en la embajada francesa en Santiago doce horas después de aterrizar de regreso en Tobalaba. En la ya mentada entrevista por L'Express, confiesa que un elemental razonamiento lógico y personal y una breve y rápida encuesta familiar lo hicieron llegar, sin obstáculos, a la conclusión que

nas muestras de globos y mapas mundi, buscó en ferreterías alambre de cobre, bovinas con soldadura y tornillos de hilo fino. Recorrió relojerías y compró relojes despertadores y de cristal líquido y un domingo, luminoso y helado, el anterior a la fecha que él había fijado, subió a las pirquinerías precordilleranas donde se extraía el cobre y el níquel con cartuchos de dinamita. (1) Todo esto hizo el Vendedor de Globos Terráqueos al saber que el general había herido a su hijo. Con el ánimo empapado por la determinación no se detuvo a pensar que con la muerte del tirano no tenía por qué terminar la tiranía.

Después, cuando fracasó el atentado y el Vendedor huyó a las montañas de Andacollo, se dio cuenta que había estado equivocado.

con prudencia el Vendedor le había insinuado: desconfiar del general.

(1) Los servicios de inteligencia de la dictadura, que operaban en Coquimbo y La Serena, pesquizaron con presteza las andanzas del Vendedor. No lo aprehendieron (el error más grueso de la seguridad desde el asesinato de Orlando Letelier) pensando que era miembro de una célula clandestina más extensa y que esperando podrían hacerse cargo de toda ella.

Pero nunca supieron lo que el Vendedor hizo en la biblioteca municipal de La Serena. Creyeron que utilizaba su casino para almorzar más barato.

Hay evidencias de que Jacinto González consultó por tres días consecutivos el Compendium Maleficarum de R.P. Guaccius, editado en Milán en 1676 y que obedeciendo a razones atributivas del demonismo, estaba en el catálogo de esa biblioteca. También es cierto que el Vendedor leyó con acuciosidad el tratado sobre envenenamientos de la condesa Tofana, especialmente el capítulo que versa sobre la pretendida invulnerabilidad de los caballeros templarios y otros hombres armados.

Independiente de esto, que lo ignoraban, es obvio que los organismos que velaban por la salud del general supieron que un asesino acechaba. Y que ese asesino parecía un profesional, profesional astuto y peligroso. Sin embargo también sabían que ese hombre se proponía utilizar el conocido truco de la piñata rellena con dinamita o el de la torta detonante o el del ramillete de flores artificiales hechas de cartón piedra y plástico explosivo o algo parecido a un globo terráqueo transformado en una bomba.

Más tarde, en la víspera de la batalla del Qulimarí, encerrado en su camarote del Von Schröeders, el general debe haber lamentado la desconfianza del Vendedor en la Tofana y en Guaccius.

Vigésima Aproximación.

(Jesús Mancini, continuación)

Ni la Valdells ni Francis Claudio Colley aportaron nuevas pistas a Jesús Mancini. Pero éste, decidido a continuar, recordó a Maco y tomó pasaje en tren a Zaragoza.

Abordó el ordinario que viajaba hasta Barcelona y se bajó en Zaragoza cerca de las tres de la mañana. Zaragoza no parece tener interés en captar a los turistas que viajan a España. Después de recorrer más de cuatro o cinco cuadras, encontró una hostel de escasa iluminación y menor categoría que ofrecía cuartos y pensión por algunos duros.

Jesús Mancini no durmió esa noche y antes del amanecer pagaba la cuenta e inquiría por excursiones turísticas a las sierras de la región.

En verdad a Mancini no le costó gran trabajo encontrar a Barahona Jesús; mejor dicho, fue Barahona Jesús quien encontró a Jesús Mancini.

Barahona Jesús era chofer de una línea de autobuses que iba y venía en el día recorriendo pueblos hasta los Pirineos.

Era un trabajo agotador y peligroso y Barahona Jesús había desarrollado una neurastenia paranoica muy sensible. (1) Es raro, pero hay síntomas comunes en todos los hombres que de algu-

(1) Grabación No. 49, Grabación No. 6 del Informe Mancini.

"...Había poca gente frente a las ventanillas que vendían los boletos. Campesinos, aldeanos, pocos turistas. Los choferes y ayudantes revisaban las máquinas. Barahona Jesús era un hombre que resiste cualquier descripción original. Era, simplemente, un orangután y en el momento preciso en que me reconoció, un orangután enfurecido. Digo me reconoció, porque ya me había clavado la vista en el instante en que me puse en la fila de los pasajeros, y pretendía ser un lugareño más..."

"...lo vi patear los neumáticos delanteros de un camión y luego, sin que una sombra de vacilación empañara sus ojos, encaminarse con decisión hasta donde estaba yo..."

"...no tuvo, tampoco la más mínima vergüenza, el más prudente recato ni la más elemental decencia. Me agarró por el cuello de la camisa y me arrastró con habilidad y sin disimulo. Me rompió la ropa desde el impermeable hasta la camisa, me levantó con una mano y me depositó en el marco de una ventana enfierrada, en el fondo de un portal ensombrecido y solitario..."

"...-A pesar de lo prometido, no cesan de enviarme canarios estúpidos..."

"...Me ha reconocido mal, no vengo de parte de Cubresuelo..."

"...Cuáles son las órdenes que traes tú ahora, hermano..."

"...Se te ha pegado el acento tropical, Barahona Jesús..."

"...Barahona Jesús se retiró dos pasos y empuñó sus manos. Sin embargo no me golpeó..."

"...Todos dicen que no vienen enviados por Cubresuelo, pero otras veces me he ido a la casa con un cuchillazo en los riñones o una pedrada en la nuca..."

"...No puedo probar nada..."

"...Era la inmunidad por el silencio, yo he cumplido mi parte..."

"...Hasta ahora..."

"...Hasta ahora ha sido suficiente..."

"...Quiero cierta información..."

"...Está tratando de probarme..."

"...No sea huevón, los de Cubresuelo, Ud. lo sabe, cuando dudan matan..."

"...Yo jamás he sido un asesino..."

"...Uds. matan y no son asesinos, mienten y no son mentirosos, tienen la moral de la gata..."

"...Barahona Jesús levantó sus brazos y yo saqué la Browning 7.65 que había comprado en Madrid..."

"...Calma Barahona..."

"...Le creí a Maco y me delató, a Ud. debí romperle el cuello al principio de todo esto..."

na manera aparecen vinculados con el general. En Zaragoza Jesús Mancini llegó a la conclusión que Barahona también había sido abandonado. Que Barahona empobrecido, frustrado y quizás enfer-

"...Ya le dije una vez, no tengo nada que ver con Cubresuelo, soy periodista, no quiero meterle un balazo, pero he aprendido a defenderme...quisiera conversar en serio con Ud., y para eso Ud. se va a calmar, va a bajar sus brazos y yo no moveré el gatillo..."

"...No le tengo miedo, en verdad no le tengo nada de miedo, pero tal vez deba creerle. Está bien, le creo, pero, ¿por qué tendría que conversar con Ud.?"

"...Por mil dólares..."

"...Hace un tiempo nadie se hubiera atrevido..."

"...¿Cuánto gana conduciendo esos autobuses?"

"...Mil dólares..."

"...Americanos."

"...¿Qué quiere saber?"

("...Barahona había cedido. Yo no estaba seguro, tampoco, que una bala de la Browning perforara a esa bestia hinchada de resentimientos. Decidí adelantarle el pago e invitarlo a tomar un chocolate. Nos instalamos en un mesón cercano y el ex coronel de la guardia civil, el ex jefe de Cubresuelo, el chofer del destartado camión que subía lleno de campesinos y contrabandistas a los Pirineos habló aguantando sus lágrimas de pena e impotencia...")

"...No sé que le interesará más, si lo que hizo Cubresuelo o lo que está haciendo. Yo sólo estoy en condiciones de asegurarle que en los últimos diez años, por lo menos en América, desde México al sur, no ha habido golpe de estado, asesinato político, cambio de gobierno, enroque de generalitos, represión o intriga en que no haya metido sus manos Cubresuelo..."

"...terminé en Cubresuelo por un fracaso desgraciado, pero era difícil hacerles entender que Fidel Castro tiene más suerte que De Gaulle. Aún así me liquidaron..."

"...por ejemplo, ese triunvirato ecuatoriano, el que derribó al viejo Velasco Ibarra, la muerte del general Barrientos en Bolivia, se cayó en helicóptero, la caída del general comunista, ¿Torres? y su asesinato en Buenos Aires, la fuerza de Stroessner, la muerte de Orlando Letelier, el fin de los Tupamaros, el envenenamiento de Perón..."

"...si, no hay pruebas...¿quién podría tenerlas?"

"...puedo continuar, más atrás, mucho más atrás. Los militares americanos siempre han tenido como obsesión el mesianismo. No es cosa de ahora. Hay documentos más antiguos, que se remontan a los años previos a la segunda guerra mundial..."

"...difícil de creer, claro, pero ¿alguien sabe del viaje de ¿cómo se llamaba?...Goebbels, el ministro de propaganda, a varios países de latinoamérica...?"

"...y del suicidio de Getulio Vargas, de la renuncia de Janio Quadros, de la muerte de Goulart en Montevideo..., del intento de golpe en Chile en 1961, del atentado contra Belaúnde antes

mo aceptaría entregar información a cambio de dinero. No se equivocó. Fueron los dólares mejor pagados de Jesús Mancini. La declaración de Barahona, ciertamente inconexa, da luz por primera

de que los generales se lo llevaran en pijama..."

"...mis últimos días en Cubresuelo los pasé estudiando el máximo apoyo que debería dársele a los dirigentes adscritos y que estuviesen en dificultades. Chile, Paraguay, Nicaragua. En Nicaragua no resultó, en Paraguay tampoco, en Chile..."

"...se aseguraba que el fin del general se convertiría en el holocausto definitivo del nacionalismo y del militarismo en América y que él en su caída, arrastraría en forma inexorable a los regímenes tambaleantes de Uruguay, Paraguay y Argentina..."

"...y mire Ud. que los brasileños jamás miraron con simpatía a Cubresuelo..."

"...el helicóptero en que viajaba Barrientos, Barrientos ya vacilaba, desde Santa Cruz hacia La Paz, dicen que se enredó con unos cables de alta tensión..., hasta donde yo conozco Bolivia, creo que ni las calles de la capital están electrificadas..."

("...Barahona Jesús no tenía cerebro de orangután...")

"...Lo más próximo en el tiempo..., evitar que cayera el general, evitar que arrastrara..., previo a la locura del atentado contra Fidel, los planes Acuario y Terra Nostra..."

"...tuve un buen amigo en un colaborador del general, creo que también se le fue abajo el helicóptero. León se llamaba y era el coordinador de Cubresuelo en el ejército del general. El no creía en el general, decía que era pusilánime..."

"...Terra Nostra, la ocupación del norte peruano por tropas ecuatorianas, Acuario, otorga a Bolivia un litoral que habían perdido en una guerra..."

"...eran tareas difíciles, delicadas, que requerían de cuantiosas inversiones. Cubresuelo se maneja con computadoras, las arrienda a una empresa suiza cuya sigla es ICOSYS y que le entrega factibilidad, costos, riesgos, alternativas opcionales de operaciones y otros indicadores. Cuando Cubresuelo ha fracasado, es seguro, no ha sido por datos erróneos o defectuosos entregados por ICOSYS, sino porque los imponderables americanos superan toda capacidad computacional. Se comentó que ICOSYS estuvo parada tres días después del intento de golpe de un coronel boliviano, Natush o algo parecido, tres circuitos impresos del computador central no soportaron la recarga y se quemaron..."

"...los hechos mínimos, individuales, nunca han fallado: asesinatos, cuartelazos, omisiones que así llaman al desaparecimiento de adversarios, siempre han tenido éxito..."

"...por desgracia ni ICOSYS ni ningún otro módulo computacional es capaz de proyectar información o resultados, ni menos garantizarlos existiendo de por medio alternativas cuyas matrices direccionales sean manejadas por el hombre aislado..."

"...si me gusta la computación y la informática..."

vez de las actividades de Cubresuelo en el país, antes del inicio de la guerra civil. Es obvio que el general se afilió a Cubresuelo cuando ya tenía todo el poder concentrado y que no tuvo escrú-

"...ICOSYS dio el visto bueno para Terra Nostra y Acuario, exigiendo optimizar el equipamiento y el entrenamiento humano. Ambas operaciones ya deben estar en marcha..."

"...depende de si Cubresuelo ha recibido los Iemas...¿los conoce Ud?...maravillosa tecnología. Se compran a través de empresas de inofensiva apariencia..."

"...un buen mercenario, audaz, bien pagado, con conocimiento cabal de lo que lleva encima, es capaz de destruir una compañía de soldados con un Iema..., los Iemas de Colley pesan veintinueve kilos y tienen una operacionabilidad de tres días, los de la Zastava o los Volga sólo pueden ser manejados por mastodontes ucranianos, pesan más de sesenta kilos..."

"...¿con trescientos Iemas..?, con trescientos mercenarios, quien los tenga gana una guerra..."

"...Ud. quiere más detalles..., jefes de los tres países se reunieron no hace mucho en Oruro. Había que coordinar Terra Nostra y Acuario. De fechas nada sé. La coincidencia tenía que ser perfecta. El mismo día, a la misma hora. Un minuto de desajuste puede provocar un desastre. Déjeme recordar. Las tropas ecuatorianas apoyadas por los mercenarios provistos con Iemas se dejarían caer sobre el norte del Perú. Perú movilizaría tres o cuatro divisiones y su escuadra. Rangers bolivianos atacarían el norte, la ciudad esa que tiene un morro y los rebeldes descuidarían las fronteras del sur. Entonces atacaría el general..."

"...ya me falla la memoria..., por mil dólares, por cien mil, hace unos meses Ud. lo habría sabido todo..."

("...Ofrecí a Barahona un vinillo madrugador, me contó un par de anécdotas y nos despedimos como buenos amigos. Amanecía un hermoso día en Zaragoza y el ayuno de la víspera y las confesiones de Barahona Jesús me había dado hambre y prisa. Caminé hasta el mercado y mientras devoraba unas mollejas y despachaba otro vinillo me convencí que ya había conseguido verdades suficientes. Regresaría a Antofagasta y confiaba en que creerían esta historia de ciencia ficción. No iba a ser difícil comprobarla. Cubresuelo baraja la ideología de la seguridad nacional con el objetivo del denominado Concenso Militar Hemisférico. Por sobre todo eso yo había aprendido y quería entregar una lección documentada sobre la ingenuidad revolucionaria, que parece ser una peste malsana y recurrente. Pero no me corresponde, en este informe, hacer el papel de exégeta...")

Fin Grabación No. 49.

pulos en eliminar al hombre número uno, el mismo día que cayera el presidente Allende. Pensó, no sin razón, que Cubresuelo trataría de reemplazarlo.

Jesús Mancini no quiso regresar de inmediato a Madrid. Aunque convencido que su misión había dado los frutos esperados, quiso quedarse. Se había impregnado de la suspicacia maníaca reservada a los enemigos del general.

Con otro nombre tomó pieza en el hotel más caro de Zaragoza y con la conciencia tranquila y los dos vinillos durmió hasta las tres de la tarde. Más tarde bajó hasta la estación donde le informaron que el tren a Madrid pasaba cerca de la medianoche y que el TALGO no podría abordarlo hasta el día siguiente. Mancini regresó al hotel con el propósito de esperar este último, pero al pasar por la plaza se entusiasmó con el sol y el calorcillo y arrendó una silla por diez pesetas.

Jesús Mancini reconoció a Guzmán al poco rato. Escuchó su voz cuando regateaba con el funcionario municipal por el precio de la silla y ya no tuvo dudas al verlo abrir la edición internacional de El Mercurio.

Guzmán, ex ideólogo del general, que se autoexilió el tres de mayo del año en que se inicia la guerra civil, prefiriendo la indiferencia intelectual del extrañamiento al cataclismo ideológico que le significaba la guerra y el derrumbe del general.

Guzmán no pudo escapar de Mancini (1)

Al término de la entrevista lo dejó irse. Más agachado que de costumbre, más derrotado y al fin más viejo. Ya de vuelta en

(1) Grabación No. 50. Grabación No. 7 del Informe Mancini.

"...¿Sr Guzmán?...soy Jesús Mancini periodista, quisiera una entrevista exclusiva..."

("...Guzmán no había cambiado físicamente, es cierto. Lo había visto poco antes del inicio de la guerra civil en un programa de televisión. En un foro en el que participaban otros incondicionales del general. Cerca de los cuarenta años en Guzmán se había acentuado su escualidez, sus formas ampulosas y se habían engrosado sus anteojos de miope. Su tranquilidad proverbial y su sabiduría escolástica se esfumaron con mi presencia..."

"...¿Quién es Ud.,...cómo me ha encontrado?"

el hotel, Mancini pasó a llevar las normas más elementales de seguridad y llamó por teléfono a Antofagasta. Sin embargo no pudo comunicarse con nadie de importancia. Un funcionario de

("...Guzmán de puso de pie precipitadamente, con la indisimulada intención de echarse a correr. Apenas pudo manotear los anteojos que casi cayeron al suelo con El Mercurio y su palidez se humedeció con un sudor frío y turbio...")

"...Es Ud. un hombre conocido, Sr. Guzmán..."

("Guzmán recuperó en parte su compostura...")

"...No concedo entrevistas..."

"...Insisto..."

"...¿Ud...?"

"...No soy agente del general, si es lo que teme. No pienso que Ud. represente algo importante para él ahora. Por lo demás el general no ha necesitado justificarse nunca, si hubiera querido eliminarlo..."

("...Guzmán recogió El Mercurio, se ajustó con lentitud los anteojos y volvió a tomar asiento invintándome a imitarlo. Tuve que pagar otras diez pesetas por cambiar de silla...")

"...¿Cuánto podría interesarme esta entrevista...?"

"...¿Tarifa internacional...?"

"...La desconozco..."

"...Cien dólares los primeros quince minutos o las primeras diez preguntas. Después cincuenta dólares por el mismo tiempo o el mismo número de preguntas..."

"...Doble la oferta..."

"...Doblada..."

"...Me reservo el derecho de no contestas una pregunta sin dar razones..."

"...Se descuentan siete dólares cincuenta por pregunta no contestada..."

"...Cinco dólares..."

"...Ha adquirido destreza en el manejo de cuestiones económicas..."

"...Tómelo o déjelo..."

"...Lo tomo..."

"...Ya correr los minutos..."

"...Sr. Guzmán, ¿por qué abandonó el país apenas dos días después del alzamiento en contra del general...?"

"...Soy un amante de la paz. Mis principios son inviolables. La opinión pública de mi país sabe que advertí en numerosas oportunidades al general sobre el camino que había tomado. Le pedí que lo rectificara, que las consecuencias de su tosudez serían dolorosas...El general tampoco escuchó mis palabras el día en que se inició la guerra civil. No quiso dialogar con los rebeldes y les envió un ultimatum cuyos términos en ningún caso se compadecen con la filosofía que he predicado y practicado toda

la cancillería rebelde no quiso ni escucharlo. Las interferencias aumentaron y después de una hora renunció. Pero Mancini no quería que todo se perdiera. Y durante parte de la noche duplicó en casse-

la vida..."

"...No obstante Ud. justificó moralmente el golpe de estado de 1973 y el asesinato de Allende..."

"...Yo sólo estuve de acuerdo en una resistencia activa contra un régimen que se había ilegitimado como el de la Unidad Popular..."

"...Ud. no puede ignorar la violencia institucionalizada que desató el general y que imperó durante muchos años. Siendo el ideólogo que por bastante tiempo acumuló las preferencias del general, ¿cómo justifica su indiferencia y su silencio?..."

"...No acepto ni comparto el término violencia institucionalizada que Ud. usa, lo que no significa que rechace la pregunta. Ese lenguaje es conocido, conocido por lo equívoco. No Sr. Mancini, a no ser que Ud. empiece a llamar seguridad nacional a lo que considera violencia institucionalizada, podremos llegar a un acuerdo semántico..."

"...¿Qué piensa ahora y que pensó en su oportunidad de los detenidos y de los desaparecidos durante el régimen del general...?"

"...Está Ud. demasiado impregnado de lugares comunes. Lamento el exeso en el que a veces caen los hombres y las instituciones dedicadas a preservar la seguridad del estado, pero eso, que no constituye un eventual atenuamiento de la culpa, es algo universal, que se ha repetido con vulgar monotonía desde los comienzos de la historia y que creo ya no vale la pena ni discutir..."

"...La filosofía de la avestruz..."

"...Otro lugar común..."

"...Sr. Guzmán, ¿pertenece Ud. a Cubresuelo?"

("...Guzmán había tomado la ofensiva en la breve entrevista. Con sus últimas palabras, incluso, me había dejado sentir la impresión de que me consideraba un imbécil más de los muchos que le había tocado conocer en su vida. Por eso me sorprendió su reacción, desproporcionada a la pregunta. Por un momento creí que se había enfermado y que iba a vomitar. Su piel se puso verde, el diario volvió a caer de sus manos y esta vez los anteojos le quedaron colgando en la punta de la nariz. Me di cuenta que hacía esfuerzos inútiles para despegarse del asiento y que estaba a punto de sufrir, por lo menos, un ataque epiléptico. Desgraciadamente no le pasó nada. Los largos años de entrenamiento en la retórica, en la simulación y en la mentira le habían sido útiles también para sobrevivir. Pronto recuperó el color perplejo en su cara, buscó El Mercurio a tientas y descartando, resignado, sus anteojos, los guardó en el bolsillo superior de su camisa. Me contestó sin mirarme, fijando sus ojos miopes en la esfumada tarde de la plaza..."

"...Sr. Mancini, si le digo que no he oído hablar de Cubresuelo no me creerá. Jamás he podido defenderme con éxito de la agresión visceral con la que reaccionan mis sentimientos y emocio-

tes nuevas las informaciones recogidas. Había tomado la determinación de seguir la huella de Cubresuelo en Andorra. Jesús Mancini se había enviciado.

Guzmán le había dado dos nombres, uno de ellos un ex ejecutivo de la televisión estatal, emparentado con el general y el otro, una especie de ayudante del primero, descendiente arruinado de la oligarquía nacional que se había vuelto a enriquecer en el gobierno militar. Ambos estaban, era presumible, en misión oficial del general ante Cubresuelo. Y la reunión era en Andorra.

En la mañana del segundo día en Zaragoza, Jesús Mancini se dirigió al terminal de autobuses. Quería hacerle algunas preguntas adicionales a Barahona Jesús. No le extrañó saber que había

nes cuando miento. Si, conozco de la existencia de Cubresuelo..."

"...No da respuesta a mi pregunta. Quiero saber si Ud. pertenece o ha pertenecido a esa organización..."

"...Me facilita la respuesta..."

"...¿Es menos penoso eludir una pregunta en cuya respuesta no haya implícito un juicio ético?"

"...En lo concreto, yo jamás he pertenecido a Cubresuelo..."

"...¿Conoce Ud. a alguien que si pertenezca...?"

"...Si..."

"...Podría decirme dónde están y quiénes son?..."

"...Si..."

"...Hágalo..."

"...Lo haré por escrito..., Ud. está grabando Sr. Mancini..."

("Guzmán arrancó una esquina del periódico y anotó allí, con letra de imprenta, dos nombres...")

"...Han viajado a Andorra. No sé decirle cuáles son sus intenciones, si huyen del general o asisten a una conferencia de Cubresuelo..."

"...Le debo quinientos cincuenta dólares Sr. Guzmán..."

"...Una cosa más. Quiero que quede algo muy claro. Yo nunca basé mi lealtad al general o al régimen militar en otra cosa que no fuera la coincidencia de ideas y objetivos..."

"...¿El fin justifica los medios...?...¿ojos que no ven corazón que no siente?..."

"...Me agota su estupidez Sr. Mancini..."

("...Sentí repugnancia al ver a Guzmán tomar los billetes que se había ganado. Se me ocurrió que mi trabajo se había vuelto, repentinamente, sucio...")

Fin Grabación No. 50.

muerto la tarde anterior. Contaba el boletero que de repente se largó a echar sangre por la boca en una calle de Leciñena, al llegar a la sierra de Alcubierre, y que no había alcanzado a llegar vivo al sanatorio. Tiempo después se supo que el balazo, con rifle de alta potencia XL-9, con mira telescópica mejorada y proyectil con dispositivo de desaceleración de impacto (DID) le había dado justo bajo el esternón, dejándole apenas un tatuaje rojo y puntiforme que el legista confundió con un lunar.

Jesús Mancini adivinó con rapidez que la retahíla de muertos que estaba dejando a su paso no era una coincidencia. Pero con la actitud que tenía que ser la mezcla inequívoca del resentimiento y la lástima, no quiso disimular su encuentro con Guzman. Pero a Guzmán aún no le pasa nada. Sigue escondiendo su palidez en algún pueblo europeo.

Mancini tomó el TALGO que pasaba rumbo a Barcelona y en cuanto llegó al puerto tomó pasaje en un bus de turismo que viajaba a Andorra en la tarde. Pasó la frontera a medianoche y a las diez de la mañana, desayunaba en Andorra La Vieja.

Vigésimoprimera Aproximación.

(El Vendedor de Globos Terráqueos, continuación)

Y un lunes Jacinto González abandonó el hotel donde se ha-

bía alojado en La Serena y se dirigió a una empresa que se dedicaba al reparto de cartas y encomiendas.

Los agentes del general lo detuvieron a la salida del local de despachos y lo subieron a un furgón de seguridad. A través de la rejilla el Vendedor vio como dos expertos tomaban la caja en que había envuelto el globo terráqueo dirigido al general y lo introducían con máximas precauciones en un camión blindado.

El general se rió cuando le avisaron.

-Poca imaginación el pelotudo -dijo.

Quiso, sin embargo, ver el globo terráqueo y los técnicos en explosivos debieron trasladar la caja a una playa solitaria al norte de La Serena.

El general observó el desmonte del supuesto artefacto terrorista detrás de una gruesa pantalla blindada. Los hombres, protegidos con delantales acorazados fueron soltando los nudos, retirando la cinta arrepollada, buscando en el papel de regalo los alambres del aparato detonante.

El general se impacientaba.

Desdoblaron la cartulina de la caja y apareció otra de cartón blanco.

Tres expertos se daban maña. Levantaron la tapa y examinaron el interior. Introdujeron guías electrónicas y detectores diodales. A media tarde uno de ellos sacó de la caja un hermoso globo terráqueo. Se enfrascaron en su examen y al cabo de una hora lo dejaron sobre la arena y se acercaron a donde esperaba el general. (1)

Esa noche se inició la operación rastrillo más espectacular

(1) Grabación No. 51, testimonios del cabo Arístides Zárate.

E: ¿Cabo primero Arístides Zárate?

A.Z.: A sus órdenes.

E: ¿Ud. presenció el desarme del aparato explosivo con el que el Vendedor atentó contra la vida del general?

A.Z.: Entonces yo no estaba en retiro como ahora. Pero es algo imposible de olvidar. ¿Cómo, dígame Ud?

Esos hombres eran unos genios en electrónica y explosividad y no encontraron nada, claro, que qué iban a encontrar. Me acuerdo que estuvieron todo un día desarmando el famoso globo terráqueo y al final no encontraron nada. Sugirieron dispararle desde la

que jamás había visto el país. Se buscó al Vendedor por lugares imaginables y por más tiempo que al bandido Pincheira, pero la búsqueda no dio resultados. Jacinto González había trepado a las sierras

distancia, porque aunque el globo parecía hueco, nadie conocía las habilidades del hombre que lo había construido. El general estuvo de acuerdo. Se midieron zonas de seguridad mínimas y el capitán Serrano, el mejor tirador del regimiento Coquimbo, le disparó un sólo balazo desde ciento cincuenta metros.

El globo se hizo trizas y bueno, no pasó nada como ya le dije. Los expertos se acercaron y uno regresó de inmediato, avergonzado.

-Era de chocolate -dijo.

El general se puso a reír y no paró hasta que le dio hipo. Dio orden de soltar al infeliz, con seguridad un seguidor que impulsado por la admiración le enviara el obsequio y después, con grandes pasos se acercó a los restos del globo.

-Me voy a comer a los argentinos -dijo y eligió un pedazo del globo con el territorio argentino hecho de azúcar, chocolate y almendras confitadas.

Fin Grabación No. 51.

Grabación No. 52, testimonios del sargento enfermero Efraín Aravena P.

E: ¿Hablo con el sargento enfermero Efraín Aravena?

E.A.: Así es.

E: Le toco atender al general a raíz de su envenenamiento?

E.A.: Creo que le dieron hasta vermífugos. Le puedo decir que el general cagó y vomitó durante tres días. Se le pasaba suero cada dos horas y hasta lo vieron médicos que venían de afuera, sabios en tóxicos y venenos. No descubrieron nada y tampoco se explicaron cómo no se murió. Fue el único y hay que ver la diarrea que tenía, si a veces le salían pedazos enteros de intestinos. Claro que era hombre de otra resistencia..., los otros se murieron al primer mordisco. Me acuerdo que el olor a mierda rondó el puerto una semana, pero ya ve Ud., él está todavía vivo...

Fin Grabación No. 52.

donde organizó su primer cuerpo de irregulares que precipitaron la caída del general. Estuvo escondido en la clausura de la iglesia amarilla y polvorienta de Nuestra Señora de Andacollo y los vecinos aseguran que en el mismo patio de esa iglesia aterrizó el helicóptero que desde Argentina le trajo las primeras armas. (1) (2)

El primer contingente armado de Jacinto González estaba compuesto de dieciocho hombres, entre los que se contaban el Caracol Monte-

(1) Grabación No. 53, testimonios del R.P. Matías Rodenwald, de la orden mercenaria, pro parroco de la iglesia de Andacollo.

E: Padre, ¿se trataba efectivamente del Vendedor de Globos Terráqueos.

M.R.: Si. El estuvo aquí. Golpeó una noche en la puerta de la casa cural y pidió protección.

E: ¿Cuál fue su impresión?

M.R.: Un hombre cansado, hambriento, perseguido, un hombre que necesitaba lo que yo podía darle.

E: ¿Cuánto tiempo estuvo aquí?

M.R.: Como tres días. La segunda noche aterrizó ese helicóptero. Bajaron de él algunos hombres y descargaron algunas cajas. Después el Vendedor se despidió y desapareció.

E: ¿Se internó en los cerros?

M.R.: ¿Qué otra cosa le cabía hacer?...el cuarto día apareció el ejército. Fueron poco amables. Ya sabían lo del helicóptero y juraron que esas cajas venían llenas de armas, que con esas armas se pretendía organizar un ejército para derrocar al general. Era una patrulla de quince hombres que subieron hasta acá en dos camiones. Me quisieron llevar detenido a Coquimbo, yo me opuse y los amenacé con lanzar las campanas al vuelo. Ahí se acobardaron, que le tenían miedo al pueblo. Entonces me dijeron que yo era otro de esos curas partidarios del Cardenal...es cierto y el Cardenal Raúl no ha abandonado a sus ovejas de este lugar. Sabemos que el general no le permite la entrada a los territorios ocupados por sus tropas, pero él igual nos hace llegar su mensaje...

Fin Grabación No. 53.

(2) Desde los inicios del régimen del general se atacó a la iglesia católica. Ya sea por la firme crítica que ella hizo del poder judicial, brazo servil de la autoridad o en su consecuente defensa de los derechos humanos, ella se enfrentó sin vacilaciones al poder omnímodo del general. Ella y sus pastores fueron acusados de miles maneras, desde la censura sutil hasta la impugnación violenta y desenfadada y jamás perdieron la compostura. Los obispos y vicarios no cayeron en el juego de los poderosos y continuaron con su labor pastoral y de denuncia.

El episodio del helicóptero en la iglesia de Andacollo desató, una vez más, la ira de los cristianos rituales, aquellos que apoyaban al general. Se habló, entonces, del helicóptero rojo, homologándolo al avión rojo, que en el país había inaugurado la primera república Socialista en 1930.

ro y el Capitán Vargas. Con ellos y con dos dirigentes obreros de Coquimbo se internó en la cordillera cargando las cajas en tres mulas.

Los agentes de seguridad dejaron de buscarlo al cabo de quince días. El general, neurasténico con tanta dieta de pollo y tanto antidiarreico prefirió olvidar al Vendedor. Y aunque enrojecía por los cólicos cada vez que estudiaba un mapa, trataba de atribuir el episodio a un mal batido del chocolate que a un intento serio de eliminarlo.

En sucesivos viajes al puerto de Coquimbo y La Serena, los dos dirigentes reclutaron diez hombres. Extraídos de las filas del partido socialista, comunista y demócrata cristiano. Los otros cuatro los proporcionó, desde Santiago, Pepe Miranda. Su invalidez le permitía moverse sin levantar suspicacias y así convenció a tres estudiantes universitarios, dos vendedores ambulantes de café, un novicio y a seis dirigentes sindicales cesantes. De ellos cuatro aceptaron continuar con el Vendedor en las montañas. El resto, ya juramentado, resolvió regresar y colaborar en la capital. Uno de ellos, Juan Cordero, fue el coordinador general en Santiago después de la muerte de Pepe Miranda y a pesar de haber perdido un ojo en el atentado que a aquél le costó la vida.

Los dieciocho hombres y Jacinto esperaron un mes en los cerros de Andacollo. Vestidos con sayales, escondiendo sus armas en lavaderos de oro abandonados, inventando largas letanías lograron desplazar la desconfianza de los ocasionales pastores de cabras y de los empobrecidos pirquineros.

A mediados de octubre del año en que se inicia la guerra civil, el Vendedor recibió la segunda partida de armas. (1)

Y el veintiocho de ese mes, ataca por primera vez. El hecho causó conmoción en los territorios ocupados por el general, en el Consejo Insurreccional y en el extranjero. Se rumoreó que esos hom-

(1) Jacinto González compró, por intermedio de un traficante instalado en Santiago, los equipos que utilizó en su incursión a Coquimbo. Contactó a este traficante a través de un coronel del regimiento blindado No. 2, una hora antes de que volara a Coquimbo la noche

bres estaban armados con Iemas y que estos sofisticados equipos les habían permitido destruir las instalaciones del regimiento de ferrocarrileros de Coquimbo, cortar la vía férrea en seis partes y vencer a una fuerza quince veces más numerosa.

Jacinto González no desmintió estas versiones. Aunque sus hombres estaban muy bien armados y aunque con el dinero que había obtenido habría podido conseguir dieciocho Iemas, tenía la certeza de que no le serían indispensables. El Vendedor planificó y utilizó la sorpresa, y eso le fue suficiente en la primera incursión.

Al anochecer del veintisiete de octubre, arrebuajados en sus hábitos de monjes, llevando las AT-42 desarmadas y premunidos de un completo sistema de intercomunicación (1) los hombres, guiados por Jacinto, bajaron desde Andacollo. Llegaron a las cercanías de Coquimbo al filo de las cinco de la mañana y ante la mirada atónita de los hombres y mujeres de las poblaciones marginales que madrugaban con la esperanza de encontrar trabajo, celebraron un rito de adoración al sol.

El Vendedor actuó como oficiante. Los dieciocho hombres se arrodillaron dando la espalda al Pacífico y adoraron al sol que se levantaba por encima de las montañas que rodean Andacollo. Recién iniciada la ceremonia se hizo presente en el lugar una patrulla militar. Cinco soldados en un vehículo pararon bruscamente junto a Jacinto envolviéndole en una nube de polvo y groserías. El Vendedor no se inmutó. Reclamó el derecho inalienable a la libertad de cultos y desentendiéndose de ellos continuó con sus iniciados. (1)

del cinco de agosto. El armamento le costó caro, el coronel, barato. Y aunque no hay pruebas irrefutables, es posible aceptar el hecho de que Jacinto González se apropiara de una suma importante de moneda extranjera esa misma noche, y con ella buscara al coronel. Porque el seis de agosto el banco de A. Edwards y Cía denunció que desconocidos se habían introducido a su sucursal de Agustinas aprovechando la noche y el toque de queda y habían sustraído más de doscientos cincuenta mil dólares en billetes. (El Mercurio, 7 de agosto del año en que se inicia la guerra civil.)

(1) Grabación No. 54. Testimonios de Florián Acevedo Garrido.

E: Entiendo que Ud. fue testigo de la primera acción militar de Jacinto González, del Vendedor de Globos Terráqueos...

F.A.: Soy Florián Acevedo, encantado de colaborar..., es efectivo.

Las reacciones frente al éxito militar del Vendedor fueron múltiples y poco originales.

El general acusó al Consejo Insurreccional de usar armas no convencionales (mencionó gases paralizantes y bacterias virulentas) y

Por esos días era inspector ad honorem del servicio de impuestos internos de Coquimbo y estuve junto al Vendedor esa memorable mañana. El me habló personalmente, diría que quizás buscaba consejo...un hombre cuya audacia es tan efectiva como humanitaria su prudencia. Yo conozco a Von Klauszewits e intuyo que el Vendedor jamás improvisa. El sabía y sus hombres también lo que iba a suceder. Había un oficial joven, pretensioso a cargo de la patrulla, insolente, con un sargento y cuatro soldados....Mire que yo soy suboficial mayor. Me retiré antes del golpe del once de setiembre, me retiré joven, una afección a la columna, nunca quedé bien, aunque me operó el doctor Rivas, antes de que lo expulsaran del hospital militar. Estoy vinculado a los hombres de esta guerra civil, en cierta manera, si, estoy vinculado. Ese oficial inexperto desencadenó la acción. Había mucha gente ahí reunida, se divertían, con qué si no, con el espectáculo de ese montón de lunáticos....¿de lunáticos?...si hubieran sabido...¿quién iba a saber...?

El oficial, teniente a lo más, tomó el walkie talkie y llamó al cuartel general de los ferrocarrileros. El cuartel estaba ahí no más. Bajando hacia la antigua construcción del hospital San Pablo. En menos que canta un gallo vimos aparecer una columna motorizada viniendo desde Coquimbo y ahí fue cuando se me acercó el Vendedor...,debió haber reconocido en mi...

...sin afectamientos, con voz firme y sin prestar atención al oficial, al sargento y a los cuatro soldados que se iban retirando, yo pienso que el sargento olió algo, reculando hacia la columna que se aproximaba, nos pide, me pide que nos retiremos. Yo convencí a la gente, nadie vaciló, yo era conocido por mi don de mando...eran cinco camiones y ahí sólo quedaron el Vendedor y sus hombres.

En total, calculo unos doscientos cincuenta efectivos. Quisiera hacer resaltar que la única acción terrestre de importancia de la guerra civil hasta ese momento, llevo mis registros, no crea que no, había tenido lugar ahí, entre los paracaidistas del general y los carabineros de Coquimbo. Doscientos cincuenta y bien armados. El Vendedor no esperó que el convoy llegara y sí se cercioró que todos nosotros estuviéramos bien protegidos..., lejos de esa explanada.

Señor, fue impresionante. Sin una palabra, sin un gesto del Vendedor, los hombres se despojaron de sus sotas, armaron sus fusiles con una frialdad increíble y las empuñaron con fuerza...El combate fue brevísimo. ¿Diez minutos?, no sé. El Vendedor, Ud. sabe, es implacable. Más de cien hombres muertos y otros tantos heridos. Entre ellos el pobre tenientito, me dio pena, sabe...Tres camiones volaron como fuegos artificiales, esas AT-42 son una mezcla de bazooka y ametralladora..., el pobre, con una bala en el cuello.

Los ferrocarrileros sobrevivientes se dispersaron, pero nunca

envió un representante oficial a Ginebra exigiendo el cumplimiento de los dictados de la Convención en la guerra civil.

El Consejo Insurreccional emitió un breve comunicado celebrando con reservas las acciones del Vendedor, sugiriendo que toda forma de

se imaginaron que el Vendedor continuaría luchando. Eran apenas dieciocho hombres contra toda una división.

Los refuerzos aparecieron de inmediato. Según cifras oficiales que obran en mi poder..., habrían sido otros doscientos cincuenta soldados, esta vez acompañados de tres tanquetas. Se reagruparon alrededor del mayor Manuel Vergara, que también había sido el jefe del convoy diezmado..., Vergara ha reconocido que al ver a los hombres de Jacinto despojarse de sus sotanas pensó que tendría que vérselas con un grupo de desviados sexuales. Lo último que esperó ver fue los uniformes color arena y las armas automáticas..., pero eso fue lo que vio.

Después, en una acción confusa desde el punto de vista táctico, el Vendedor se apropió de uno de los camiones indemnes y con dieciséis hombres disparando desde él, uno de los insurgentes murió en la explanada, se dirigió hasta la carretera que une La Serena con Coquimbo. De ahí y derecho..., lo que termina por convencerme que todo estaba rigurosamente planificado, el Vendedor atacó el cuartel mismo de los ferrocarrileros en el cual, debe Ud. suponer, quedaba la guardia y el coronel Erasmo Montiel. Montiel, mal informado, creyó que sus hombres se enfrentaban con un puñado de extremistas y que Vergara era un condenado cobarde al pedirle refuerzos. Quinientos soldados de la patria, profesionales y no se la pudieron contra una pila de extremistas..., claro que eso lo decía cuando estaba adentro del consulado alemán en La Serena.

Destruyó el cuartel, el coronel se salvó por un pelo, la radioemisora de Coquimbo, el casino municipal y la vía ferrea la dejó inutilizable.

Después, bueno, mire, se vino al muerto y desde los muelles hundió a la cañonera Zegers con capitán y todo, incendió los lanchones y las plumas de los muelles y se retiró por la calle principal, yo diría que casi saludando a la gente que se atrevía a asomarse...

Fui testigo de todo eso, el Vendedor les va a ganar la guerra, en Coquimbo eran unos pocos, quizás cuántos tendrá ahora arriba de los cerros, repartidos por todo el país...¿qué me va diciendo?... qué va diciendo el Consejo Insurreccional...¿Ah...?

Fin Grabación No. 54.

lucha contra la dictadura debería coordinarse en Antofagasta.

El partido comunista condena al Vendedor, cuya "actitud suicidia resta fuerza a la patriótica y unitaria labor revolucionaria del gobierno de Antofagasta..." y hace un llamado a ^{la} incontrarrestable y progresiva unidad de los combatientes para que "...no se dejen arrastrar en aventurismos pequeño burgueses ya dejados atrás en las prácticas de la lucha del proletariado..."

El partido socialista alentó al Vendedor, pero consideró que "...sus conductas revolucionarias serían más útiles y consecuentes si logran enmarcarse en un contexto más amplio, que cuente con el respaldo masivo e irrestricto del pueblo..."

En el exterior la divulgación de los hechos tuvo más espectacularidad. El Paris Match logró una breve entrevista con el Vendedor en su refugio en las serranías de Andacollo e incluso consiguió una fotografía del grupo guerrillero. Venía en el mismo número un reportaje del encuentro que había sostenido con los ferrocarrileros y una amplia muestra gráfica de los restos del regimiento, del casino, de la radioemisora y de los fierros humeantes de la torpedera Zegers mientras se hundía en la bahía. Al final, el corresponsal dejaba entrever que, era evidente, el Vendedor había logrado en una mañana más que lo que los ejércitos del norte habían podido hacer en toda la guerra civil. Este era ya un sentimiento generalizado en Antofagasta y se hizo más palpable cuando el Vendedor, tres días después, ataca otra vez. Su decisión en el campo de batalla, su audacia y su versatilidad militar asombraron al mundo.

Entonces la gente salió a la calle, llenó la plaza de Antofagasta y de las ciudades vecinas y exigió al gobierno revolucionario una conducta más decidida, más próxima a la del Vendedor.

Existía la impresión que el Vendedor podría en cualquier momento desalojar a las tropas del general de Coquimbo, apoderarse del puerto y obligar al gobierno rebelde a subordinarse a sus órdenes. Y nadie sabía qué y cómo pensaba el Vendedor.

Se sucedieron reuniones urgentes del Consejo Insurreccional y pronto se adivinó una acción masiva en contra del general.

Terminaba la tregua. Jacinto González había sido el fulminante

que hizo detonar un proceso que, es cierto, ya era irreversible pero cuyo estancamiento empobrecía y desgastaba más al país, ya devastado por los grupos económicos alentados por el general.

En los diecisiete meses que sucedieron a los hechos protagonizados por el Vendedor en Coquimbo, están las tres grandes acciones de guerra que desequilibraron la balanza. Ellos son la llamada triple batalla de Arica (1), el combate naval del Cementerio y la batalla del Qulilimarí.(2)

(1) La triple batalla de Arica desbarató el plan Terra Nostra y el plan acuario, además de dar un golpe que casi fue mortal a Cubresuelo. (Ref: 'Cuadernos de una Guerra Civil' y 'Lecciones de una Guerra Civil')

(2) La ruptura del cerco de Casablanca y del muro de Santiago fueron posteriores. (Ref: 'Lecciones de una Guerra Civil')

Vigésimosegunda Aproximación.

(Jesús Mancini, continuación)

A poco de haber empezado a recorrer las calles de Andorra en busca de algún indicio, Jesús Mancini se topó con un hombre joven, de barba colorina y gestos ampulosos que vio en él, al parecer, a un turista ávido de contrabando. Mancini reconoció el acento de su voz en cuanto le ofreció una Cannon en menos de doscientos dólares. Haciéndose pasar por periodista, Mancini se presentó. El colorín había nacido en Chillán y aseguró que se encontraba en Europa desde mucho antes del inicio de la guerra civil.

Mientras se tomaban un café, el joven lo agujereó a preguntas. Mancini jamás desconfió y después de un rato le ofreció los doscientos dólares por la máquina fotográfica siempre que le contestara unas preguntas.

Le informó que un grupo de compatriotas, llegados hacía poco a Andorra, se habían instalado, derrochando dinero, en una localidad cercana llamada Encamp. Mancini le propuso que lo guiara hasta ese lugar y le señalara a los hombres en cuestión con el dedo. Eso le significaría otros quinientos dólares. El joven aceptó.

Y media hora más tarde, en una pequeña berlina de sucio color rojo, abandonaron la pequeña capital.

El trayecto era corto y llegaron a Encamp en menos de dos horas. No hay ninguna posibilidad de no encontrar a quien se busca, si el buscado está, efectivamente, en Encamp.

El guía colorín detuvo el automóvil en una esquina, la opuesta

a un café bordeado de toldillos rojos y amarillos, y estiró el brazo. Con un dedo, tal cual había sido convenido, señalaba una mesa ocupada. (1)

(1) Grabación No. 55. Grabación No. 8 del Informe Mancini.

(" Siguiendo la dirección de la mano de mi acompañante clavé mi atención en un hombre de volumen indudable, macizo, nórdico, que tomaba con indisimulada tranquilidad una cerveza. Me sorprendió que eludiera la sombra del toldillo y que se sentara a pleno sol. Hacía bastante calor en Encamp y, bueno, nadie me había dicho que el calor distorciona la imagen y que ni el mecanismo óptico más sofisticado ha podido eliminar esa distorsión en las miras telescópicas de los rifles de alta precisión.

Pero mi acompañante me corrigió y descubrí que su dedo indicaba a otros hombres, de piel más oscura, de aspecto más mediterráneo, que se repartían un almuerzo en una mesa vecina. Movían la cabeza pero no conversaban. Se veían inquietos, lo que ya no era una novedad para mí..., debían ser los que yo buscaba...el general y Cubresuelo tienen la particularidad de ser responsable del nerviosismo más pertinaz que me haya tocado percibir y que marca, con gestos y tiritones inconfundibles, a los afectados.

Mi amigo puso la berlina en marcha y me pidió otros cincuenta por la espera y el regreso a Andorra. Sus actividades como contrabandista lo habían impregnado de desconfianza y pude imaginar que era capaz de oler el peligro. Lo tranquilicé aceptando su exigencia, pero insistió en que sólo me esperaría una hora.

Me senté en una de las mesas desocupadas y pedí en voz alta una cerveza de barril o en su defecto, una malta...

No alcancé a probar el pedido. Los dos hombres me miraron, se miraron, dejaron los cubiertos sobre la mesa y se pusieron de pie con precipitación. Los encargados del café no intentaron detenerlos. Yo sí..."

"...¡Un momento...!

"...A la cresta...¿quién...?

"...periodista..., pago las entrevistas...

"...métase su plata por el culo...

"...de...¿de qué tienen...?

"...Sale...

("...Traté de pararlos, pero no pude. Además me agredieron, cumpliéndose de esta manera la ley ya enunciada por P. Paul Grassé en 'La Vida de los Animales' cuando dice que una cucaracha asustada es más peligrosa que una pantera contenta...

Me recogió del suelo el hombretón que se tomaba una cerveza en paz, juicio que, en cierto modo, es la excepción a la ley de Grassé...

Me acomodaba la camisa cuando vi acercarse a mi guía. Con una sonrisa desagradable me dijo que la protección no estaba incluida en la tarifa, pero que si le hacía...hijo...me prometí quebrarle un par de dientes al llegar a Andorra y restándole importancia al sarcasmo, en realidad lo necesitaba, le exigí que esperara la hora acordada...

Los hombres eran, sin duda, aquellos a quienes se había referido Guzmán. Mancini, por desgracia, los perdió. Y perdió la oportunidad de enterarse hasta donde llega el compromiso de los obsecuentes.

El gigantón me tomó por un brazo y me obligó a sentarme a su mesa. Pidió un vaso de Underberg para mi y me preguntó, con extraña pronunciación, si todavía funcionaba mi grabadora. Me llevé la mano al bolsillo y descubrí dos cosas. Una, que la grabadora se había detenido. Dos, que el hombre tenía la misma sonrisa que tuve yo cuando me despedí de Guzmán...")

"...Sr. Mancini, esos dos individuos no le iban a servir de gran cosa..."

"...Eso me gustaría decidirlo yo mismo..."

"...Mi nombre es Anibal Cyr Bancaud..., trabajo para Cubresuelo..."

"...Jesús Mancini, del Ferro..."

"...Lo han engañado, le han mentado. No existe ningún plan que se llame Terra Nostra. Nuestra organización es de beneficiencia. El plan Doca que Ud. conoce no tenía otros objetivos que el paliar la desnutrición infantil y el analfabetismo en latinoamérica..."

"...No le creo una palabra..."

"...Quisiera que Ud. olvidara algunas cosas, que Ud. se sacara de la cabeza algunos datos peligrosos..., quisiera alivianarle la memoria..., tenemos medios..."

"...Me gusta mi memoria tal como está..."

"...Quizás podría venderme sus grabaciones y otros documentos..."

"...No tengo nada para la venta..."

"...Una transacción comercial sería lo más saludable para Ud. en estas circunstancias..."

("...El hombre se ponía tenso, como un gato. Sus manos ya no jugueteaban con la servilleta de papel. Leí en sus ojos la orden que le habían dado. Cubresuelo no perdía el tiempo. Anibal Cyr Bancaud estaba a punto de matarme. Entonces vi que la berlina de mi acompañante se separaba con velocidad de la vereda donde esperaba y agarraba vuelo hacia la plazoleta y hacia las mesas y los toldillos. Actué en forma irreflexiva, pero apenas me llevé un balazo en el codo izquierdo. Con el acelerador a fondo, con una mano en el volante y la otra manteniendo la puerta del pasajero abierta, mi amigo las enfiló contra nosotros. Estiré con fuerza la mano abierta y le pegué a Cyr con la palma bajo la nariz. Escupió la cerveza que rumiaba en la boca, perdió el precario equilibrio con el que lo soportaba la silla y cayó de lado. Mientras me lanzaba a través de la portezuela abierta del pequeño Citroen vi como se llevaba la mano al cinturón y sacaba un objeto metálico. No oí el balazo y supe que estaba herido poco antes de llegar a Andorra la Vieja, al sentir una humedad dolorosa y caliente que me corría por el brazo.

La bala había rozado el codo y había arrancado limpiamente un pedazo de hueso. Rechacé el yeso, acepté la sutura y quise darle quinientos dólares adicionales al colorín....")

"...Quisiera recibírselos, pero todavía no le cobro nada a nadie por salvarle la vida..."

Fin Grabación No. 55.

El contrabandista, que en último término le salvó la vida lo dejó en la estación de Andorra y le sugirió que arrendara un auto y se alejara de inmediato. Calculó que todavía podía esperar una media hora de ventaja al asesino.

Jesús Mancini tomó un Renault y antes de que anocheciera estaba en la carretera internacional que cruza los Pirineos.

Llegó a París al mediodía, después de dieciséis horas continuas de viaje y se alojó en un hotel cerca de la Gare du Nord.

Dejó pasar unos días, clasificó y rotuló sus documentos y grabaciones, las volvió a duplicar y por correo certificado los envió a Antofagasta.

Fue la imprudencia más grande de su aventura. Ella aceleró a Terra Nostra y a Acuario, obligó a hacer ajustes a Cubresuelo y casi acaba con el Vendedor y con el Consejo Insurreccional. (1) (2)

Confiado que las autoridades rebeldes, en posesión de los antecedentes necesarios ya estaban preparando la neutralización política y militar de Cubresuelo y de sus planes, Mancini decidió retomar su investigación. Orientado por informaciones que llevaba desde Antofagasta, contactó con Werner Malte, agregado de prensa de la embajada austríaca en París, ex corresponsal en Santiago del Spiegel y conocido enemigo del general.

Lo recibió en su despacho en el segundo piso de la embajada y le reveló tres hechos:

Uno: Era posible minimizar la capacidad operacional de Cubresuelo: bloqueando sus depósitos en aquellos bancos susceptibles de ser presionados por los gobiernos afines al Consejo Insurreccional.

Dos: Se podía inundar de información aleatoria a las computadoras de ICOSYS, impidiendo la entrega adecuada y oportuna de datos a Cubresuelo. Tendría que hacerse a través de otras terminales conectadas con el sistema internacional de computación.

Tres: No debía descartarse la posibilidad de utilizar los métodos cruentos que, contra los líderes enemigos, implementaba Cubresuelo.

Desde luego, todas esas medidas tenían que coordinarse desde Antofagasta y ser informadas en forma oportuna a los países amigos.

(1) (2) Ref: 'Cuadernos de una Guerra Civil'.

Era, sin duda, una decisión política.

Las dos primeras podían ser llevadas a efecto de inmediato y Cubresuelo quedaría, en la práctica, inerme. Esa intolerable vulnerabilidad llevaría, con seguridad, al quiebre de la organización. Según Malte, los hombres como Somoza, Stroessner o Pinochet adquieren una susceptibilidad invalidante al perder la protección. Todos, al ir al exilio, construyen a su alrededor estructuras y sistemas monumentales donde cobijarse, donde mantenerse vivos. Ninguno de ellos sobreviviría una semana en un hotel de Madrid o en una buhardilla de París. Piensa Malte que ellos no alcanzarían a ser asesinados, que se morirían con la pura impresión que les causaría ver a la gente caminando por las calles o a los gatos reposando en los tejados.

Por otra parte, Malte confirmó que Bancaud era un asesino en extremo peligroso y sagaz. Había colaborado con Contreras, pero había sido más astuto que Townley no aceptando la misión Letelier y eludiendo la misión Prats. Hoy día era un miembro de alto nivel en Cubresuelo y sólo en calificadas ocasiones se le encomendaba hacer justicia con mano propia.

Pero Malte no pudo ofrecer a Mancini más contactos. Quizás, le dijo, a Cubresuelo hay que atacarlo como a los castillos de naipes. Por abajo. En ese sentido podría ayudarlo. Darle nombres de ex agentes de los aparatos de seguridad de Somoza, por ejemplo, o del general, que habían huído al presentir la derrota de la dictadura. Todos ellos vivían sumergidos en el miedo tortuoso de los que se sienten perdidos.

Habitan en sótanos suburbanos, se arrinconan en graneros desolados o se desparraman por calles oscuras y frías. Malte le dio un dato, un nombre, Domingo Sepúlveda, y una dirección en Bruselas.

Y Jesús Mancini, ya sin ningún pudor por su seguridad, y en el Renault arrendado en los Pirineos, viajó a Bélgica sin siquiera cambiarle la placa ni la patente.

Vigésimotercera Aproximación.
(Testimonios de un Torturador)

Domingo Sepúlveda pidió que durante la entrevista se le llamara por su apodo: Columbo. El ex agente de la DINA (dirección de inteligencia nacional) era un individuo marginado y marginal, que llevaba auestas su existencia con dificultad y sus culpas con indecencia. No fue el peor que Mancini pudo encontrar, pero su mente torcida y su personalidad anormal son, desde el simple punto de vista estadístico, significativas.

Vestía como el célebre detective de la televisión, masticaba como él un cigarro de papel grueso e intentaba, sin posibilidad de éxito, reproducir sus giros y sus gestos. Llevaba un impermeable arrugado e inmundo y sus manos estaban secas y enrojecidas. Mancini tiró un par de billetes sobre la cama de su cuarto, sacó la grabadora y lo hizo hablar.

Sepúlveda miró con indiferencia el dinero, actitud interpretada por Mancini como de regateo, pero luego comprendió que para ese hombre terminal hasta el dinero era indiferente.

Sin embargo se negó a abrir la boca con la grabadora como testigo, por lo que Mancini tuvo que reproducir, con su propia voz sus testimonios y comentarios.

Domingo Sepúlveda, alias Columbo, alias El Parrillero, alias el Negro Domingo fue reclutado por la DINA (involucrado como corrigió innumerables veces) a mediados de 1974. Por esas fechas, mayo o junio, trabajaba en el llamado plan del empleo mínimo, en el que por un equivalente a veinte dólares mensuales, el obrero era omitido de las estadísticas oficiales de cesantía.

Casado, tres hijos, educación primaria completa, vivía hasta entonces de allegado donde el hermano mayor de su cónyuge, actuario del tercer juzgado del crimen. Este era un hombre de ideas de izquierda, que venía saliendo de la cárcel acusado de corrupción: había participado en un juicio de alimentos que perdiera un médico de apellido Cruz, alto funcionario de gobierno.

Ocupaban una pequeña casa de ladrillos, obtenida por el cuñado en el tiempo del gobierno demócratacristiano de Frei y subsistían apurados, pero sin morir de hambre.

Un día domingo y en circunstancias que Columbo realizaba labores en jornada extraordinaria en los jardines de la municipalidad de Pudahuel (lo hacía acreedor de un paquete con alimentos) se le acercó un antiguo conocido de los tiempos del gobierno popular. Era un experimentado agitador político poblacional, de divulgada militancia socialista. En un principio Columbo intentó escabullirse, pero el individuo no lo soltó. Al término de la jornada, que por ser domingo finalizaba más temprano, el hombre lo invitó a recordar mejores tiempos a algún bar del centro de la ciudad. Columbo se sorprendió al comprobar que el ex activista manejaba dinero en cantidades atractivas y que no lo había encerrado a emborracharse en un clandestino, sino que lo había llevado a Il Bosco, otrora centro de la bohemia capitalina.

Empezaron con erizos (Columbo confesó que jamás antes los había comido y después se tentaron con una escalopa Káiser, que él no pudo terminar. Carlos Martínez, que así se llamaba el traidor, sólo permitió que se abriera una botella de vino. Con el nescafé inició el trabajo. (De persuasión, impecable, según Columbo)

Le ofreció un trabajo decente, digno (sic) fácil y bien remunerado, en el que se viajaba bastante, se descansaban dos días cada

quince y nunca faltaban las mujeres. Columbo reconoció haber sospechado la verdad desde el principio. Se conocían los métodos que utiliza la DINA para involucrar gente sana y además, es cierto, la tentación le perforó la poca fuerza de voluntad que le iba dejando el hambre. (sic) De este modo, dijo, aceptó las proposiciones de Martínez.

Tuvo que renunciar al empleo mínimo aduciendo que había conseguido una ocupación como albañil en un edificio que construía la empresa Neut Latour, donde había un contacto que los incluía en una planilla fantasma. (Siempre pensé que el desertar del empleo mínimo puede levantar cualquier cosa, menos suspicacias.: Columbo)

Columbo recuerda hasta el último detalle su primer contacto. Se le dice que un médico del hospital José Joaquín Aguirre está sometido a vigilancia pues se cree que es responsable de actos de sabotaje en los pabellones quirúrgicos. Naturalmente irá como observador y aprendiz razón por la cual se le asigna un hombre de mayor experiencia.

Jorge Riesco es un agente antiguo, cercano al entonces coronel Manuel Mamo Contreras, director de la DINA.

Un día temprano Columbo debe acudir por primera vez a un local del club, como llaman a la DINA. Ya han pasado una o dos semanas desde su encuentro con Martínez, tiempo ocupado por la organización para estudiar sus antecedentes.

El local, vecino a la estación Mapocho, cerca del centro de Santiago, es una casa de paredes encaladas y portones grises y altos. Sin saber que esperar, con un papel identificatorio en la mano y la contraseña de Martínez en la memoria, toca el timbre. (Es Columbo, dijo el portero: Columbo.)

Jorge Riesco es un hombre de escaso lenguaje, que lleva una mano, en perpetuo movimiento, sumergida en el bolsillo derecho de su pantalón y no disimula una cadera enferma ni un aliento podrido. (Le decían el Pajero, el Maratón Riesco y estaba a cargo de la división para la vigilancia Profesional: Columbo.)

'Intimidación, intimidación, intimidación', Riesco se expresaba con monosílabos. (Nunca simpatiqué con él. Aunque era un hombre leal

al Mamo, valiente, profundamente religioso. Nunca lo vi fumar o tomar alcohol y los domingos se abstenía de efectuar interrogatorios, ¿o eran los sábados?: Columbo)

El hospital José Joaquín Aguirre no quedaba lejos del club y caminaron. No tuvieron dificultades para entrar en él. Los porteros ya conocían a Riesco. Columbo recordaba las interminables colas en la puerta del hospital psiquiátrico. (Mi cuñado se enfermó de los nervios. Una vez tuvo que cumplir una orden de desalojo en Quilicura. El arrendatario estaba cesante, su mujer era alcohólica y tuberculosa y el único hijo lo tenían tullido. Postergó en forma arbitraria el desalojo al ver que la silla de ruedas no tenía ruedas: 'Las uso en el carretón de mano que llevo a la feria', le había dicho el viejo afectado. Por eso lo sumariaron, por entorpecer la justicia, se deprimió e hizo un intento de suicidio colgándose con el cinturón en el baño. Lo salvaron por pura casualidad y estuvo internado en el sector ocho del psiquiátrico. Después, cuando cayó preso por lo del médico ese, Cruz, bueno no le pasó nada, ya estaba curtido: Columbo)

Ubicaron la sección urología en el quinto piso. El médico a quien querían interrogar los hizo esperar una hora. Al recibirlos en la oficina, hasta les ofreció café.

Riesco estaba irritado. Columbo aprendió a reconocer los estados de ánimo de su jefe por el color de la cara y la vehemencia de su tartamudez. Pero el médico no pareció darse cuenta. A pesar del café los atendió con cierta fría amabilidad y examinó con detención los documentos de identificación de Riesco, que había pedido. Escuchó imperturbable las acusaciones que le hizo éste y después de las advertencias de rigor, hasta quiso darles la mano. (1)

Pero fue Columbo el que se lució. Actuó delante del médico como un experto. Ese instintivo talento de Columbo fue ratificado por la tormentosa tartamudez que agarrotó a Riesco y que apenas le sirvió para formular algunos cargos.

(1) Grabación No. 56. Testimonios de Eliecer Yávar, médico urólogo, que ejercía, en los años previos a la guerra civil, en el hospital José Joaquín Aguirre.

"...En resumen y sin querer disculparme, ya que mi formación en

Columbo, envuelto en su impermeable arrugado, fingiendo la ceguera de un ojo, deteniéndose en el discurso, rascándose la cabeza, apretando el cigarrillo deshilachado entre los labios, fingiendo que ya no había nada que preguntar y preguntando logró intimidar al médico.

(Columbo quiso explicarle que ellos creían que él era responsable de la desaparición de equipos quirúrgicos..., ¿para un hospital clandestino?: Columbo)

siquiatria es bastante aceptable, me inquieté. En determinadas circunstancias los sicópatas se hacen inmanejables, una de ellas, la que los hace potencialmente más peligrosos, se presenta cuando ellos se sienten protegidos por una autoridad, real o imaginaria. Así los vi yo y tomé de inmediato las providencias del caso. Me habían acusado de sabotaje y no podía arriesgarme. La norma de prudencia más insignificante recomendaba el asilo..."

"...Me sentí acorralado. Con un afásico, con seguridad deteriorado, inundado de agresividad animal y con un payaso que parodiaba a un detective de una serie en la televisión, no tenía muchas alternativas..."

"...Mire, Alan Bates, en una película que alguna vez ví, soldado de un batallón inglés, ocupa un pueblo en el Mediodía francés. Temiendo un ataque alemán los habitantes de aquel pueblo se habían retirado unos días antes, dejando abandonados a los enfermos mentales del hospicio del lugar. Estos, viéndose libres, dejan el establecimiento e inician una vida normal, tomando el lugar de los hombres y mujeres que huían de la invasión nazi. Entre otras cosas el director de la película trata de suavizar la locura de los locos, trata de convencer que los locos no son tan locos ni tan peligrosos como se pudiera creer. Estoy seguro que ese director era un ignorante, que ni él ni Alan Bates conocieron jamás a alguien como Columbo o Riesco..."

"...Consulté a conocidos bien informados y mejor relacionados y todos coincidieron en que debía salir del país. Se sabía que Riesco no acostumbraba a soltar la presa y hasta Contreras lo recomendaba en casos de difícil solución y dudosa culpabilidad..."

-Que pasen a manos de Riesco -decía Contreras - él encontrará las pruebas necesarias de culpabilidad..."

...me asilé esa misma noche, junto a mi mujer y mis hijas en la embajada sueca. Ud. ya debe saber que en la madrugada de ese día un grupo de hombres de civil asaltaron mi casa y destruyeron todo lo que habíamos dejado...los vecinos declararon que los guiaba un cojo y que ese cojo era tartamudo..."

"...¿Dígame..., no sería yo ahora un detenido desaparecido?..., ¿a cuántos, dígame, ese Riesco y ese Columbo...?"

Fin de Grabación No. 56

Pero, de súbito, Riesco deja la taza de café sobre el escritorio de Yávar, se levanta de la silla y da por terminada la entrevista. Columbo percibe el pánico de Yávar. Disfrutaba al inaugurar su papel de amedrentador, pero debe obedecer a Riesco y salir con él. (Estoy seguro que Yávar se quedó con la mano extendida: Columbo.)

Este primer paso, le explicó Riesco, es para acumular evidencia y miedo. (Yo sentí que lo perdíamos: Columbo)

Y así fue. Regresaron al cuartel y Columbo pasó encerrado toda la tarde en un cuarto que llamaban casino. Había una mesa de billar, una máquina que vendía Coca Cola y tres o cuatro cajas de dominó. Lo llamaron en la madrugada. Lo hicieron pasar a una pieza pintada de azul, pequeña como un baño; ahí se le unió Riesco. Le pasó un revolver. (Está recién aceitado, pero sólo tiene balas de fogeo, me dijo. A mi me daba lo mismo, yo nunca había tenido un revólver en mis manos: Columbo.)

Subieron a un automóvil moderno y cruzaron la capital hacia el barrio alto. Aún en medio del toque de queda no fueron detenidos por ninguna patrulla. Junto a ellos iban otros dos hombres. Cargaban escopetas y no hablaban ni miraban. Se detuvo el auto con brusquedad en una calle de faroles apagados y Riesco y los dos acompañantes se lanzaron fuera. No golpearon la puerta de la casa, la abrieron a patadas. (Pero Riesco se dio cuenta al tiro. Se nos adelantó el cabrón, dijo: Columbo.)

El doctor Yávar y su familia se había asilado hacía menos de treinta minutos.

Una vez adentro de la casa rompieron los muebles buscando documentos, rajaron el papel mural buscando nichos escondidos y cargaron la maleta del automóvil con un televisor, un equipo modular, un horno de microondas y tres lámparas.

(El Mamo lo permite, dijo Riesco, total: Columbo.)

De regreso pararon en una casa del barrio Bellavista y dejaron ahí los objetos robados.

(A tí todavía no te toca nada, me dijeron: Columbo.)

Cuando llegaban al edificio en Mapocho, Riesco llevaba las

dos manos sumergidas en los bolsillos. (Nadie me deja caliente así como así, repetía y repetía: Columbo.)

Recorrieron largos corredores de paredes grises, apenas iluminados por lámparas protegidas por vicerias de loza. Riesco abría puertas y las cerraba detrás de él. A veces atravesaban cuartos vacíos para salir nuevamente a corredores más anchos o más estrechos, a los que siempre daban puertas de madera deslucida y ventanillas enrejadas.

(No tengo claro cuánto tiempo caminamos esa primera vez, pero ni aún después de uno o dos años, era capaz de orientarme en esa casa de Mapocho: Columbo.)

Y bajaban u subían escalas.

(Sé que no dábamos vueltas en redondo, porque yo me mareo con facilidad y porque al final, en el último pasadizo, más angosto y más oscuro que los demás, todo se interrumpía en una puerta pequeña y única: Columbo.)

Riesco golpeó a la puerta y ella se abrió de inmediato. Nada podía verse desde el corredor donde esperaba Columbo. Pero se sentía el olor agrio del humo y del sudor. Acostumbrado a la penumbra, Columbo pudo distinguir las dos mesas y los dos cuerpos.

(A mi no me gusto nada, eso de la tortura. Me lo habían dicho, algunos pobladores me habían mostrado sus cicatrices, los que habían salido vivos, pero a mi no me la pegaban. Riesco decía que si no se les daba duro no hablaban y que al Mamo le gustaba cuando hablaban. Pero de ahí a que me gustara, al principio, eso no, esos, cuando yo llegué ya estaban mal. Claro que después no me quedó otra cosa que aprender: Columbo.)

Columbo entró a la pieza. Le decían 'El Parrón' (1) y era la sala principal de interrogatorios.

(Esos dos, un hombre y una mujer, están en etapa de ablandamiento, decía Riesco: Columbo.)

Desnudos sobre las mesas, atados por las manos y los tobillos, gruesos elásticos unían sus muslos a una placa metálica. Riesco encendió una linterna de bolsillo y se acercó.

(1)'El Parrón', famoso restorán santiaguino, cuya más famosa especialidad era la carne a la parrilla o a las brasas.



(La poca luz era esencial, así no era necesario usar capuchones y se nos pasaba el miedo de que alguna vez pudieran reconocernos: Columbo.)

Riesco pidió a uno de los hombres que rodeaban la mesa el electrodo. Este, unido a un cable y a una batería, hacía contacto con la tierra de la placa adherida a la piel. Pidió, en voz alta, que aumentaran la potencia y se quedó de pie, quieto, junto a la muchacha. Columbo distinguía ya las formas y los colores, la luz de la linterna de Riesco apuntaba la cara de la niña, su pelo oscuro despeinado, recorría su cuerpo desnudo. Columbo vio que Riesco sonreía y volvía a meter su mano al bolsillo.

(Si, ya sé que era un degenerado...:Columbo.)

Después Riesco estiró su brazo y la empezó a acariciar. La muchacha trataba de esquivar el contacto con la mano de Riesco, pero se notaba muy débil.

(Apenas se defendía. Riesco le metía la mano entre las piernas y apretaba el interruptor del electrodo. Ella no gritaba, apenas se sacudía, como un ataque epiléptico, pero suave, claro que estaba agotada. Luego lo de siempre. Qué hablas hija de puta y sacaba la mano y le clavaba el electrodo en los testículos al compañero.

(No vaya a creer Ud. que no teníamos un médico ahí. Flojo, claro como todos los médicos, pero para su información, hacían turnos igual que en las postas de urgencia. El jefe era uno con bigotes, medio canoso, Michely, era el que nos dejaba entrar al hospital Joaquín Aguirre. Tiene razón si me dice que no trabajaban mucho. Con una capa azul, siempre tomando café, se ponían nerviosos cuando tenían que llenar y firmar el certificado de defunción. Para eso les pagan, decía Riesco y era lo que más le gustaba. Odiaba a los médicos. Por el asunto de la cadera, creo o de su tartamudez: Columbo.)

Ser agente de Cubresuelo y de los aparatos de seguridad del general se convierte, a fines de su dictadura, en la misma cosa. Todos los altos oficiales del CNI (central nacional de inteligencia)

que reemplazó a la DINA eran, de una u otra forma, agentes de Cubresuelo. Con la caída de Somoza, por ejemplo, una gran cantidad de los hombres de la guardia nacional quedaron cesantes..., Cubresuelo los recluta en Costa Rica, Honduras o en el lugar en que los encuentre.

Lo mismo pasa, aunque más precozmente, con los miembros de la DINA o el CNI. Inquietos por la trayectoria vacilante del régimen del general, aceptan el llamado de Cubresuelo. No hay incompatibilidad legal. Es más, se sabe que el general es, si no miembro, por lo menos simpatizante de Cubresuelo. Además la organización paga y paga bien.

Columbo, en la entrevista, fue capaz de recordar con ciertos detalles algunos detalles de su labor en los cuarteles y centros de detención. Pero una amnesia que parecía real, un bloqueo orgánico de su memoria le impedía recordar nombres o entregar descripciones. En la conversación, en ese miserable cuarto de un suburbio de Bruselas, de repente emergía el pobre ser humano que residió una vez en Columbo. Se despegaba de la silla y se hincaba en un rincón. Ahí, acurrucado, lívido, asustado, reproducía en monólogos sus experiencias con los torturados. (1)

(Riesco ordenó encender los tubos fluorescentes y colocarse las capuchas, había que acelerar el proceso: Columbo.)

Columbo pudo ver con nitidez los dos cuerpos sobre las parrillas. Les quitaron las ataduras y las cintas de scotch que les cerraban los ojos. Eran jóvenes, ¿veinte años?, sus cuerpos sombríos por los hematomas, desahuciados.

(Tal como estaban no podían seguir vivos. No podían ser pasados a los tribunales ni mostrados a la prensa, por muy servil que ella fuera. Nadie podría verlos y negar la tortura, sólo alguien, quizás, lleno de la soberbia o el cinismo del ministro de justicia o del presidente de la corte suprema: Columbo.)

(1) Clínicamente, Columbo no puede ser catalogado como sicópata. Al menos antes de ingresar a la DINA. Un poco alcohólico, algo más resentido y bastante frustrado. Como muchos, dudaba de la existencia de la tortura y del asesinato. Cuando lo comprobó, cuando supo que todo lo

Entonces los hombres se embutieron en la cabeza capuchones de papel y con un gesto le pidieron a Columbo que los imitara. Y se encendieron las luces. Los dos jóvenes trataron de incorporarse. Sus movimientos eran instintivos, una profunda e incontrolable fuerza interna los obligaba a querer huir, a alejarse de ese lugar increíble y de los hombres que ahí habitaban. Pero estaban desnudos, heridos e indefensos. Y querían seguir vivos. Ella vomitó y Riesco agarró por el pelo al muchacho i lo hizo caer al suelo. Los dos cuerpos se enredaron.

(Lo que falta es que se pongan a hacer cochinas en las baldosas; Riesco se reía: Columbo.)

Columbo también vomitó. Se inclinó hacia un costado y estremecido por la náusea se sacó el capuchón.

Riesco le dio un golpe en la espalda y ordenó que lo llevaran fuera.

(Gritaba que era un trabajo poco apropiado para maricones. Me subieron a un auto y me dejaron cerca de la casa. Me dijeron que esperara, que ya estaba iniciado y que me dejarían descansar algunas horas. Me dolía el golpe que me había dado Riesco y vomité toda la mañana. Mi mujer y mi cuñado creyeron que estaba borracho y mi hijo mayor me preparó una tizana. No pude dormir. A media tarde apareció Riesco, más cojo y tartamudo que nunca. En el interior de la camioneta me dijo que éramos como los médicos y que igual que ellos no podíamos interrumpir un tratamiento si ya lo habíamos iniciado. Eso sería considerado falta de ética profesional: Columbo.)

Columbo recorrió por segunda vez los pasadizos y volvió a subir y bajar escalas. Reconoció los muros de cemento chorreados de humedad y los cuartos de techo bajo donde se efectuaban los interrogatorios.

(Mire los primeros días dudaba. No sabía si estaba en este lado o en el lado de los torturados: Columbo.)

que se decía era cierto, entonces ya no le pareció tan monstruoso. De repente se le hizo evidente y justificable. Porque también, como él al principio, había mucha gente que no ignoraba lo que sucedía, pero que vivía tratando de imponerse una cuidada indiferencia, como si esa indiferencia pudiera librarlos de responsabilidad y culpa.

Lo hicieron estar presente en el 'tratamiento definitivo' del hombre que la noche anterior había estado en la parrilla. Vestía un pantalón de mezclilla y una camisa y tiritaba de frío. Pero aunque no tenía expresión en su mirada y aunque su cuerpo era el de un moribundo, Columbo no sintió lástima, sintió miedo.

Desde ese día Columbo se integró con facilidad y seguridad. Aprendió con envidiable rapidez la técnica para reventar tímpanos, para quebrar dedos, para sacar uñas y arrancar dientes. Dominó su repugnancia y ya sin usar guantes pudo sumergir, una y otra vez, la cabeza del torturado en un balde lleno de mierda.

Debutó con el hombre del pantalón de mezclilla y a pesar de que no pudo sacarle palabra, recibió una felicitación personal del Mamo.

Desplazó a Riesco poco después, cuando éste sufrió una crisis convulsiva. Columbo ya le había puesto el ojo. Lo había estado observando y había llegado a la conclusión de que Riesco estaba muy enfermo. Se equivocaba a menudo de electrodo y eso fue lo que lo liquidó. Torturando a una muchacha traída desde Parral, Rosaura se llamaba, metió en su vagina el indiferente y dio el máximo amperaje sin darse cuenta que el extremo activo lo tenía en la mano izquierda.

Recibió el golpe de corriente, pero en un principio no se movió. La convulsión le empezó justo por la pierna enferma, la que se empezó a mover con espasmos propios y violentos. En tres segundos Riesco perdió la coordinación y comenzó a contorsionarse al lado de la parrilla de Rosaura. Cuando recobró el conocimiento se miraba los pantalones empañados, tenía los ojos vivos, asombrados y trataba, sin poder lograrlo, de transformar en palabras el espumarajo que le ensuciaba la boca. Columbo aprovechó el error de Riesco. (1)

Llamado por Contreras, Columbo se ensañó con su antiguo jefe.

(Le dije que era un epiléptico inservible, pero el Mamo me interrumpió. No me hable de enfermedades Sepúlveda, me dijo, mire que acabo de desayunar con el presidente: Columbo.)

Columbo no insistió.

(1) Resumen epicrisis de Jorge Riesco.

Hospital José Joaquín Aguirre, ficha No. 162345/75.

Pero Contreras no era hombre que perdonara la pérdida del instinto y desahució a Riesco. Columbo ocupó el cargo vacante.

(La última vez que vi a Riesco fue en el sector 3 del hospital psiquiátrico. Ya no era el mismo. El golpe eléctrico lo había trastornado. Lo paradójico del caso me lo confidenció la enfermera: sólo los electroshocks controlaban su agresividad. Le aplicaban dos al día. Riesco murió cuatro meses después: Columbo.)

Columbo actuó con diligencia y aplicó sus conocimientos con audacia e inteligencia. Tampoco desdeñó los consejos que recibiera de Riesco y de ellos el que observó con más cuidado fue el del anonimato.

(Si saben quién eres estás cagado, decía Riesco: Columbo.)

Al cabo de cinco meses ascendió a inspector de la brigada política. La más importante de la DINA. Se desplazaba en un Chevy Nova último modelo, recibía órdenes directas de Contreras y era ya conocida su habilidad para sorprender a los extremistas, su arrojo para someterlos y era legendaria su dureza para alivianarlos. Se dice que Columbo olfateaba la tinta de los mimeógrafos clandestinos y la grasa lubricante de los fusiles soviéticos a más de cinco cuadras. Se asegura que acariciaba la piel de los detenidos y reconocía en su textura, si era blanda o dura. Este va a hablar al tiro, a este hay que reventarlo desde el principio, decía y así era.

Y, no obstante que Columbo no pertenecía al círculo de los íntimos de Contreras, solía ser llamado por él para entrevistas privadas.

(Ahí me ofrecía café de cafetera y coñac, que sacaba de una botella opaca: Columbo.)

A principios de 1975 Columbo abandona su casa, su mujer y sus hijos y se instala en un departamento pequeño en el centro de la capital. Por primera vez tiene teléfono propio. Columbo se había perfeccionado. Cuidaba su forma de hablar y hasta se veía más limpio, pero nunca dejó de emular a su héroe de la televisión.

(Así como Columbo descubría a los asesinos, descubría yo la guarida de los comunistas: Columbo.)

Llevaba una libreta en la que anotaba el nombre y el apellido

de los hombres y mujeres que había detenido.

Reconoce ser el responsable de la detención y tortura de Lorca, Ponce y Sérega, miembros del comité central del Partido Socialista. Participa en las torturas iniciales y directamente en el asesinato de Sérega. (1)

Sérega había sido especialmente hermético. Aún ahora, frente a un montón de escombros, no es otra cosa Columbo, brilla en sus ojos un rescoldo de rabia al hablar de ese dirigente socialista. Andaban tras él desde el golpe de estado. La primera pista sólida acerca de su paradero surge en la primavera de 1975. Se informa que Sérega y otros dirigentes se reunirían en un edificio del barrio Recoleta. Columbo pide autorización a Contreras.

(Se trataba de un operativo alfa. Es decir, se necesitaban veinticinco hombres y era indispensable el visto bueno del Mamo: Columbo.)

Columbo tenía un buen registro en las estadísticas centrales de la DINA y eso hizo que Contreras aceptara y le entregara, por primera vez, la responsabilidad de un alfa. (2)

Sin embargo, Columbo fracasa en su primer alfa. No bastaron las precauciones tomadas, la verificación de la fuente soplona, el haber rodeado dos manzanas, Victor Sérega escapó.

(1) Victor Sérega fue encontrado muerto, con señales evidentes de haber sido torturado, en una playa al norte de Valparaíso. Sérega no abrió la boca ni para quejarse y murió sin entregar la más mínima información a los agentes del general.

(2) Los operativos alfa habían sido diseñados por Contreras con la asesoría de expertos brasileños y uruguayos. Eran misiones de alta responsabilidad en las que se estimaban lícitas bajas de un cincuenta por ciento entre los agentes y que no reparaban en costos ni muertes de civiles ni daños. Estos operativos habían permitido asesinar a Miguel Enríquez y capturar a Luis Corvalán. Los alfaex, que se realizaban en el extranjero, habían dado los resultados que se conocen en Buenos Aires contra el general Prats y en Roma contra Bernardo Leyghton)

Columbo recuerda el momento.

(Sérega y tres hombres estaban en un tercer piso, armados con armas cortas, preparando un documento, del cual nos apropiamos, para ser distribuido en los cordones industriales de Cerrillos. No golpeamos la puerta, la derribamos y considerando la peligrosidad de los extremistas, entramos rafageando con las M 16. Dos de ellos cayeron sin disparar. Sérega preparaba café en la cocina, pero no hizo más que huir. Ni se asomó a ver lo que le había pasado a sus compañeros. Abrió la ventana y se lanzó. Lo alcancé a ver, pero no pude apuntarle. Cojeaba. Rastrillamos el sector, pero no pudimos encontrarlo: Columbo.)

El Mamo fue duro. Citó a Columbo y lo recibió con otros jefes y subalternos y lo humilló.

(Columbo se cree el huevón, me dijo. Mejor te veías en el empleo mínimo, te van a faltar siempre los cojones de Riesco y te van a sobrar pelotas todos los días: Columbo.)

El general Contreras tenía sus métodos y Columbo los conocía. Tenía dos días libres y se encerró en su departamento. Atento al teléfono, tomando café y anfetamina, sabía que lo único que Contreras no perdonaba era la falta de responsabilidad y el exceso de alcohol. En la madrugada del segundo día lo comprobó. Lúcido y vigilante por el café y la droga, acudió de inmediato al llamado de Contreras. El jefe parecía satisfecho.

Pocas veces Contreras exteriorizaba su confianza a un subalterno. Una de ellas era nominarlo en su guardia personal.

Ya no se volvió a apagar la estrella de Columbo. Cuarenta días después y con sólo cuatro hombres, capturó a Sérega. Dos veces Sérega había sido operado de la columna vertebral. No resistió la caída del tercer piso y quedó invalidado de su pierna izquierda. Se resistió de acudir al cirujano que lo había operado. Se puede pensar que no quería comprometerlo. Sabiéndose perdido interrumpió sus contactos y con un poco de comida y seis balas se escondió en un cuarto con puerta a la calle que el partido había arrendado en la calle Caliche, cerca de donde casi había sido capturado.

(Teníamos buenos soplones. Yo di la orden de atrapar a Sérega a cualquier precio. Tripliqué la recompensa por una pista real y me endurecí frente a las informaciones falsas. Dio resultado: Colombo.)

Columbo sabía que Sérega estaba armado y no se arriesgó. Utilizó el método de siempre: entrar disparando. Sérega, inmóvil en un diván del cuarto estrecho y oscuro alcanzó a vaciar su pistola. Dos agentes cayeron muertos ahí mismo y un tercero, víctima del golpe final de Sérega con el cañón de su arma, tuvo que ser operado en Neurocirugía. Columbo y el cuarto hombre lo desarmaron.

Contreras felicitó a Columbo en la forma habitual. En la hoja mimeografiada que se distribuía diariamente por las dependencias de la DINA agregaba un párrafo aludiendo a la captura del peligroso extremista. Esa noche Columbo fue uno de los hombres que custodiaban la casa del general Contreras: se casaba una sobrina.

La DINA estaba dividida en escuadrones según la capacidad de sus miembros. A fines de 1975, Columbo era inspector del escuadrón de Capturas, dentro de la brigada política.

Se movilizaban en modernos automóviles, tenían medios de comunicación de alta fidelidad y largo alcance y usaban armamento de comprobada eficacia. Recibían información discrecional de inteligencia y de los servicios de inteligencia de las fuerzas armadas.

Un día, en que Columbo requirió detalles sobre algunos importantes personeros del régimen, se encontró con la sorpresa de que había información a la que se le negaba el acceso. Recogió una sigla: ICOSYS. (1)

Columbo quedó perplejo. Hasta ese instante creía manejar toda la información confidencial de seguridad y en seguridad nada podía ignorarse si se pretendía mantener la estabilidad del régimen. Columbo intuyó que tenía que proceder con cautela. Tenía en sus manos una sospecha y debía ir al fondo, era su deber aclarar qué era eso que se escondía tras ICOSYS.

(1) Cuando se solicitaban antecedentes de cual o tal ciudadano, se acompañaba a su ficha de identificación básica (nombre, edad, nacionalidad, profesión, etc...,) una hoja con la información requerida,

Fingiéndose necesitar mayor información sobre esas personas, el hilo de la madeja lo llevó a otra abreviatura, ECOM, y Columbo sabía lo que era eso. ECOM era la empresa nacional de computación. Buscó entre los funcionarios de ECOM a alguno que tuviera antecedentes penales y lo detuvo.

(En todas partes hay ladrones: Columbo.)

Lo llevó detenido a Villa Grimaldi, centro de torturas de la Dina y lo tiró encima de la parrilla. El pobre hombre sabía poco y pagó su ignorancia con la vida. Pero dio dos nombres y Columbo los aprovechó: Cubresuelo y Carrasco.

Columbo descubrió, de ese modo, que existía una organización internacional que se llamaba Cubresuelo, que su máximo exponente en el país era un hombre llamado H. Carrasco y que el general estaba involucrado. Descubrió también, que nunca debió efectuar esa investigación y que él no estaba considerado como apto para Cubresuelo. Pero Columbo supo esto demasiado tarde.

(Mi coronel Espinoza se enteró que yo sabía de Cubresuelo y se lo sopló a Contreras.)

Espinoza era el segundo hombre a bordo de la DINA. El oficial a cargo de Villa Grimaldi y que hacía grabar todos los interrogatorios (Columbo jamás se enteró que bajo cada parrilla, que bajo toda mesa de tortura había una radiograbadora) se lo dijo. Espinoza pidió escuchar la cinta y de inmediato se dirigió a Contreras.

Contreras no se inmutó. Espinoza insistió. Si se sabe lo de Cubresuelo, quizás qué no podría saberse. Ese día el Mamo estaba despejado. Espinoza -le dijo -cuando yo quiera sacar un diente de este engranaje, yo mismo oficiaré de dentista. Esa mañana desayunó con el general. Fue un desayuno breve, en que sólo habló Contreras. El general evitaba la mirada de su subalterno. Pero cuando se despidieron le dio la mano. Sabrás cumplir con tu deber ahora y siempre, ¿no es así Mamo? -le dijo. Yo y mi familia confiamos en tí.

En la tarde Columbo recibió el encargo, debía pedir sus vaca-

por ejemplo, lugar de permanencia en una fecha determinada, relaciones con esta u otra persona, etc...En la hoja correspondiente a muchos miembros del gobierno o de las fuerzas armadas, Columbo sólo encontró una sigla CSLO y un número. (La sigla con toda seguridad correspondía a Cubresuelo. El número, a la importancia del militante.)

ciones.

(Me di cuenta que estaba perdido y no regresé a mi departamento. Recuperé unos depósitos en el banco de Crédito e Inversiones y tomé un autobús a Mendoza: Columbo.)

Estuvo tres años escondido en Argentina y cuando supo que Contreras había sido puesto bajo arresto preventivo en el hospital militar acusado del asesinato de Orlando Letelier, le escribió una carta poniendo como remitente un apartado de correos del barrio (a-ballito).

Columbo recibió una respuesta tan rápida como inesperada. El general Contreras le pedía que lo ayudara.

(Corrí el riesgo y regresé a la patria. Sabía que la DINA había sido disuelta y que en su reemplazo había creado el CNI. No sabía cuantos ex compañeros míos habían sido cortados, pero tenía información de que se habían organizado en un grupo semiclandestino que llamaban Lechuzas y que se mantenían gracias al aporte de corporaciones privadas. Yo casi no tenía dinero y ansiaba volver al país: Columbo.)

Lo recibió el propio jefe de las Lechuzas. No le preguntaron por qué había huído, pero tampoco ahorraron precauciones. Le vendaron la vista y lo llevaron a un balneario de la costa central. Pero lo trataron con consideración y respeto. Columbo había huído, no había hablado. Y ahora estrechaba la mano caída del general, aun cuando su brazo quiso un día estrangularlo. Columbo era un hombre, no cabían dudas, que no medía su lealtad en recompensas recibidas.

(De la lealtad se duda, no del silencio: Columbo.)

Le explicaron que de la salvación de Contreras dependía la de todos ellos y quizás, a largo plazo, la del general, que ya no les importaba tanto. Antes de caer, Contreras había hecho programar en ECOM toda la documentación de la DINA y de Cubresuelo, documentación que involucraba al general. Esa cinta programada estaba en un banco suizo. Había que impedir no sólo que Contreras fuera extraditado, era preciso que esas cintas no fueran destruídas, que los terminales de ICOSYS no confundieran los datos e inutilizaran toda

la información. Era el seguro de vida de todos ellos, con él neutralizarían toda conducta extemporánea del general, como aquella que significó la entrega de Townley a las autoridades americanas.

Contreras no fue extraditado de inmediato. Columbo permaneció en el país, pero nunca llegó a ocupar cargos de responsabilidad entre las Lechuzas. Años más tarde, cuando el general cedió a las presiones y metió a Contreras en un Braniff y lo despachó a Washington, Columbo decidió retirarse para siempre.

(Nunca nos imaginamos que el general se cagaba en las cintas procesadas por ECOM: Columbo.)

Poco antes del inicio de la guerra civil y con el entusiasmo destruído por el fracaso y el alcohol, Columbo viajó a Europa. Desde hace meses vive mendigando en Bruselas.

Vigésimocuarta Aproximación.

(Jesús Mancini, continuación)

Jesús Mancini recibió un último nombre de labios de Columbo: Renzo Opúsculo Tati, hombre de primera línea de Cubresuelo en Roma. Hasta él había llegado Columbo en desesperada maniobra para sobrevivir. Tati lo habría despachado sin mayor trámite. Cubresuelo no cobija a perdedores, le habría dicho.

Jesús Mancini viajó a Roma en el Renault arrendado. Con el fin

de despistar a Anibal Cyr Bancaud tomó la carretera norte y se detuvo en Hannover, alojando en el Hauptbanhoff Hotel. Sin embargo a Bancaud no se le escapaban tan facilmente sus presas y Mancini tuvo la desagradable sorpresa de encontrarlo por segunda vez. (1)

Como siempre, la fortuna lo ayudó una vez más.

(1) Grabación No. 57. Grabación No. 9 del Informe Mancini.

A Anibal Cyr Bancaud lo vi por segunda vez a través del espejo retrovisor del Renault. Me cruzó por atrás, junto a la estatua ecuestre frente a la Banhoff en un poderoso BMW. Yo no había estado antes en Alemania ni en Hannover e ignoraba que por ahí circulaban tranvías y que hay ciertas normas del tránsito que uno debe respetar si le interesa seguir con vida. Anibal Cyr Bancaud tampoco conocía Hannover y eso me salvó la vida, porque estrelló su auto contra el último carro del U Bahn que de repente emergió de las profundidades de Hannover en la intersección de dos calles y que se llevó, además, un farol trasero de mi Renault.

Desgraciadamente Bancaud salió ileso de entre los fierros retorcidos de su lujoso automóvil y alcancé verlo levantar un puño hacia mi y mi Renault que corríamos a toda velocidad rumbo a Roma.

En mi agenda tenía un nombre. Gian Carlo Puttamanti. Todo el mundo estaba al tanto de quién era Puttamanti. Hasta en la revista Cosas había una entrevista a este extravagante personaje del que se decía que había diseñado y construido la fortaleza del fallecido ex Sha en Cuernavaca, quien había comprado la hacienda El Murciélago para Somoza en Costa Rica y la isla Stanikis para Stroessner en el Egeo.

No tuve dificultades para entrevistarme con él. En su elegante oficina sobre la vía Capucci, me aseguró que nada tenía que ocultar. (Referencia en anexo No. 2 de 'Cuadernos de una Guerra Civil', sobre: 'Propiedades compradas a nombre de la cónyuge, madre, hijos y hermanos del general, los tres miembros de la junta de gobierno y de funcionarios militares y civiles del gobierno de la República entre Marzo de 1974 y Octubre de 1982')

Con ésta documentación adicional (se mencionaban también algunas propiedades compradas a nombre de 'Sociedad de Beneficencia Cubresuelo S.A.') me instalé, de acuerdo a mi mala costumbre como he podido comprobar, en una mesa bajo un toldillo en vía Venetto. Disfrutaba de un amargo pero refrescante licor rojo cuando se me acercó Renzo Opúsculo Tati. Traía una silla entre las manos y una especie de sonrisa de interés sobre la cara.

Opúsculo Tati me había ofrecido, recién, una atenta conversación mientras le hacía antesala a Puttamanti; era su secretario personal.

"...Admiro su valor, Sr. "ancini..."

"...La verdad es sólo peligrosa para quienes la temen..."

Desde Hannover Mancini voló en su Renault a Roma y de allí, el mismo día, se dirigió a Nápoles. En esa ciudad buscó al agente del Eximbank para el sur de Italia.

"...Admiro su sabiduría..."

"...Es Ud. un especialista en escuchar conversaciones ajenas..."

"...Es mi trabajo..."

"...¿Quizás pueda darme más información..."

"...¿Dar...?"

"...¿Vender...?"

"...No compro ni vendo...,yo intercambio..."

"...No tengo nada que ofrecerle..."

"...Yo creo que sí..."

"...Si Ud. no tiene nada para mí, quisiera no seguir perdiendo el tiempo..."

"...Sr. Mancini, treinta metros detrás de Ud., oculto en una ventana, un tirador de Cubresuelo le tiene el cuello metido en una mira telescópica de una Winchester con proyectil DID..."

"...Me molesta su estupidez..."

"...Si Ud. se mueve, me temo que sufrirá una fractura irreversible de la tercera vértebra cervical..."

"...Sabe Ud. de anatomía..."

"...Tengo tres años de estudios de medicina. En la universidad de Palermo, sabe..."

"...¿Qué es lo que quiere...?"

"...Todos los documentos y grabaciones..."

"...¿Otra vez...?"

"...No soy Bancaud..."

"...No debo tener alternativa..."

("En ese momento tuve la impresión que Tati era un farsante. Pero no era un farsante. Lo comprobé al dar un salto violento y repentino hacia mi izquierda. La bala pulverizó un adoquín veinte centímetros más allá y el francotirador contribuyó a comprobar mi teoría: todo movimiento inesperado de un blanco inmóvil hace que el tirador se cargue no menos de tres centímetros hacia su izquierda, desviando, de este modo, el disparo no menos de tres centímetros hacia la derecha de ese blanco.

La confusión impidió que disparara otra vez. Opúsculo Tati era un hombre bajo, corpulento, de pelo lacio y amarillo, pero la agresividad fría e inexorable que advirtió en mí lo convenció con rapidez que la situación se había invertido. Lo tomé por la corbata y me acompañó con docilidad por la vía Venetto, ante la mirada inexpresiva de los transeúntes. De todas maneras debimos hacer una pareja divertida; no le solté la corbata hasta que entramos a una trattoria esquinada y vacía. Ordené dos platos de ravioles...")

"...Ahora tiene Ud. una Browning de siete milímetros apuntándole a cualquier parte bajo el ombligo..."

"...Admiro su suerte..."

Robert Baber no tenía interés en ocultar información. Es posible que ya supiera que Cubresuelo estaba perdido y no quería enemistarse con quienes lo perseguían. Le entregó a Mancini la lista com-

"...Necesito saber el lugar exacto de las propiedades de Cubresuelo en el cono sur de América, en Perú, Bolivia y Ecuador..."

"...No quiere saber nada..."

("Nadie más que nosotros ocupaba una mesa en el restorán. Saqué la pistola, le quité el seguro y cubrí mi mano derecha con una servilleta. Tati se asustó...")

"...Tengo la misma vocación asesina que tiene Ud. y Bancaud..."

"...No podré recordar los detalles..."

"...Le doy un minuto para que remueva su memoria..."

"...Cubresuelo ha comprado en todo el mundo..."

"...Todo el mundo no me interesa..."

"...Tuvimos que abrir un registro especial. Hasta hace dos o tres años no había interés en comprar propiedades en los países que a Ud. le interesan. Quizá algunas haciendas lecheras en el sur de Chile o algunas concesiones mineras en el Perú, pero de repente hubo interés en zonas baratas, baratas porque eran conflictivas desde el punto de vista político..., no entendía yo ni el señor Puttamanti, pero el dinero manda. Regiones fronterizas, llenas de indios y de piedras, no entiendo..."

"...Siga, me gustan los movimientos de su memoria, podría ser bien recompensado..."

"...¿Con un balazo...?"

"...Depende de Ud...?"

"...En términos muy generales Cubresuelo nos dio orden de compra para extensas propiedades, las cuales subdividían a nombre de palos blancos, pero siempre dejaban un contacto con la frontera. Al sur del Ecuador, en la frontera con el Perú; al norte del Perú, en la frontera con Ecuador; al poniente de Bolivia, marginando el lago Titicaca, feo nombre, en los valles del altiplano chileno, en la Patagonia, créame, no conozco los detalles, ellos están depositados en ICOSYS..."

"...¿Quién daba el dinero para las compras...?"

"...Girábamos a una cuenta del Eximbank de Hong-Kong..."

"...¿Cobraban en Hong-Kong...?"

"...En su sucursal en Nápoles..."

("Nuevamente la respuesta estaba en las bóvedas de ICOSYS, acumulada en sus innumerables cintas de memoria...")

Dejé ir a Opúsculo sin darle la espalda. Total, ya era hombre muerto...

Viajé a Nápoles sin pérdida de tiempo y el agente del Eximbank me dio todo tipo de facilidades. Incluso pude fotocopiar los títulos de algunas propiedades y las hipotecas sobre ellas. Los hombres de Cubresuelo eran desvergonzados. Una gran propiedad boliviana, junto al límite con Chile tenía el nombre de Acuario, otra hacienda fronteriza ecuatoriana se llamaba Terra Nostra. Y así. Eran miles y miles

pleta de las propiedades y créditos otorgados a Cubresuelo y los nombres de los responsables de ellos. (Mapa No. 3 y mapa No. 4)

Jesús Mancini estaba cansado. Esa noche, en un modesto pero confortable hotel de Nápoles, se convenció que era suficiente. Reunió y redujo hasta donde pudo grabaciones y documentos y se aprestó para tomar un vuelo a Roma y hacer la conexión a Antofagasta. A mediodía, al salir del hotel, se encontró por tercera vez con Anibal Cyr Bancaud. La inveterada costumbre del asesino de usar autos BMW de color amarillo le salvó la vida.

Mancini lo descubrió cuando se subía al Renault, que dada la circunstancia prefirió dejar abandonado. Bancaud, al ver que se le escapaba entre la multitud que repletaba las calles de Nápoles, dejó su enorme coche en medio de la calle y se lanzó a perseguirlo. Lo detuvieron siete policías, lo obligaron a regresar al BMW y lo hicieron estacionarse como correspondía.

En esos momentos Mancini se bajaba de un taxi en los muelles de Nápoles.

Malacosta Cuenca adivinó las necesidades de Mancini de inmediato. Era un marino de barba copiosa e intuición afilada. Le preguntó si podía sacarlo del mal trance en que se hallaba y Mancini le pidió que lo llevara a Roma. Cuenca le ofreció su 'Bajel Dorado' por mil dólares y la certeza de un viaje cómodo. Navegaron toda la tarde. El 'Bajel Dorado' era un cutter herrumboso y tosedor, daba cinco o seis nudos, pero surcaba el mar con seguridad. Malacosta Cuenca desembarcó a Mancini en el pequeño puerto de Gaeta, en el golfo del mismo nombre, al sur de Roma.

de hectáreas.

Embarcado en un Cutter llamado el Bajel Dorado, viajé a Roma después de esquivar por tercera vez a Bancaud. En la capital tomé un vuelo a Antofagasta. No volví a ver a Anibal Cyr Bancaud, pero estoy seguro que no se ha dado por vencido. Quizás esté esperándome en algún recoveco de Antofagasta, o en algún instante de mi vida..."

Fin del Informe Mancini.

Vigésimoquinta Aproximación.

(Los caminos del Informe Mancini)

Anibal Cyr Bancaud tenía la suficiente autonomía como para continuar la búsqueda de Mancini. No requería ni de autorización ni de más dinero. En un vuelo casi vacío de Iberia llegó al desierto aeropuerto internacional de Santiago.

Jesús Mancini, en Alitalia, arribaba en esos instantes a Antofagasta. Como se puede comprobar en los 'Cuadernos de una Guerra Civil' y en las 'Lecciones de una Guerra Civil', a Jesús Mancini no lo escucharon. Entreverados en la lucha política y preocupados sólo de reforzar las líneas en donde se suponía que podría atacar el general, los líderes rebeldes y los jefes de los partidos políticos escuchaban a Mancini con una actitud y una responsabilidad académica. Incluso, cuando Mancini leyó e hizo escuchar sus grabaciones frente a una comisión del Consejo Insurreccional, se escucharon bostezos ruidosos y pasos furtivos. Obtuvo promesas de investigación, nada más.

Desesperado, Mancini decidió acudir a quien creía que lo escucharía de verdad. El Vendedor de Globos Terráqueos. No alcanzó a conocerlo.

En cambio, el propio general recibió a Anibal Cyr Bancaud. En su despacho del hotel Francisco De Aguirre en La Serena, le concedió una audiencia de dos horas. A la salida, Cyr Bancaud tenía poderes casi omnímodos dentro de los organismos de seguridad. Requirió información inmediata sobre Mancini y aliviado comprobó que no le ha-

bían creído.

Hombre cauto y experimentado, rechazó de plano la idea de atacar contra él en Antofagasta. Su asesinato crearía inquietud y podría hacer verosímil su relación acerca de Cubresuelo. Por eso, cuando los agentes apostados en el norte avisaron que Mancini viajaba a la capital, Bancaud decidió esperarlo en la carretera.

La persecución terminó en el cementerio general. Jesús Mancini se defendió, pero Bancaud, guiando a los hombres del general, hizo primar la superioridad numérica. Sin embargo nada se encontró ni en el cadáver ni en el auto de Mancini, excepto una carta en la que Mancini recomendaba distintas lecturas a su mujer y a su hijo. En consideración que éste era un voluntario en los ejércitos del general, le fue entregada la carta diciéndole que su padre había muerto en un accidente automovilístico en la carretera panamericana norte.

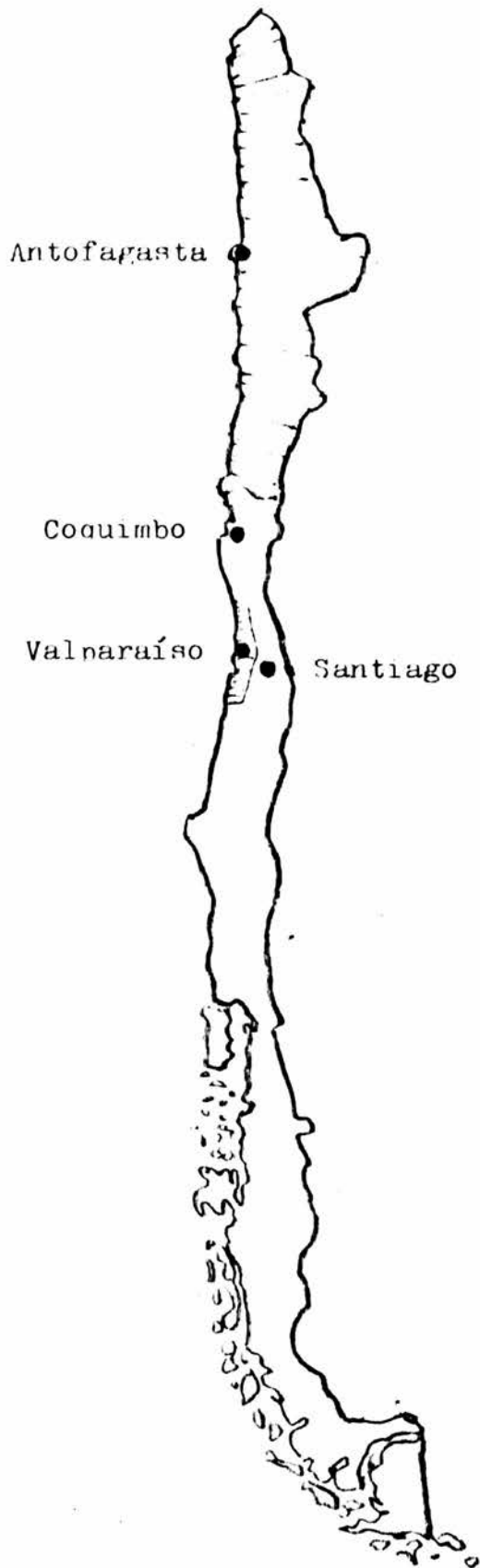
Mancini hijo guardó la carta y no la mostró hasta que fue hecho prisionero por el Vendedor. Entonces el Vendedor le dijo quien había sido su padre y después de leer la carta con atención, que en ella estaba la clave para encontrar el Informe.

-Ya que en el norte están engeguados, yo me ocuparé de Terra Nostra, de Acuario y de Cubresuelo -dijo

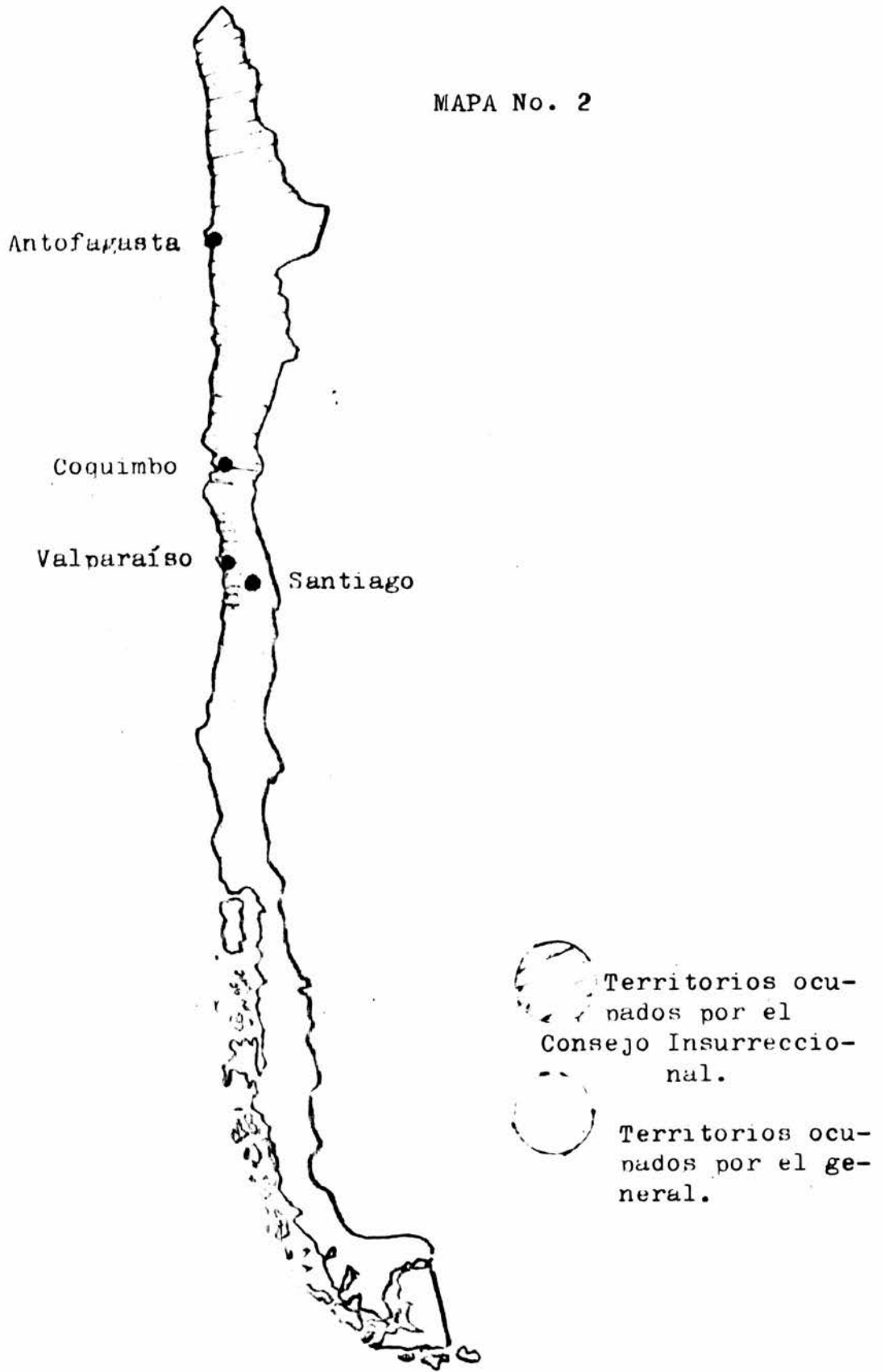
El resto de la historia está en los 'Cuadernos' y en las 'Lecciones', ambos de próxima publicación.

MAPAS

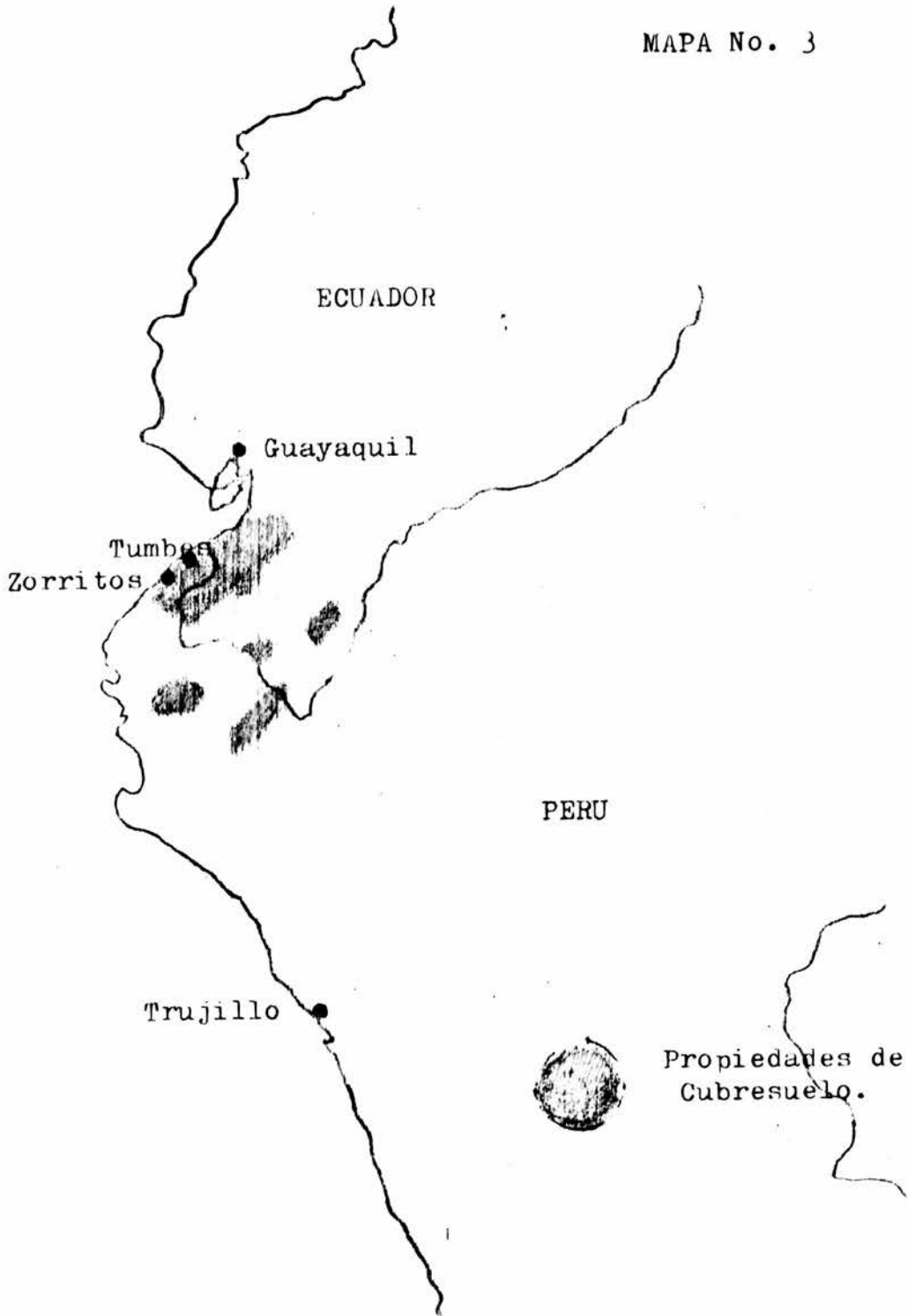
MAPA No. 1



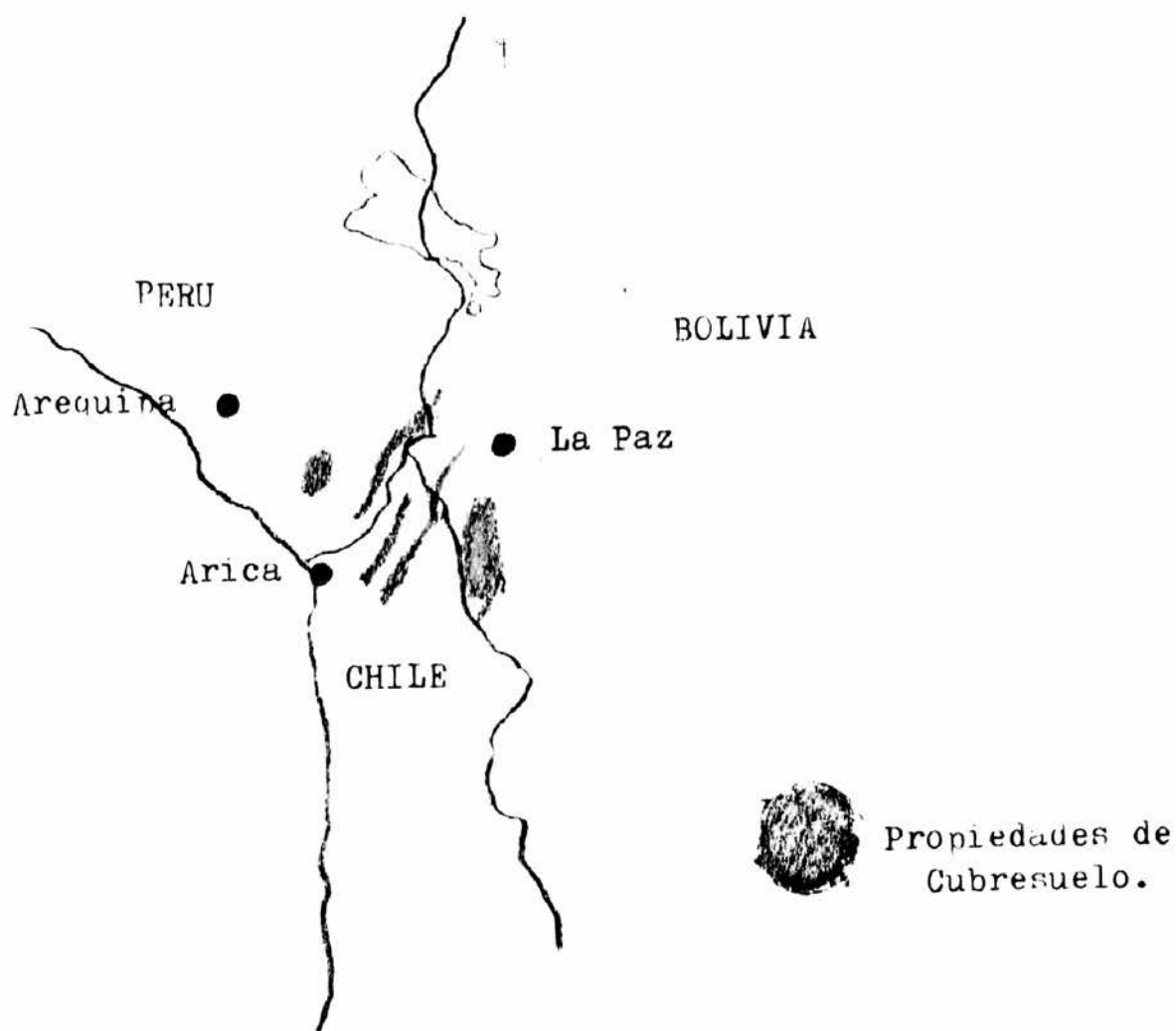
MAPA No. 2



MAPA No. 3

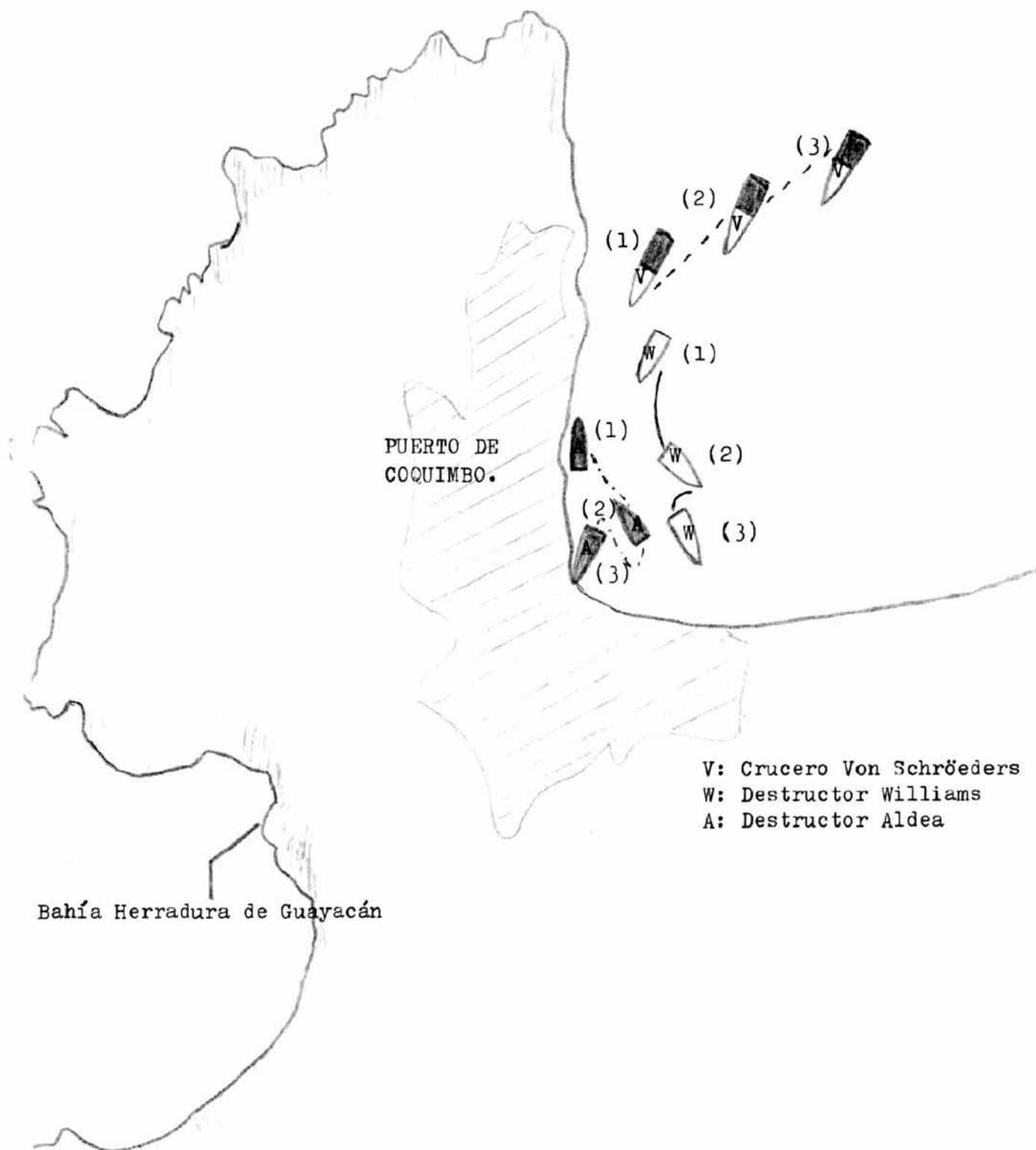


MAPA No. 4



Plano Estratégico del Combate
Naval de Coquimbo.

Ra. Pelícanos



Plano Estratégico del Combate
 Naval de Coquimbo
 Posiciones al término.

